

VOL. 2 N° 24

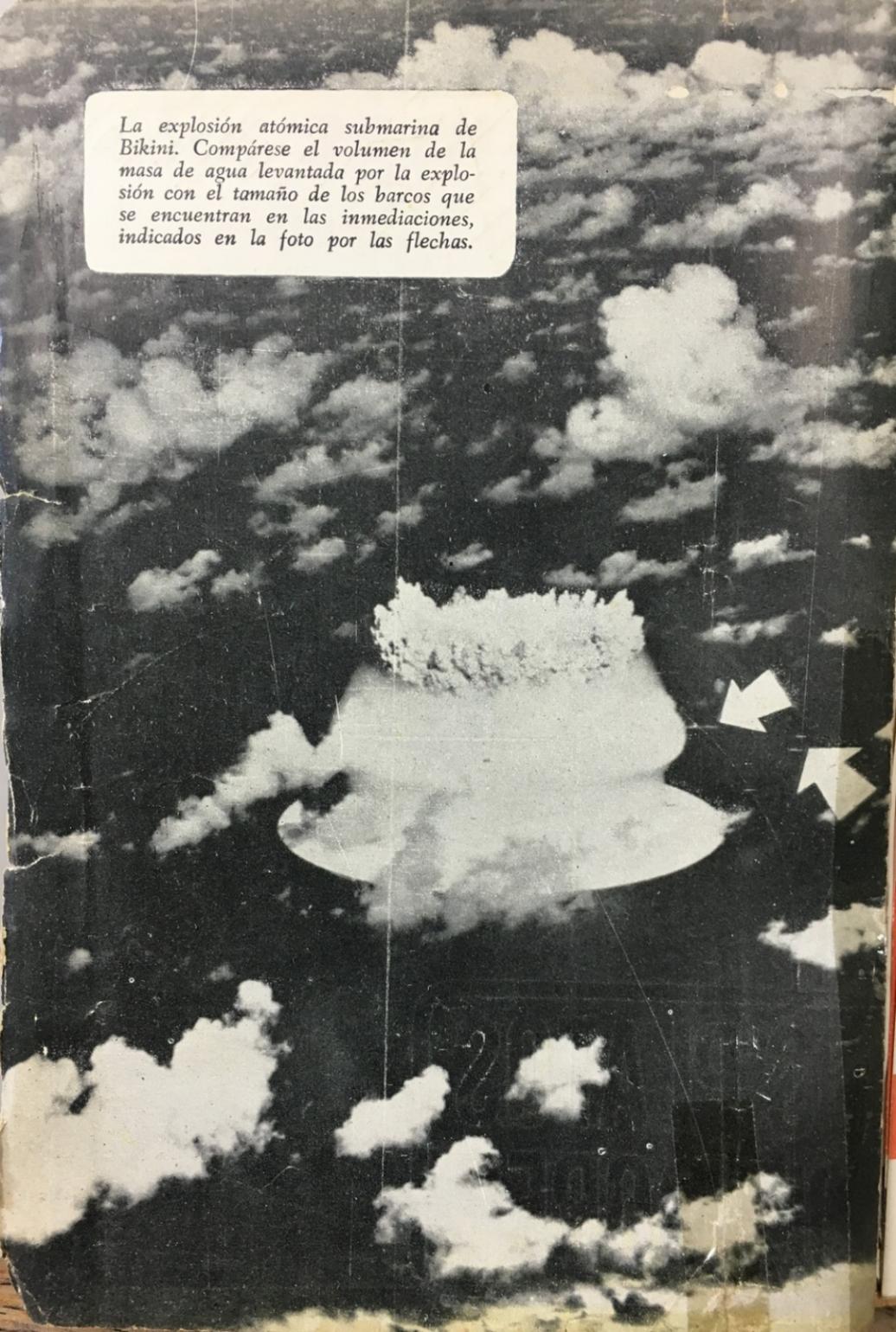
MAYO 1955

# MÁS ALLÁ



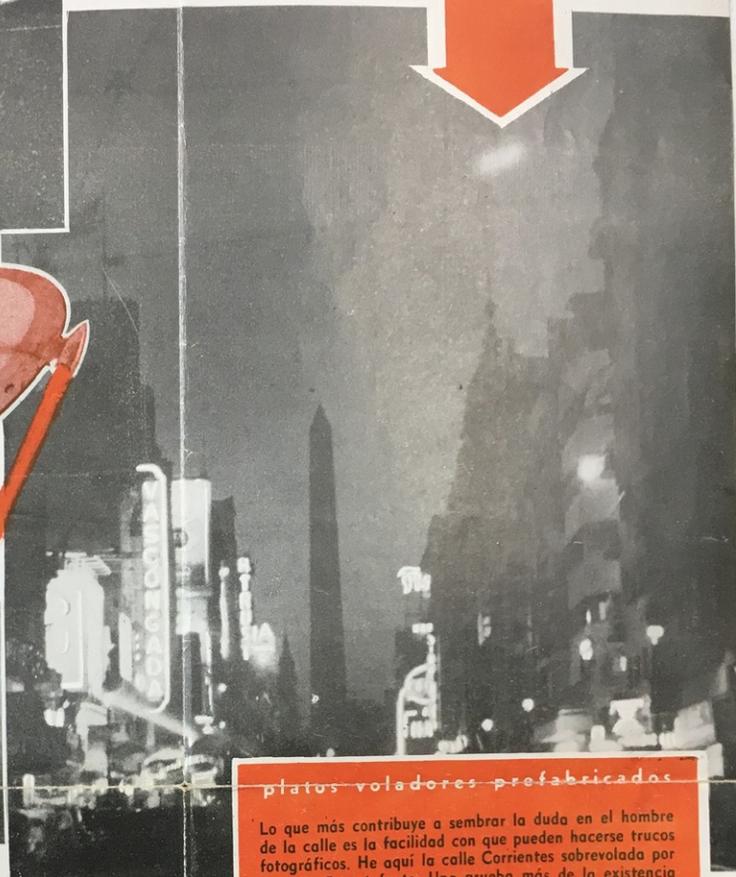
**LOS PLATOS  
VOLADORES**

La explosión atómica submarina de Bikini. Compárese el volumen de la masa de agua levantada por la explosión con el tamaño de los barcos que se encuentran en las inmediaciones, indicados en la foto por las flechas.



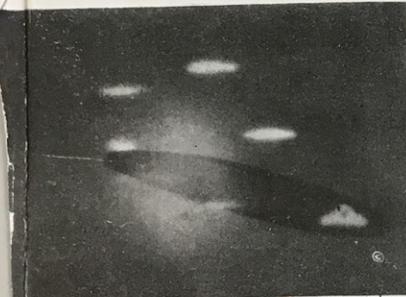


Bandada de platos voladores, en el cielo de Texas. Les gusta la formación en V.



**platos voladores prefabricados**

Lo que más contribuye a sembrar la duda en el hombre de la calle es la facilidad con que pueden hacerse trucos fotográficos. He aquí la calle Corrientes sobrevolada por un extraño artefacto. Una prueba más de la existencia de los platos voladores si no hubiera sido compuesta en nuestros laboratorios fotográficos. La foto de abajo ha sido tomada en Dinamarca y pretende ser auténtica. Pero es indudable que también podría provenir del taller de algún aficionado al revelado y a las ampliaciones.



**ARRIBA:** Un cigarro volante. Nada aerodinámica, su forma sugiere que sólo se lo usa para cruzar el espacio.



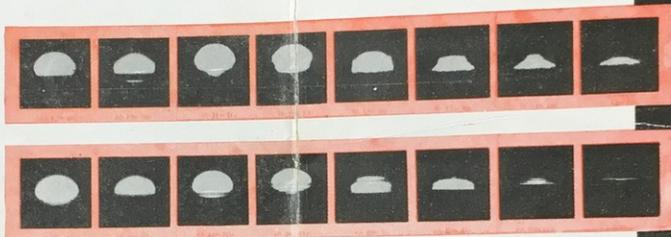
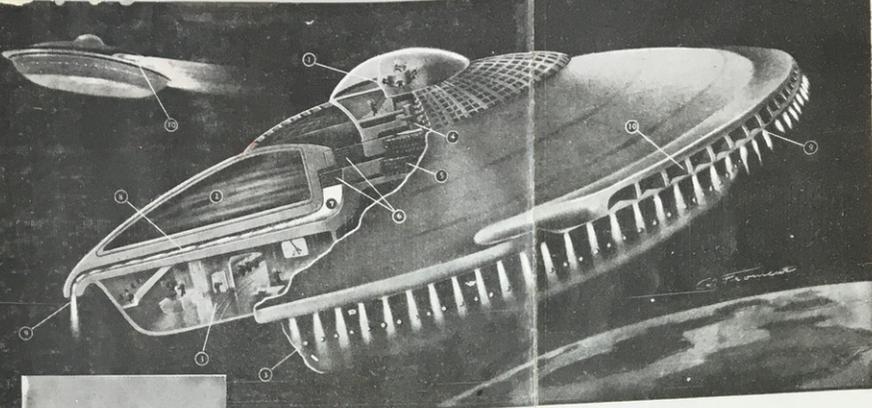
**ABAJO:** Platos voladores y "cigarro". Los platos voladores estarían entrando en el gran "cigarro" madre.

La explosión...  
Bikini. Compárese el volumen...

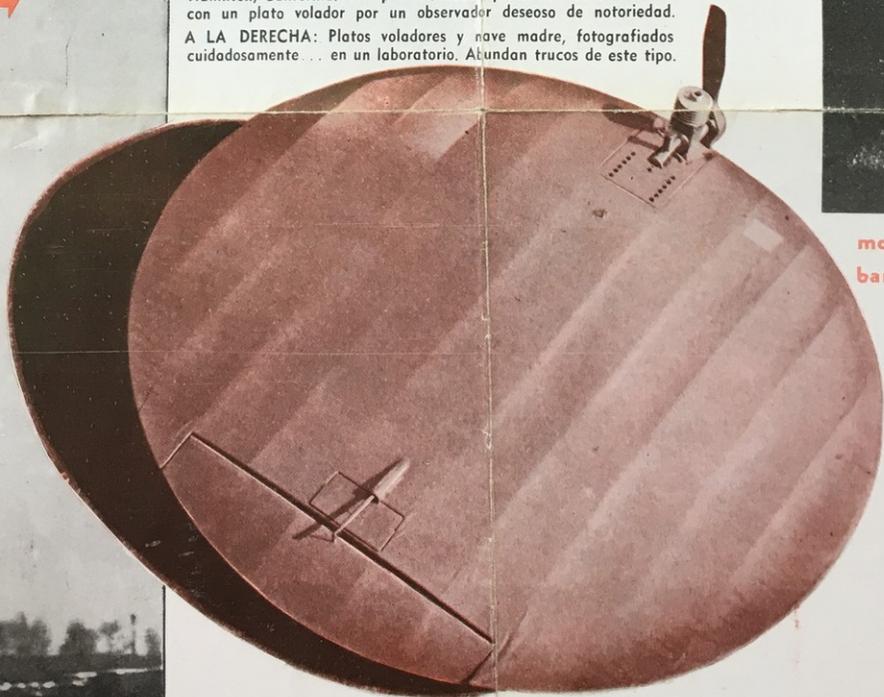
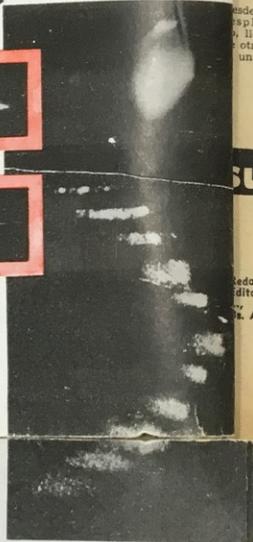
proyecto  
de plato volador

En Estados Unidos se ha iniciado la construcción de este modelo de plato volador:

- (1) Cabina del piloto
- (2) Tanques de combustible
- (3) Cabina de pasajeros
- (4) Eje de la turbina Central,
- (5) Rotores
- (6) Estabilizadores
- (7) Cámara de combustión
- (8) Tubo de escape
- (9) Salida del chorro de gases
- (10) Aspecto del chorro de gases en vuelo



ARRIBA: Fotografías de una puesta de sol, tomadas en Monte Hámilton, California. Bien puede suceder que el sol sea confundido con un plato volador por un observador desoso de notoriedad.  
A LA DERECHA: Platos voladores y nave madre, fotografiados cuidadosamente... en un laboratorio. Abundan trucos de este tipo.



modelo  
barato

Un inventor de la ciudad de Wolfsburg, la misma donde se fabrica el famoso Volkswagen, ha construido un plato volador de poco costo. El modelo tiene el diámetro de una rueda de bicicleta, una velocidad mínima de 10 km. por hora y máxima de 300. El inventor asegura que un prototipo de cinco metros de diámetro podría transportar cuatro personas y no costaría más de 1.500 dólares.



*¿Es éste el símbolo del futuro de la humanidad, o ésta podrá todavía elegir a tiempo un camino más seguro?*

REVISTA MENSUAL  
DE AVENTURAS  
APASIONANTES EN  
EL MUNDO DE LA  
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA  
PORTADA

Desde arriba, en un resplandor repentino, llega el misterio de otro mundo. ¿Será un comienzo... o el fin?

# sumario

Redacción y Administ.:  
Editorial Abril S. R.  
L., Av. Alem 884,  
Bz. As., Rep. Argentina

# más allá

DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

## los platos voladores ante la ciencia

- LOS PLATOS VOLADORES..... 12
- LOS FANTASMAS DEL RADAR... 57
- ¿USTED QUE OPINA?..... 83
- EXPLICACION CIENTIFICA DE ALGUNOS CASOS DE PLATOS VOLADORES 118

## los platos voladores en la fantasía

- Cuento italiano:  
● MENSAJERO INTERPLANETARIO, por Mary Latini ..... 32
- Cuento inglés:  
● USTEDS LOS POSEIDOS, por J. F. Burke ..... 60
- Cuento argentino:  
● 17 MONEDAS DE 20, por Claudio Paz 74
- Cuento americano:  
● FUGITIVOS DEL ESPACIO, por Murray Leinster ..... 120

## novela corta

- EL REGRESO, por Irving Cox Jr. ... 96

## aventuras de la mente

- EL FIN DEL MUNDO (V), por Kenneth Heuer ..... 44
- ESPACIOTEST ..... 58

## novedades cósmicas

- CORRESPONDENCIA: proyectiles dirigidos y respuestas científicas .... 84
- ESTADISTICAS DE MAS ALLA ..... 71
- PIONEROS ARGENTINOS DEL ESPACIO 94
- SIN APELACION ..... 168
- POLEMIZANDO EN LA ESTELA FULGURANTE (Editorial) ..... 10

polemizando



en la

LA diversidad de opiniones sobre hechos de la vida de todos los días tiene sus limitaciones. En política, los principios tienen que enfrentarse con las condiciones económicas y geográficas, con las tradiciones y las costumbres, y los programas partidarios, en la práctica, se amoldan a la realidad. En el campo científico, los contrastes se resuelven ante la demostración teórica o experimental. En el campo artístico, las divergencias de gustos personales terminan por desaparecer ante el juicio inapelable de la fama.

En las discusiones de cualquier tipo, en suma, la libertad de los contrincantes está limitada por las barreras infranqueables de lo material, del sentido común, de la opinión general, de los hechos concretos e inalterables.

En la fantasía científica, por el contrario, el pensamiento es ilimitadamente libre. La polémica es eterna. La fantasía científica es, esencialmente, una polémica inagotable. Es una visión revolucionaria de todo lo existente, es una dimensión imaginaria, es una proyección de lo irreal, la multiplicación infinita de lo imposible, una reacción dinámica ante cualquier limitación o frontera, es un partido de ajedrez con lo desconocido.

estela fulgurante

La fantasía científica es un deporte intelectual de los espíritus refinados. Pero a veces, como todas las cosas verdaderamente necesarias, se vuelve popular. Un ejemplo bien claro es el fenómeno de los platos voladores.

Más allá de todos los interrogantes, más allá de todas las dudas, de todos los pánicos y de todas las discusiones, queda un hecho de extraordinaria importancia: las polémicas sobre los platos voladores han acercado el mundo ambicioso de la fantasía científica a la esfera de interés del hombre común.

El plato volador es algo que puede ser. Y toda la fantasía científica es, en definitiva, algo que puede ser. Si admitimos (y no hay hombre cuerdo que pueda negarlo) que es apenas posible que los platos voladores existan, sin darnos cuenta hemos ingresado, por el camino más fácil, al campo de la fantasía científica: el campo ilimitado de lo posible.

Todos los privilegiados que pudieron observar platos voladores, han relatado que los vieron desaparecer en un destello de luz, en un relámpago repentino, empujados por una fuerza misteriosa, a velocidad incalculable, hasta un punto no precisado del Universo. Todos habrían deseado seguirlos, y en el instante en que la fulgurante aparición se per-

día en el cielo, la conciencia de su condición de hombres, capaces sólo de arrastrarse sobre la tierra, les habrá llenado el alma de desesperada humillación.

Para seguir la estela fugaz de los platos voladores, y para precederlos en la conquista de los espacios siderales, hacia el descubrimiento de los misterios del Cosmos, la fantasía científica nos brinda un medio eficaz: su eterno deseo de polemizar con lo imposible.

\* \*

Un aspecto típico de nuestra era es la necesidad práctica y espiritual de medirlo todo. El hombre produce, y le interesa saber cuánto produce; el niño crece, y los padres lo miden a intervalos regulares; el hombre de negocios escribe cartas, viaja, discute, y el resultado de sus esfuerzos resulta en un balance. Las estadísticas son el resultado de nuestras actividades pasadas, y el punto de partida de nuestras actividades futuras. Nosotros también hemos medido la estatura de MÁS ALLÁ, al cumplir dos años, y hemos sacado cuentas (pág. 71). Nos parece que, en conjunto, el balance cuadra, y que en dos años hemos repartido una cantidad de dividendos literarios a nuestros lectores.



La cuestión de si existen o no los Platos Voladores tiene una importancia tremenda, mucho más trascendente de lo que permite sospechar el tono ligero, fácilmente sensacionalista, con que la prensa de todo el mundo suele tratar cuanto a ellos se refiere. Porque, si se confirmara la existencia en nuestra atmósfera de los llamados Platos Voladores, y descartada, como veremos más adelante, la posibilidad de que sean de origen terrestre, ello significaría que, en estos momentos, se está produciendo en la Tierra un fenómeno de proyecciones incalculables: la llegada, procedente de algún otro planeta, de una nueva especie animal dotada de inteligencia.

La primera aparición en la Tierra de la inteligencia, hecho que se produjo con el surgimiento del hombre, fué un fenómeno biológico de importancia tal que sólo permite comparación con el asalto de la tierra firme por los primeros animales anfibios, o con el crecimiento del primer organismo vegetal capaz de aprovechar la energía solar. La llegada de una especie

# los platos

# voladores

inteligente proveniente del fondo de los abismos siderales, y dotadas de facultades y poderes absolutamente inimaginables por ahora, representaría, pues, de producirse, una revolución biológica análoga, equiparable sólo a los más profundos cambios operados en la vida terrestre. El hombre quedaría automáticamente desplazado de su altiva posición de "Rey de la Creación"; pasaría a ocupar no sabemos qué posición secundaria: quizá sobreviviera como animal doméstico del nuevo señor de la Tierra, o quizá fuera perseguido y acosado como la más dañina de las alimañas. O, tal vez, le fuera permitido seguir con sus locuras y sus luchas, tal como ahora el hombre abandona a su suerte a los leones de las sabanas africanas. O, ¿por qué no?, quizá viera resueltos de una vez, por obra de inteligencias mucho más poderosas que la suya, todos sus enigmas, aquietadas todas sus angustias, disipados todos sus miedos...

Los Platos Voladores son, pues, asunto de primerísima importancia: en

este artículo nos proponemos estudiar los hechos que han creado su leyenda, y examinar, sin prejuicio y sin pasión, las diversas teorías que los explican, desde las que los reducen a meras ilusiones ópticas, hasta aquellas que llegan a discutir de qué planeta provienen. El lector sabrá así a qué atenerse sobre este apasionante enigma, el más cargado de posibles consecuencias que jamás se cruzó en el destino del hombre...

"PARECÍAN PLATOS QUE VOLARAN..."

VEAMOS cómo se originó esta para unos monstruosa fábula y, para otros, inquietante antesala de acontecimientos portentosos:

El 24 de junio de 1947, Kenneth Arnold, hombre de negocios y experto piloto, habituado a manejar desde hace años su propio avión, volaba hacia Yakima, en el estado de Washington, cuando, sobre los elevados picachos de las Rocallosas, avistó nueve extraños objetos que se desplazaban en perfecta formación en V, a una velocidad total-



mente desusada para la época: tomándose como referencias los nevados picos que conocía a fondo, Arnold estimó que los misteriosos aparatos se desplazaban a unos 2.500 km. por hora. Durante dos minutos pudo seguir el vuelo de la formación: la manera en que volaban, con bruscos cambios de rumbos y súbitas aceleraciones, era como para suponer que el jefe de la escuadrilla no estaba en su sano juicio. Pero lo más raro de todo era la forma de los aparatos: unos discos chatos, de borde perfectamente circular...

Cuando llegó al aeródromo, Arnold declaró:

"Volaban a gran altura, por sobre los picos más elevados... Tenían forma de sartén sin mango, o, mejor, de platos que volaran... La superficie reflejaba el sol como lo hubiera hecho un espejo; eran grandes, tan grandes como bombarderos pesados..."

La declaración, por venir de un hombre acostumbrado a volar y de sólida reputación de seriedad, hizo impacto en los periodistas. La comparación con los platos llamó la atención, y los misteriosos objetos quedaron bautizados: los Platos Voladores habían nacido al conocimiento público.

#### ¿ACCIDENTE, O COMBATE INTERPLANETARIO?

Muy pronto nuevas observaciones, análogas a la efectuada por Arnold, requirieron la atención de los periódicos que, a partir de entonces, en muy contadas ocasiones carecieron de noticias sobre los sorprendentes objetos. Pero habrían de transcurrir más de seis meses hasta que ocurriera el incidente que realmente sacudió en forma extraordinaria la atención del público del mundo entero:

El 7 de enero de 1948 fué avistado sobre el aeródromo de Godman un aparato redondo, de más de 70 m. de

diámetro. Todo el personal del aeropuerto pudo observar el fantástico objeto; tres cazas, que en ese momento llegaban dispuestos a aterrizar, recibieron orden de entrar en contacto con el extraño intruso. La pequeña escuadrilla, al mando del Capitán Manell, un veterano piloto de guerra, emprendió en seguida la persecución. Pero el Plato Volador, apenas se acercaron, empezó a alejarse a una velocidad casi igual a la que traían los cazas, unos 500 km. por hora. La persecución duró más de media hora, hasta que el Plato Volador empezó a ascender; a los 5.000 metros de altura el avión de Mantell se perdió de vista entre las nubes, y sus compañeros abandonaron la caza. Manteniéndose en contacto con la base, Mantell informó que continuaba subiendo, aunque ya veía que le sería difícil alcanzar al Plato Volador: "Si no consigo acercarme tendré que abandonar la persecución a los 6.000 m., porque no tengo máscara de oxígeno. Lo que estoy persiguiendo tiene un tamaño aterrador..." No volvió a oírse ningún otro mensaje suyo: horas después los restos del aparato de Mantell eran encontrados dispersos en un radio de varios kilómetros; era como si el caza se hubiera desintegrado en pleno vuelo...

#### LOS PLATOS VOLADORES, A LA CONQUISTA DEL MUNDO

Es fácil imaginar la conmoción que esto causó: de un día para otro los Platos Voladores pasaron a ser la nota sensacional en los diarios de todo el mundo, y desde ya quedó desencadenada la enconada polémica entre los que afirman la existencia de los Platos Voladores y quienes la niegan de plano, alimentada sin cesar por nuevas apariciones de los intrigantes aparatos. Estas apariciones han continuado registrándose hasta el día de hoy; a más

de siete años de la observación de Arnold ya se han notado más de 30.000 apariciones de Platos Voladores en todo el mundo, pues los sorprendentes objetos no han dejado rincón sin visitar: hasta en la Antártida han sido señalados por una expedición chilena.

El 24 de julio de 1948 hubo un nuevo encuentro entre un avión y un Plato Volador; esta vez, felizmente, sin consecuencias trágicas. Los pilotos de un DC3, Chiles y Whitted, volando sobre Montgomery, (Alabama), vieron delante de su aparato una máquina enorme, parecida a un gigantesco cigarró de unos 50 m. de largo y de un diámetro casi el doble de la envergadura de un B29; el "Cigarro", que volaba a enorme velocidad, de pronto cambió de rumbo y picó en línea recta hacia el DC3. Por suerte Chiles pudo eludir la embestida: el "Cigarro", silencioso como un fantasma, les pasó a menos de 50 m., y velozmente se alejó hasta desaparecer.

Otro "Cigarro" apareció ese mismo año, pero ahora el autor de la observación no fué un piloto, sino nada menos que Charles Tombaugh, el célebre astrónomo descubridor del planeta Plutón. Estaba el sabio fuera de su casa, con su mujer y su hija, cuando, de pronto, un objeto "mucho más rápido que cualquier avión, pero bastante más lento que un meteorito", atravesó el cielo en el más profundo silencio: era de forma ovalada, y emitía un resplandor por la parte posterior; cinco o seis "ojos de buey" brillaban cerca de la nariz. "Nunca", declaró Tombaugh, "en los miles de noches que he pasado

observando el cielo, he visto nada semejante..."

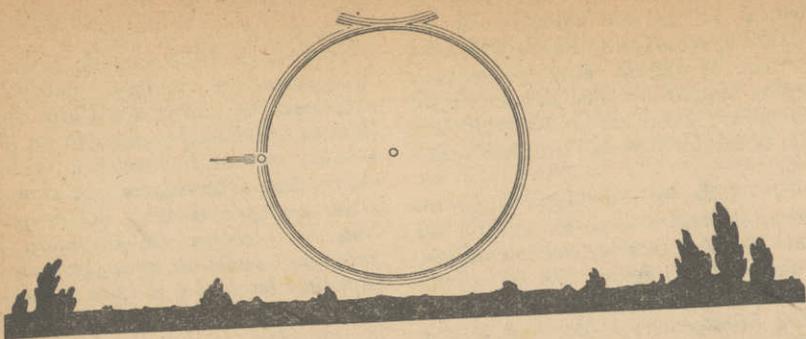
A fines de 1952, cuando se hacían los preparativos para lanzar una V2 en el campo de ensayo de White Sands (Nueva México), fué avistado un plato volador que evolucionaba a mediana altura. Los observadores que se apresuraban a seguir el curso del proyectil, bajo la dirección del ingeniero Mc Laughlin, pudieron controlar con los teodolitos las idas y venidas de la misteriosa máquina: lograron así calcular la velocidad de sus desplazamientos, que arrojó la asombrosa cifra de 28.000 kilómetros por hora.

Otra observación sensacional fué hecha por la tripulación de un B29 que volaba sobre el golfo de México en diciembre de 1952, año muy favorecido por los Platos Voladores: a unos 3.000 m. de altura vieron por las ventanillas y, a la vez, en las tres pantallas del radar, varios grupos de Platos Voladores que, volando a más de 8.000 kilómetros por hora se dirigían hacia un enorme objeto, detectado sólo por el radar; a esa fantástica velocidad llegaron hasta el gigante y desaparecieron, como si hubieran penetrado dentro. Cuando no quedó ningún Plato Volador afuera, el coloso se alejó a increíble velocidad: 14.000 km... Era evidente, declararon los aviadores, que el "mastodonte" era una nave madre, encargada de transportar en su seno a las naves menores...

En extremo curiosa resultó también la aparición registrada en Oloron, en los bajos Pirineos: profesores y personal administrativo del Colegio vieron un gran cilindro que se desplazaba lenta-

#### Lo dijo un técnico oficial...

"Los platos voladores morirán de muerte natural, como tantas otras cosas." ALBERTO CHOP, del Servicio de Prensa de la Fuerza Aérea de Estados Unidos.



El Sol rodeado de un halo. A su izquierda un falso Sol, que a veces llega a tener el aspecto de un cucurucho con su extremo de color rojo. Tal fué el caso del plato observado en la Base Aérea de Goldman.

mente por el cielo. Ya casi en el cenit, dejó escapar de pronto una cantidad de discos menores, que se alejaron volando de a pares, dando la impresión de estar sujetos entre sí por relámpagos blanquecinos, semejantes a los que produciría una descarga eléctrica. Estos objetos menores, Platos Voladores evidentemente, dejaron tras sí una especie de condensación, algo así como copos filamentosos que caían lentamente a tierra; algunos quedaron prendidos de los hilos telefónicos y de las ramas de los árboles. Desgraciadamente ninguno de estos "hilos" pudo ser recogido para su análisis: en seguida se alteraban, volatilizándose.

En agosto de 1953 los habitantes de la vasta zona comprendida por el Jura, la Cote-d'Or y la Saône-Loire pudieron presenciar algo más extraño todavía: un objeto cilíndrico, inmensamente grande, que se quedó prácticamente inmóvil sobre el mismo lugar (Trugny), a gran altura, durante más de doce horas y media. Su diámetro mayor fué calculado en unos mil metros. . . Como contraste, citamos el plato perseguido por el teniente Gorman durante más de media hora: tenía un

diámetro de unos veinte centímetros. . .

El cielo del condado de Kent (Inglaterra) fué surcado a fines de 1953 por un gigantesco Plato Volador que se entregó a toda clase de observaciones; fué observado desde varios aeródromos con radar y a ojo desnudo. Hasta aquí no había hecho nada extraordinario, pero, cuando se alejó, al cruzarse con un avión de caza dejó en el piloto un recuerdo imborrable: el motor del caza empezó a fallar, y la brújula se puso a girar enloquecida hasta que el Plato Volador hubo desaparecido.

Un ingeniero, Paul Paulin, logró en París un valioso testimonio gráfico: a las 3,45 de la madrugada advirtió en el cielo un resplandor; lo atribuyó al faro de la Torre Eiffel, pero en seguida comprendió su error: el haz del faro siguió rotando, recorriendo el cielo con su dedo luminoso, mientras el resplandor se inmovilizaba entre la Torre Eiffel y el Parc des Expositions. Paulin instaló su aparato fotográfico, diafragmó a 3.5 y dió dos minutos de exposición. Durante este tiempo el objeto que irradiaba el resplandor dió un breve salto, para volver a inmovi-

lizarse otra vez. Poco después de que Paulin obtuviera su fotografía, la "cosa" aceleró y desapareció a gran velocidad. (Ver ilustración)

La lista de apariciones de Platos Voladores podría prolongarse hasta ocupar varios gruesos tomos; no sólo porque, como ya dijimos, su número asciende a muchos millares, sino también porque, recorriendo la cronología hacia atrás, desde el ya histórico año de 1947, encontramos que en innumerables ocasiones se han registrado en el pasado fenómenos que, de producirse hoy, serían considerados como apariciones de Platos Voladores.

En ese caso estarían las esferas luminosas avistadas por muchos pilotos durante la última guerra, atribuidas entonces a armas secretas del enemigo; el disco plateado que, al comenzar la guerra de Etiopía, se mantuvo durante horas sobre Addis-Abbeba; los innumerables discos, esferas ardientes, bolas de fuego, etc., que mencionan las crónicas durante todo el siglo XIX. Del mismo orden serían, por ejemplo, los "carousels" luminosos y las cabelleras de fuego observadas por los jesuitas sobre Quebec (Canadá), en el siglo XVII y, para remontarnos de una vez al fondo de la historia, la rueda de fuego que el profeta Ezequiel vió girar en el cielo. . .

#### ANATOMÍA Y FISIOLÓGIA

A la luz de las observaciones resumidas más arriba, trataremos de dilucidar ahora cómo son los Platos Voladores, cuáles son sus características más salientes:

Forma: La más comúnmente observada es la discoidal tal como lo describiera Arnold. Menos frecuente, pero no rara, es la forma cilíndrica, que corresponde a los llamados "Cigarros". Pero, en concreto, es forzoso admitir una cosa: a pesar de los millares de

observaciones registradas, no hay ninguna descripción satisfactoria, bien precisa, sobre la forma de los Platos Voladores.

Dimensiones: La variedad es enorme: desde el pequeño disco de Gorman (20 cm. de diámetro) hasta el monstruo de Trugny, la gama es infinita; pero del examen de la estadística se desprende que el tamaño "standard" parece ser los 20-30 m. de diámetro.

Inmaterialidad: Este es uno de los rasgos distintivos de todos los fenómenos que se agrupan bajo el denominador común de Platos Voladores. Los discos y los "Cigarros", aunque aparentemente tangibles a veces, parecen no tener ni peso ni inercia; no tienen dificultad alguna para vencer la resistencia del aire. Fugitivas, vagas, las apariciones sólo ofrecen trazos generales, casi sin ningún detalle.

Velocidad: Aquí también la variedad es grandísima: algunos Platos Voladores se desplazan muy lentamente, e incluso los ha habido que llegaron a permanecer inmóviles durante largo tiempo (doce horas y media en un caso extremo); otros, por el contrario, son capaces de llegar en poquísimos segundos a velocidades hasta hoy totalmente vedadas al hombre: 20.000 Km. por hora es el "record": Esta velocidad fué calculada por McLaughlin y sus colaboradores, en inmejorables condiciones de observación y con el instrumental adecuado.

Maniobrabilidad: La mayoría de los Platos Voladores se comportan como si no tuvieran parte delantera o posterior: son capaces de retroceder y de virar en ángulos tales que ésta ha sido una de las características que más llamaron la atención de todos los observadores; además, se comportan como si no tuvieran inercia, resistiendo perfectamente las tremendas fuerzas tangenciales producidas por los bruscos cambios de dirección. Por otra parte, en los en-

cuentros con aviones, las evoluciones de los Platos Voladores parecen ser siempre dirigidas por alguna forma superior de inteligencia capaz de reflejos extraordinariamente rápidos.

**Luminosidad:** Todos los fenómenos observados son luminosos: reflejan la luz solar como lo haría cualquier espejo; irradian además luz propia, que puede ser de diferentes colores: blanquecino, azul, verde, anaranjado. Esta luminosidad hace pensar en alguna forma de combustión a muy alta temperatura; también puede deberse, desde luego, al altísimo calor engendrado por el roce con el aire a las fantásticas velocidades con que los Platos Voladores suelen moverse. Esta luminosidad forma como un halo en torno a los Platos Voladores discoidales; en los "Cigarros" se concentra siempre en la "cola", en una especie de estela de luz dirigida siempre en sentido contrario al de la marcha.

**Silencio:** He aquí uno de los pocos rasgos comunes: prácticamente todos los Platos Voladores, observados han surcado la atmósfera en el silencio más absoluto; nunca, ni aún cuando fuera a velocidad muchas veces superiores a la del sonido, se ha registrado ruido alguno a su paso: ni siquiera se han oído las explosiones comunes en los cazas a chorro cuando franquean la barrera del sonido.

**RESUMIENDO,** las características más o menos comunes de los Platos Voladores son: luminosidad; coloración cambiante; velocidad variable desde cero hasta decenas de miles de km. por hora; tremenda capacidad de aceleración, lo que les permite pasar casi instantáneamente de la inmovilidad absoluta a velocidades supersónicas; forma discoidal o cilíndrica; increíble agilidad de maniobra, que le permite los virajes y los giros más absurdos; avance absolutamente silencioso.

## FRAUDE VS. AMENAZA

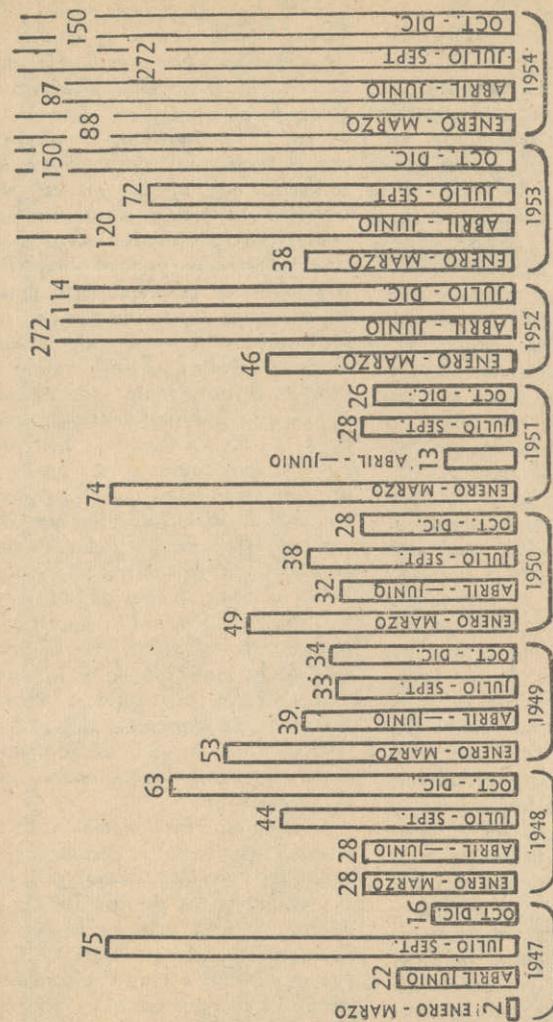
**Y**a hemos tratado de ver cómo son los Platos Voladores. Veamos ahora cómo se los interpreta.

La primera explicación que se dió, y la que aún hoy, a pesar de los años transcurridos, persiste en el ánimo de mucha gente, es ésta: "Los Platos Voladores son un resultado de la historia de posguerra; se trata de un fenómeno de alucinación colectiva". Otros, mal pensados, aventuran incrédulos: "Son un "bluff" de los diarios, que ya no saben qué hacer para atraer lectores". A esta opinión, desde luego, han contribuido los mismos periódicos, dispuestos la mayoría de ellos a publicar cualquier noticia, por disparatada que sea.

El simple análisis del resumen de observaciones que hemos hecho más arriba destruye sin apelación estas "explicaciones". Algunos de los observadores eran aviadores expertos, casi todos veteranos de la guerra y, por lo tanto, muy poco propensos a sufrir alucinaciones; es absurdo creer, por otra parte, que ingenieros especializados o astrónomos con reputación científica bien asentada y acostumbrados al frío análisis de hechos concretos, fueran víctimas de alucinaciones o se prestaran a cualquier clase de "bluff" periodístico.

Entonces, preguntará el lector, ¿en todo esto de los Platos Voladores hay algo de verdad? Quienes han afirmado verlos ¿los han visto realmente? ¿O es un fruto de la imaginación?

Exactamente, les respondemos. Por la calidad de muchos de los observadores, y por las circunstancias que han rodeado a muchas apariciones (observación simultánea por personas separadas por grandes distancias; en ciertos casos examen "a ojo desnudo" y a la vez, con radar; etc.) puede afirmarse en forma terminante que, en muchos casos, los observadores no han mentido



La frecuencia con que han sido observados los platos voladores no registra ningún tipo de regularidad. La característica más destacada de este diagrama es el enorme salto de junio de 1947, y el aumento cada vez más empinado de estos últimos años.

ni exagerado nada: que realmente han visto "algo".

Dando por sentado que los observadores no mintieron, que vieron "algo", surge en seguida la gran cuestión: ¿qué fué ese "algo"?

Veamos las distintas interpretaciones:

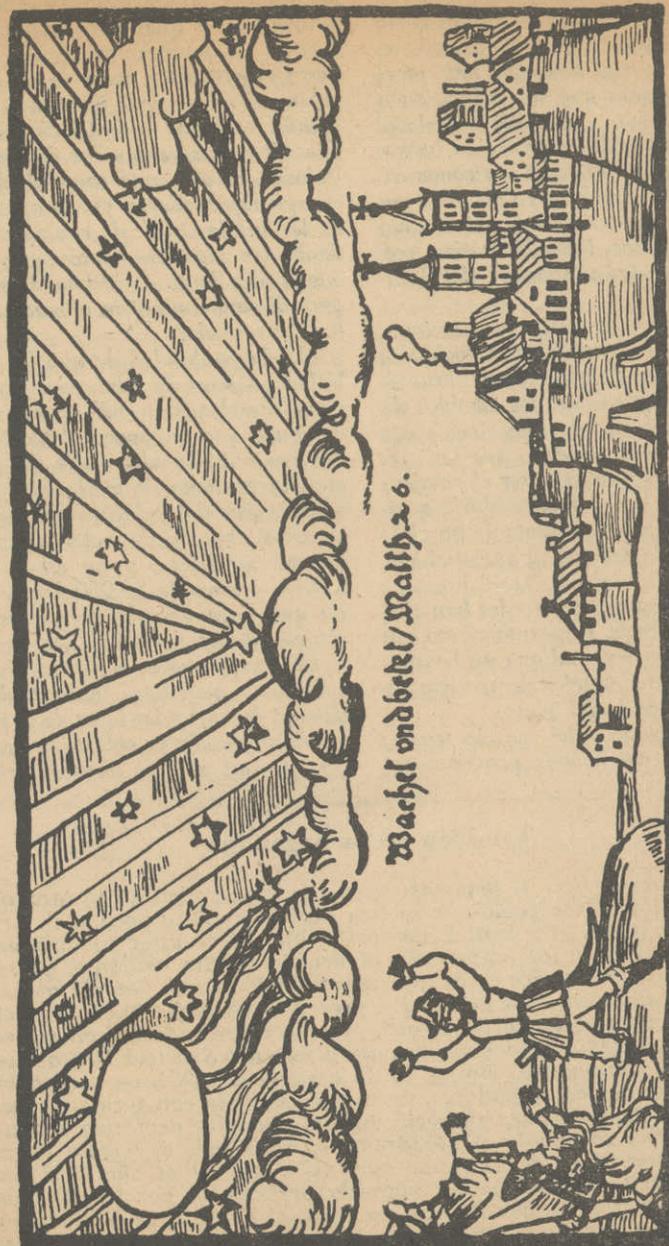
Según los técnicos del ATIC (Air Technical Intelligence Center) los observadores no han visto nada extraordinario; se trataría simplemente, en la mayoría de los casos, de globos sonda, de los utilizados por los meteorólogos para estudiar la alta atmósfera (fabricados de un material plástico, polietileno, se remontan a más de 30.000 metros de altura, donde asumen proporciones extraordinarias: más de 60 metros de alto por 40 de ancho; brillan al sol como si fueran de plata y al amanecer o al caer la tarde pueden pasar, como las nubes, por todos los colores del espectro; además, por volar tan alto, siguen recibiendo luz solar cuando ya la tierra debajo está envuelta por las tinieblas de la noche; el desplazamiento de las nubes puede dar la falsa idea, como ocurre a menudo con la Luna, de que se mueven a gran velocidad; en otros casos se trataría sencillamente de meteoritos, de falsos soles (la reflexión de los rayos solares en los microscópicos cristales de hielo presentes a menudo en la alta atmósfera, puede hacer "ver" un falso sol a cierta distancia del verdadero), fenómenos de espejismo (reflexiones y refracciones de la luz del sol al atravesar capas de aire de diferentes temperatura), de bandadas de pájaros volando muy alto, de aviones evolucionando en la estratósfera, de objetos muy livianos (por lo común papeles) arrastrados hacia lo alto por corrientes ascendentes, de mistificaciones o bromas, etcétera, etcétera... En un informe de ATIC resumía así los resultados de los estudios efectuados sobre todos los casos registrados de Platos

Voladores: de cien casos, 70 reciben una explicación lógica, convincente; 20 deben ser descartados por haber sido mal observados, y 10 quedan sin explicación satisfactoria.

Esta interpretación oficial de los Platos Voladores cuenta con el apoyo de acreditados hombres de ciencia; uno de ellos, el doctor Donald Menzel, profesor de astrofísica en Harvard, publicó en 1953 un libro \*, muy valioso por el acopio de información y las enseñanzas que ofrece, en el que demuestra en forma altamente convincente que la inmensa mayoría de los casos observados pueden ser atribuidos a fenómenos perfectamente naturales. La moraleja de su libro es que el cielo, que para el hombre de la calle no tiene otra cosa que azul, viento y nubes, es infinitamente más complicado de lo que habitualmente se cree; las capas de aire a diferente temperatura, el agua que contiene, sea en la forma de diminutas gotas o de microscópicos cristales de hielo, el polvo atmosférico, presente siempre en todas partes, los meteoros que lo surcan, hacen del cielo un complicadísimo objeto de investigación, cuyo estudio científico, impulsado recién ahora por las exigencias de la meteorología y la aviación, data de muy pocos años: es mucho lo que todavía ignoramos del cielo para preocuparnos porque no podamos explicar algunos de los fenómenos que en él se registran.

Contra esta interpretación se alzan diversos escritores y periodistas, que, buscando y explotando con gran habilidad polémica los puntos débiles de la opinión "oficial", hacen hincapié precisamente en ese 10 ó 20 % de casos que se resisten a toda explicación simplista. El margen de casos no explicados, dicen ellos, es demasiado grande para que podamos sentirnos tranquilos.

\* "Flying Saucers", Harvard University Press, Cambridge, 1953.



Reproducción de una Aurora Boreal en Rothenburg, Alemania. La forma oval de la izquierda sugiere que la ilustración se refiere a un plato similar al de 1882. La inscripción Bíblica dice "Observa y reza" (Mateo 26:41).

Por no alarmar a la población, afirman, los intérpretes oficiales descartan como despreciable ese 10 ó 20 % de casos no explicados, y sin embargo hay otras dos explicaciones que los reducirían a cero. Helas aquí: 1) Los Platos Voladores son aparatos de construcción humana; serían armas secretas norteamericanas o rusas. 2) Los Platos Voladores son aparatos de construcción extrahumana; serían vehículos interplanetarios procedentes de algún lugar X del Universo.

La primera de estas explicaciones resiste poco: las fantásticas velocidades de los Platos Voladores, sus bruscas aceleraciones y sus súbitos cambios de dirección, son totalmente incompatibles con la posibilidad de que los conduzcan pilotos humanos; ser el pasajero de un Plato Volador equivaldría a recibir en el pecho el impacto de un obús del 1380 cada vez que el aparato hiciera una de esas violentas maniobras que tantos observadores calificados han presenciado. Además, el calentamiento con el roce del aire sería tal que un hombre no podría durar mucho tiempo con vida en el interior del plato.

Por otra parte, ¿qué sentido tendría que rusos o americanos pasearan por

todo el mundo sus armas secretas, exponiéndose a que, por cualquier accidente, se precipitaran alguna vez a tierra y cayeran en poder de algún otro gobierno? ¿Para qué ponerse a espiar plantas atómicas o instalaciones militares desde las ventanillas de un Plato Volador, cuando está comprobado que el espionaje moderno puede apoderarse de la "inside story" de cualquier cosa, desde los más obedientes proyectiles teleguiados hasta el último dispositivo para disparar un cañón atómico que se haya inventado?

No; la posibilidad de que los Platos Voladores sean de fabricación humana no resiste al menor análisis; ni aún suponiendo que la capacidad técnica del hombre hubiera adelantado de pronto en una veintena de años sería posible admitir que el hombre pueda construir aparatos capaces de volar dentro de nuestra atmósfera, y no en la estratosfera, a cerca de 30.000 km. por hora; que haya descubierto ya las aleaciones capaces de resistir las tensiones y las temperaturas implícitas en esta velocidad; que haya encontrado un sistema de burlar las leyes de la inercia y, encontrándole ya aplicación práctica, sin que en ningún centro científico

### También en la Argentina

EN nuestro país, si tenemos en cuenta la vastedad de su territorio, los platos voladores se han hecho ver muy poco. La Argentina, y con ella toda Sudamérica, no parece estar todavía en el programa de los misteriosos observadores. Sin embargo, ya se han registrado varios casos interesantísimos. El más notable quizá, por la calidad técnica de los que presenciaron el fenómeno, fué el del aeropuerto de Córdoba: allí, Marcos Guerci, doctor en matemáticas, ingeniero en meteorología y jefe del Servicio Meteorológico del Aeropuerto, vió, el 26 de octubre de 1954, en compañía de varios de sus operadores, un cigarro volante con forma de bumerana. Poco después apareció un plato volador de forma redondeada, que sobrevoló el aeródromo durante más de media hora. No sería nada de extrañar que, así como en el año 1952 los platos voladores mostraron marcada preferencia por los Estados Unidos, y en 1954, por Europa, en especial Francia, se inclinen en 1955 por hacerse ver mucho más frecuentemente en nuestro cielo.

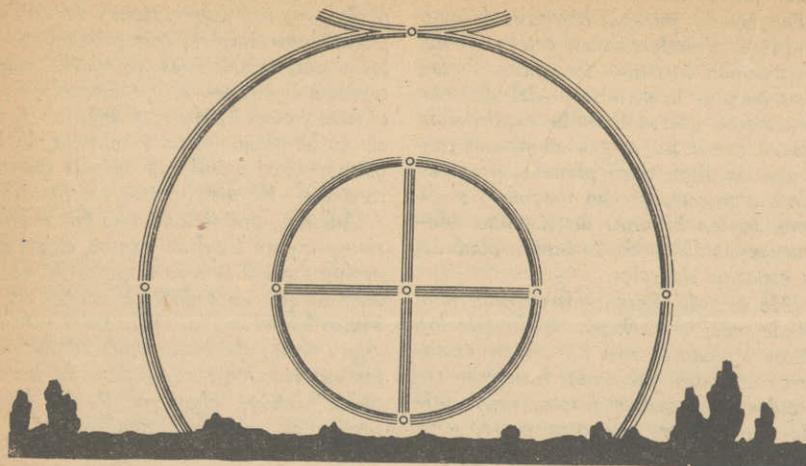
del mundo se hubiera barruntado siquiera alguna sospecha de lo que se estaba haciendo.

Descartada, pues, la hipótesis de que los Platos Voladores sean artefactos de construcción humana. Entonces, forzoso es aceptar la otra rama del dilema: los autores que niegan la explicación "oficial", son de origen extraterrestre; vienen de algún otro planeta, perteneciente a nuestro propio sistema o a alguno de los billones de sistemas planetarios perdidos en la inmensidad de los espacios siderales.

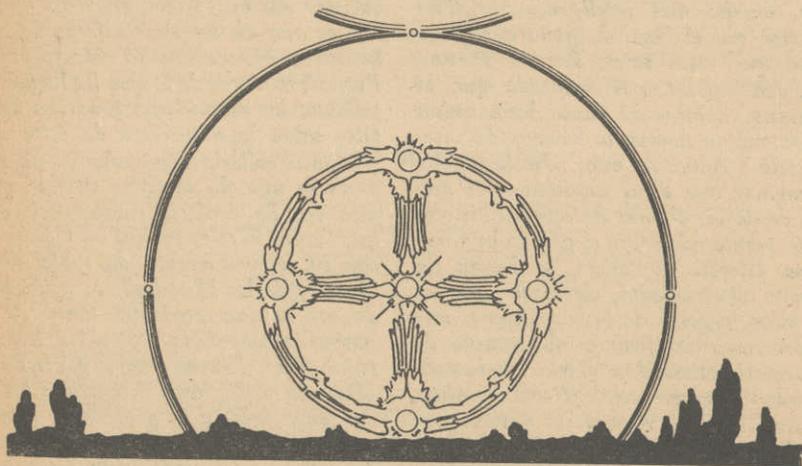
¿No es más lógico, más natural, más simple, aceptar la hipótesis de que los Platos Voladores son de origen extraterrestre, antes que andar buscando retorcidos argumentos físicos, muy difíciles de probar, por otra parte, para explicar los fenómenos que tantos y tan calificados observadores han visto? No hay ninguna razón lógica que impida creer que, en algún otro planeta con condiciones de vida semejante a las imperantes en la Tierra, se haya desarrollado una especie de seres inteligentes, mucho más inteligentes, posiblemente, que el hombre; ¿tendría algo de raro que estos seres, dueños de una técnica mucho más avanzada que la nuestra, dominaran desde hace quién sabe cuánto tiempo la navegación interestelar? Admitido esto, ¿cuesta mucho imaginar que estos superanimales que ya desde los albores de nuestra historia han mantenido sobre el género humano una discreta vigilancia, se hayan resuelto últimamente, alarmados por los súbitos fulgores de las explosiones atómicas, a intensificar la observación de nuestras actividades? ¿No es menos absurdo suponer esto, dicen Keyhoe, Acard, Guieu, Ayme, los autores que más se han ocupado del problema que creer que el capitán Mantell perdió la vida por lanzar su aparato hacia arriba, hacia alturas para las que no estaba equipado, en la persecución trágicamente

te estúpida y vana de un falso sol? ¿Para qué retorcer la atmósfera, convirtiéndola en un monstruoso taller de óptica, en un ciego intento de dar explicaciones simples, tranquilizadoras, a las tantas apariciones de platos, registradas a la vez por el ojo desnudo y por el radar, cuando ahí está, bien al alcance de la mano, clara y sencilla, la hipótesis que postula el origen extraterrestre de los alucinantes artefactos?

Además, por si todo esto fuera poco, siempre para Keyhoe y otros, existe una prueba, quizá la más importante de todas, de que en todo este asunto de los Platos Voladores hay algo muy extraño, algo que ha alarmado profundamente a las autoridades aeronáuticas de los Estados Unidos, algo que les ha hecho temer el desencadenamiento de un pánico nacional de resultados catastróficos. Esta prueba es, precisamente, la reticencia, la ambigüedad, el mal disimulado temor con que los técnicos oficiales se expidieron siempre respecto a los Platos Voladores. La única explicación para tantos rodeos, para tantas vacilaciones en los comunicados oficiales, es que en las altas esferas del gobierno se conoce mucho más sobre los Platos Voladores de lo que ha llegado al público; las autoridades tendrían datos tales sobre la naturaleza de éstos que prefieren callarlos, disimularlos, para no provocar una ola de terror similar, pero esta vez de carácter continental, a la que Orson Welles suscitó en California con su célebre adaptación radial de la "Guerra de los Mundos"... ¿Qué puede ser lo que preocupa tanto al gobierno norteamericano? ¿Un invento ruso? ¡No! ¡En ese caso el gobierno no ocultaría nada, antes exageraría las cosas para llevar a la gente a la psicosis necesaria para oponérsele con éxito! Entonces, ¿qué explicación dar a tanto misterio, a todo ese bizantinismo oficial? La clave de todo estaría en el comunicado del 27 de abril de 1949,



Dibujo esquemático de soles y falsos halos asociados, prototipo de las ruedas de Ezequiel.



Interpretación de un fenómeno según Ezequiel: cuatro ángeles alados.

donde la Air Force dijo, en un documento entregado a la prensa: "La posible existencia de alguna especie de animales extraterrestres ha sido remotamente considerada, puesto que muchos de los objetos descritos (Platos Voladores) actúan más como animales extraterrestres que como cualquier otra cosa. Sin embargo, existen pocos informes convincentes sobre animales extraterrestres".

"¿Pocos informes convincentes sobre animales extraterrestres?" ¡Con uno sólo basta! ¿Para qué quieren más? ¿No es esa frase la admisión inequívoca de que la "Air Force" ya sabe algo, que ya tiene en su poder pruebas de tal índole que es preferible ocultarlas al público para no asustarlo?

De todo esto Keyhoe y sus seguidores concluyen: no puede dudarse ya de que los Platos Voladores vienen de otro planeta, posiblemente transportados a través de los espacios cósmicos por gigantescas naves madres que los liberarían en las proximidades de la Tierra; ésta es la única explicación posible a ese 10 ó 20 % de "casos inexplicables" que señala el ATIC, y, también, a ese mal disimulado temor de los técnicos oficiales que en su esfuerzo por ocultar algo temible, están consiguiendo precisamente, el efecto contrario. Sería mucho mejor hablar francamente al público para que sepa a qué atenerse y esté en condiciones de reaccionar en forma adecuada cuando se haga realidad el acontecimiento que tarde o temprano tendrá que producirse (si no se ha efectuado ya): el primer aterrizaje de un Plato Volador.

#### LA POLÉMICA RECRUDECE

**P**ERO los técnicos oficiales no se duermen, y últimamente han vuelto a la carga. Y lo han hecho con argumentos de gran peso.

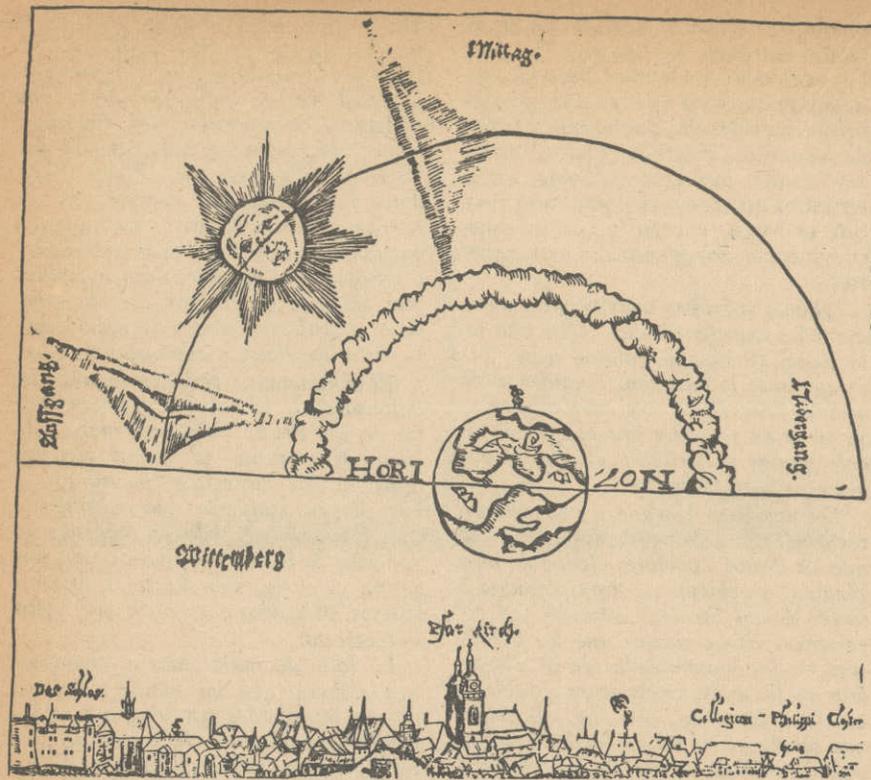
Desde la observación de Arnold han

transcurrido poco más de siete años; sin embargo, nunca han podido ser recogidos ni un solo objeto, o alguna partícula al menos, compuesto de alguna sustancia desconocida; (las investigaciones efectuadas en cada caso de pretendidos fragmentos de Platos Voladores han terminado siempre con un resultado único: fraude). En ninguna ocasión han sido detectadas radiaciones o emanaciones de naturaleza inexplicable; tampoco en ningún caso han podido ser captadas ondas de radio destinadas a los Platos o emanadas de ellos.

El contraataque viene en seguida; los defensores de la naturaleza extraterrestre de los Platos Voladores niegan de plano que nunca se hayan recogido restos de las misteriosas máquinas; es más, llegan a afirmar que el gobierno norteamericano guarda celosamente no ya restos de Platos Voladores estrellados contra el suelo, sino Platos Voladores enteros, obligados a aterrizar por algún desperfecto.

La falta de radiaciones o emanaciones probaría que los Platos Voladores no son impulsados por ninguno de los sistemas conocidos; de acuerdo, dice Keyhoe: pero, ¿por qué razón los Platos Voladores tendrían que emitir radiaciones o despedir emanaciones? Si vienen de otro planeta, lo más probable es que se impulsen por medios insospechados para nosotros. Tampoco la falta de señales de radio prueba nada para Keyhoe: es bien sencillo imaginar que los Platos Voladores han de comunicarse entre sí por algún método en el cual no entren para nada las ondas radiales. (¿Telepatía? ¿O por medio de ondas no descubiertas aún por el hombre?)

Si realmente los Platos Voladores fueran objetos sólidos, insisten los técnicos de la Air Force, ¿cómo se las arreglan para desplazarse a través de la atmósfera sin emitir ni siquiera el más leve rumor? ¿Por qué en ninguna ocasión se han oído, cuando aceleraron



Soles falsos observados en Wittenberg, Alemania, en 1556.

para escapar, por ejemplo, las fuertes explosiones que suelen producirse cuando los aviones franquean la barrera del sonido?

El impacto parece serio, pero el adversario asimila bien el golpe: es muy posible, dice Guieu, uno de los seguidores de Keyhoe, que los Platos Voladores se desplacen en el seno de "campos de fuerza" que, por afectar a la vez los alrededores del plato, permitirían a éste desplazarse en el más completo silencio, como si se moviesen dentro de una burbuja de aire; este "colchón" de aire impediría además que

la fricción funda el aparato. Estos "campos de fuerza" serían creados, según Plantier, el oficial del ejército francés autor de la teoría por la utilización de los rayos cósmicos, "condensaciones de energía que alcanzarían la enorme cifra de 1016 electrones voltios, o sea alrededor de 100.000 veces la energía que podría obtenerse de la sublimación completa e irrealizable del núcleo de uranio".

Con semejante sistema de propulsión, los Platos Voladores no tendrían necesidad de reabastecerse nunca, pues los rayos cósmicos existen en todo el

Universo y, además, podrían burlarse a placer de todas las leyes de la inercia, pudiendo hacer los virajes más caprichosos que a sus pilotos se les ocurriesen; por último, esta propulsión "a campo de fuerza" no encerraría peligro alguno para el piloto: cada partícula de su cuerpo estaría sometida también a la acción del campo, de modo que la más cerrada de las vueltas no le acarrearía ningún inconveniente. Por hipotética que sea, la idea de Plantier, dice Guieu, explica en forma plausible por qué los Platos Voladores son capaces de tan estupendos récords de velocidad y pueden comportarse de manera tan extraña en nuestra atmósfera; además, por inverosímil y remota que parezca hoy la posibilidad de aprovechar la energía atómica en una aeronave, no es nada ilógico suponer que una especie animal más inteligente y más adelantada que la nuestra la domine desde hace muchos milenios.

Pero estos argumentos no intimidan la Air Force: en diciembre de 1954 produce un nuevo comunicado, en el que reafirma su opinión de que los Platos Voladores son, o fenómenos naturales, o falsas interpretaciones de objetos comunes (globos sondas, aeroplanos, etc.) Ataca especialmente el argumento del radar, favorito de los partidarios de la teoría interplanetaria: el radar tiene también sus espejismos, y el hecho de que aparezca en la pantalla una señal no significa de manera inequívoca que corresponda a un objeto material, sólido. "Los reflejos por inversión de temperatura pueden dar en la pantalla una imagen tan nítida como la reflejada por un aeroplano. Las velocidades de estos reflejos varían desde cero hasta promedios fantásticos; los "objetos" parecen moverse en todas direcciones". En 1951, en Oakridge, Tennessee, ocurrió un ejemplo muy demostrativo de estos errores del radar: dos cazas intentaron acercarse a un "ob-

jeto no identificado", llegando a establecer contacto con él, también por medio del radar. Su altura en ese momento era de 2.100 m.; el "objeto", de acuerdo con los radares, estaba aparentemente a una elevación de 15 ó 20 grados. Los aviones hicieron tres "paradas", tratando de acercársele, pero en cada caso los pilotos declararon que sus radares los llevaron primero hacia arriba, y luego hacia abajo, hacia un punto de la superficie terrestre...

Las nubes ionizadas pueden también ocasionar imágenes "concretas" en el radar: el empleo de este instrumento en aviones y barcos para detectar la proximidad de tormentas eléctricas es ya una operación de rutina; también pueden aparecer en la pantalla reflejos de radar provenientes de bandadas de pájaros, formaciones de hielo en el aire, globos, etc. ¡Hasta las señales de una estación radar pueden interferir con las de otra estación, haciendo aparecer en la pantalla de ésta imágenes totalmente falsas!

De modo que, concluye la Air Force, la detección por medio del radar no agrega gran cosa a la dudosa autenticidad de muchas observaciones.

Por si todo esto fuera poco, sigue el comunicado, en un esfuerzo por dilucidar de una vez por todas la naturaleza de los presuntos Platos Voladores, la Air Force ha distribuido a algunas de sus bases aéreas y estaciones de radar, cámaras espectrofotográficas, capaces de registrar en la pantalla el espectro de luz proveniente de cualquier fuente (el principio es el mismo utilizado por los astrónomos para determinar la composición de las estrellas); con ellas sería factible averiguar de qué están hechos los "objetos no identificados". "Sin embargo, a pesar del tiempo que ya llevan funcionando, ninguna fotografía de estas cámaras se ha recibido hasta ahora".

El comunicado termina con un pá-

rafo terminante: "La Air Force ha sostenido anteriormente, y reafirma ahora, que los fenómenos aéreos inexplicables no constituyen un arma secreta, proyectil o aeroplano desarrollado en los E.E.U.U. Ninguno de los tres departamentos militares, ni ninguna otra agencia gubernativa, está llevando a cabo experiencias con objetos voladores en los que puedan basarse los fenómenos observados. Aparte de lo expresado, no se ha recibido ninguna prueba física auténtica que establezca la existencia en nuestra atmósfera de espacionaves provenientes de otros planetas".

El asunto parecería terminado, pero los partidarios de los Platos Voladores están muy lejos de considerarse fuera de combate: a pesar de las falacias atribuidas al radar, el famoso 10 o 20 % de casos no explicados sigue incommovible, según propia confesión de la Air Force; ¿qué nos importa, dicen que el radar y el ojo desnudo se hayan equivocado decenas de miles de veces? ¡Nos basta con que hayan acertado unas pocas veces; es más, con una sola y única vez bastaría!

¿Que las cámaras espectrofotográficas no han registrado nada, todavía? Pues, ¡he aquí precisamente un maravilloso argumento para demostrar que detrás de todo este asunto hay "algo", algo muy importante y que el gobierno teme revelar! En efecto: ¿por qué las autoridades se toman todo el trabajo que significa hacer construir e instalar esos aparatos especiales? Si realmente todo fuera superchería, si el origen interplanetario de los "objetos no identificados" fuera tan absurdo como ellos pretenden, ¿se molestarían tanto los técnicos oficiales? ¡No, mil veces no! Sin porponérselo, la Air Force acaba de darnos una prueba contundente de que en los "objetos no identificados" hay algo, ¡y algo muy temible por cierto!

En cuanto al último párrafo del co-

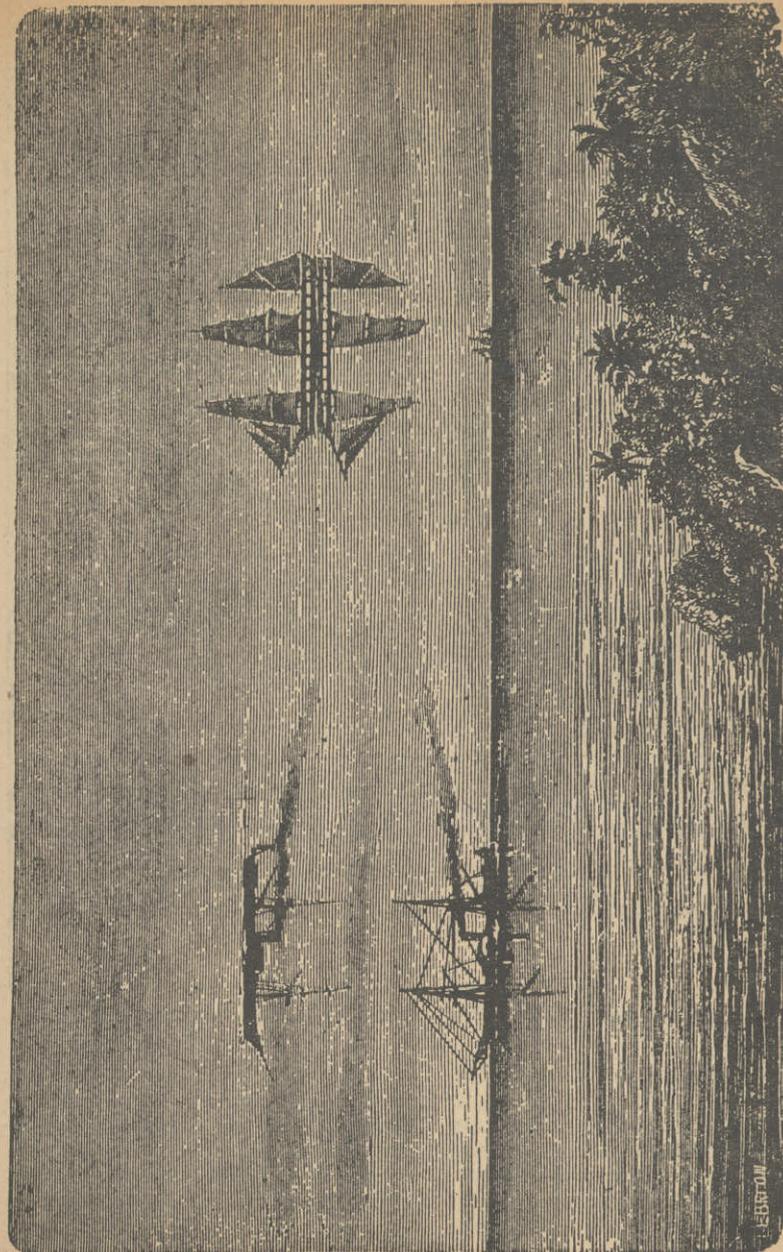
municado, aparentemente tan terminante, ¿puede decirse que no hay espacionaves extraterrestres en nuestra atmósfera por el simple hecho negativo de que todavía no hay "pruebas físicas auténticas"? ¿No es mucho más lógico suponer que quienes las conducen no han considerado oportuno, todavía, intentar algún desembarco? Negar las espacionaves extraterrestres por el mero hecho de que no se dejan ver mejor, o porque no han tocado tierra todavía, sería lo mismo que un azteca, viendo en el horizonte las velas de Hernán Cortés, dijera: "Esas apariciones no significan nada para mí: hasta que no lleguen a la orilla y no pueda tocarlas y ver de qué están hechas no creeré en ellas; las tomaré por simples ilusiones de mis sentidos".

Siguiendo el símil, rematan los entusiastas de los Platos Voladores, si la Air Force persiste en negar lo evidente, cada vez será más grande el peligro de que su pasividad, su ceguera de avestruz con la cabeza en el suelo, nos entregue atados de pies y manos a la merced de los Hernán Cortés del espacio que ya están a la vista de nuestras costas, eligiendo con calma el punto más favorable para el desembarco...

#### CONCLUSIÓN

**H**ASTA aquí, la encarnizada polémica, seguida hasta los primeros meses de este año. Como hemos visto, los adversarios son de fuerzas parejas y saben defenderse y contratacar. Pero el lector querrá sin duda saber quién va ganando el "match", quién tiene hasta ahora acumulado el mayor puntaje. Si no sacáramos de él alguna opinión concreta, todo el presente trabajo no tendría otro valor que el de una simple reseña informativa.

Los lectores de MÁS ALLÁ conocen ya la opinión de la ciencia sobre las posibilidades de que haya vida inteli-







ilustrado  
por ORNAY



por MARY LATINI

# MENSAJERO INTERPLANETARIO

*Evitar un tiro imprudente pudo haber transformado el mundo.*

**E**STÁBAMOS sentados, fumando y charlando, en la terraza de la casa del viejo Fred Erickson. Abajo, las luces de la ciudad se reflejaban sobre las tranquilas aguas de la bahía. A intervalos regulares, el haz luminoso del faro recorría el mar, iluminaba el anfiteatro de las colinas y por un instante nos cegaba con su violenta luz.

Uno de nosotros había mencionado casualmente la última aparición de los discos voladores, ocurrida en Voisón la Romaine, Francia. Los diarios de la tarde se ocupaban del hecho. Como de costumbre, el articulista contaba la historia de las apariciones precedentes, y los cronistas habían entrevistado a las celebridades nacionales e interna-

cionales en el terreno de la física y de la astronomía, al secretario del Centro Técnico de Informaciones Aéreas de Dayton (Ohio), al ministro de las fuerzas aéreas, y a otros.

Con la unanimidad de rigor, estas personas oficiales, y otras oficiosas, habían proporcionado las usuales explicaciones tranquilizadoras que no terminaban de convencer: espejismos..., meteoros..., globos de ensayo...

—Tan sólo el doctor Wálder Riedel —dijo Dick—, el que fué director del centro alemán de investigaciones sobre proyectiles, famoso centro de Peenemunde, continúa sosteniendo que estos objetos son reales y tienen origen extraterrestre...

—¡Vamos! Esa es la vieja historia de los marcianos del antiquísimo Wells —replicó Alex—. ¡Es una historia que tiene barba! Si no han encontrado nada más que eso...

El viejo Fred sacudió la pipa y la golpeó contra la baranda, para que cayera la ceniza.

—Yo —dijo— estoy convencido de que el doctor Riedel tiene razón. No sólo convencido: sé que tiene razón. Les digo aun más: las apariciones de esos objetos, que Arnold Kénmeth (el primero en verlos, en 1947) llamó platos voladores, son mucho más antiguas. Creo que ya hace varios siglos que esas máquinas están explorando nuestro planeta, y que probablemente no se arriesgan a descender... No soy hombre de ciencia. No soy más que un pobre ingeniero de minas, retirado. De todos modos, he podido encontrar referencias a estos objetos, en las publicaciones y los diarios de hace cincuenta y sesenta años... Si se examinaran sistemáticamente las crónicas de los últimos cien años, encontraríamos sin duda testimonios, aunque no muy numerosos. Sólo que entonces no se llamaban "platos voladores"... Por ejemplo, yo creo que Jonatán Swift, cuan-

do en los Viajes de Gulliver habla de la "isla voladora" de Laputa, alude ya a los platos voladores.

Alex tuvo un ligero gesto de incredulidad, que no pasó inadvertido para el viejo.

—Sé lo que digo —prosiguió éste sin mostrarse ofendido—, y lo digo porque tengo pruebas...; porque lo he visto con mis propios ojos. No faltó tampoco entonces quien recibió mi relato con grandes risotadas, en la secretaría del vicegovernador en Elizabethville... Tal vez ahora, en el Ministerio del Aire, en Washington, ya no se rían...

Fred cargó cuidadosamente la pipa y la encendió, y nosotros nos dispusimos a escuchar el relato que transcribo.

YO era entonces un joven ingeniero de minas, al servicio de la Compañía de Grandes Minas de Katanga, y me habían mandado a realizar sondeos y exploraciones en la zona fronteriza entre el Congo, Angola y Rhodesia del Norte. Es una región (y lo era aun más entonces) despoblada y salvaje. Es pintoresca, montañosa, y está cubierta de selvas tupidísimas. Aunque las cimas de las montañas llegan a 1.700 metros, el país es terriblemente caluroso. La temperatura media anual es de unos 30°.

Actualmente se llega allí fácilmente en ferrocarril, desde Leopoldville o desde Benguela. Pero en aquellos tiempos jera otra historia! No había ferrocarril ni caminos de ninguna clase. Se avanzaba por los ríos, hasta donde se podía, y luego se hacían largos y penosos trayectos a pie, para evitar las cascadas y las corrientes. El único "camino" era el de los Wambundi: unos diez senderos, más o menos paralelos, que atravesaban la gran selva virgen, entre Angola y Katanga. No habían pasado muchos años desde el momento en que Stánley había comprobado que

el río Lualaba, cuyo misterio había enamorado a Lívingson hasta la muerte, no era otro que el curso superior del inmenso Congo.

La zona que yo tenía que explorar comprendía las laderas septentrionales de los montes Kaombé, donde nace el Lubudi, y de los montes Chafugama, donde nace el Lualaba. Yo era el único blanco, y tenía una media docena de indígenas como escolta. Mi compañero, presa de un ataque de fiebre, había tenido que quedarse en Busanga, una población miserable, más abajo de las cataratas de N'silo, donde habíamos instalado nuestra base.

A cinco días de marcha hacia el sur de Busanga, en las últimas estribaciones de los Kaombé, reconocí rastros minerales, que flotaban en varios puntos. En verdad, allí están ahora en actividad las importantes minas de Kaombé. Decidí emprender algunas excavaciones de ensayo y di órdenes para que se estableciera allí un campamento permanente. Después dejé indicaciones e instrucciones precisas a mis dos ayudantes principales, Mbugigi y Melolo, dos sonrientes gigantes de ébano, a los cuales yo encomendaba muchas tareas, y volví con mi escolta a Busanga, pre-ocupado por mi compañero. Mbugigi debía comunicarme cualquier novedad, por medio de un mensajero.

MI amigo estaba muy débil, y mi presencia lo animó considerablemente. Hacía tres o cuatro días que estaba yo en Busanga cuando, una noche, se presentó delante de mí Mbugigi en persona, exhausto por la larga caminata a través de la selva y dando muestras de gran agitación. Mbugigi tenía órdenes expresas de no abandonar el campamento, y por esta razón le grité, muy irritado:

—¿Por qué te fuiste del campamento, negro del demonio? Te dije y te repetí que no debías alejarte por nin-

gún motivo. ¿Por qué no me mandaste un mensajero?

—¡Ah, mi amo, no mensajero, ningún mensajero! Todos los muchachos se fueron, ¡todos! Melolo se fué con ellos... El dice miedo diablo bajo la tierra... Todos escapados pueblos Lubudi... ¡Ah, mi amo no ir a Kaombé, por favor!

Una linda noticia, como se ve. ¡El imbécil de Melolo! Malditas las supersticiones de aquellos estúpidos negros. Sólo me quedaba pedir ayuda al rey de Bukama, con el cual estaba en excelentes relaciones. Volver a Elizabethville, a organizar una segunda expedición, no me pasó por la cabeza. Además de la fatigosa marcha de 300 kilómetros, en general a través de las selvas impenetrables que cubrían el monte Ninaló, no quería en modo alguno exponerme a las burlas de los compañeros y a las observaciones irónicas de mis superiores, por no haber sabido tener a mi gente bajo control.

Por lo tanto partí para Bukama, y el rey me proporcionó en seguida una docena de robustos negros y un número adecuado de portadores, incluyendo a Mbugigi, su súbdito, que le prometió obedecerme ciegamente y sobre todo, por petición mía especial, no comentar con sus compañeros aquella historia de diablos, si quería conservar la cabeza sobre los hombros. Y os puedo asegurar que el rey de Bukama no amenazaba a sus súbditos por el gusto de amenazar...

Con esta pequeña caravana reanudamos el camino de Busanga, remontando el Lualaba y costeando las magníficas cataratas de Kalengwe. Mi compañero había mejorado, pero todavía no estaba en condiciones de soportar las peripecias de una marcha a través de la selva. El quería que esperáramos una semana más, hasta sentirse más seguro sobre sus piernas; pero yo tenía impaciencia por apreciar la importancia

de los yacimientos y llevar a término mi misión, sin dejarme sorprender por la estación de las lluvias, lo cual habría representado una demora de tres o cuatro meses. Por lo tanto, al día siguiente di la orden de partida, y los hombres, en larga fila, reanudaron la interminable marcha a través de la selva densa y oscura.

Yo no perdí de vista a Mbugigi, y noté que me seguía de mala gana. Lo llamé.

—Mbugigi —le dije— ¿no te da vergüenza ser tan miedoso? De mí y de la escolta no tienes nada que temer. No hay diablos en este mundo. No son más que imaginaciones tontas. ¡Y que no se te ocurra hacerme una trastada e intentar fugarte; porque, si te descubro, te hago colgar del primer árbol; de ésa no te salva nadie! Y si yo no te ahorco, el rey Bukama se eacargará de que su verdugo te meta el cuchillo en el pescuezo... En cambio, si te portas bien, además del salario convenido, tendrás un regalo.

Así hay que hablarle a esta gente. Mbugigi estaba muy avergonzado al comprobar que sus pensamientos íntimos no se me ocultaban. Pero mi reprensión lo tranquilizó, y prosiguió la marcha con aire menos preocupado.

**E**N el quinto día de marcha, en las primeras horas del mediodía, llegamos sin incidentes a las estribaciones de los Kaombé y al campamento despoblado. Uno se daba cuenta de que la fuga había sido precipitada, porque se veían abandonados, en desorden, utensilios y objetos que para ellos eran de mucho valor: fué un pánico colectivo. Sobre la ladera redondeada de una colina, cerca de la cima, se veía la hendidura formada por una zanja cavada recientemente, de acuerdo con mis instrucciones.

Mbugigi, a mi lado, temblaba y, con el rostro descompuesto y los ojos muy

abiertos, me suplicaba en voz baja que no prosiguiera. ¡Pobre tipo! A fin de cuentas —pensaba yo—, él estaba tan preocupado por su salud como por la mía, aunque el motivo de ello fuera no sé qué extraña superstición.

Le ordené que no hablara, y dije a Mustafá que pusiera de nuevo en orden el campamento, con cuatro compañeros de la escolta, y que vigilara atentamente a los otros acompañantes, que sin duda habrían comentado entre ellos aquellos signos evidentes de una fuga repentina. Mustafá y sus camaradas, musulmanes, despreciaban las supersticiones de los negros animistas.

Tomé conmigo a Abdullah, y ordené a Mbugigi que me mostrara el lugar donde Melolo pretendía haber visto al “diablo”. Yo tenía una excelente carabina Winchester de repetición, y además llevaba un revólver en el cinturón. Abdullah tenía un fusil de caza. Mbugigi, desmoralizado, nos llevó hasta el fin de la zanja, en la cual entramos, quedando ocultos a la vista de la gente del campamento. En el mismo instante Mbugigi se tiró a tierra, y empezó a llorar y a lamentarse como un loco, a pesar de los coscorriones que Abdullah y yo le suministramos para darle valor. Ante la inutilidad de todo esfuerzo, le dije:

—Mbugigi, especie de animal, dominante y ayuda a tus compañeros. Como llegue a saber que has contado algo a uno de los otros negros, te rompo la cabeza; te lo juro.

Mbugigi no se hizo repetir la orden y desapareció en un segundo. Abdullah y yo recorrimos la zanja, que tenía unos cincuenta metros de largo. Al llegar al fin de la excavación, tuve una de las sorpresas mayores de mi vida. Entre las palas y los picos de los excavadores, abandonados sobre el lugar, se veía un tubo metálico. ¡Y este tubo estaba hecho de un metal reluciente, que yo nunca había visto!



**R**ECONOCED que tenía motivos para sorprenderme. En plena selva virgen, en el centro de Africa Inter-tropical, en una región despoblada y salvaje, encontrarse, después de cavar algunos metros de tierra, con un conducto metálico, luciente y perfecto, que parecía haber salido en aquel momento de manos de los lustradores. Era para preguntarse si uno estaba despierto o soñaba.

Mientras examinaba aquel fenómeno extraordinario, me vino a la memoria el recuerdo de ciertos cuentos de Las Mil y Una Noches, leídos en mi infancia. También recordé pasajes de libros que se referían a la desaparecida civilización africana de los míticos sa-beos, y me reproché no haber prestado más atención a aquellas lecturas...

La boca del tubo, el cual yacía horizontalmente, era de forma ovalada o, para ser más preciso, elíptica. Su calibre tenía de altura metro y medio, y de anchura un metro. El extremo libre terminaba en una plancha circundante del mismo metal, que sólo era visible en parte, pues el resto estaba cubierto de tierra. El tubo no se insertaba perpendicularmente en la superficie de la plancha, sino al sesgo, como los brazos del ancla de un gran trasatlántico. Se tenía la impresión de que aquel extraño conducto se internaba, siguiendo un trayecto curvo, por detrás de la superficie circular de la pared metálica.

Lo que aumentó mi sorpresa fué el hecho de que no se viera ninguna junta entre el tubo y la superficie curva: no había ninguna huella de soldadura. Parecía que todo había sido fundido de una pieza, moldeada por una prensa gigantesca, posibilidades manifiestamente inadmisibles para la técnica de hoy, y mucho más para la de hace cuarenta años.

Nadie podía saber cuál era el origen de aquel extraño conducto; pero había

dos detalles que saltaban a la vista. El primero era que, a pesar de la carencia de signos de corrosión, hacía mucho tiempo que estaba allí enterrado, pues encima del lugar habían crecido árboles y plantas de dimensiones considerables, aun teniendo en cuenta el rápido crecimiento de la flora tropical y que los cavadores habían echado a tierra mucha vegetación al excavar la zanja. El segundo detalle consistía en que las personas que habían fabricado este aparato poseían conocimientos técnicos y científicos que estaban muy por encima del nivel de la época. lo cual era motivo de desorientación.

Abdullah me miraba estupefacto, mientras yo tanteaba con mi varilla la entrada del conducto.

—Amo —me dijo—, ¿qué vamos a hacer?

La voz me sacó de mis reflexiones y me recordó el motivo de nuestra exploración. Sin duda, alguna fiera, refugiada dentro de aquel tubo de metal, había asustado a Melolo al pretender éste entrar en el tubo... Le dije esto a mi capataz, que fué del mismo parecer, y nos pusimos de acuerdo para encender una fogata de hojas húmedas, a fin de poder comprobar, mediante el humo, si existía tal fiera.

Hicimos la fogata y nos alejamos unos pasos, apuntando con los fusiles. El humo denso y sofocante era aspirado por el conducto, como por un tubo de absorción. La respiración era perfecta...

Esperamos algunos minutos. De repente, los dos prorrumpimos en un grito. La respiración había terminado, y el humo salía violentamente del orificio, como empujado por un ventilador poderoso.

Nos miramos... Le pregunté a Abdullah:

—¿Qué crees?

—Es la casa de un genio —me contestó, medio en serio, medio en broma.

—¿No tienes miedo?

Por toda respuesta, Abdullah sonrió, mostrando su magnífica dentadura y golpeando con las manos la empuñadura de su fusil.

—Muy bien —dije—. Entonces, anda al campamento y tráeme una linterna.

**A**BDULLAH volvió a los pocos minutos. No sólo venía con la linterna, sino que traía a uno de nuestros perros, un mastín robusto y feroz, a quien los negros tenían miedo.

Me puse la carabina al hombro, encendí la linterna, y empezamos a pisotear el montículo de hojas encendidas, para pagarlo. Me dispuse a penetrar por el tubo, llevando al perro, atado a una cuerda. Pero el animal se resistía; gruñía sordamente, con la cola entre las piernas y el pelo erizado, insensible a mis exhortaciones. Tuve que empujarlo, y así pudimos penetrar por el estrecho corredor; en primer término, el perro; después yo, que tenía la linterna, y por último Abdullah, con el fusil bajo el brazo.

El conducto avanzaba siguiendo una curva regular y manteniéndose aproximadamente en un plano horizontal. Calculé que el radio de la curva podía tener de veinte a veinticinco metros. Habríamos recorrido unos cuarenta metros cuando el conducto dobló bruscamente en ángulo recto, hacia el centro de la curva. La luz de la linterna nos mostró que el pasaje continuaba así, en línea recta, una veintena de metros. Su sección era siempre igual: un óvalo perfecto de metro y medio de alto, por uno de ancho. Esto nos obligaba a marchar con la cabeza un poco inclinada. La pared izquierda de este brazo recto era perfectamente unida y lisa, sin ningún orificio; pero la de la derecha estaba surcada de innumerables hendiduras verticales, menos anchas que un pulgar. Podían

compararse a las aberturas de un radiador.

Al fin de aquella derivación del camino, desembocamos en un corredor circular, bastante amplio. Tendría unos dos metros y medio de alto por uno y medio de ancho.

Decidí explorar el corredor, caminando hacia la derecha. Avanzamos algunos pasos, pero casi en seguida debimos detenernos. El camino parecía obstaculizado por una saliente irregular de las paredes metálicas. Daba la impresión de que, en aquel punto, la construcción había sido aplastada por una presión colosal. En mi condición de ingeniero de minas, esta avería no dejó de sorprenderme, porque una construcción de metal durísimo, tan fuerte y compacta, toda distribuida en secciones curvas, tenía que ofrecer una enorme resistencia a las tracciones y presiones externas, y era extraño que hubiera quedado en ese estado por la presión de un reducido montículo de tierra.

Volvimos sobre nuestros pasos, hasta la desembocadura del conducto, y nos dirigimos por el corredor circular hacia la izquierda. Acaso habríamos avanzado unos diez pasos en la nueva dirección cuando me di cuenta de que ya no era la luz de la linterna la que nos mostraba el camino...

¡El corredor estaba iluminado!

Lo extraño era que yo no podía ver ninguna lámpara u objeto de iluminación. ¿De dónde venía la luz? Era una luz suave, difusa, que no arrojaba sombras, porque parecía venir de todas partes, o mejor dicho, impregnada al aire mismo...

En 1908, la iluminación eléctrica estaba difundándose; pero en Elizabethville, como es natural, no teníamos todavía luz eléctrica. En aquellos tiempos, la mayor parte de los interiores europeos y americanos estaban iluminados a petróleo o a gas. Por otra

parte, ¿era aquella luz eléctrica?... No veíamos ni lámparas, ni bugías, ni arcos... Reconoceréis que había motivo para sorprenderse y, en cierto sentido, para alarmarse... Pero yo era joven, y el riesgo me atraía, sobre todo bajo el estímulo de la curiosidad. En cuanto a Abdullah, en su ingenua ignorancia, no se sorprendía de nada, y como buen musulmán e intrépido guerrero se confiaba a los decretos de Alá... y a su fusil.

Pero el perro, un animal "inmundo", que no contaba con la benevolencia de Alá, se echó al suelo, temblando y lanzando débiles gemidos... Entonces noté la existencia de una abertura a mi derecha...

Era una abertura regular, también ovalada, que permitía la entrada a lo que debía de ser la cámara central de aquel extraordinario edificio. El corredor rodeaba esta construcción. La abertura estaba algo elevada (como medio metro) sobre el pavimento de aquel ambiente, ¿o habría que decir del fondo? Aquella cámara era bastante similar al interior de una esfera hueca, de unos seis metros de diámetro.

No puedo garantizar la exactitud absoluta de mi descripción; pues sólo pude disponer de pocos segundos, como les contaré. Aparentemente, en aquel ambiente no había nada parecido a las máquinas y a los aparatos de los que se rodea el hombre moderno. No vi (o no había) ni palancas, ni botones, ni manómetros, ni teléfonos... El ambiente estaba vacío, aséptico, claro, iluminado por la misma luz fría que venía no se sabe de dónde.

**¡**CUANTAS veces he vuelto a pensar, más tarde, en los pocos instantes durante los cuales permanecimos inmóviles, con los ojos atónitos! ¡Cuántas veces me he reprochado el haber carecido de prontitud, de espíritu, de presencia de ánimo! Acaso por esto

se perdió una oportunidad que no volverá a presentarse en la historia de la humanidad... En ese instante mismo, en forma confusa, me di cuenta de ello... Más tarde, mucho más tarde, empecé a verlo con más claridad. ¡Pero hace poco tiempo que he adquirido la plena conciencia de la importancia incalculable de aquellos pocos instantes!

Era del tamaño de un carnero... o un chimpancé... Tal vez su estatura era mayor, y yo no podía darme cuenta de ello porque el sujeto estaba echado o acurrucado en medio de algo que parecía un montón de lana amarillenta. Aquella materia blanda y sutil lo envolvía y ocultaba, de modo que no podía distinguirse si tenía o no miembros... Sólo emergía la cabeza: una cabeza triangular, una cara (si así puede llamarse) de piel rubicunda y arrugada... Entre las arrugas y los pliegues, sólo se veían los ojos, bien destacados: dos ojos enormes, negros, redondos, protegidos por una especie de visera de escamas...

En cuanto al resto, no estoy seguro de acordarme con mucha precisión. La dificultad de descifrar aquellos rasgos desusados se veía aumentada por el hecho de que aquel individuo parecía envuelto en una especie de membrana transparente, que parecía una funda de celofán... Y, como os decía, el tiempo con el que conté, fué tan breve... Sin duda, aquel ser no tenía nada de humano, pero su mirada, su mirada... Era una mirada tan llena de cansancio, sufrimiento y desesperación, que sentí en mí una onda de conmiseración en medio del horror y la repulsión física que aquel ser me inspiraba...

Pero la tragedia se produjo instantáneamente, antes de que nadie pudiera impedirla...

Con un ladrido violento, el perro se puso en dos patas, dió media vuel-



ta y salió huyendo. Abdullah, que estaba unos pasos más atrás, creyéndome en peligro, se puso a mi lado, vió aquel ser y, como un autómeta, casi sin apuntar, disparó... contra el ser que se había movido de repente. Aquel disparo a boca de jarro, de un cazador infalible, aquella bala destinada a los elefantes y que dió en la cabeza, la hizo trizas al instante; pero yo... juro por Dios que no pude verlo, pues mientras quedaba ensordecido por la detonación, mientras el humo ocultaba la escena, sentí una especie de descarga eléctrica, violentísima, que me derribó desvanecido...

**YO** creo que, al verse amenazado, aquel ser también perdió el control y lanzó contra mí una descarga paralizante, de no sé qué forma de energía, en el mismo instante en que Abdullah disparaba contra él con el fusil de cazar elefantes...

Creo que volví en mí después de una media hora. Me encontré tendido sobre un prado, bajo un toldo, en el campamento donde Abdullah me había llevado. Por él supe que, a raíz del disparo, se había levantado un viento violentísimo en el corredor y los pasillos circulares, y que él me había llevado cargado al exterior, ayudado por el hecho de que la corriente de aire soplaba en dirección a la salida.

Apenas abrí los ojos, recordé la extraña aventura y quise levantarme. Pero no podía moverme. Mis miembros estaban rígidos y tensos, en una especie de espasmo doloroso, y aunque hacía toda clase de esfuerzos para gritar, de mi garganta no salía ningún sonido.

Veía que los negros iban de un lado a otro, presas de violenta emoción, juntándose y hablando entre ellos. Abdullah, ayudado por Mbugigi, llevaba la caja grande de dinamita, y los dos se acercaban a la trinchera. Los otros hombres de la escolta, con el fusil al

brazo, se habían dispersado en torno al campamento.

Un horrible pensamiento me pasó por la mente. Comprendí lo que estaban a punto de hacer. Quise gritar, detener a aquellos inconscientes; ¡pero todos mis esfuerzos fueron vanos!... Debí presenciar la destrucción de una maravilla sin par, de una obra maestra de la mecánica, cuya conservación habría hecho adelantar tal vez en varios siglos el progreso humano. Aunque todavía no sospechaba que aquella máquina subterránea podía provenir de otro planeta, no podía dudar de que las inteligencias que la habían creado superaban considerablemente la nuestra.

**LA** fatalidad! Vi a Mbugigi, excitado y triunfante, salir de la zanja y descender gritando y corriendo, seguido de Abdullah. Poco después se oyó una explosión tremenda. Aquellos demonios habían utilizado toda la dinamita que poseían.

Cuando al poco tiempo se me desentumecieron los miembros y pude ponerme de pie, me posesioné de un bastón y ahuyenté a bastonazos a la turba enloquecida de los negros, que bailaban furiosamente, festejando la destrucción del diablo... Presa de una furia violenta, los obligué a todos a cavar toda la noche, a la luz de las antorchas y las fogatas. Pero ya nadie podía ayudar. Todo había explotado, estaba destruido, sepultado bajo la cima del monte, despedazado en fragmentos diminutos. La montaña se había levantado y había caído de nuevo, sepultando todo con ella...

Todo lo que pudo recuperarse después de una noche y un día de trabajo frenético, fueron tres o cuatro fragmentos del misterioso metal, que ahora me sirven de pisapapeles... Uno de ellos lo regalé al profesor Káiser, hace algunos años. Káiser lo estu-

dió y analizó con sumo interés, y me hizo saber que se trataba de una aleación complicadísima, en cuya composición entraba principalmente el berilio, con fuertes porcentajes de tungsteno, en forma de carburos, que conferían a la aleación una dureza doble que la del acero más duro que la siderurgia moderna está en condiciones de producir. Esta aleación, por el contrario, es muy ligera, mucho más ligera que las más ligeras aleaciones de magnesio. La metalurgia de las amalgamas ligeras, a pesar de todos los progresos realizados, está todavía en sus primeros pasos. Káiser excluye la posibilidad de que, con los medios de que disponemos, sea posible obtener una aleación como la del caso encontrado por mí.

Por otra parte, el desdichado suceso tuvo en otro sentido una consecuencia feliz, porque puso en descubierto un yacimiento de considerable importancia, de tal modo que regresamos a Elizabethville con excelentes informaciones para la Compañía. Me pareció que debía informar de mi extraña aventura al vicegobernador, y hablé de ella con uno de sus secretarios, que era un amigo mío.

¿Os he dicho ya que mi relato provocó su hilaridad? Ninguna de mis aseveraciones le pareció digna de fe. Me trató con aire de broma, dándome golpecitos en la espalda... Por fin, como me tenía afecto, me dijo:

—Fred, si quieres seguir mi consejo, no repitas a nadie esta historia. En mi caso es distinto, porque te tengo afecto. Pero créeme, no es una buena recomendación para un joven ingeniero de minas, con brillantes perspectivas, el ser un visionario... y mucho peor si ese joven se deja impresionar por las supersticiones de los negros...

**A** buen entendedor... Desde aquel momento fuí más mudo que un pez, y casi habría terminado por con-

vencerme de que había soñado, si no hubiera sido por mis pisapapeles.

Después de mi estadía en Africa, fuí a California, y aquí me tiene, viejo y jubilado, fumando una pipa frente a La Punta de Oro. Pero les aseguro que en 1947, cuando se empezó a hablar de los platos voladores, una gran luz se hizo en mi cerebro. Mi aventura juvenil revivió en mi memoria, con todos sus detalles, y ahora estoy firmemente convencido de que soy el único mortal que ha estado en una de esas extrañas máquinas y que se ha encontrado con un habitante de otro planeta... Ahora me resulta evidente que aquella máquina era un disco volador, y que giraba en torno a nuestro planeta desde hacía unos ciento cincuenta o doscientos años. La máquina debe de haber sufrido un accidente o algo por el estilo, no lo sé... Pero de lo que he visto deduzco que, marchando a gran velocidad, fué a incrustarse contra la ladera de alguna colina de los montes Kaombé...

Me preguntaréis por qué razón, disponiendo de medios mecánicos de gran potencia, el ser que conducía la máquina no pudo... Se me ocurre que en el accidente puede haber quedado herido, inmovilizado, y haber esperado vanamente durante años un socorro que no llegaba... En cuanto a la longevidad (hablando en términos terrestres), a las necesidades de alimento, sólo puedo contestar: ¿qué sabemos de la naturaleza fisiológica de los seres extraterrenos? Absolutamente nada...

Lo que me reprocharé hasta el momento de morir, es no haber podido establecer una comunicación con él... Era un ser indudablemente inteligente, tal vez de una inteligencia muy profunda, y acaso habríamos podido encontrar una manera de entendernos, y... ¿Quién sabe lo que sería hoy el mundo, si nos hubiéramos entendido?

Un instante crucial para el futuro de la humanidad. El hombre de ciencia hace estallar, desde su laboratorio, el primer sol artificial, que asegurará luz y calor a la Tierra durante unos pocos años. Los otros satélites, también creados por la mano del hombre, seguirán el mismo destino a medida que se consuman los primeros.



# el fin del mundo

por KENNETH HEUER

## V. GUERRA ATOMICA

EN "La Salvación del Arte", Bernard Shaw escribe: "... como este alarmismo siempre tiene su público, especialmente las profecías sobre el fin del mundo, no puede haber nada sorprendente en el hecho de que un extenso libro que incluya historias extraídas de los viejos diarios acumulados en las bibliotecas públicas, y que enumere los fantasmas explotados en el último medio siglo, alcance un gran éxito."

Pero hay un último medio de llegar al fin del mundo, que no puede ser

despreciado. Este medio es la utilización de la energía atómica en una guerra.

Alberto Einstein y Haroldo C. Úrey, quizás más que otros hombres de ciencia, han intentado divulgar en el seno de la población lo que implica el poder de la bomba atómica. Ambos poseen un sentido profundo de su responsabilidad social. Esta responsabilidad, no sólo hacia las personas que viven ahora, sino hacia las generaciones futuras, debe ser compartida por todos nosotros.

En agosto de 1945, la terrible ener-

gía del núcleo atómico fué liberada sobre la ciudad de Hiroshima. Tres meses después, en un artículo en *The Atlantic Monthly*, el famoso físico Alberto Einstein, cuya fórmula  $E = mc^2$  permitió suponer que la energía atómica podía ser liberada, declaró lo siguiente:

"No creo que la civilización sea totalmente destruída en una guerra realizada con bombas atómicas. Quizá mueran las dos terceras partes de la población terrestre; pero suficientes hombres con capacidad de pensar, y suficientes libros, quedarán en pie para volver a comenzar, y la civilización podrá ser restaurada."

Sin embargo, en *The Atlantic Monthly* del mes de noviembre de 1947, Einstein manifestó: "... los que trabajan en el campo de la bomba atómica han dicho ya bastante, respecto a que ésta ha sido perfeccionada en su eficacia." Refiriéndose a los mayores alcances de la guerra atómica, dijo: "... salvo que se evite otra guerra, será posible causar una destrucción en escala nunca alcanzada con anterioridad y difícil de concebir incluso ahora, y muy poco de nuestra civilización podrá sobrevivir."

Tres años más tarde, en febrero de 1950, Einstein pronunció un memorable discurso en Princeton, que fué difundido en un programa de televisión de la *National Broadcasting System*. Hablando de la "Paz en la Era Atómica", Einstein expresó: "La carrera de armamentos entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que en un principio se consideró como una medida preventiva, asume un carácter histórico. Por ambas partes, los medios de destrucción en masa son perfeccionados con rapidez febril, en el más absoluto secreto. La bomba H se presenta como un objetivo que es posible alcanzar. Su desarrollo acelerado ha sido solemnemente proclamado por el Presidente.

"Si resulta un éxito, el envenenamiento radioactivo de la atmósfera, y

por lo tanto la aniquilación de todo signo de vida sobre la Tierra, será posible desde el punto de vista técnico. El carácter espantoso de este desarrollo, aparentemente reside en su inevitabilidad. Cada nuevo paso se presenta como la consecuencia inevitable del precedente. El objetivo final, no es otro que la aniquilación general."

Así, pues, la bomba atómica va convirtiéndose en un instrumento cada vez más terrible, mientras que, desde la fabricación de la primera bomba atómica, nada eficaz se ha hecho para asegurar al mundo contra una guerra. Un análisis cronológico de los escritos y discursos de Alberto Einstein sobre la guerra atómica, revela el fortalecimiento de la idea del fin del mundo, provocado por el hombre mismo. Hoy en día, esta posibilidad está fundamentada sobre bases sólidas. Estamos en el año 10 de la era atómica. Y es cosa de saber si seguiremos vivos en el año 11 ó en el 12.

Que el destino de la humanidad depende de la capacidad del hombre para cooperar en la superación de los peligros comunes, es algo que no sólo ha puesto de manifiesto Alberto Einstein, sino la mayoría de los más eminentes físicos del mundo. Lo ha dicho Haroldo C. Úrey, que, desde 1940, ha colaborado en la preparación de la bomba atómica, especializándose en isótopos del uranio y en la producción de agua pesada; lo ha dicho Lise Méitner, físico austriaco, que fué el primero en fisionar el uranio 235, lo cual condujo directamente a la obtención de la bomba atómica y de la energía atómica; lo ha dicho Niels Bohr, prominente científico danés, que colaboró en la fabricación de la primera bomba atómica en Estados Unidos; y lo ha dicho J. Robert Oppenheimer, que dirigió al grupo de hombres de ciencia que en la base de los Álamos obtuvieron la bomba atómica. Todos estos científicos, que cola-

boraron en la tarea de fabricar la bomba atómica y que presumiblemente algo saben de estas cosas, han declarado en numerosas oportunidades que la civilización está amenazada por un peligro inmediato. A pesar de estas advertencias, los pueblos de la Tierra se acercan cada vez más a la edad del abismo: la guerra atómica. Las naciones se rearmen en gran escala, y la historia enseña que el resultado del rearme es la guerra. Al mismo tiempo, las fuerzas psicológicas que se encuentran tras la política del rearme, crecen desmesuradamente: el temor, el odio, el ansia de poderío y riqueza.

LA energía liberada por una bomba atómica equivale aproximadamente a la que deja en libertad una explosión de 20.000 toneladas de T. N. T. Expresado en términos de electricidad, es la energía suficiente para mantener encendida una lamparilla de 100 vatios, durante 263.000 años. ¡Y esta enorme fuerza puede ser liberada de sólo un kilo de uranio 235, en menos de un millonésimo de segundo!

Cuando estalla una bomba atómica en la atmósfera, su radiación es absorbida casi totalmente por el aire que rodea la bomba, de lo cual resulta que ese aire se enciende con el calor. Un diezmilésimo de segundo después del estallido, este globo de aire tiene un diámetro de 27 metros, y su temperatura es de 300.000 grados centígrados, es decir, cincuenta veces mayor que la de la superficie del Sol. Para un observador situado a ocho kilómetros del lugar, la luminosidad es 100 veces mayor que la del Sol visto desde la Tierra. Ese globo de fuego alcanza su mayor diámetro, 270 metros, después de un segundo. Como su densidad es baja, asciende en la atmósfera como un globo de gas, a una rapidez de 90 metros por segundo. Aproximadamente unos diez segundos después de la explosión, la lu-

minosidad de esa bola de fuego casi ha desaparecido; la presión del aire que se expande ha decrecido a una proporción que ya no es perjudicial, y terminaron los efectos inmediatos de la bomba.

Pero existen algunos efectos posteriores a la explosión, que son muy interesantes. Apenas producida la detonación, se percibe una llama de color violeta a alguna distancia de la bola de fuego. Esto se observa especialmente de noche o en un día claro, y se supone que constituye el resultado final de una compleja serie de procesos iniciados por la acción de la radiación gamma sobre el nitrógeno y oxígeno que contiene el aire. Si el aire está saturado, o casi saturado, de vapor de agua, tiene lugar otro fenómeno. La ola de succión que sucede a la ola de expansión, condensa el vapor de agua y produce una nube, que se disipa cuando la presión atmosférica normal es restaurada, y las gotas de agua se evaporan. Todo el efecto termina en el curso de un segundo.

SUPONGA usted, como lo han hecho los científicos de Los Álamos, que una bomba atómica explota sobre su ciudad. Son las dos de la tarde, de un día cualquiera, como el de hoy. En el primer estallido de luz, equivalente a 100 soles, los edificios se destacan contra un cielo de fuego. Inmediatamente se derrumban.

Usted se encuentra a unos 800 metros del lugar sobre el cual estalló la bomba; está expuesto a una dosis letal de radiación nuclear. Usted morirá después de unas dos semanas.

Durante unas horas, experimentará usted los primeros efectos de la radiación: el shock o emoción. Al día siguiente, tendrá vómitos, un estado nauseoso y diarrea. Luego vendrá la fiebre.

Pasarán unos días, antes de que usted se sienta libre de todos estos síntomas. Sin embargo, continuarán pro-

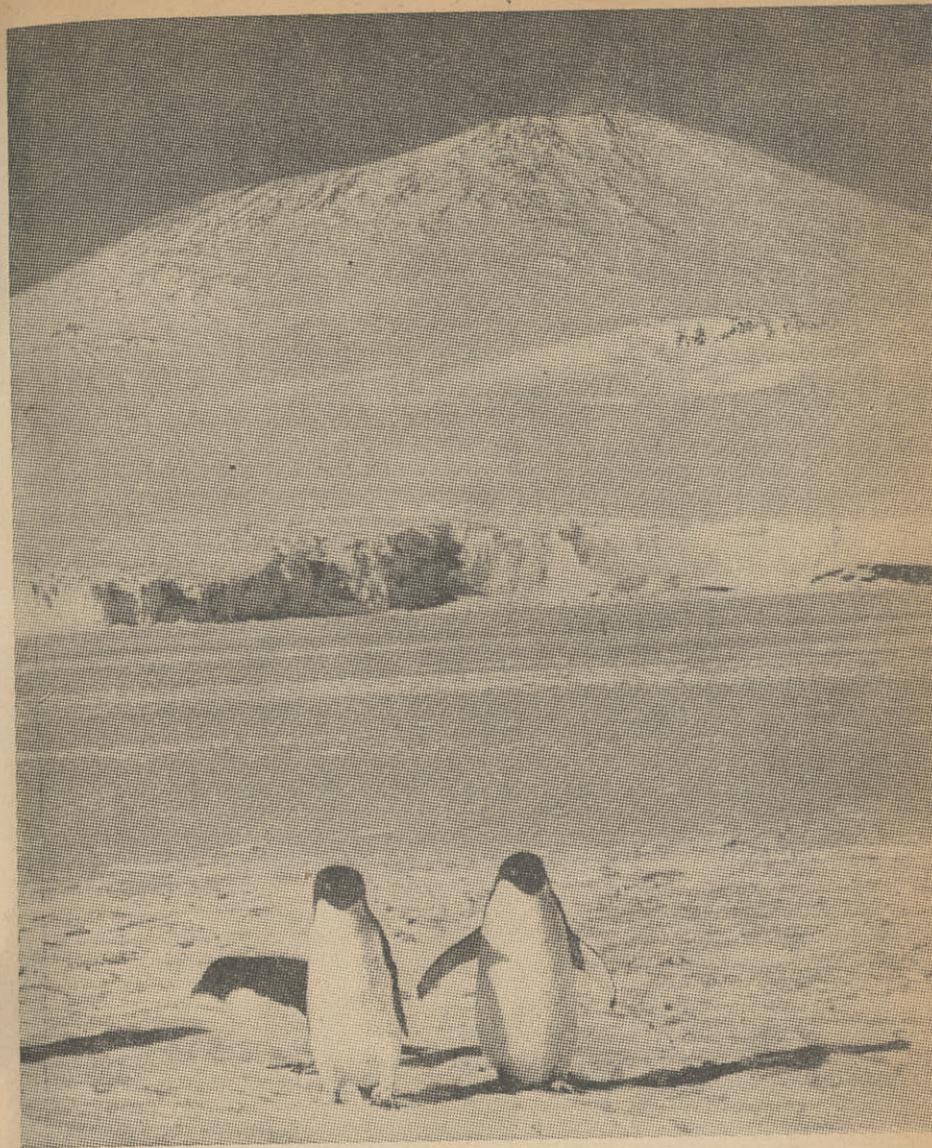
duciéndose profundos cambios en su cuerpo. Después volverán los síntomas primeros, seguidos por el delirio, el estado de coma y finalmente la muerte. Pero antes de que todo termine, su cuerpo se habrá infectado, habrá sufrido hemorragias internas, se le habrá caído el cabello y habrán degenerado los órganos sexuales.

Durante estas semanas (semanas de agonía precediendo su muerte), tendrá usted tiempo suficiente para enterarse de que su familia ha sido aniquilada en forma total e instantánea. Cuando se produjo el estallido, se encontraban a menos de 800 metros del punto situado verticalmente debajo del de la explosión atómica, y fueron alcanzados casi en forma simultánea por tres olas de aire, cada una lo suficientemente poderosa para matar un hombre.

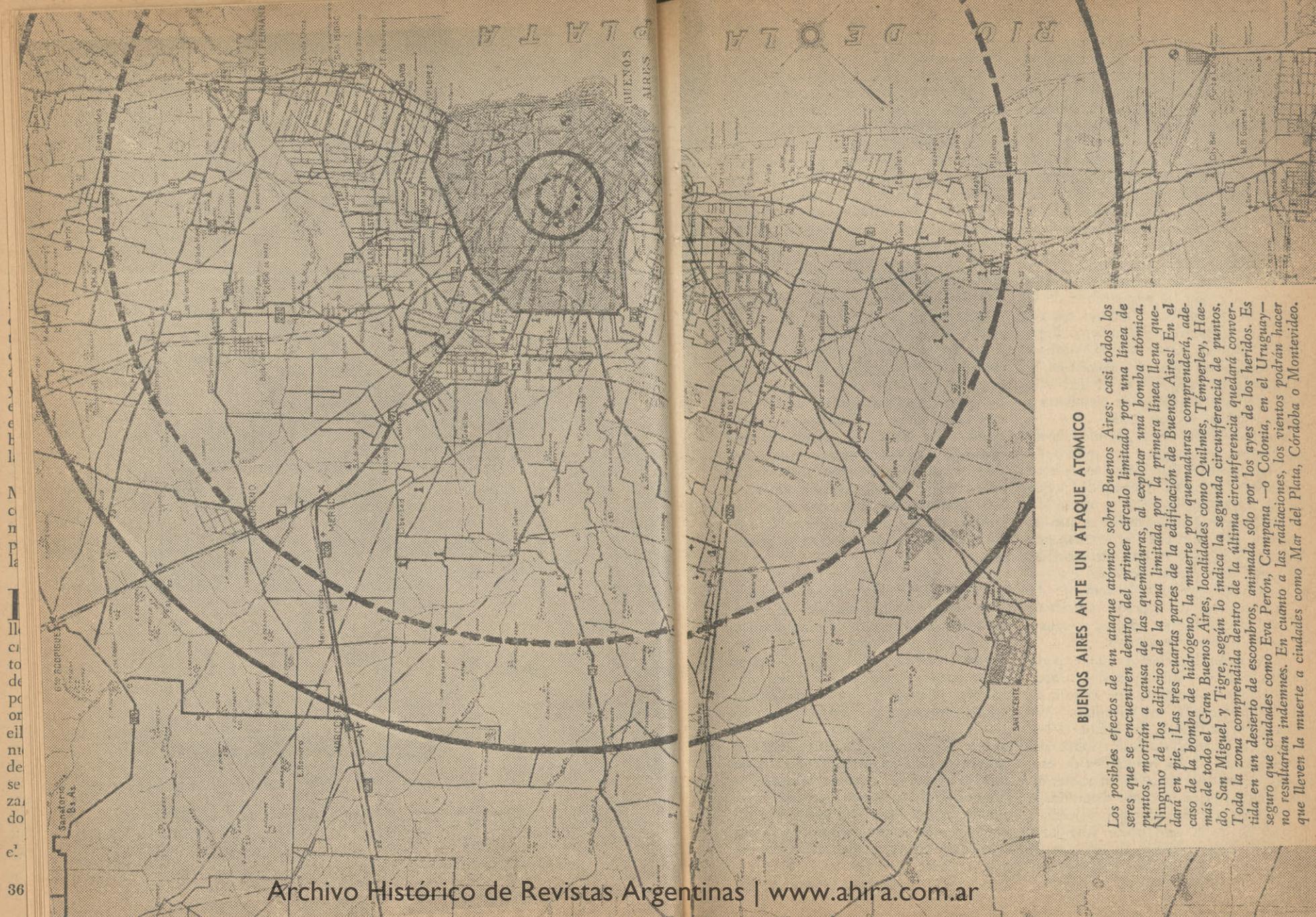
La primera (una ola de calor de miles de grados) y la segunda (portadora de radiaciones nucleares, rayos gamma y neutrones) llegan juntas. La tercera ola es un verdadero huracán, que recorre toda la ciudad, con inmensa fuerza y presión.

En el área que rodea el centro de la explosión, nada quedó en pie: no hay paredes; no hay heridos; el calor y la presión de la bomba redujeron los edificios y los seres humanos a humo y polvo.

Todo lo que se encuentra a 800 metros a la redonda del centro de la explosión está destruido. Los edificios pequeños, hechos de piedra y cemento, se han derrumbado por efectos de la presión del aire. Las casas construidas con materiales más livianos, fueron reducidas a polvo. Y los enormes rascacielos de acero y cemento, muestran apenas los restos de sus estructuras metálicas retorcidas, destrozadas o derretidas. Los edificios más alejados del centro de la explosión, parecen arrasados por un huracán de proporciones nunca vistas.



Habitantes de Buenos Aires dentro de algunos millones de años, cuando, debido al enfriamiento progresivo del Sol, los hielos de la Antártida lleguen a nuestras latitudes.



#### BUENOS AIRES ANTE UN ATAQUE ATOMICO

Los posibles efectos de un ataque atómico sobre Buenos Aires: casi todos los seres que se encuentren dentro del primer círculo limitado por una línea de puntos, morirán a causa de las quemaduras, al explotar una bomba atómica. Ninguno de los edificios de la zona limitada por la primera línea llena quedará en pie. ¡Las tres cuartas partes de la edificación de Buenos Aires! En el caso de la bomba de hidrógeno, la muerte por quemaduras comprenderá, además de todo el Gran Buenos Aires, localidades como Quilmes, Témperey, Hae-do, San Miguel y Tigre, según lo indica la segunda circunferencia de puntos. Toda la zona comprendida dentro de la última circunferencia quedará convertida en un desierto de escombros, animada sólo por los ayes de los heridos. Es seguro que ciudades como Eva Perón, Campana —o Colonia, en el Uruguay— no resultarían indemnes. En cuanto a las radiaciones, los vientos podrán hacer que lleven la muerte a ciudades como Mar del Plata, Córdoba o Montevideo.

Las personas que se encontraban en el radio fatal de los 800 metros a la redonda, murieron por la presión del aire; o fueron sepultados por los edificios derrumbados o abrasados por el intenso calor expandido; o recibieron radiaciones nucleares, en cantidad mayor que mortal.

La ola de calor que precede a la ola de aire, dura unos tres segundos; quema toda substancia combustible; determina terribles quemaduras en la piel, a toda persona que se encuentre expuesta a esta ola de calor, hasta a 3.200 metros de la explosión.

Las quemaduras motivadas por esta ola de calor, son las responsables de la mitad de las muertes y de tres cuartas partes de las heridas que tuvieron lugar en su ciudad. Unos veinte minutos después de la explosión, comienza la "tormenta de fuego", que envuelve la ciudad a una velocidad de cincuenta a sesenta kilómetros por hora.

Las radiaciones atacan la médula de los huesos, la sangre y los tejidos de todo ser viviente. Las personas que se encuentran a 1.300 metros del lugar de la explosión, mueren a causa de las radiaciones gamma, mientras que los muertos por neutrones se encuentran hasta 800 metros. A una distancia de 900 metros, aquellas personas que se ocultaron tras paredes de cemento de 30 centímetros de espesor, murieron en un cincuenta por ciento, a causa de las radiaciones nucleares.

Estos serán los efectos que experimentarán usted y su comunidad, si una bomba atómica, como la que mató más de 78.000 personas en Hiroshima, explota sobre su ciudad. En cuanto a los efectos de la bomba atómica sobre los descendientes de los habitantes de esa ciudad, constituye todavía un misterio. Los factores biológicos que determinan la herencia son alterados por las radiaciones. Es decir, que nadie sabe hoy en día, a ciencia cierta, si los hijos o

los nietos de las víctimas de las explosiones atómicas serán monstruos humanos o no.

Unos veintiséis kilómetros cuadrados de Nagasaki fueron destruidos por una sola bomba atómica. Por lo tanto, 1.000 bombas de este tipo pueden devastar 26.000 kilómetros cuadrados. La ciudad de Nueva York posee una superficie densamente poblada de 780 kilómetros cuadrados. O sea que, bien lanzadas, esas 1.000 bombas pueden destruir treinta y tres ciudades del tamaño de Nueva York. Y no hay ninguna razón para suponer que no puedan lanzarse 10.000 bombas.

*Si las bombas atómicas son utilizadas en esa próxima guerra que nunca debería producirse, parece seguro que todas las grandes ciudades de nuestro mundo actual quedarán absolutamente destruidas y que todos sus habitantes morirán.* Una gran ciudad como Roma, que representa casi 3.000 años de esfuerzos humanos, de sacrificios, de obras de arte, simplemente se desvanecerá en una nube de calor y luz. En el año 1945, J. Róbert Oppenheimer señaló que una sola incursión sobre las ciudades de Estados Unidos, podía destruir la vida de 40.000.000 de personas.

**C**LARAMENTE habrá visto el lector que las posibilidades de sobrevivir a un ataque atómico son mínimas. Hasta hace unos años, todos los libros (como el de David Brádeley, "Ningún lugar donde esconderse", o el de John Hérsey, "Hiroshima") y la propaganda oficial norteamericana destacaban netamente esta circunstancia. Pero, desde que la Unión Soviética hizo estallar su primera bomba atómica, la información que proviene de fuentes oficiales de Estados Unidos sostiene lo contrario. Ahora se nos dice: "¡Usted puede sobrevivir a un ataque atómico!" y se nos aclara que la salvación reside en es-

condense debajo de una mesa o de una cama. La verdad, desgraciadamente, no es ésa. Por el contrario, las posibilidades de sobrevivir a una guerra atómica son mucho menores ahora que en "los buenos tiempos pasados" de 1945, cuando la bomba de uranio era lo único que amenazaba a la humanidad. Actualmente, con la bomba de hidrógeno, y mañana, con las posibles armas aún más mortíferas, las probabilidades de sobrevivir serán mínimas, o quizás absolutamente nulas.

Entre las armas que pueden llegar a utilizarse en futuras guerras, las substancias radioactivas, para contaminar personas, objetos y extensas superficies de tierras, son particularmente siniestras. A esta posibilidad se refiere la llamada "guerra radiológica."

Partiendo de la fisión radioactiva que tiene lugar en una pila, el físico austríaco Hans Thírning sugirió que es posible preparar "arenas de la muerte". Esto puede lograrse impregnando una arena muy fina o un polvo metálico, con una solución acuosa de sales de productos fisionados. Derramada por las calles de una ciudad, esta arena mortífera será esparcida por el viento. Los seres humanos perecerán al inhalarla.

Si la concentración de arena en las calles alcanza una radioactividad de dos curies por metro cuadrado (un curie es la cantidad de cualquier sustancia radioactiva que emite, por unidad de tiempo, el mismo número de rayos alfa que un gramo de radio), una persona normal recibirá la dosis letal al cabo 500 inspiraciones, que son las que se producen en media hora.

Thírning calcula que la arena de la muerte que contenga 0,5 por ciento de productos fisionados pesados, tendrá una radioactividad de 150.000 curies por kilogramo. Una capa de esta arena, suficiente para causar la muerte mediante una concentración de dos curies

en una superficie no mayor de un metro cuadrado, sería totalmente invisible.

Mientras usted lee esto, las plantas atómicas, instaladas en distintas partes del mundo, se encuentran produciendo millones y millones de curies por mes, de productos mortíferos. Todos los que pagan impuestos, están suministrando fondos a estas plantas. Es como si todos fueran cómplices en un terrible y general pacto suicida.

Aunque las bombas atómicas que ya se han hecho explotar son suficientemente espantosas, se están fabricando otras más terribles. El 31 de enero de 1950, el presidente Truman anunció que había ordenado a la Comisión de Energía Atómica comenzar la fabricación de la bomba de hidrógeno. A partir de entonces, Stalin anunció que Rusia también dedicaba sus esfuerzos a producir cada vez mejores y más poderosas armas atómicas. Gran Bretaña se lanzó asimismo a correr en este sentido.

Menos de un año después que el señor Truman diera su orden a la Comisión de Energía Atómica, para que iniciara la fabricación de la bomba de hidrógeno, el 16 de noviembre de 1951 esta comisión anunció que en experiencias realizadas en el atolón de Eniwetok, de las islas Marshall, se había dado un paso que significaba la posibilidad práctica de fabricar la bomba de hidrógeno.

**I**GUAL que la bomba atómica, ahora pasada de moda, la de hidrógeno deriva su energía de la transformación de un elemento en otro. Pero el tipo de reacción es distinto.

Las bombas a base de la fisión del uranio emplean como explosivo los átomos de uranio y plutonio, dos de los elementos más pesados que conoce el hombre. Cuando uno de estos átomos pesados se divide o fisiona en dos

más livianos, más simples, se libera cierta cantidad de energía. La base de la bomba de hidrógeno, por el contrario, es la liberación de energía por fusión, o combinación de un átomo de tritio y uno de deuterio, formas pesadas del hidrógeno (el elemento más liviano que se conoce), para originar uno más complejo, el de helio. Este tipo de reacción se produce en el Sol y las estrellas, donde el hidrógeno es convertido en helio con la consecuente liberación de energía. Es decir, que los átomos más pesados liberan energía cuando se fusionan para engendrar átomos más livianos; y los más livianos liberan energía cuando se fusionan para producir otros más pesados.

En una bomba de hidrógeno es necesario una gran temperatura para la reacción de la fusión termonuclear. La temperatura de la parte central de una masa de uranio o plutonio, de una bomba en explosión, ha sido estimada en 10.000.000 de grados centígrados. Por lo tanto, de esto se puede deducir que el constructor de una bomba de hidrógeno utilizará una bomba de uranio o plutonio, como detonador. A esta bomba a fisión agregará una mezcla de tritio y deuterio, para el proceso de fusión.

Muy a menudo se ha planteado la cuestión de si una bomba de hidrógeno, al estallar, puede desencadenar una reacción nuclear en la Tierra, y así convertir nuestro planeta en una estrella. A esto ha respondido Hans A. Bethe, jefe del departamento de física teórica en el Laboratorio Científico de Los Álamos, desde 1943 a 1946. Bethe señala que la radiación producida por las reacciones termonucleares en el interior de las estrellas, encuentra gran dificultad para expandirse. Como la radiación es constantemente absorbida por átomos y reenviada en nuevas direcciones, no asciende a la superficie en línea recta, sino en

una línea complicada y zigzagueante. Esta lenta expansión del calor mantiene la alta temperatura de la estrella, que, a su vez, permite se mantenga la fusión, que requiere muy altas temperaturas. Únicamente una estrella que sea bastante grande para conservar sus radiaciones durante largo tiempo, está en condiciones de generar cantidades significativas de energía. Se estima que transcurren 10.000 años hasta que la radiación del Sol, por ejemplo, se expande. Júpiter, el más grande de los planetas del sistema solar, es demasiado pequeño para mantener reacciones nucleares; de lo que se deduce que, sobre la Tierra, una bomba de hidrógeno no puede desencadenar una reacción nuclear en la atmósfera, en los océanos o en la corteza, y transformar así nuestro globo en una estrella de fuego. Una bomba de hidrógeno, a causa de su pequeña masa, quemará únicamente una parte reducida de la Tierra. E incluso, si se inicia una reacción nuclear, la energía nuclear será disipada por las radiaciones, con mayor prontitud de lo que es generada; la temperatura descenderá rápidamente, y las reacciones nucleares se interrumpirán con la misma rapidez.

Sin embargo, conviene tener presente que esta explicación de las causas que impiden que una explosión atómica inicie una reacción en cadena sobre la Tierra y haga volar totalmente nuestro planeta, es nada más que teórica: no está demostrada por los hechos. Las continuas experiencias, o quizá la utilización de la energía atómica en una guerra, pueden llegar a demostrar (y será demasiado tarde) que sí es posible destruir la Tierra, convirtiéndola en un nuevo enjambre de asteroides.

**L**OS efectos de una bomba de hidrógeno serán mucho más devastadores que los de una bomba de uranio. Si la bomba de hidrógeno libera

1.000 veces más energía que la bomba que estalló en Hiroshima, causará la destrucción casi total de todos los edificios en un círculo de 32 kilómetros de diámetro (en Hiroshima el diámetro de la superficie destruida fué de 3.200 metros). El área de destrucción total por una bomba de este nuevo tipo será de unos 815 kilómetros cuadrados, es decir que las mayores ciudades del mundo, como París (78 kilómetros cuadrados), Moscú (286 kilómetros cuadrados) o incluso el Gran Nueva York (830 kilómetros cuadrados), pueden ser arrasadas con una sola de estas bombas.

La población de París es de 2.691.473 habitantes; la de Moscú, de 4.500.000, y la del Gran Nueva York, de 7.841.000. Si una bomba de hidrógeno bien lanzada puede aniquilar a la mayor parte de la población de cualquiera de estas grandes ciudades del mundo, ¿qué noción debe formarse el hombre de la amenaza que significan para la humanidad estas armas atómicas?

El calor que expande la bomba de hidrógeno debe también ser tomado en consideración. Por la bomba de Hiroshima, quemaduras mortales se hicieron sentir a kilómetro y medio del lugar de la explosión. Pero la bomba de hidrógeno producirá quemaduras mortales en un círculo cuyo diámetro será de unos 64 kilómetros, o incluso más; de modo que la superficie que se encontrará bajo los efectos del calor irradiado, será de 3.250 kilómetros cuadrados. El Gran Londres ocupa 1.795 kilómetros cuadrados; por consiguiente, su población de 7.476.170 personas será aniquilada por la explosión de una sola bomba.

Pero a todo esto, hay que agregar las radiaciones nucleares. Sin embargo, antes de que puedan sentirse los efectos de estas radiaciones, la mayor parte de las poblaciones habrán muerto por los

efectos de la presión del aire y de la ola de calor. El resto, si queda, estará a merced de las radiaciones nucleares.

Asimismo se producirá una radioactividad posterior. La envoltura de la bomba estará construída de tal modo que será altamente radioactiva después de ser pulverizada por la explosión. El viento transportará esos átomos radioactivos, sobre una gran zona del área bombardeada. Más aún: los neutrones emitidos por la bomba producirán en tierra átomos radioactivos, y el centro de la zona bombardeada seguirá contaminando durante largo tiempo.

En una carta dirigida al autor, fechada en febrero 29 de 1952, Alberto Einstein escribió: "Para mí es suficiente saber que la supervivencia del ser humano está en duda si no se logra una solución supranacional." Resulta obvio que ya entonces Einstein se refería a la bomba de hidrógeno.

**P**OCAS personas han comprendido claramente que *las armas atómicas que ya existen pueden aniquilar la raza humana*. Sin embargo, parece que el hombre ha alcanzado el poder de destruir el mundo y convertirlo en un lugar inhabitado. León Szilard, que trabajó en la bomba atómica durante la guerra y es ahora biofísico en la universidad de Chicago, señaló que una bomba de hidrógeno de 10.000 toneladas producirá suficiente polvo radioactivo para envenenar toda la atmósfera.

Según Szilard, es posible fabricar la cantidad requerida de deuterio. Por su lado, Jaime R. Arnold, del Instituto de Estudios Nucleares de la Universidad de Chicago, calcula que para fabricar 10.000 toneladas de ese hidrógeno, una nación de gran capacidad industrial necesitará 40.000.000.000 de dólares y de cinco a diez años de esfuerzos. Dicha cantidad de deuterio

podrá explotar en una sola envoltura o en muchas. En una explosión de este tipo, Szilard calcula que se producirán cincuenta toneladas de neutrones. Estos neutrones pueden ser absorbidos por un elemento que dé nacimiento a una peligrosa substancia radioactiva. Zinc o cobalto, según Arnold, son los elementos utilizables, y el cobalto es el preferido. Arnold considera que es necesaria una envoltura de 100.000 toneladas de cobalto en torno al deuterio explosivo. Distribuido como una capa de polvo sobre la superficie de la Tierra, la cantidad de radioactividad producida emitirá radiaciones suficientes para matar a todo ser humano.

Sin embargo, Arnold, contrariamente a Szilard, no cree que esta radioactividad pueda ser distribuida en forma eficaz por ese procedimiento. Argumenta que el polvo radiactivo será removido del aire por la lluvia, y de la tierra por la misma lluvia que corre sobre la superficie hacia ríos y océanos, dejando muchas zonas relativamente limpias. Concluye, casi convencido, que un arma de este tipo no puede destruir a toda la humanidad. Pero sí cree que la inmensa mayoría será eli-

minada en esta forma y que, con los adelantos que pueden lograrse en este campo, es lógico esperar "que esta discusión, repetida dentro de 10 años, llegue a diferentes conclusiones que hoy en día".

Es decir que, dentro de diez años, el hombre podrá estar en condiciones de destruir todo ser viviente que haya sobre la Tierra, adelantando por lo tanto en billones de años el fin natural. Sin embargo, aún tiene tiempo el ser humano de apelar a su razón, y más que nada a su deseo de vivir, y evitar la casi inevitable catástrofe que puede abatirse sobre él.

Si la civilización ha de sobrevivir, los planes actuales para desencadenar una guerra deben ser abandonados cuanto antes. Otras civilizaciones perecieron por no haber aprendido la lección a tiempo. El público, que en gran medida se ha desentendido del peligro que significa una guerra atómica, debe despertar ante la gravedad de la situación, y debe apoyar a aquellos estadistas que comprenden que se ha producido una revolución en la ciencia y que han de tomarse medidas radicales para prevenir sus efectos. ✦

En el próximo número:

## VI. - FUTURO DE LA TIERRA

## los fantasmas del radar

Durante la última guerra, un crucero británico, alertado por el radar, abrió el fuego contra un invisible barco enemigo. Como éste no repelió el ataque, ni tampoco se hundía, aunque los proyectiles le caían encima, el crucero decidió acortar distancia. Pero cuando llegó al lugar donde el radar había detectado el barco enemigo, encontró sólo acéano... Mucho tiempo después vino la explicación: el radar había sido víctima de un espejismo, comparable con los que puede sufrir el ojo humano, y causado, como éstos, por reflexiones en capas de aire a diferente temperatura; el presunto barco enemigo era la isla de Malta, distante más de seiscientos kilómetros.

Algo análogo ocurrió en aguas de

Alaska, también durante la última guerra: una flota americana abrió el fuego contra una formación de barcos japoneses, que luego resultó ser una inofensiva procesión de "icebergs".

Otros culpables de "fantasmas" en las pantallas de radar suelen ser las bandadas de aves migratorias, causantes de más de una alarma durante la guerra. Algunas de estas bandadas, desplazándose a menudo a muchos miles de metros de altura, son totalmente invisibles al ojo desnudo, y nada más fácil que confundir la imagen de sus agrupaciones con escuadrillas de aviones enemigos o formaciones de platos voladores, como ocurre en el ejemplo arriba representado. ✦



# Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 95 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



- Pregunta Nº 1:
- Pregunta Nº 2:
- Pregunta Nº 3:
- Pregunta Nº 4:
- Pregunta Nº 5:
- Pregunta Nº 6:
- Pregunta Nº 7:

**1** ¿Cuál de los siguientes astros pasa más cerca de la Tierra?

- A) Marte.
- B) Venus.
- C) Ceres.
- D) Mercurio.

**2** La fuerza que hay que efectuar para atornillar un tornillo utilizando un destornillador largo es:

- A) Mayor que si se utiliza uno corto.
- B) Igual.
- C) Menor.

**3** Antes de ser abierto, el interior de una sandía es:

- A) Rojo.
- B) Negro.
- C) Verde.
- D) Incoloro.



**4** ¿Cuál de los siguientes mamíferos tiene un período de gestación más largo?

- A) Elefante.
- B) Ardilla.
- C) Perro.
- D) Gato.



**5** Si en 35 tiradas seguidas de la ruleta se ha dado todas las veces el rojo, la probabilidad de que en la próxima tirada se vuelva a dar nuevamente es:

- A) Mayor que la probabilidad de que se dé el negro.
- B) Igual.
- C) Menor.



**6** "Zenón" es el nombre de:

- A) Una partícula elemental.
- B) Un gas raro.
- C) Un famoso filósofo de Elea.
- D) Una unidad de medida.

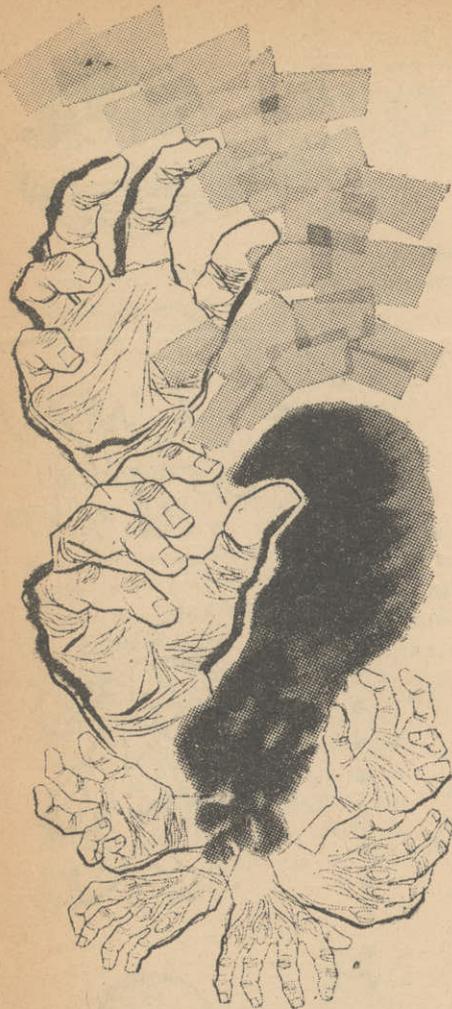
**7** ¿A qué se debe el color azul en los ojos?

- A) A un pigmento.
- B) A la dispersión de la luz en la retina, sin intervención de pigmentos.
- C) A razones desconocidas.



# ustedes

A veces  
un autor  
siente  
necesidad  
de escribir  
sobre un tema  
trillado...  
como  
en este  
caso.



# los poseídos

ilustrado por EMSH

**JURÉ** que nunca iba a escribir esta historia. Juré que, aunque me hicieran falta ideas, jamás volvería a este tema gastado. Ha sido utilizado con demasiada frecuencia; alguien le descubre siempre una nueva vuelta, o le da un aspecto nuevo a una antigua y conocida vuelta. Como escritor, yo no me considero tan carente de imaginación.

Sin embargo, aquí estoy, decidido a escribir la historia. Es un relato acerca del último hombre sobre la tierra. ¿Que es un tema gastado? Naturalmente. Lo único malo es que esta vez se trata de una historia verdadera. Creo que soy yo el último hombre vivo.

En ese caso: ¿Quién va a leer la historia cuando yo la haya terminado?

**Ustedes.** Ustedes, los que compran esta revista. La leerán y, naturalmente, no crearán una palabra de ella. Ustedes son aficionados a las historias del "más allá" y quien crea que los aficionados al "más allá" son una gente crédula, que se queda con la boca abierta y maravillada, comete un grave error: los aficionados a las historias del "más allá" son la gente más crítica y desconfiada de la creación. Han leído tanto sobre marcianos, y fusiles a rayos, y trampas espaciales, que no creen una

sola palabra de todo esto. Por eso no prestarán ustedes atención a lo que lean aquí.

¿Por qué escribo entonces?

Escribo porque no estoy seguro. No estoy absolutamente seguro. Existe la posibilidad de que yo no sea el último hombre vivo. Quizás entre ustedes, los que leen esto (ustedes los poseídos, los que no viven verdaderamente), hay algún otro como yo: alguien *que sepa*. Quisiera entrar en contacto con él, si todavía hay tiempo. Puede decirse que ésta es la última llamada de socorro. Porque, una vez que esto haya sido impreso, debo aguardar lo peor. Uno de los *vigilantes* leerá la historia. Espero contra toda esperanza que alguien la lea antes y se ponga en contacto conmigo. Pero, en el fondo de mi corazón, comprendo que me arriesgo locamente, y que los *vigilantes* llegarán primero...; porque los marcianos están aquí.

No es broma. No es una manera hábil de llamar la atención, para que todos lean la historia. Ya, antes, han oído ustedes hablar de los marcianos, y han hablado a su vez mucho sobre ellos. Algunos de ustedes han logrado inclusive ver esos artefactos en forma de plato, que ellos utilizan para alguna de sus empresas. Y ahora están

aquí. Les aseguro que están aquí y que se han posesionado de nosotros.

Pero todavía no se han apoderado de mí. Yo soy el último hombre verdadero sobre la Tierra..., el último hombre independiente, con la mente libre.

Está bien: ya sé que no creen ustedes una sola palabra. No lo creen, por lo mismo que no me creerían si les dijera que, hace un mes, el primer ministro de Inglaterra era un hombre llamado Braithwaite.

Sí, Braithwaite. No Churchill, como insisten en decir ustedes. Churchill ha sido primer ministro los dos últimos años, dirán ustedes. Nunca existió un hombre llamado Braithwaite.

Ustedes han olvidado a Braithwaite. Tenían que olvidarlo. Fué eliminado, y su recuerdo fué borrado, para que el mal pudiera seguir adelante.

¿Debo contarles todo? Quizá los entretenga algunos minutos. Y, si alguno de ustedes se inquieta, si por casualidad el relato despierta resonancia en alguna parte..., bueno, tal vez ése sea el comienzo de la realización y de la liberación eventual; quizá quiera decir que todavía hay esperanza.

**H**ACIA un mes que Braithwaite era primer ministro, cuando yo regresé a este país. No me sentía muy bien. Debo de haber estado loco para pensar que podía ir solo al Tíbet y regresar con un libro escrito sobre aquel lugar; pero, cuando comencé el libro, la idea me pareció espléndida. El régimen corriente de aquel país había sido derrocado, y se aseguraba que se estaban produciendo efectos muy interesantes. Yo me veía como un nuevo misionero o explorador y, además, pensaba regresar a mi país y escribir un libro maravilloso.

Estaba contento de regresar a Inglaterra. Algo muy extraño me había ocurrido en el Tíbet. Durante tres se-

manas, en un monasterio en el que había caído casualmente, medio muerto de frío, permanecí en algo semejante a un estado cataléptico. Me dijeron que había cesado de respirar, pero que, a pesar de ello, se dieron cuenta de que no estaba muerto. Me trataron con gran respeto. Por tres semanas viví en un estado de animación suspendida. Todo era muy extraño; pero, en aquel entonces, parecía menos extraño de lo que pareció después. En aquel apartado lugar del mundo, todo era posible.

Por fin regresé. El día siguiente al de mi regreso, Braithwaite hizo aquel famoso discurso en la Cámara.

Me distraigo: no puedo llamarlo famoso porque ninguno de ustedes recuerda haberlo oído.

Los diarios de la noche salieron con grandes titulares. Los hombres y las mujeres que regresaban del trabajo, se sumergieron en toda clase de locas conjeturas. La opinión general era que el primer ministro se había vuelto loco.

—Ha llegado a mi conocimiento —dijo en su discurso— que toda la raza humana está amenazada por un enemigo insidioso. Será muy difícil para ustedes entender lo que voy a decir; pero les ruego, de todos modos, que tomen muy en serio mis palabras. Estamos amenazados por seres de otro planeta. Los marcianos están ya entre nosotros.

Hubo un murmullo de consternación en los escaños de la Cámara, algunos aplausos, acallados por los gritos de la oposición. Braithwaite se puso muy pálido, pero prosiguió:

—No se trata de una invasión militar como la que nos han acostumbrado a temer los cuentos y las películas. Se trata de una invasión traicionera, desde nuestro interior. Estamos atrapados en un conflicto cósmico. Estamos en peligro inminente. Quisiera explicarles...

Varios miembros de su partido procuraron persuadirlo a que se sentara. Un murmullo creciente ahogó sus palabras. Pero él no se calló.

—¡No me callaré! —gritó—. Tienen que escucharme. Las influencias malignas de otro planeta están esclavizando la mente de todos los seres humanos en este mundo, sin que nadie esté enterado de ello. No hay tiempo que perder. Tengo pruebas de lo que digo.

Los relatos de los periódicos fueron contradictorios. Los dos periódicos vespertinos que vi daban relatos muy diferentes. Uno decía que Braithwaite había hecho una magnífica exposición de la tentativa de la Federación Eurasiática para imponer el dominio hipnótico sobre el de las naciones libres del mundo, y proseguía diciendo que era una lástima que hubiera escogido una forma alegórica para prevenirnos. El otro periódico, que pertenecía a la oposición, afirmaba que el primer ministro había demostrado ser demasiado viejo para el cargo que ocupaba, que había divagado incoherentemente sobre hadas y genios que vagaban en las cavernas de su mente, donde los pensamientos de amistad internacional y resistencia hacia la dominación económica americana deberían ocupar el primer puesto.

Querría recordar mejor el discurso. Pero ninguno de los periódicos dió una versión íntegra: cada uno escogió sólo los extractos que le convenían.

Esa noche, ya tarde, una radio dijo que el primer ministro lamentaba el recibimiento incomprensible que habían tenido sus palabras, y que haría una declaración completa a la mañana siguiente. Se afirmaba que él mismo hablaría por radio, aunque también se sugería la conveniencia de que el ministro viera a su médico, antes de llegar a una decisión final.

—¡En realidad necesita dos médicos en lugar de uno! —dijo uno de los

concurrentes habituales al bar que yo frecuentaba—. Que lo encierren antes de que haga más daño.

Y en verdad Braithwaite desapareció del terreno..., pero no por ningún método humano conocido.

Cuando desperté a la mañana siguiente y descendí a comprar el diario, esperaba encontrar, naturalmente, mayores detalles. En la primera página no se mencionaba el incidente de la Cámara. Miré rápidamente las otras páginas, y tampoco encontré ninguna referencia al asunto. Era raro. Quizá también los diarios eran demasiado vagos. Finalmente, y aunque fuera una cosa desusada, era posible que alguna alta autoridad hubiera pedido que se guardara discreción en el asunto... hasta que los médicos examinaran al primer ministro y dieran su dictamen.

Sin embargo, aun entonces, la cosa me parecía improbable. Y, cuando vi que no había nada en la primera página del periódico vespertino, no pude menos de decir al hombre que se sentaba frente a mí, en el ómnibus, mientras atravesábamos el Puente de Londres:

—Guardan mucho silencio en el asunto de Braithwaite, ¿verdad?

—¿De quién?

—Braithwaite, el primer ministro.

El hombre levantó la vista.

—¿Se refiere usted al primer ministro?

—Así es.

—¡Pero si hace dos años que Churchill es primer ministro!

Creí que el hombre estaba loco. Y era evidente que él creía que lo estaba yo. Lo malo era que él tenía más motivos que yo para creer esto. Porque, en uno de los periódicos matutinos que yo no había visto, había un artículo sobre algo dicho el día anterior, en un almuerzo, por el señor Winston Churchill. Y en las ediciones de la tarde había una información so-

bre el punto de vista de dicho caballero en las recientes conversaciones angloamericanas. Se decía también que él, al día siguiente, se dirigiría a la Cámara, para tratar el asunto.

Nadie había oído hablar de Braithwaite. Braithwaite nunca había existido.

NO era nada agradable la sensación de ser el único hombre cuerdo en el país... quizá en el mundo entero. Era increíble que todos hubieran olvidado al primer ministro. ¿Quién era este Churchill? Yo nunca había oído hablar de él. Cometí la tontería de iniciar una discusión con alguien, en el restorán, y vi que mi interlocutor estaba aterrado. Dije que temía que hubiera un gran error. Todo podía arreglarse, añadió, si alguien se tomaba el trabajo de consultar los diarios del día anterior.

En verdad, para probarme a mí mismo que no estaba loco, fuí a los archivos y examiné todos los periódicos, que

habían estado repletos de artículos sobre el asunto Braithwaite.

En ninguna parte se lo mencionaba. No se nombraba a nadie llamado Braithwaite; y nadie mencionaba a los marcianos.

Empecé a tener serias dudas sobre mi estado mental. Quizás aquella extraña permanencia en el Tíbet no me había hecho bien. Realmente no podía considerarme como el único hombre cuerdo. Yo estaba equivocado. Debía consultar a un médico.

Felizmente no lo hice en seguida. Continué estudiando los periódicos, durante varios días, en la esperanza de encontrar una explicación racional... del mismo modo que un hombre peligrosamente enfermo busca excusas para no enfrentar lo peor, fingiendo que todavía no tiene necesidad de ver al médico, que todo va a marchar bien. De no haber sido por esta obstinación mía, no habría tropezado con aquel aviso en la columna de anuncios clasificados de *The Times*.

### Lo más parecido a los platos voladores

Los aparatos de fabricación humana que más se acercan a los platos voladores son:

La V-7 alemana (inconclusa al final de la guerra), capaz de recorrer 40.000 km., a más de 20.000 de altura, a razón de 2.000 km/h. Era de forma discoidal, equipada con doce turborreactores.

El cigarro volante que, según la revista de la R. A. F., tendrían los rusos. 2.000 km/h., 45.000 km. de autonomía, a 25.000 mts. de altura, dotado de motores atómicos. Parece que los técnicos rusos han creado un material aislante más liviano aún que el aluminio; se llama losk, y reemplazaría con enorme ventaja los grandes espesores de plomo necesarios hasta ahora para aislar todo motor atómico.

El omega canadiense, con forma de lenteja o, más bien, de herradura. 25.500 km/h., de 25.000 a 30.000 mts. de altura; puede hacer virajes cerradísimo, y despega verticalmente.

El Douglas-X-3 americano, 3.200 km/h., a 60.000 m de altura; tiene dos alas cortas, a mitad del fuselaje, y mide 21 m de largo.

Esto es lo máximo que, por el momento, ha conseguido el hombre. Todavía estamos lejísimo de los 28.000 km/h., de la fantástica capacidad de maniobras, y de la prácticamente ilimitada autonomía de vuelo, que se atribuye a los platos voladores.

"Braithwaite", decía sencillamente el anuncio; "si alguien se interesa, escriba a Apartado de Correos, Casilla N° 272."

Escribí, dando mi nombre y dirección. El anuncio era tan discreto que juzgué necesario ser prudente y no comentar nada por el momento. Contesté diciendo únicamente que recordaba a Braithwaite; que me gustaría tener noticias suyas, y que Reed me intrigaba.

Dos días después, por la tarde, trataba de escribir un artículo, en el cual sencillamente no podía concentrarme, cuando alguien tocó el timbre. La sirvienta había salido. Descendí y encontré en la puerta a un hombre alto, de mediana edad, con el pelo gris. Hizo una inclinación de cabeza al verme.

—Lo reconozco a usted —dijo— por una fotografía que vi hace algunos meses. Vengo por el asunto de Braithwaite.

No es exactamente que me mirara de soslayo y con recelo, pero tuve la sensación de que esperaba que ocurriera algo, que estallara algo.

Entramos.

—¿Quién es Churchill? —pregunté inmediatamente.

El se encogió de hombros.

—Churchill es... una creación. Es un ser humano como cualquier otro; pero, naturalmente, no existía hasta hace unos días. Y, sin embargo, él ignora esto, y todo el mundo lo ignora también.

—¿Excepto nosotros dos? —pregunté yo.

—Excepto nosotros dos. Quizás haya otros; pero no me siento muy optimista al respecto. La de usted es la única respuesta que he recibido, y publiqué el aviso inmediatamente después de la desaparición de Braithwaite.

—¿Dónde está ahora Braithwaite?

—No me gustaría decir dónde está, en sentido metafísico —dijo sombría-

mente mi visitante—; pero, dentro de lo que es capaz de expresar nuestro lenguaje, lo único que puedo asegurar es que no está en ninguna parte. No existe, y las cosas han sido arregladas de tal manera, que nunca ha existido.

Me humedecí los labios y dije:

—Todo eso parece sin sentido. Es necesario que me explique usted claramente las cosas.

AHORA parece todo sin sentido —replicó, con ojos torturados, aterrados—; pero tenemos que partir de ciertas suposiciones, ¿no es así? Tenemos que creer que lo que existía hace una semana, existe todavía hoy; que nuestra memoria no nos engaña, sean cuales sean las pruebas en contra. Y conviene que oiga usted toda la historia, si es que puedo contársela claramente. Hay cosas que todavía yo no entiendo. Lo que entiendo me da un terror mortal —me miró unos momentos, y después meneó lentamente la cabeza—. Me pregunto si... si es que quieren que nuestra mente quede vacía de pensamientos ordinarios. Si realmente están aquí... si desean que



...Nublado. Corre viento del nordeste a una velocidad de 2 kilómetros por hora... A las 21 llevaba 3 vueltas de retraso.

usted conozca la verdad... ésta es la ocasión.

—¿A quiénes se refiere usted?

—Cierre los ojos —dijo— y piense en el cielo nocturno. Piense en usted frente a las estrellas. Y, cuando sienta que llega el mensaje, no se apresure a recibirlo... Descanse y déjelo llegar.

Quizás ambos estábamos locos. Yo no estaba muy seguro de no preferir la gente que se había olvidado de Braithwaite a este loco de ojos azorados. Pero, en su manera había una intensidad que no podía resistirse. Me eché hacia atrás y cerré los ojos. A lo lejos oí un ómnibus que subía por una colina. En alguna parte chillaba una radio. En el jardín del fondo cantaban los pájaros. Todo parecía normal: el mundo estaba en su sano juicio y en total orden. ¿Qué sacaba yo con ponerme en este estado de ánimo?

Después tuve la primera sensación de algo extraño y confuso. Era una visión débil e inestable, que se desvanecía incongruentemente como una mala transmisión de televisión. Cuando intenté concentrarme, la visión se borró; pero, cuando dejé vagar la mente sin esfuerzo, las líneas se aclararon, aunque la concepción estaba todavía más allá del alcance de la mente humana.

Dos fuerzas despersonalizadas, aunque intencionalmente individuales, se extendían por la Galaxia, como gigantes que usaran el sistema solar para jugar con él. ¿Fuerzas del bien y del mal? Sí, pensé; mas luego me pareció que no era así. Quizá no lo era; no estaba yo seguro. Serían simplemente fuerzas opuestas. Una de ellas ganaba constantemente a la otra; no cabía duda de que llevaba ventaja, por lo menos en nuestra parte de la Galaxia. Y la que ganaba era la que hasta ahora había sido considerada como enemiga: la fuerza cuya esencia estaba en con-

tradición con la total esencia de nuestro ser, hasta con la estructura física de nuestro universo.

Percibí verdades que sobrepasaban mi entendimiento. Tuve una visión del cosmos, en la cual nosotros, las criaturas vivientes, no éramos más que las células más pequeñas, o fragmentos de células, en un cuerpo sobrehumano. O quizás había dos cuerpos... dos cuerpos en guerra perpetua. Éramos parte de un organismo colosal, psicofísico...; un organismo dañado. El poder de los *vigilantes* se extendía por esta parte del cosmos. Los *vigilantes* eran, en cierto modo, una manifestación de la fuerza individual que se oponía a nuestro esquema de las cosas.

¿Y quién luchaba contra los *vigilantes*? El mensaje llegó hasta mí desde gran distancia, susurrando débilmente a través de millones de años. De alguna manera, los *otros* estaban en nuestra ascendencia. Pero aquí su fuerza era demasiado débil... su influencia no era bastante fuerte para resistir la infiltración de aquella fuerza destructora y antinatural que aguijoneaba y trastornaba nuestra existencia.

Los planetas exteriores habían sucumbido. Como una enfermedad virulenta, la influencia de los *vigilantes* penetraba y rodeaba nuestro sistema solar. Después de penetrar en Marte, llegaba ahora hasta nosotros. Los marcianos, frágiles inteligencias incorporadas que habían existido (me enteré ahora) en estado de casi suspensión durante generaciones, sucumbieron y, al sucumbir, se fortalecieron. Aquellas entidades sin cuerpo adquirieron nueva personalidad individual, y fueron al mismo tiempo poseídas por un hambre espiritual: literalmente, por un ansia insaciable.

Los vi como absurdas luciérnagas venenosas que se proyectaban a través del espacio interplanetario, buscando aplacar su apetito inextinguible. Impul-

sados por los calculadores *vigilantes*, descendieron a la Tierra como una nube de parásitos invisibles.

¡Los marcianos estaban entre nosotros!

Como el virus de la poliomiélitis, helando y paralizando, cortando las comunicaciones, los marcianos se habían apoderado de la mente de los seres humanos. Y detrás de los marcianos estaba la fuerza aterradora de los *vigilantes*: los *vigilantes*, que son ahora omnipresentes; capaces de deformar la realidad, para que ésta sirva a sus propósitos; capaces de hacernos olvidar la historia, de tal manera que lo olvidado sea como si jamás hubiera existido.

Intenté comprender más claramente, pero no pude conseguirlo. Sólo percibí un terrible peso que caía sobre el mundo, con un levísimo mensaje de esperanza y seguridad, proveniente de muy lejos; un mensaje que decía: *Valor. El fin todavía no ha llegado: no estamos derrotados aún.*

Pero la esperanza fué borrada por la horripilante visión del armagedón; y, detrás de esto, un horror del cual surgían nuevas criaturas, viviendo en un sistema que parecía retorcido y perverso, totalmente extraño e ininteligible para mí.

**A**BRÍ los ojos. El hombre sentado frente a mí asintió gravemente.

—¿Ha visto?

—Sí —dijo—, se me ha mostrado lo que está ocurriendo —y estudié su cara—. ¿Cómo se llama usted? ¿Quién es usted?

—Richardson —contestó—. Soy sólo un hombre como usted, tan aterrado como usted, y no sé más de lo que usted sabe o lo que sabía Braithwaite. Pero nosotros no tenemos en el país la posición importante que tenía Braithwaite.

—En realidad, su posición y el po-

der que tenía no le sirvieron de nada —comenté.

—Así es.

—Y ¿cómo hemos escapado nosotros? ¿Por qué somos todavía libres?

El hombre meneó la cabeza.

—En cualquier batalla, siempre hay soldados que entran a último momento. Nosotros somos... bueno, la retaguardia; podríamos denominarnos así. Somos los últimos canales de influencia para los *otros*. Yo tenía la sensación de que ellos luchaban para dejar abierto un camino. Quizá intentaban utilizarnos si lograban llegar hasta nosotros.

—Somos —dije yo— los corpúsculos sanos que combaten una enfermedad en el sistema sanguíneo de la creación.

—Creo que podemos definirlo así. Pero, cuando la enfermedad es infinitamente más fuerte que las pocas células sanas, ¿qué suele ocurrir?

Guardamos silencio largo rato, poseídos por un sentimiento de incapacidad. ¿Qué debíamos hacer? Finalmente Richardson dijo:

—Me parece que la única forma de luchar es concentrarse en la destrucción de la ilusión que los *vigilantes* han creado. Yo no creo... no me permito creer que el pasado pueda falsificarse, aunque se destruyan o se transformen todos los anales, y aunque se creen nuevos seres humanos con recuerdos de vidas que jamás han vivido: seres como Reed... Pero todavía siento que debe de haber algún medio de destruir esa ilusión y de hacer resurgir la verdad.

—Espero que tenga usted razón —dije amargamente—. Yo no puedo dejar de pensar qué locura enorme sería un error ahora. Quiero ver las cosas con la mayor frialdad posible. ¿Por qué debemos suponer que los *vigilantes* son malvados, sencillamente porque sus puntos de vista sean diferentes de los nuestros?

—No piense eso —interrumpió Richardson—. No se entregue a los peligros de la mente abierta. No podemos permitirnos el lujo de la duda en estos momentos.

Ambos hicimos una mueca. Aquello parecía absurdo. Palabras como "democracia" y "libertad" eran palabras sospechosas ahora.

—Ahora debo irme —dijo Richardson levantándose—. Quiero seguir mi línea de pensamiento. Antes de empezar a trabajar en serio, quiero ir a las bibliotecas y consultar algunos anales. Y también quiero hablar con dos o tres personas... con mucho cuidado. Quiero descubrir hasta dónde han llegado los vigilantes. Tenemos que ser muy cuidadosos... El canal debe permanecer abierto... Somos la última esperanza en este sistema solar. Debemos mantenernos en contacto. Volveré a verlo el viernes. En caso de que las cosas marchen mal, o en caso de que necesite ponerse en contacto conmigo, le daré mi dirección.

Me tendió su tarjeta con una dirección en el barrio de Hámstead, nos



—¿Por qué no te dejas de experimentar y partes las nueces como todo el mundo?...

dimos la mano y nos despedimos hasta el viernes.

**S**EGUI viviendo, es decir, comenzando, durmiendo, respirando y andando de un lado a otro. La gente que siempre había conocido, hablaba conmigo como de costumbre. Los trenes corrían, los omnibus poblaban las calles, los cines anunciaban sus programas. Había siempre noticiarios, y los periódicos seguían saliendo. Pero yo leía con recelo los periódicos. Experimentaba una especie de mareo, un vértigo de desconfianza, como alguien que, durante el sueño, pretende leer una página impresa y no logra enfocar la palabra, o no logra entender el sentido de una frase, aunque entienda todas las palabras.

Me parecía que Richardson y yo debíamos hacer algo definitivo. No podíamos seguir esperando pacientemente. Tal vez pudiéramos dar un golpe; debía de haber una manera de golpear las falsas bases de aquel edificio de ilusión.

El viernes esperé a Richardson durante toda la mañana y también por la tarde. Pero Richardson no se presentó. Al caer la noche, alarmado, me encaminé a Mámstead.

Richardson, en persona, abrió la puerta. En sus ojos no brilló ni un destello de haberme reconocido. Yo dije:

—Temía que algo no marchara bien. ¿Qué le ha ocurrido?

—Perdón... No entiendo qué quiere usted decir...

—Usted tenía que visitarme hoy. ¿Ha realizado algún progreso en su investigación? ¿Ha descubierto algún buen camino?

Me miró.

—Usted debe de estar equivocado —contestó fríamente—. Quizá me confundí con otra persona.

Quedé helado de terror. Pero tal vez

lo estaban vigilando. Probablemente no se atrevía a hablar. Saqué del bolsillo la tarjeta que me había dado y se la tendí. Por un momento temí que la tarjeta hubiera sido alterada, que hubiera en ella un nombre distinto. Pero no era así: estaban allí impresos el nombre y la dirección de Richardson. El la miró.

—Esta tarjeta es mía —asintió—; pero no comprendo cómo ha llegado a su poder.

—Usted sabe perfectamente que me la dió usted mismo —dije desesperado—. Teníamos que encontrarnos hoy. Usted iba a llevar adelante su idea de quebrar la ilusión de la existencia de Churchill; de restablecer la realidad verdadera. ¿No recuerda?... Braithwaite...

Richardson lanzó una rápida mirada a lo largo de la calle, como buscando a un policía. Dijo con voz tranquila, apaciguadora:

—Mucho me temo que el único Churchill que conozco sea el primer ministro, y no frecuento círculos tan aristocráticos como para haberlo conocido personalmente. Jamás he oído hablar de nadie que se llame Braithwaite.

Hablaba seriamente. En su rostro no había ni un pestaño de complicidad. Empezé a cerrar la puerta, y tuve la certeza de que pensaba llamar a la policía.

Me volví y caminé rápidamente. En realidad tenía deseos de correr.

**Y** ahora estoy solo. Si algún otro ha contestado al aviso que Richardson publicó en el diario, no se pondrá en comunicación conmigo. Quizá ese aviso no exista ya; habrá sido borrado y olvidado. No me he atrevido a mirar.

¿Qué puedo hacer ahora? La idea de lanzar un último ataque desesperado parece muy bella y muy noble, pero no es tan fácil. No sé cómo empezar a

luchar. Comprendo ahora lo que debe de haber sentido Braithwaite. Comprendo la angustia que se apoderaría de él ante su sentimiento de impotencia, cuando locamente fué a la Cámara y empezó a gritar las noticias, para que las oyera el mundo entero y esperando que alguno las entendería y que se podría hacer algo, antes de que fuese demasiado tarde. Él debía de saberlo todo; pues en realidad es difícil que hubiera hecho algo tan inútil... es imposible, si no hubiese creído que había alguna esperanza.

Pero, si Braithwaite fué impotente, ¿qué puedo hacer yo? Nadie me escucharía. Nadie hablaría de mí en la primera página de los periódicos. Y, si lo hicieran, a la mañana siguiente dejaríamos de existir los periódicos y yo... Otra realidad nos sustituiría.

No hay nada que hacer. Hay que esperar; esperar confiando en que llegue alguna luz... algún mensaje de los otros, cuando sepan lo que quieren hacer. La espera será difícil. Confío en no volverme loco. ¡Estar aquí solo, impotente y sabiendo que soy el último hombre sobre la Tierra...!

Es tarde. El mundo exterior está en tinieblas, y el mundo dentro de mi cabeza tiende también a oscurecerse. Tengo un horrible dolor de cabeza. He pensado demasiado. He enfrentado un problema demasiado grande.

Y, si se piensa en ello, es una tontería. Soy sólo un ser humano entre millones, viviendo en una partícula de materia en el infinito. Nadie puede exigirme que realice sólo esta cruzada. Supongamos que pudiéramos llamarle cruzada. Pero no debemos juzgar tan de prisa. Cuanto más pienso en ello, más comprendo que es necesario adaptarse a las circunstancias de la vida y no ser automáticamente hostil a las ideas nuevas. Casi todos los daños del pasado provienen de nuestro tenaz conservadurismo; provienen de aferrarse a

—N  
chard  
gros  
permi  
mome

Am  
parecí  
cracia  
pecho

—A  
levant  
de pe  
trabaja  
tecas y  
bién q  
sonas.  
descub

vigilan  
dadoso  
abierto

en este  
ternos  
el vier  
marche  
te pone  
mi dire

Me  
ción er

ideas pasadas de moda, sobre la moral y sobre la ciencia. No hay más que pensar en la torpe oposición que Churchill, el primer ministro, debió enfrenar hace cuatro años, cuando propuso el incremento de las usinas atómicas. Y ahora veo que ayer mismo indicó la conveniencia de extender todavía más el plan de sustituir el petróleo y el carbón por el núcleo del átomo, para producir energía.

Quizás nuestra sociedad decadente necesite una nueva fuerza. No sé qué podría ser, pero comprendo que algo (algún poder superior y por encima de nosotros) tendrá que apoderarse de la creación y reformarla totalmente. Las

ideas viejas, los errores del pasado, tendrán que desaparecer. Y necesitamos valor para enfrentar el cambio.

Al leer lo que acabo de escribir, me he divertido. No era mala la idea para un cuento, ¿verdad? Me pregunto cómo tuve esa idea. Cuando veo escribir en el papel el nombre de Braithwaite, es como si oyera una especie de eco... que se vuelve más y más débil. Supongo que he conocido a alguien llamado Braithwaite, y que el nombre se me quedó grabado en la cabeza.

A veces es difícil conocer el origen de un cuento. Y, frecuentemente, cuando empezamos a escribirlo, no sabemos cómo terminará. ✦

### Algo pasa en Marte

**C**OMO para apoyar a quienes sostienen que Marte es el lugar de origen de los platos voladores, el envejecido planeta se ha puesto a hacer de las suyas.

Hace unos años, en el Solis Lacus (Lago del Sol), de Marte, se produjo un fenómeno rarísimo: con toda claridad, los telescopios terrestres pudieron observar que vastas zonas coloreadas cambiaban de posición... Algunos estudiosos aventuraron la hipótesis de que se trataría de migraciones en gran escala de seres vivientes, en procura de zonas más favorables.

En el observatorio de Osaka, a principios del 1951, se observó, dentro del disco del planeta, una gigantesca explosión de proporciones colosales, cien veces más poderosa, se calcula, que la explosión de una bomba de hidrógeno. Instantes después de la explosión, y con rapidez fantástica, se formó una nube grisácea que, expandiéndose a gran velocidad, cubrió en poco tiempo más de 1.500 km<sup>2</sup>. ¿Un fenómeno volcánico? Imposible: el volcanismo marciano, si existe, no puede tener otras manifestaciones que exangües fumarolas.

A fines del mismo año, en el mismo observatorio, se hizo otro electrizante descubrimiento: Tsuneo Saheki, director de la institución, pudo ver cómo en la región del Titonius Lacus aparecía un punto extremadamente brillante, que centelleaba como si fuera una estrella: el astrónomo valuó su magnitud entre cinco y seis. A los cinco minutos el brillo del punto empezó a disminuir; cuarenta minutos más tarde se había apagado completamente.

¿Qué había ocurrido? ¿El punto luminoso había señalado el lanzamiento de alguna supercosmonave, bien rellena de platos voladores destinados a la Tierra?, ¿o representaba el octo final de alguna pavorosa guerra?, ¿o acaso era sólo un fabuloso despliegue de fuegos de artificios, celebrando algún rito marciano?

Quedan en pie estos interrogantes y todos los que el lector quiera agregar por su cuenta y riesgo.

—¿Por  
tos y p  
mundo?.



**M**ÁS ALLÁ, con este número, cumple dos años. Aunque MÁS ALLÁ se ocupe preferentemente del porvenir, es interesante echar un vistazo a su corto pasado, para ver en qué medida ha cumplido su cometido de llevar a sus lectores más allá de la ciencia y de la fantasía.

Materialmente considerada, una colección de 24 números de MÁS ALLÁ es algo imponente. A un COSTO global de \$ 123 (y de solamente \$ 100 para los suscriptores), el lector ha recibido un total de 3.968 PAGINAS, que llega a 4.064 si contamos también las tapas. Los 24 ejemplares ocupan en su estantería una longitud de 23 cm., PESAN gr. 3.440; la SUPERFICIE de papel impreso es de m<sup>2</sup> 110,95. En esta área aparecen 2.160.000 PALABRAS, 712 ILUSTRACIONES y 375 VIÑETAS.

Durante 24 meses, MÁS ALLÁ ha publicado 8 NOVELAS de gran extensión:

EL DÍA DE LOS TRÍFIDOS, por John Wyndham (Nº 1).

HIJO DE MARTE, por Cyril Judd, (Nº 3 - 4).

EL HOMBRE QUE VENDIÓ LA LUNA, por Robert A. Heinlein (Nº 6).

LA ISLA DEL DRAGÓN, por Jack Williamson (Nº 9 - 10 - 11).

LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov (Nº 12 - 13 - 14).

EL TRIÁNGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple (Nº 17).

LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker (Nº 18 - 19).

AMOS DE TÍTERES, por Robert A. Heinlein (Nº 21).

Entre ellas hay algunos éxitos realmente memorables; MÁS ALLÁ se enorgullece de haber puesto al alcance de los lectores de habla castellana estos modernísimos clásicos de la fantasía científica.

Además, se han publicado 20 NOVELAS CORTAS, algunas de las cuales han causado sensación. Recordamos, por ejemplo, "Bobby tiene tres años", por Theodore Sturgeon (Nº 14), "Los viejos mueren ricos", por H. L. Gold (Nº 2), "Nervios", por Lester del Rey (Nº 16), y "Los Unos", por Betsy Curtis (Nº 22). Los CUENTOS publicados han sido, en total, 121, de los cuales 12 escritos por autores argentinos. Confiamos que este 10% pueda ser aumentado en el porvenir. Esto, por lo que se refiere a la fantasía. La ciencia ha estado representada en MÁS ALLÁ por tres obras, publicadas por entregas: LA CONQUISTA DEL ESPACIO, por Willy Ley (Nº 1 a 13), LA VIDA EN EL UNIVERSO, por Gron Aguirre y Angel Gide (Nº 13 a 19), EL FIN DEL MUNDO, por Kenneth Heuer (Nº 20 a 24), (esta obra concluirá en el Nº 26).

Además de estas obras de gran envergadura, profusamente ilustradas, se han publicado 36 ARTICULOS CIENTÍFICOS sobre temas que van desde la cibernetica a los insecticidas,

desde la utilización industrial de la energía atómica hasta el misterioso cementerio de los elefantes, desde los "tests" de inteligencia para los bebés hasta el tamaño de los átomos, desde las edades glaciales hasta la máquina del tiempo, desde la cuarta dimensión hasta la indumentaria del porvenir, desde las instrucciones para construir un telescopio hasta la parálisis infantil.

Estos artículos han presentado de una manera fácil, agradable, científicamente correcta y al día, el panorama diverso y variable de la ciencia y de la técnica. Completando la información más amplia contenida en los artículos, hemos esparcido en las páginas dedicadas a los cuentos y a las novelas de fantasía 707 "píldoras", es decir, NOTAS CORTAS, al pie de algunas páginas, que tan apreciadas son por nuestros lectores. La aparente incongruencia que resulta por la abrupta aparición de una breve información científica, bien apegada a la realidad, en el medio de un cuento en el cual la fantasía vuela más allá de lo imposible, es típica de nuestra revista, y corresponde a sus dos aspectos fundamentales: la fantasía y la ciencia, en íntima comunión, formando una armonía llena de contrastes. Estas "píldoras" tocan los más diversos argumentos, porque ilimitados son los intereses de nuestros lectores:

Aeronáutica .....	23
Animales prehistóricos ....	4
Antropología .....	13
Astronáutica .....	38
Astronomía .....	104
Biología .....	90
Electrónica .....	16
Estadísticas vitales .....	28
Física atómica .....	58
Física general y Matemáticas	73
Geología .....	23
Medicina .....	13
Meteorología .....	16

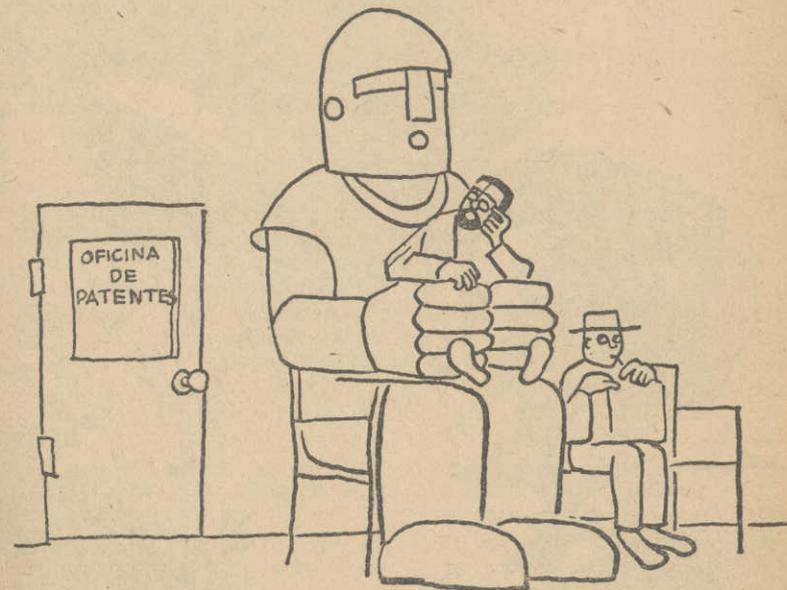
Psiquiatría y Neurología ..	3
Platos voladores .....	39
Novedades técnicas .....	19
Química .....	30
Varios .....	26

Para atormentar a los lectores hemos publicado 23 ESPACIOTESTS; en 24 EDITORIALES el director ha expresado sus ideas y ha entablado un cordial diálogo con su público refinado y creciente. 39 CHISTES han salpicado de humorismo el drama de la conquista del infinito y de lo desconocido.

A partir del Nº 2, hemos publicado 187 RESPUESTAS de nuestra sabihonda Sección Científica a pregun-

tas de lectores, y a partir del Nº 17 hemos publicado 67 CARTAS DE LECTORES, denominadas "Proyectiles Dirigidos", criticando, comentando, polemizando y elogiando nuestra obra. Las cartas publicadas representan una mínima parte de las cartas recibidas que, en los dos años de vida de MÁS ALLÁ, han sumado 13.476.

Lo que no dicen las estadísticas es el impacto sobre la mentalidad de nuestros lectores de la imponente cantidad de material publicado en la revista. Cada lector podrá calcular por sí mismo la medida en que su horizonte mental ha sido modificado y ampliado por la lectura de 24 tomos de MÁS ALLÁ. ✦



# 17

## monedas

## de veinte

*Una máquina traganíqueles, un vago y unas botellas de whisky demostraron el alto grado de inteligencia alcanzado por la raza humana...*

por ROGER DEE

Ilustrado por GUILLERMO CAMPS



LOS quemantes rayos del sol de febrero, que penetraban por una ventana de la comisaría, reverberaban sobre un trozo de alambre colocado sobre el escritorio.

Atusándose el bigote, el oficial Paunero contestó a la pregunta formulada por el doctor Torres:

—No es que esté nervioso, doctor... ¡pero hay días en que todo se junta! Primero la pelea en las cuadreras; tengo el calabozo lleno de borrachos, ¿sabe? Y ahora...

Tamborileó con los dedos sobre el vidrio del escritorio, tratando de decidirse a proseguir. Por último, preguntó bruscamente:

—Dígame, doctor, ¿usted cree en los platos voladores?

El médico rió de buena gana.

—Seguramente la vieja ésa... ¡ésa, hombre, la vecina del talabartero!... seguramente le pidió una custodia para defenderla de los marcianos. ¡Está visto que los platos voladores van a acabar con la tranquilidad de este pueblo! Hasta mi hijo me vino a contar que vió uno... Pura sugestión, por supuesto.

—Y si alguien viene a contarle que vió uno, y habló con el piloto, ¿usted qué diría?

El doctor se puso serio. Eligiendo cuidadosamente las palabras, comenzó a decir:

—Bueno, Paunero, usted estuvo trabajando mucho últimamente. Hasta una persona sería, cuando el estado de sus nervios no es muy bueno...

Paunero suspiró aliviado.

—¡Vamos, no vaya a creer que yo vi esto! Lo que pasa es que tengo aquí un vago que me hizo un hermoso cuento... Al principio creí que no se le ocurrió ninguna mentira mejor para defenderse, pero el hombre insiste, y me temo que esté un poquito... en fin, ahora va a ver, doctor.

Y alzando la voz, ordenó:

—¡Hagan entrar a Pereira... o como demonios se llame!

Se abrió la puerta, y, junto con una vaharada de aire caliente, entró un hombrecillo sucio, encorvado y mal vestido.

—Viejo chiflado — dijo el oficial Paunero —, ¿todavía sigue con ese cuento absurdo?

José Pereira no se dignó mirar al oficial. En cambio, dirigiéndose al doctor Torres, dijo con tono plañidero:

—Ya sé que suena raro, doctor, pero le aseguro que no estoy loco. Si forcé la caja del bar de Rodríguez y saqué diecisiete monedas de veinte, fué...

El oficial completó la frase. Con tono de resignación, dijo:

—Ya lo sabemos. Fué para salvar a la humanidad de la destrucción. — Y añadió, gruñendo —: ¡Tonterías, pamplinas!

Sí, el oficial Paunero estaba de mal humor, pero la culpa no era suya, como pudo comprender el médico al conocer los hechos de la noche anterior:

A las 4.30 de la mañana el agente que hacía la ronda vió luz en el interior del bar de Rodríguez. Esto puso en marcha la poca complicada maquinaria policial del pueblecito.

Los hechos esclarecidos por la investigación pueden resumirse así:

A la una de la mañana, como era habitual, el propietario del bar cerró la puerta, bajó la cortina metálica, la aseguró con un candado, bostezó y se fué a dormir.

A las 4.45 de la mañana — y esto no era de ningún modo habitual — el

propietario del bar, entre bostezos, confirmaba al oficial Paunero:

Que el candado había sido abierto con un alambre doblado.

Que alguien había forzado el cierre de la caja registradora, cuyo contenido estaba intacto, a excepción — raro detalle — de las monedas de veinte centavos, que habían desaparecido. Además, la botella de legítimo Whisky Escocés, orgullo del establecimiento, yacía en el suelo junto al presunto autor del desaguisado, quien roncaba bajo los efectos del ya mencionado whisky. Y, por último,

Que la máquina "traganiqueles" de jugar al waterpolo de mesa había desaparecido sin dejar rastros.

Estos hechos dieron origen a una teoría vehemente sostenida por el señor Rodríguez. Afirmaba éste que persona o personas desconocidas, amantes del progreso presentado bajo la forma de una máquina "traganiqueles", la habían sustraído del local. Conseguido su propósito, se habían retirado silenciosamente, sin tomarse la molestia de volver a bajar la cortina metálica. Favorecido por esta circunstancia y por la suerte, que lo hizo pasar por allí un rato después, José Pereira se introdujo en el bar y echó mano del whisky y de \$ 3.40 en monedas de veinte centavos. Luego, el rápido efecto de la bebida lo sumió en el profundo sueño en que había sido hallado.

Otra era la tesis sostenida por el oficial Paunero: el viejo sinvergüenza había abierto el candado. Luego entró en el bar y se dedicó al legítimo whisky escocés. La borrachera lo venció cuando recién se había apoderado de parte del contenido de la caja.

Un registro efectuado en las deshechas ropas del reo puso en descubierto un trozo de alambre doblado. Esto, como hizo notar el oficial al señor Rodríguez, apoyaba su teoría. Sin embargo, aunque ninguna de las dos expli-

caba la ausencia de las monedas, que no aparecieron en el registro, la teoría del oficial Paunero — y así se lo hizo notar el señor Rodríguez — presentaba la desventaja adicional de no explicar la ausencia de la "traganiqueles".

Mientras así dialogaban Rodríguez y Paunero, Pereira era sometido a un enérgico proceso de desalcoholización, consistente en el repetido derrame sobre su cuerpo de apreciables cantidades de agua fría. El tratamiento produjo el efecto deseado, y el reo pudo prestar declaración.

Pero fué ésta una declaración tan fantástica, absurda e increíble, que el oficial se vió obligado a llamar al doctor Torres para que le dijera si aquel hombre mentía, si seguía borracho o — y esto parecía lo más probable — si el desventurado estaba loco.

Y, sin embargo, el relato de José Pereira explicaba la ausencia de las monedas y la máquina... y era perfectamente verídico. Lo reproducimos, pues, con todos los detalles.

**G**YMBEL había escogido cuidadosamente el lugar de aterrizaje. También el tiempo era propicio. A las dos de la mañana no había mucha actividad en el pueblecito.

El plato volador se posó silenciosamente entre las estibas de bolsas, detrás de las vías. Se abrió la escotilla, y

Gy'Mbel comenzó la exploración.

Y... ¡qué exploración! Nada de deslizarse lentamente a 4.000 kilómetros por hora, registrando la presión, la composición atmosférica, la radiación cósmica... No, esta vez la Expedición Investigadora iba a ponerse en contacto directo con el extraño planeta. Miró en derredor: todo tranquilo.

Acurrucado entre unas matas de yuyos, Pereira también estaba tranquilo. El había echo una pequeña expedición por su cuenta, con magníficos resultados: un pato y dos pollos. Se estaba preguntando cuál asar primero, cuando un crujido que oyó a sus espaldas lo hizo volverse violentamente. Ante él, iluminado por la luna, estaba Gy'Mbel.

Ahora bien, para la cabal comprensión de lo que ocurrió después, es preciso tener una idea exacta del carácter de nuestro amigo Pereira. Era éste eminentemente práctico, y nada tonto; su aspecto estúpido era tan sólo un arma de defensa contra un mundo hostil. Pero ante la fantástica aparición del extraño ser extraterrestre, José Pereira hizo lo que habría hecho el hombre más valiente e inteligente: quedó mudo de asombro, y paralizado por el terror.

Gy'Mbel, en cambio, pensaba activamente. Sin duda, el animal que tenía ante sí era un ejemplar de la forma de vida más evolucionada del planeta.

### Lo dijo un teólogo...

**L**os planetas, es decir, los tripulantes de los platos voladores, son indudablemente seres pensantes, pues poseen un altísimo grado de técnica; parecen mortales, ya que eluden a los aviones terrestres, a los que, por más de un motivo, juzgan sin duda peligrosos; no parecen espíritus o demonios, porque están sujetos a limitaciones físicas y necesitan ayudas mecánicas... El poder del hombre es recibir cristianamente a los planetas. Podemos dejar la cuestión de sus relaciones con Dios y la creación, para cuando logren hacerse comprender por nosotros". — FELIPE DESSÁUER, teólogo alemán, en Wort und Warheit.

Trató de establecer contacto telepático... era fácil.

—¡Salud, terrestre! Quédate quieto o te desintegro.

Ya hemos dicho que Pereira era práctico y sensato. No fué corriendo a declarar al primer periodista que le saliera al paso que un extraño ser, algo parecido al hombre, había salido de un plato volador y le había dirigido la palabra. No, qué esperanza; se quedó bien quietecito.

Gy'Mbel prosiguió:

—Te extrañará que conozca tu idioma. Contesta, no te haré daño alguno.

Pereira hurgó silenciosamente entre sus trastos y extrajo los restos de una revista de divulgación científica que exhibió triunfalmente. Luego dirigió su pensamiento hacia Gy'Mbel:

—No me extraña. Aquí lo explican todo. Es telepatía. Usted se comunica directamente conmigo, de mente a mente, sin usar palabras.

—¡Magnífico! — respondió Gy'Mbel, y añadió —: ¡Qué lástima! Tendremos que eliminarlos, al parecer.

—¿Los artículos científicos? ¿Por qué? A mí me gustan mucho. — La respuesta de Gy'Mbel no contribuyó a tranquilizar a Pereira.

—No me refería a los artículos científicos. Tendremos que eliminarlos a ustedes, los hombres.

Esta declaración suscitó las vehementes protestas de nuestro amigo. ¿Por qué, si podía saberse, se les había metido esa absurda idea en la cabeza? (Suponiendo que esa masa gelatinosa bajo la escafandra transparente fuera una cabeza, por supuesto.)

Gy'Mbel se lo explicó claramente:

Ellos venían de lejos, muy lejos. Su pueblo había llegado a un alto nivel de perfección técnica, y hacía ya mucho tiempo que habían comenzado a efectuar viajes espaciales. Sucesivas conquistas ampliaron el radio de acción de su dominios. En muchos planetas

habían encontrado condiciones que les permitieron cultivar las formas de vida que les suministraban alimentos y materias primas. Ellos, sin embargo, seguían en su sistema planetario primitivo, ya que no podían aclimatarse en ningún otro...

—¿Y aquí, en la Tierra? — preguntó horrorizado Pereira, creyendo comprender.

—¡Oh, aquí tampoco!

—Entonces, ¿por qué piensan destruirnos?

—Porque la Tierra es excelente campo de cultivo para los Ahjxes, muy útiles para nosotros.

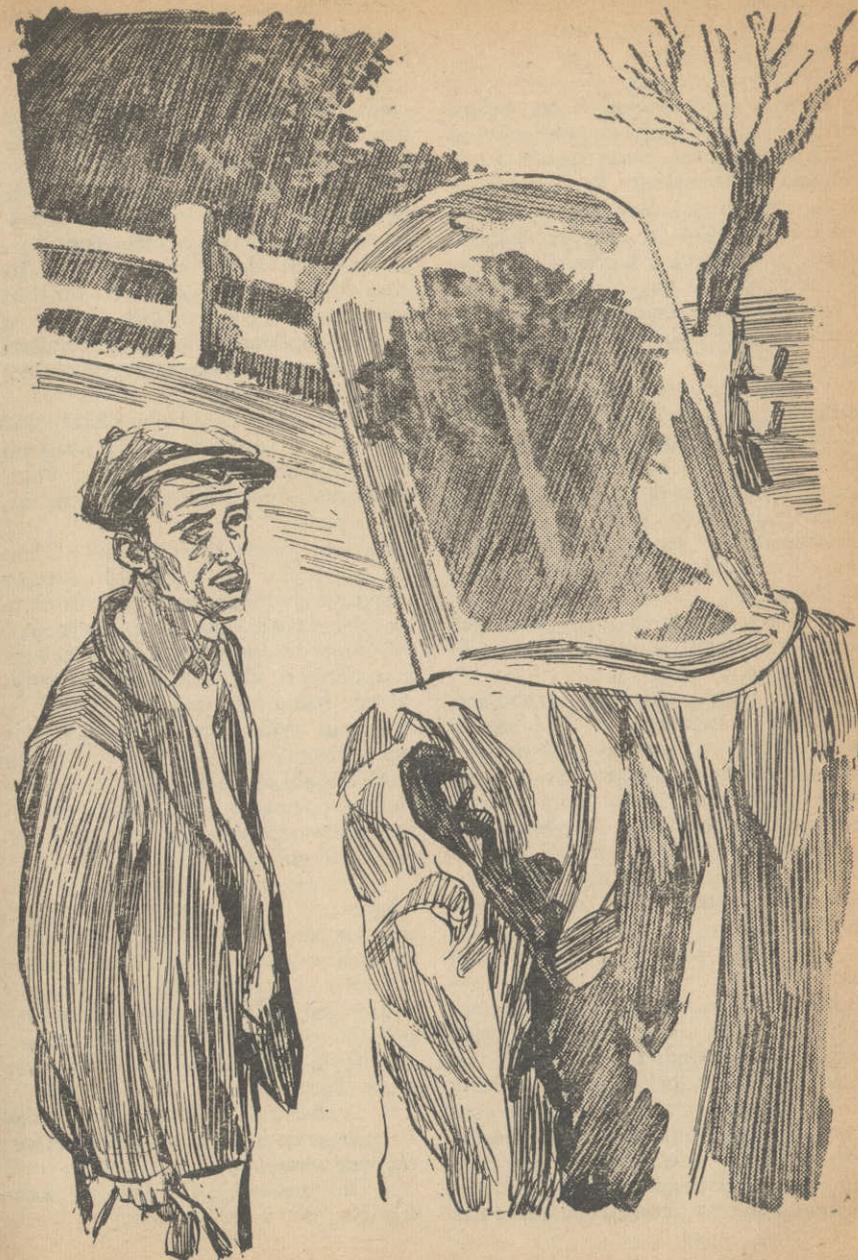
Sin embargo, prosiguió Gy'Mbel, tenían escrúpulos que les impedían destruir formas de vida semejantes a la suya propia. ¡No se refería a la mera semejanza física, por supuesto! Aludía al parecido mental.

—¡Entonces, estamos salvados! Porque el hecho de que usted se comunique mentalmente conmigo demuestra...

—Lamento decirle que no demuestra prácticamente nada. Nos comunicamos, es cierto, pero cuando usted recibe mi pensamiento, ¿sabe acaso qué forma tenía en mi mente? Su mente, al recibirlo, lo modifica... suponiendo que nuestras estructuras mentales sean indiferentes. Sí, el ejemplo que me propone es acertado: Usted le habla a un perro y el animal lo comprende... hasta cierto punto. Pero, ¿sabe usted acaso cómo interpreta un perro sus órdenes? Ciertamente, hay una semejanza mental entre usted y un perro... Una pequeñísima semejanza.

—¿Y nuestras ciudades? — gritó excitado Pereira—. ¿Nuestros aviones, tan parecidos a sus propios... — iba a decir "platos voladores", pero cambió de idea —... a sus propios medios de transporte?

—No demuestran nada, tampoco.



Nuestro grupo explorador halló aquí un animal que construye ciudades, cría ganado, cultiva plantas...

—¡Nosotros, los hombres!

—No. Las hormigas.

Pereira calló. Mejor dicho, dirigió su pensamiento hacia el interior, y no hacia el monstruo extraterrestre. Comprendía perfectamente la situación.

Sí, uno no mata hombres para poder criar vacas, sean los hombres blancos o negros, pigmeos o normales. Uno no los elimina..., en teoría, al menos. Pero si las que estorban son las hormigas..., o las abejas..., bueno, peor para ellas.

Pereira era inteligente, y no tuvo dificultad en comprender la situación. Y, además, era práctico. Dentro de poco tiempo, los hombres podrían ser barridos de la faz de la tierra... ¿Dar la alarma? ¿Cómo? Y, ¿y para qué resistirse? Se le confundían las ideas. Volvió a dirigir su pensamiento hacia Gy'Mbel.

—Usted no me dijo por qué cree que los hombres somos menos inteligentes que ustedes.

—¡Por favor! — Gy'Mbel estaba cortésmente escandalizado —. No "menos inteligentes". Su enorme inferioridad técnica frente a nosotros no nos da derecho a pensar en eso. Simplemente, nos interesa averiguar si ustedes son diferentes a nosotros, o si son, mentalmente, nuestros semejantes. En ese último caso, vuestra vida será sagrada para nosotros.

—¿Y cómo piensan averiguar todo eso?

Gy'Mbel se explotó interiormente sobre el tema. Hay que perdonarlo: era su especialidad. Lo esencial de su explicación resultó ser lo siguiente:

Un primer recurso sería, por supuesto, la comparación de los productos de la ciencia y la técnica: máquinas de diversas clases, vehículos, construcciones. Pero eso tiene escaso valor. Las

máquinas están destinadas a dominar y aprovechar la naturaleza. Por lo tanto, más que al ser que las construye, las máquinas deben adecuarse a la naturaleza, con la cual se enfrenta. Poco valor tendría, pues, la mera semejanza técnica.

Pero hay aparatos de otro tipo: están en cierto modo desvinculados de los aspectos particulares de la Naturaleza. Se relacionan estrechamente, en cambio, con el ser pensante que las crea. Máquinas de razonar, de verificar razonamientos, mejor dicho. *Esas* sí pueden aportar información valiosa acerca de cómo funciona el pensamiento de quien la usa.

—Pero quizá — añadió Gy'Mbel — existan aquí esas máquinas y usted no haya oído hablar nunca de ellas. Aquí tengo una, pequeña y rudimentaria, por supuesto.

Pereira miró distraídamente cómo los tentáculos de Gy'Mbel extraían una caja chata de dentro de su traje espacial. Había algo que no pegaba..., una idea que pugnaba por formularse con claridad; algo así como un aviso de que había algo más...

—Aquí — Gy'Mbel interrumpió sus pensamientos —. ¿Ve?

Había abierto la caja, en cuyo interior se distinguía una maraña de cables entremezclados con pequeñas piezas de forma cúbica.

—Por ejemplo — prosiguió —, para asegurarme de que es cierto que usted vive en este planeta — manipulaba (¿o tentaculipulaba?) mientras tanto unos controles —. Ajá, todos los hombres viven en este planeta, parto de esa proposición concreta, y usted es un hombre, ¿no?... Entonces... Usted vive en la Tierra.

Una lucecita azulada se encendió en la tapa de la caja, parpadeó dos veces y se apagó.

—Correcto — dijo Gy'Mbel con satisfacción.

Y Pereira dijo lentamente:

—Ahora comprendo..., comprendo todo.

**J**OSE Pereira no sabía lo que era un silogismo.

Pero una vez un policía le había gritado, mientras golpeaba la mesa con el puño:

—¡Todos los vagos son unos mentirosos, y usted es el peor de los vagos, así que es un mentiroso!

Y ahora, bajo la luz de la luna, frente a un monstruo venido de otros mundos, Pereira recordó ese razonamiento.

Recordó ese razonamiento y reconoció inmediatamente el parecido. Pero no gritó alborozadamente que la raza de Gy'Mbel y los hombres eran semejantes. No, se cuidó muy bien de darlo a entender.

Porque, por fin, sabía claramente de qué se trataba.

¿El hombre respetando a sus semejantes? ¿Una poderosa nación que renuncia a explotar minas de oro en el África para no molestar a los negros? Absurdo.

Ahora estaba todo claro como el agua.

Para empezar, ese bicho del plato volador era un mentiroso y un hipócrita. Por supuesto que quería averiguar nuestro posible parecido con ellos. Pero con fines totalmente opuestos a los que había declarado.

La verdad era sencilla: una raza que había conquistado un imperio enorme valiéndose de su inteligencia, no estaba dispuesta a admitir en sus dominios a otra raza semejante. Porque, de ser sus iguales, ¿qué nos impide llegar hasta donde llegaron ellos... o más lejos aún?

Pereira veía claramente el asunto, y cada vez le gustaba menos. Se pasó la lengua por los labios resecos. "Necesito un trago" — pensó —. Un trago. ¡Quién pudiera estar tranquilo en el

bar!... ¡El bar! ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Se sintió seguro, aliviado, alegre. Dirigió nuevamente su pensamiento hacia Gy'Mbel.

—¡Máquinas de pensar! ¡Por supuesto que tenemos! Sólo que...

—¿No son parecidas? ¡Sería tan lamentable!

Pereira fingió un temor que ahora estaba lejos de sentir.

—No puedo saberlo, pero me temo que no sean parecidas. De cualquier modo, acompañeme. No, nada de plato volador. Iremos caminando.

**L**A calle principal del pueblecito se abría como un bostezo, bajo la luna. Los árboles proyectaban sombras inciertas sobre la acera.

Agazapado entre esas sombras, Pereira terminó de abrir el candado. Suspiró aliviado. Pero aún faltaba lo peor.

Alzó con cuidado la cortina metálica. Despacio..., despacio... ¡Eso hacía más ruido que un terremoto! Por fin se dirigió a Gy'Mbel, que había estado esperando pacientemente a su lado.

—Puede pasar — dijo. Miró por última vez hacia ambos lados — nadie a la vista — y entró a su vez. Bajó la cortina y tanteó la pared hasta encontrar el interruptor.

Las luces iluminaron el local desierto. La máquina traganíqueles — Diviértase jugando al water-polo de mesa. 5 tiros por \$ 0.20 — estaba en un rincón.

—Puede examinarla si quiere — dijo Pereira a Gy'Mbel —. Yo voy a buscar algunas "proposiciones concretas". Sin "proposiciones concretas" no funciona.

La caja registradora adolecía de la misma enfermedad que el candado: debilidad senil. Un tirón, un puñetazo, y un tenedor usado como palanca, la persuadieron de que debía abrirse. Pe-

reira vió premiados sus esfuerzos por un puñado de monedas de \$ 0.20.

Se encaminó hacia la "tragániques". Introdujo una moneda en la ranura y apretó el botón... Media hora más tarde, Gy'Mbel estaba al borde de la desesperación. Ese extrañísimo cerebro mecánico-eléctrico, o lo que fuera, era completamente distinto a todo lo que él podría haber concebido.

—¿Todavía no entiende? Es sencillo — estaba diciendo Pereira —. Introduzco una proposición concreta y aprieto el botón. (De más está decir que la "proposición concreta" era la decimo-séptima moneda de veinte.)

Una bolita de acero cayó frente a la manijita.

—Pongo en funcionamiento el control semiveocho supersónico-tridimensional. Todos los, hic, hombres viven en la tierra.

(Como supondrá el sagaz lector, el "hic" fué causado por el legítimo whisky escocés.)

Pereira tiró de la manijita, que comprimió el resorte.

—Yo soy, ¡hic!, un hombre.

Largó la manijita, que pegó en la bola de acero. Esta salió despedida y golpeó en un tope. Sonó una chicharra. La bolita golpeó otro resorte, y se prendió una luz verde. Luego pasó bajo una fila de arcos y apretó un alambre. La máquina funcionaba a más y mejor. Sonaban chicharras, se oían "clicks" secos, las luces que indicaban los tantos obtenidos se encendían y apagaban... La máquina produjo un zumbido final, refunfuñó algo para sus adentros, y la bolita cayó por una rampa. Quedó prendida una luz.

—¡Doce tantos!... digo, hic, luego: ¡yo vivo en la tierra! — dijo triunfal-

mente Pereira —. ¿Semejante a la suya, no?

—Oh, sí — replicó Gy'Mbel con falsa alegría —. Parecidísima. Bueno, ha sido un placer encontrar en ese rincón del Universo...

Pereira no lo oía. Tendido al lado de la botella, dormitaba su sueño alcohólico con la tranquilidad que da el deber cumplido.

Valiéndose de su anulador interferencial de gravedad, Gy'Mbel trasladó rápidamente la máquina "tragániques" hasta el plato volador y se alejó rumbo a la nave madre.

UN tren carguero trepa jadeante una cuesta. Confortablemente instalado en el techo de un vagón, José Pereira contempla soñadoramente el paisaje.

¿Cómo? ¡Ah, por supuesto que opinaron que estaba loco! Pero el calabozo estaba lleno y Pereira necesitaba atención médica, así que cometieron el error de dejarlo encerrado por esa noche en el cuarto desocupado de la casa del doctor Torres. Y en el suelo había un trozo de alambre...

Como ustedes ven, una vieja cerradura no tiene muchos secretos para José Pereira.

Mientras tanto, la flotilla de platos voladores escudriña afanosamente la superficie de Aldebarán III.

Y Gy'Mbel, conectando por un momento el control de vuelo automático, graba en el registro de la expedición:

"Especimen 17. Extraña máquina de razonar de 030-4,33-1248-III. Se supone que combina un conocimiento rudimentario de una lógica incomprensible, con una gran proporción de supersticiosos rituales adivinatorios... ✦

### Lo dijo Vichinsky...

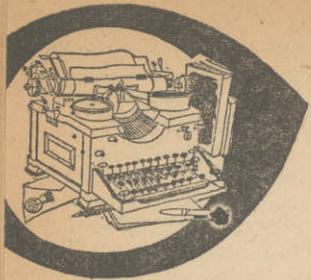
"Los platos voladores vienen de Escocia, vista la cantidad de whisky escocés importado por los americanos."

## y usted... ¿qué opina?

El 1º de octubre de 1948, el teniente Gorman, cuando procuraba aterrizar con su "Mustang" en el aeródromo de Fargo (Dakota del Norte), vió una luz que le pareció el faro posterior de un avión volando a gran velocidad. Pero pronto advirtió su error: la luz "volaba sola", sin que nadie la sostuviera... Aceleró pretendiendo darle caza. La luz entonces viró y vino a su encuentro. Cuando ya parecía que iban a chocar, la luz se apartó a un lado. Gorman pudo entonces observarla en detalle: era un disco blanquecino, brillante, de unos veinte cen-

tímetros de diámetro. Gorman insistió en su propósito de acercarse, pero, con increíble agilidad de maniobra, el pequeño disco se mantuvo siempre a buena distancia del avión; mientras, desde tierra, el encargado de la torre y otros aviadores seguían con prismáticos el increíble duelo. Por fin, cuando ya estaban a más de cinco mil metros de altura, el pequeño disco aceleró y, con pasmosa facilidad, se apartó del caza y desapareció... He aquí un caso debidamente comprobado y que todavía está aguardando la explicación.





# CORRESPONDENCIA

## proyectiles dirigidos

Los Señores del Tiempo

Señor Director:

"Los Señores del Tiempo", de Wilson Tucker (MÁS ALLÁ, núms. 18 y 19), es sencillamente asombrosa. ¿Quién dice que no puede suceder?

JUAN BAUTISTA CABRERA (Córdoba.)

Señor Director:

La novela "Los Señores del Tiempo", de Wilson Tucker, reúne las siete condiciones que usted ha indicado en el Editorial del nº 18.

... Aquella risa hecha a costa del científico que creía guardar el secreto atómico, que no era tal secreto, es una obra maestra: "Un secreto realista en física nuclear es una farsa". ¡Qué frase más lapidaria! Los hechos han demostrado la verdad incontrovertible de esta afirmación. Nada hay secreto en la naturaleza, nada es oculto, enigmático, hermético. Todo es claro para quien sabe interpretar el cosmos.

RAMÓN HEYSER ESPINOSA (Talcahuano, Chile.)

¿Gaffe?

Señor Director:

... En el nº 21, MÁS ALLÁ, en la sección "Proyectiles Dirigidos"... se publica la realmente conmovedora y espontánea cartadibujado del chiquito Nicolás Méyer, uno (conozco otros) de los lectores más jóvenes de su revista. Y en ese mismo número, como desdiciendo que MÁS ALLÁ sea apta para menores tipo Nicolás, publican "Amos de títeres", cuyos dibujos, no los creo (ni nadie puede creerlos) muy aptos para los adolescentes que deben constituir el grueso de sus lectores. Quiero que me entiendan bien, no soy un puritano ni mucho menos; es más, a mí personalmente me gustó bastante el cuento, y las ilustraciones, estéticamente consideradas, son espléndidas... Pero los dibujos, en los cuales en dos oportunidades aparece una mujer absolutamente sin ropas, y hombres en las mismas condiciones, son sencillamente atentatorios contra la moral y la dignidad de sus lectores... Tengo sumo interés en saber su respuesta, para ver cómo justifica esta, para mí injustificable, gaffe... Por otra parte, la calidad de su revista es, con pequeñas fluctuaciones, magnífica...

JUAN CARLOS CERVID (Buenos Aires.)

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Bs. As.

\*\*\* En el nº 22 publicamos (véase la sección "Proyectiles Dirigidos") estadísticas acerca de la edad de los lectores. De ellas resulta que los adolescentes constituyen la absoluta minoría. Por otro lado, la desnudez no es de por sí inmoral, y menos cuando está interpretada artísticamente. En la actitud, la intención, las implicaciones y las sugerencias de las ilustraciones de "Amos de Títeres", nadie puede encontrar obscenidad o indignidad.

Los editoriales en capítulo aparte

Señor Director:

... los cuentos son un bálsamo para todos aquellos que sufrimos pensando en cuantas conquistas, cuantos descubrimientos se harán después de que nos hayamos ido y antes de que nos sea posible saber las respuestas a las, ¡ay!, tantas preguntas que el hombre se formula constantemente. Los artículos científicos son de un valor realmente extraordinario por la justeza y la precisión con que se enfocan aquellos más candentes de entre los problemas que nos acosan y por la enormidad de dudas que aclaran. En la sección "Proyectiles Dirigidos", es posible ir conociendo la psicología y el modo de razonar y encarar las situaciones y problemas, que caracterizan a esa extraña "fauna", producto de quién sabe qué extraña mutación, que somos los *entusiastas* (comuníquele al lector que firma Jack, que "fan" es anglicismo) de la fantasía científica. En la sección Respuestas de la Sección Científica, la labor que realizan es aún más importante. Las consultas que en ella se evacúan, dan respuesta a problemas que se ha planteado todo verdadero lector de fantasía científica. Pero los editoriales... merecen capítulo aparte.

Leo religiosamente, mes a mes, los editoriales de MÁS ALLÁ. Y por cierto que aquí no he empleado la palabra "religiosamente" como simple forma verbal. Los leo *religiosamente*. Posiblemente la emoción más parecida a una religión, que yo soy capaz de experimentar, sea mi profundo amor y orgullo por la raza humana, por sus hechos, por su fortaleza... ¡y por su curiosidad! Por eso leo religiosamente sus editoriales. En ellos se compendian y se comprende la verdadera esencia y las verdaderas inquietudes de nosotros, sus lectores. Expresan todo aquello que sentimos bullir en nuestro interior sin poseer las palabras suficientes para expresarlo. Esos editoriales son nuestro oráculo, nuestro apoyo y nuestra guía...

En cada uno de ellos se expresa una idea que deja profundo surco en nuestro espíritu y un gran calor en nuestro corazón... No hay palabras para calificar esos editoriales. Ellos explican al lego *qué* es y por *qué* somos afectos a la fantasía científica. No somos conformistas, y ella no lo es. Somos soñadores que construyen sus castillos, no en el aire, sino en la base que le dan los conocimientos de la ciencia, las predicciones de la ciencia y el razonamiento científico...

ALBERTO GÓMEZ Y ARTIGAS, H (Montevideo, Uruguay.)

¿Fantífica? ¡Hum!...

Señor Director:

... Me alegra que MÁS ALLÁ fomente los clubes de fantasía científica. ... He fundado una "sucursal" de un club de fantasía científica, cuya central está en Canadá. Al presente contamos con cinco socios, una pequeña biblioteca con revistas de fantasía científica entre las cuales hay MÁS ALLÁ y muchas otras revistas americanas. También editamos un boletín mensual,

en inglés, con colaboraciones de los socios y lectores. Nos reunimos periódicamente para discutir fantasía científica y las probabilidades del futuro. Necesitamos más socios y colaboradores para nuestro boletín. Somos un club alegre, despreocupado y extragaláctico. ¿Quiere alguien hacerse socio? La dirección es: R. A. Ertl, Fray J. Sarmiento 797, Florida, F. C. G. B. M., Prov. de Buenos Aires.

Propongo además algo interesante: inventar una palabra que signifique "fantasía científica". "Fantasía científica" es demasiado largo y algo complicado de pronunciar. Debería emplearse otra palabra que la reemplace, por ejemplo: "fantífica" o "ciencificación" o cualquier otra palabra. Le dejo el problema con la esperanza de que usted encuentre alguna solución...

RICARDO ALBERTO ERTL (Florida, Buenos Aires.)

\*\*\* Los clubes de fantasía científica son centros vivos y dinámicos, donde se discuten las ideas que forman el núcleo inspirador de lo que llena las páginas de MÁS ALLÁ. Es muy natural que MÁS ALLÁ, pionera en este campo, desee que ellos se multipliquen y se desarrollen. ¿Por qué no nos envía su boletín el pequeño club de Florida?

En cuanto a la invención de un neologismo para decir "fantasía científica", esperamos con interés las sugerencias de los lectores. En la redacción de MÁS ALLÁ hay varias personas superdotadas en fantasía, pero nadie ha podido imaginar un término aceptable. Entre nosotros, abreviamos fantasía científica en f. c., con el peligro constante de confundirla con un ferrocarril.

#### Evolución del espíritu

Señor Director:

...En la mayoría de las novelas aparecidas, la imaginación de los autores se proyecta hacia el futuro, con preferencia hacia la técnica, pero manteniendo la mentalidad del hombre de hoy, lo cual es algo desconsolador... ¿No habrá evolución en la moral humana, y la evolución será factible solamente en el terreno tecnológico? ...Es evidente que para manipular la bomba de hidrógeno hace falta algo más de criterio que para el arco y la flecha... Sería lógico, en consecuencia, suponer que la técnica obligue a los seres humanos a reevaluar su mentalidad y ponerla al día...

GUILLERMO ROSMOS (Buenos Aires.)

\*\*\* Hay una evidente evolución en la mentalidad humana. Lo permanente en el hombre es la facultad de pensar y de adaptarse a toda circunstancia y situación. El progreso técnico ha sido tan rápido en los últimos años, que ha sometido a duras pruebas la facultad de adaptación. La esperanza del mundo es que el progreso técnico no afecte, sino estimule, la facultad de pensar.

#### Un paso atrás

Señor Director:

...Lo que realmente me irritó fué "Unos pasos detrás de él". Me torturé pensando cómo era posible que el autor de "El día de los Trífidos" lo hubiese escrito...

Es como si esta revista publicase una narración de "cowboys", por el mero hecho de que su autor sea Murray Leinster, quien solía escribirlas hace años, antes de dedicarse a la fantasía científica.

ISRAEL LOTERSZTAIN (Buenos Aires)

#### ¿Locos?

Señor director:

¿Cree usted que se le puede tratar de "loco" a quien le guste la fantasía científica y lo extraterrestre? Creo que no se necesita la colaboración de la sección científica para responder a esta pregunta.

ANGEL G. SECHI (Buenos Aires).

\*\*\* Los entusiastas de F. C. somos demasiado numerosos, y entre nosotros hay demasiadas personas generalmente consideradas cultas, inteligentes y equilibradas; sería una forma de "locura" demasiado difundida. Lo que pasa es que toda novedad parece locura a los que no la entienden.

#### Abajo los platos voladores

Señor director:

...Fantástico, extraordinario, soberbio; no hay palabras para calificar ese artículo titulado "Conquistador del Micromundo": es, para mí, lo mejor de lo mejor.

...No estoy de acuerdo con los señores Raúl Carle, Emilio E. Padilla y Rodolfo Bilbao La Vieja (MÁS ALLÁ N° 22). ¿Para qué quieren saber de los platos voladores? ¿A qué preocuparse de cosas que no saben si existen o no? ... ¿Qué es más importante: un plato volador o un microscopio? ¿Qué utilidad nos reporta el plato volador? ... ¡Abajo los platos voladores! ¡Adelante con el microscopio!

CARLOS ALBERTO BIANCHI (Buenos Aires).

\*\*\* El microscopio electrónico es el presente, el plato volador simboliza el futuro. Los platos voladores no importarían nada si supiéramos a ciencia cierta que no existen: su importancia deriva de la duda.

#### "Amos de Títeres"

Señor director:

... "Amos de Títeres" (MÁS ALLÁ N° 21) me tiene electrizada. El autor ha sido tan vívido en su descripción, que uno cree que tiene a uno de los bichos al lado. Este cuento es fantástico, y estoy en todo conforme con los demás lectores que lo han colocado en el primer lugar del "ranking". ¡Ah!, felicitaciones por esta idea. Es muy buena.

...Me alegra mucho que la revista ahora venga impresa sin errores. MÁS ALLÁ es algo tan, pero tan bueno, que no podemos permitir los lectores ninguna concesión en ese sentido...

MELITA REUTEMANN (Santa Fe).

## respuestas de la sección científica

### Luz y éter

¿En qué consiste la luz? ¿Por medio de qué se transmite por los espacios siderales?

MARCELINO J. NAVAILLES, Pergamino.

Según la teoría electromagnética clásica, la luz consiste en vibraciones del "campo electromagnético" (vectores eléctrico y magnético) que se propagan, en el vacío, con velocidad  $c = 300.000$  km/seg., y en los medios materiales, con velocidad  $c/n$ , siendo  $n$  el índice de refracción del medio. En el siglo pasado se consideraba necesario un "éter" que sirviera de soporte de dichas vibraciones, el cual debía llenar todo el espacio y penetrar entre los átomos de los cuerpos. Se intentó poner de manifiesto la existencia del éter, por medio de diversos experimentos. El problema, en esencia, consistía en saber si existía el movimiento absoluto o no, para lo cual se midió la velocidad de la luz cuando nos movíamos, a través del éter, con velocidad  $v$  en la misma dirección que la luz, y cuando nos movíamos con velocidad  $-v$  (es decir, en sentido opuesto); si entonces es  $c$  la velocidad de la luz respecto del éter, será  $c - v$  en el primer caso, y  $c + v$  en el segundo, suponiendo que sea válida la cinemática de Galileo (teorema de adición de velocidades.) El resultado fué que  $v$  no podía observarse. Esto es lo que se conoce como resultado "negativo" del experimento de Michelson. Una solución radical era decir: no tiene sentido el movimiento absoluto, o sea, no hay efecto observable por medio del cual se puede determinar si un objeto está en reposo absoluto (respecto al éter) o en movimiento (rectilíneo y uniforme). Esto es lo que hizo Einstein al fundar su teoría especial de la relatividad y al suprimir el éter. Asignó al espacio la propiedad física de transmitir ondas electromagnéticas. Si queremos, podemos conservar la palabra éter, pero solamente para expresar una propiedad física de espacio.

Ciertos efectos revelados en el comportamiento de la luz, tales como el efecto fotoeléctrico, el efecto Compton, etc., han conducido a aceptar que también la luz se comporta como si estuviera constituida por corpúsculos llamados "cuantos de luz" o "fotones", de masa nula (o prácticamente nula según otros), manifestándose en ciertos fenómenos, como si fuera un movimiento ondulatorio, y en otros, como si fuera un fenómeno corpuscular. La teoría "cuántica" ha tratado de hacer compartibles ambas concepciones, admitiendo que, según sea el dispositivo experimental usado, se nos presentará un tipo de fenómeno u otro, y que ello vale, no sólo para la luz, sino para la materia también, de manera que la dualidad onda corpúsculo sería una manifestación general de los fenómenos según el tipo de dispositivo con el que observamos los objetos.

### Puestas de Tierra en la Luna

En la página 25 del número 17 de MAS ALLA, viene un comentario sobre un cuadro de un pintor, titulado "Puesta de Tierra vista desde la Luna"; y dice que es imposible porque, para los selenitas, la Tierra está siempre presente. Yo creo en su posibilidad: un observador situado en un punto de las franjas del borde de la Luna que se hacen visibles debido a las libraciones, podrá observar el fenómeno.

A. RODRÍGUEZ, Buenos Aires.

Efectivamente, para observadores situados en esa zona de la Luna, será posible la puesta de Tierra, conforme el amable lector sugiere. El comentario de MAS ALLA se refería a los hipotéticos habitantes "ordinarios" de la Luna, es decir, los de la región que siempre nos da la cara.

Señor Director:

Mis mejores plácemes por la magnífica labor de difusión cultural que

desarrolla esa estación avanzada del conocimiento e imaginación humanos en el MAS ALLA que es la revista que usted tan dignamente dirige.

En el número 14 se dice en respuesta a una pregunta del señor Ricardo A. Ravera, de Mar del Plata:

"... Los cambios de clima parecen deberse más bien a variaciones en la dirección del eje de rotación de la Tierra durante largos períodos de muchos millones de años".

Las últimas investigaciones de la Geología, Astronomía y Arqueología parecen demostrar justamente lo contrario.

Apenas se hubo separado del Sol, la Tierra comenzó a enfriarse, y al llegar aproximadamente a los cinco mil años de edad, había pasado del estado gaseoso al líquido. Luego se desprendió la Luna, y es quizá en ese momento cuando comenzó a sufrir los efectos de la fuerza centrífuga, que, aplicándose principalmente sobre los extremos de su eje de rotación, le dieron la forma de elipsoide de revolución que hoy presenta. Este achatamiento polar asciende exactamente a 42.636 metros. Esto sucedió mucho antes de que apareciera el más leve síntoma de vida sobre nuestro planeta, hace unos 800 millones de años. Al solidificarse el planeta, aparecieron las primeras rocas y el achatamiento se consolidó en forma definitiva. Si la Tierra hubiera cambiado de eje de rotación, sólo le hubiera sido posible hacerlo cuando permanecía en estado líquido o gaseoso, cuando aún no existía la vida. Por lo tanto no es posible explicar con esa teoría el hecho de la presencia de restos vegetales petrificados en las zonas polares. La explicación parece ser otra.

Durante el primer período de la edad mesozoica se formaron las grandes plantas con fibra leñosa que pudieran dejar restos susceptibles de petrificarse. En esa época el clima era sumamente benigno en todo el mundo, aun en las zonas hoy cubiertas de hielos eternos. Estos últimos fueron adquiridos hace menos de un millón de años, en la edad cenozoica, con la llegada de la primera edad de hielo, la última de las cuales terminó hace más o menos veinte

mil años. Por lo tanto era perfectamente posible que creciera vegetación en las zonas polares. Con la llegada de los primeros hielos los troncos con fibra leñosa se petrificaron y fueron cubiertos por los hielos. Toda planta o árbol es susceptible de petrificarse por medio de la sustitución gradual, molécula por molécula, de sus compuestos orgánicos por sílice u otros minerales depositados por solución. Este es el origen de los grandes bosques petrificados que se han hallado en el Ártico y en la Antártida, en Groenlandia, Siberia, etcétera.

Estas son algunas de las teorías que explicarían por separado o aunadamente los grandes cambios de clima sobrevenidos en la Tierra:

1. — El paso del sistema solar a través de una gran nube de polvo interestelar, que impidió la llegada a la Tierra de buena parte del calor del Sol.
2. — Las posibilidades de que el Sol sea una estrella variable.
3. — Las manchas solares.
4. — El agotamiento del anhídrido carbónico existente en la atmósfera terrestre, debido posiblemente a la acción vegetal. Como se sabe, el anhídrido carbónico haría para la Tierra el efecto térmico de una frazada.
5. — Cambios sobrevenidos en las masas continentales y, por lo tanto, en las corrientes oceánicas.
6. — La elevación general de los continentes, la formación de montañas, la actividad volcánica, la consolidación de océanos y la desecación de mares interiores.

ROBERTO C. DEMARCO, Haedo, Pcia. Bs. As.

\*\*\* De las observaciones del señor Demarco surge que no nos hemos explicado en forma suficientemente clara, o que hemos sido mal interpretados. Cuando nos referíamos a "variaciones en la dirección del eje de rotación de la Tierra", hemos querido significar lo que se entiende corrientemente, vale decir, el fenómeno de la precesión, y otras perturbaciones del movimiento de la Tierra en su órbita, producidas por la acción de otros planetas (Júpiter, particularmente), y los

movimientos de giro de la órbita terrestre alrededor del Sol, con crecimiento y decrecimiento periódico de su excentricidad. De ningún modo nos hemos querido referir a esa otra hipótesis formulada por Wégener, según la cual se habrían producido movimientos de los polos ("continentes a la deriva", "polos errantes", etcétera). Esta hipótesis, efectivamente, no resiste un análisis basado en las propiedades conocidas de la Tierra. Lo probable es que los cambios de climas a que se refiere el lector, se hayan debido a la acción conjunta de varias de las causas citadas por él, además de la que dimos en MAS ALLA, que sigue siendo la que goza de más aceptación entre los hombres de ciencia.

He leído la teoría de la unificación de los campos, de Einstein, pero no he podido encontrar el modelo matemático que sirvió para esa teoría. ¿Podrían facilitármelo?

A. A. ПАП, Eva Perón, F.C.N.G.R.

Si interpretamos su pregunta, usted desea conocer la idea central de la teoría. En tal caso, interesa saber que lo que se propuso Einstein fué encontrar una geometría del espaciotiempo, en la cual tengan interpretación no sólo los fenómenos gravitatorios, sino también los electromagnéticos, y de la cual se deduzcan las ecuaciones del movimiento de partículas electrizadas, consideradas como "singularidades" (en sentido matemático) del campo. La idea de Einstein es hacer una teoría "monista" (por oposición a las teorías corrientes, que son "dualistas", pues aceptan dos entidades totalmente distintas e independientes: "campos" y "partículas"), es decir, interpretar a partir de un campo "único" todos los fenómenos. Una de sus suposiciones fundamentales es admitir que el espacio tiempo no es riemanniano, y que el tensor métrico fundamental  $g_{ik}$ , que describe precisamente las características del espacio tiempo, no tiene por qué ser simétrico, como generalmente se acepta, sino descomponible en una parte simétrica y en otra antisimétrica.

¿Qué es y cómo funciona un cerebro electrónico, en su forma más simple?

NORBERTO ZEGA, Córdoba.

Un cerebro electrónico es una máquina de calcular automática. Debe, pues, ser capaz de incribir los datos, realizar las operaciones de acuerdo con cierta fórmula, consultar tablas de funciones matemáticas (logarítmicas, trigonométricas, etc.), registrar los resultados intermedios y, finalmente, registrar el resultado definitivo.

Para la primera etapa, es decir, la inscripción de los datos, resulta muy conveniente, por ejemplo, representar los números en el sistema de numeración binario, es decir, utilizando solamente dos cifras: el 0 y el 1. En este sistema, el número uno se representa por 1, el dos por 10, el tres por 11, el cuatro por 100, el cinco por 101, el seis por 110, el siete por 111, el ocho por 1000, el nueve por 1001, y el diez por 1010, y así siguiendo. Como todo número puede representarse como una suma de potencias de 2, el número 25, por ejemplo, se expresará en el sistema binario así: 11001, es decir:  $(1 \times 2^4) + (1 \times 2^3) + (0 \times 2^2) + (0 \times 2^1) + (1 \times 2^0)$ . En este sistema binario, la tabla de adición y la de multiplicación se simplifican enormemente:

Tabla de sumar      Tabla de multiplicar

+	0	1	×	0	0
0	0	1	0	0	1
1	1	10	1	0	1

Ejemplos:

Tres más cinco:	Tres por cinco:
11	11
+ 101	× 101
-----	-----
= 1000, o sea, ocho.	11
	110
	-----
	= 1111, o sea, quince.

El sistema binario se presta particularmente para realizar operaciones en forma

automática, ya que representar el cero y el uno es muy sencillo: un "relais" excitado puede ser el uno; no excitado, el cero; igualmente, un circuito flip-flop (dos lámparas electrónicas, con dos posiciones de equilibrio: una conduce y la otra no, y viceversa) puede servir para dicha representación. De este modo, es posible introducir en la máquina tanto los datos como las órdenes, en la misma forma.

Viene a continuación el problema de la memoria, es decir, la retención y utilización automática de los resultados intermedios. Hay varias soluciones; la más conocida es la de las fichas perforadas; pero también puede recurrirse a efectos magnéticos, acústicos, etc. La memoria es lo más difícil de conseguir en los llamados "cerebros electrónicos"; debe ser rápida y capaz de recibir gran número de resultados. Finalmente, el registro de los resultados completa la máquina.

Como usted podrá observar, la máquina trabaja recibiendo "órdenes". Ella no es capaz, por sí sola, de plantearse problemas.

Sé que la luz se desplaza a 300.000 kilómetros por segundo. Pero ¿qué clase de luz? Si yo prendo una linterna, esa luz corre a dicha velocidad; pero, al apagar la linterna, la luz que estuvo saliendo durante un tiempo, ¿sigue su trayectoria hasta dónde? Lo mismo, el sonido emitido por una persona y que viaja a 1200 kilómetros por hora, ¿hacia dónde va ese sonido? ¿Sigue perennemente?

RODOLFO SANTAULARIA, San José, Mendoza.

La luz (cualquier luz, incluso las ondas electromagnéticas, de radio, radar etc.) se propaga a 300.000 km./seg. en el vacío (y aproximadamente en el aire). Si usted apaga la linterna, la luz sigue viajando, hasta ser absorbida o dispersada. Esto es lo que ocurre habitualmente; y usted habrá observado cómo la luz emitida por los faros de un automóvil tiene sólo un alcance limitado. En el caso, seguiría viajando. Así es como nos llega la luz de

las estrellas. Cosa parecida ocurre con el sonido, con la diferencia de que este agente físico se propaga a razón de 1200 km./hora para un observador en reposo respecto de la fuente sonora. Pero, si el observador se mueve (o si lo hace la fuente), entonces la velocidad del sonido será esos 1200 km./seg. más (o menos según el sentido del movimiento del observador) aproximadamente la velocidad del observador. En cambio, en el caso de la luz, la velocidad es la misma para los dos observadores, tanto el que está en reposo respecto de la fuente, como el que se mueve.

¿Qué quiere decir espacio "curvo"?

EVA REVIARO (Capital)

La curvatura del espacio — de existir — es una característica física que podría revelarse por medio de experimentos adecuados. Por ejemplo, las distancias y los ángulos cumplen relaciones diferentes a las que valen en el espacio euclidiano (por ejemplo, los tres ángulos de un triángulo no suman dos rectos). Por supuesto que el espacio curvo tendría que poder "curvarse" o deformarse, y para ello hay que imaginar otra dimensión, si es que queremos representarnos gráficamente la propiedad de curvatura. En realidad no basta con una sola dimensión más; en general, se requieren tres dimensiones más, pero esto no es necesario; basta con imaginarse que ciertas características observadas, de ser correctas, conducirían a admitir una curvatura del espacio. Por ejemplo: imaginemos el sistema de las galaxias distribuidas de modo aproximadamente uniforme, de manera que cada galaxia tenga vecinas que la rodean por todos lados y estén separadas por distancias aproximadamente iguales. Una persona que no admita la curvatura del espacio dirá que aquella suposición es imposible, porque pensará que el sistema tiene que tener un límite, o un borde, y que las galaxias próximas al borde no tendrán vecinas. En cambio, si se admite la curvatura del espacio, esa dificultad puede no aparecer.

Una estrella situada a 50 años-luz puede seguirse viendo, aunque haya desaparecido por algún cataclismo. ¿Cómo se puede seguir viendo una cosa que no existe? Si la luz estuviera ya a un año-luz, ¿nos parecería más cercana la estrella? ¿Suocería lo mismo con el Sol (diámetro aparente sensible: 8m 20s)?

EVA REVIARO (Capital)

Lo que nosotros vemos es la imagen de la estrella, que nos dan los rayos luminosos. Ahora bien, la luz, una vez salida de la estrella, se comporta independientemente de ésta, como si se hubiera desligado de la misma (son "trenes de ondas", o si usted prefiere, fotones, que van viajando por el espacio); también se suele decir que es un campo "libre", por oposición al campo "ligado"; un ejemplo de este último es el campo electromagnético de un electrón, que viaja pegado a la partícula; pero en cuanto ésta sufre alguna aceleración, emite un campo de radiación, que ahora es libre, y se propaga libremente por los espacios. Las estrellas pueden seguirse viendo, aunque hayan desaparecido, debido a la velocidad finita de propagación de la luz, y a que una vez emitida por los átomos de las estrellas, la radiación viaja como si fuera un tren: no está ligado a la estación por ninguna cadena. Y nosotros vamos recibiendo esos trenes de ondas hasta que se agotan, si es que la estrella desapareció alguna vez. Y aunque la luz estuviera a un año-luz de distancia, nosotros no la veríamos todavía, por consiguiente, no podríamos decir que la estrella está a esa distancia; siempre estaría a 50 años-luz. Con el Sol ocurre exactamente lo mismo, solamente que se aprovecha su diámetro aparente para medir la distancia a que se encuentra.

He leído que el agua de lluvia es radioactiva. ¿De dónde proviene su radioactividad? Las aguas, al evaporarse, dejan depositadas las diversas sales que llevan en disolución; queda entonces descartada la hipótesis de que contengan pequeñas cantida-

des de sales radioactivas. ¿Qué sucede entonces?

RUBÉN D. MURIAS, I. Casanova FCNGB.

La radioactividad puede provenir de las propias moléculas de agua, que al ser chocadas por radiaciones cósmicas en la atmósfera, sufren transmutaciones de sus núcleos, volviéndose radioactivas (por ejemplo: oxígeno radioactivo). Pero la vida media de esos núcleos es muy corta, y por lo tanto, al cabo de poco tiempo (horas, días) el núcleo se ha vuelto estable. Además, la concentración de moléculas radioactivas es relativamente pequeña.

¿Por qué no se puede conseguir en el laboratorio la enorme rarefacción de las atmósferas de algunas nebulosas? ¿Cómo se explica que el oxígeno y el nitrógeno muy rareficionados den "líneas espectrales" fuera de su lugar en los espectros corrientes? ¿Cómo se comprobó que esas bandas o rayas no pertenecen a nuevos elementos? (nebulio, por ej.). ¿Hay manera (exceptuando la espectroscópica) de comprobar eso a distancia?

EVA REVIARO (Capital)

Los tubos de descarga usados en nuestros laboratorios no presentan las mismas condiciones que existen en las nebulosas llamadas planetarias. Ciertas transiciones "prohibidas" — aunque en realidad la probabilidad de que tengan lugar es finita, pero pequeñísima — pueden ocurrir en las atmósferas de esas nebulosas y por eso aparecen líneas que no se habían observado antes en el laboratorio, pero que justamente resultaban como diferencia de dos niveles de energía bien conocidos de los átomos de oxígeno, o de nitrógeno. Por eso se pudo tener la certeza de que no correspondían a ningún nuevo elemento. En las nebulosas, en cambio, las condiciones para que se produzcan las líneas que nosotros normalmente observamos en el laboratorio, son muy difíciles; por eso se observan líneas "prohibidas" en las nebulosas, y no líneas ordinarias ("permitidas"). En el tubo de

descarga, los electrones, animados de mucha velocidad, excitan y desexcitan a los átomos con gran frecuencia, "no dando tiempo" a que se pueda emitir la línea "prohibida" (la probabilidad de emisión de estas líneas es muy pequeña y requiere que el átomo permanezca en el nivel metaestable un tiempo relativamente grande). En cambio, en la nebulosa planetaria los átomos encuentran condiciones propicias para permanecer uno o dos minutos (y hasta horas) en los niveles metaestables y luego volver al fundamental emitiendo una línea prohibida, la cual, a su vez, no es absorbida por otros átomos y puede ser observada.

¿Es verdad que los electrones se hallan compuestos de otras "partículas" llamadas neutrinos y "ultraelectrones"?

RUBÉN MURIAS, I. Casanova F.C.N.G.B.

Por ahora se cree que el electrón es una partícula elemental, es decir, no constituida por otras partículas. El neutrino es una partícula hipotética, que ha sido supuesta a fin de mantener en ciertos procesos (desintegración beta) las leyes de conservación de la energía y del spin (o de la estadística). Se han realizado experimentos para revelar su presencia, pero hasta ahora sólo se tienen leves indicios de su existencia, sin ninguna seguridad. Tendría masa prácticamente nula y sin carga. En cuanto al ultra-electrón, no se conoce ni nadie lo ha supuesto.

He oído decir que el diámetro del núcleo atómico es mayor que la elipse que engendra un electrón al girar alrededor del mismo. ¿Es esto científicamente reprochable? ¿Es lógico adoptar una hipótesis de esa naturaleza?

RUBÉN MURIAS, I. Casanova F.C.N.G.B.

No, ésa es una afirmación incorrecta. El núcleo atómico tiene un radio del orden de  $10^{-8}$  cm, en tanto que el radio del átomo, es decir, el de las trayectorias de sus electrones, es del orden de  $10^{-8}$  cm, o sea, unas 100.000 veces mayor. Además, éstas no son hipótesis que se formulan, sino resultados experimentales y también teóricos.

P: El sistema a reacción de los aviones modernos, ¿no podría aplicarse a un cohete, pero empleando una pila atómica en reemplazo del combustible líquido?

MIGUEL ANGEL FONTENLA Ezpeleta (F.C.N.G.R.)

Sí, ya se ha pensado en esa posibilidad, aun cuando por ahora no es imprescindible recurrir a ella. Para establecer una estación espacial, puede utilizarse un combustible líquido del tipo de la hidrazina, por ejemplo. No obstante, no hay duda de que en el futuro deberá recurrirse a la energía nuclear.

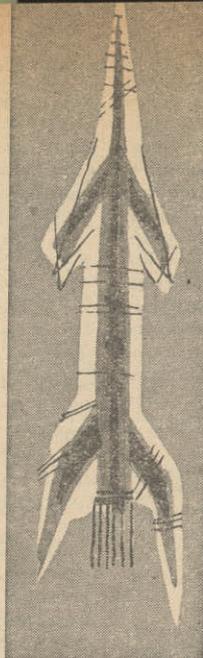
## CHILEAN INTERPLANETARY SOCIETY

Se ha constituido en Santiago de Chile la "Chilean Interplanetary Society", primera institución chilena para la difusión de conocimientos en el campo de la astronomía y de la astronáutica.

MAS ALLA desea el mayor de los éxitos a estos entusiastas pioneros del espacio.

La dirección de la C.I.S. es: Aconcagua 1222, Santiago de Chile.

# La S. A. I.



## pioneros argentinos del espacio

**H**EMOS mencionado ya desde nuestras páginas a la Sociedad Argentina Interplanetaria, la primera asociación argentina de aficionados a la astronáutica. Fundada precariamente en el año 1948 por un puñado de entusiastas, ha ido creciendo paulatina y firmemente en el transcurso de estos años, tanto que, actualmente, es la cuarta sociedad astronáutica del mundo, inmediatamente después de sus colegas estadounidenses (American Rocket Society), ingleses (British Interplanetary Society) y alemanes (Gesellschaft für Weltraumforschung).

Basta una ojeada de las actividades realizadas en el transcurso del año 1954 por la S. A. I. para aquilatar la extensión y profundidad de las mismas, que abarcan tanto el terreno de la difusión cultural de los temas vinculados con la navegación espacial como

el estudio y diseño técnico de cohetes. Anotamos entre otras:

- \* Envío de delegados al Quinto Congreso Internacional de Astronáutica (Innsbruck, Austria).
- \* Organización de las "Charlas de los Jueves", llevadas a cabo regularmente todos los jueves en el local de la Secretaría y Biblioteca (Viamonte 867, 5º piso, Capital).
- \* Diversas conferencias técnicas sobre temas de astronáutica.
- \* Proyecto e iniciación de la construcción de un motor cohete (ácido nítrico y anilina).

Para este año, la S. A. I. proyecta intensificar sus esfuerzos en todos estos campos, así como iniciarse en otros nuevos. Señalaremos específicamente la publicación periódica del Boletín, la organización regular de cursos de as-

tronáutica, la preparación de la "Iª Exposición Astronáutica Argentina", a realizarse durante los meses invernales en la Casa de la Provincia de Mendoza.

Una enumeración completa, tanto de las actividades realizadas como de las proyectadas, sería demasiado ex-

tensa como para ser incluida en estas páginas. Los lectores interesados en ellas pueden dirigirse a la Sede de la Sociedad, Tucumán 950, o a la biblioteca y centro de reunión, Viamonte 867, oficina 506, teléfonos 32-9800 y 31-1307, para recabar mayores informes. ♦

### Respuestas a las preguntas del Espaciotest

**Respuesta Nº 1:** B) A pesar de ello, la ciencia sabe mucho más acerca de Marte que de Venus. La atmósfera de Venus, eternamente cubierta de nubes, dificulta muchísimo la realización de observaciones dignas de confianza.

**Respuesta Nº 2:** B) Lo que interesa en un destornillador es su capacidad para aumentar la fuerza de rotación, y ésta es independiente de la longitud del mismo. En cambio sí interesa el diámetro del mango, ya que dicha fuerza de giro (cupla) es proporcional a éste.

**Respuesta Nº 3:** D) Cuando la sandía es á cerrada, la luz no puede penetrar en su interior; y donde no hay luz, no hay color.

**Respuesta Nº 4:** A) El elefante, con 21 meses, está a la cabeza de todos. El perro tiene un período de dos meses.

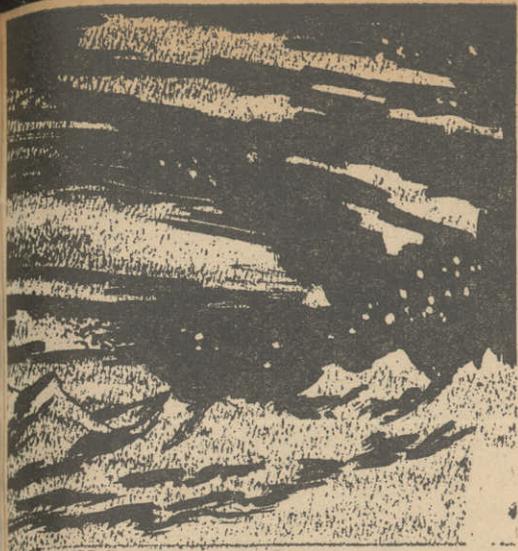
**Respuesta Nº 5:** B) Cada una de las tiradas en la ruleta es independiente de la tirada anterior, y por lo tanto los resultados de ésta no influyen para nada en los de la siguiente.

**Respuesta Nº 6:** C) Zenón de Elea se hizo famoso por sus paradojas, con las que pretendió demostrar que el movimiento no existe. Modernamente, los físicos han querido ver cierta coincidencia entre su manera de pensar y la de una de las interpretaciones de la mecánica cuántica.

**Respuesta Nº 7:** B) Los ojos oscuros deben su color a un pigmento del iris; pero, cuando no hay pigmento, el color que toman es el azul, debido exactamente a las mismas razones por las cuales es azul el color del cielo. Es decir, que la luz es dispersada dentro del iris por pequeñas partículas que absorben las ondas más largas y dejan pasar las más cortas (azules).



ilustró ORNAY



por IRVING COX Jr.

# el regreso

*...La admiración se transformó en horror, y el amor, en pesadilla...*

QUINT pudo verla un minuto, antes de partir. Sus ojos brillaban de orgullo porque había oído ya los rumores de su nombramiento. Se encontraron en los jardines del Centro del Consejo, donde los enrejados metálicos sostenían lianas tropicales que subían hasta cientos de metros, arqueándose y cubriendo con un complejo dibujo la cara abrasadora del sol.

—Parla, ¡el Consejo me nombró delegado en ejercicio! —Y le mostró el nuevo rectángulo amarillo, fundido en el material plástico de su manga—. Me han autorizado para negociar un acuerdo.

—¡Tu primera misión, Quint! Y van a dejarte usar el nuevo crucero de radar.

Le tomó la mano y se la acarició tímidamente. Aquello era una terrible ruptura de las tradiciones, porque Parla era la hija de un Delegado del Consejo de Korbinia y Quint no era más que un expedicionario de Primera Clase, en el Cuerpo de Asistencia Interplanetaria. A pesar de su brillante reputación y sus éxitos, Quint no podría ascender más en las filas de los servidores del Consejo, a no ser que obtuviera un ascenso al mérito con una contribución notable al progreso de la Alianza. Un enorme abismo social se abría entre él y Parla; según el antiguo argot, Parla era una nuyorka. Quint un ick. Pero estaban enamorados, y los enamorados jóvenes esperan siempre milagros.

—Si tienes éxito, Quint... nosotros...

—Su voz se ahogó embriagada de anticipado placer.

—Volveré con un acuerdo, Parla —le prometió confidencialmente él—. Estamos razonablemente seguros de que Dodai está habitado por seres inteligentes. Puede ser una raza como la nuestra, o quizá muy diferente, pero eso no importa. Son seres pensantes y racionales, tecnológicamente inferiores

a nosotros, ya no han descubierto los viajes interplanetarios. Naturalmente se alegrarán de poder compartir nuestras costumbres e ideas, del mismo modo que nosotros deseamos aprender las suyas.

—Claro que sí, Quint... cuando las comprendan. —Apretó los labios—. ¿Pero no es eso lo difícil? Pueden ser muy atrasados. Tal vez los asustará terriblemente, antes de que tengas una posibilidad de negociar con ellos.

—Por eso el Consejo me permite que entre en contacto con ellos a mi modo, después de que lleguemos a Dodai.

Ella le apretó con fuerza la mano y le miró a los ojos.

—¡No cometes ningún error, Quint! Cuando Dodai ingrese en la Alianza, el Consejo te nombrará Delegado permanente. Ya sé que es un egoísmo pensar en esto por nosotros solos, pero no nos queda otra salida, Quint, y... yo te amo mucho.

La voz del anunciador del campo espacial la interrumpió, saliendo del amplificador hábilmente oculto entre los enrejados.

—¡Expedicionario Quint! ¡Expedicionario Quint! Tiene libre la salida.

El se volvió para salir, y Parla rompió entonces con otra tradición social. Se alzó en las puntas de los pies y lo besó en los labios, lenta, suavemente, mientras unas lágrimas brillaban de repente en sus ojos.

El crucero de radial de Quint era la primera nave de su clase, construida por los científicos de la Alianza. Era todavía un aparato experimental, y una de las razones de la expedición a Dodai era probar la nueva energía del radial en pleno vuelo. El crucero era un aparato macizo y de forma ovular y a su lado resultaban pequeñas las naves que se empleaban ordinariamente para los viajes interplanetarios. Le habían puesto de nombre "Rad-I" y su superficie, construida con un metal opaco, de un

gris lechoso, era una de las partes esenciales en el ciclo de la energía del radial.

El Rad-I no tenía tripulación que lo manejara; Quint podía hacer funcionar los complejos mecanismos de la nave desde el tablero de navegación situado en el cuarto central de control. Pero había otros tres miembros más de la expedición, uno enviado por la Sociedad Astrográfica de la Alianza, otro de la Organización Biológica Unidad, y un tercero que representaba a la Asociación de Físicos del Consejo, que habían inventado el motor de radial.

Como Quint estaba al mando de la Expe-misión, había elegido él mismo a los demás miembros del grupo expedicionario, pero, en realidad, había confiado por completo en el Clasificador del Consejo. Según la costumbre, había insertado en el tabulador el complejo de calificaciones probables, dejando que la máquina le diera el nombre exacto del individuo más apropiado, elegido entre los billones que figuraban en las fichas de los archivos centrales. El mismo Quint había sido elegido de ese modo por el Consejo.

Hasta que subió al crucero de radial Quint no había visto siquiera a sus compañeros de expedición. Eran nuyorkos, como Parla. El término había sido legitimado al incluirse en el diccionario de la Alianza; pasado de generación en generación su origen se perdía en la oscuridad de los prehistóricos Otros Tiempos de la raza de Quint. Los que procedían de los planetas más antiguos y cercanos a los centros de superior cultura, eran llamados nuyorkos; el término era un sinónimo de cultura, refinamiento, comodidad, educación, sofisticación. A Quint le llamaban ick porque procedía de una nueva y salvaje colonia de la frontera. Había ascendido desde la situación más humilde a su categoría actual de Expedicionario. Sus maneras

segufan siendo a veces un poco bruscas y rudas. Quizá, aquella cualidad era lo que le había hecho atractivo a Parla.

A pesar de su procedencia Quint había sido elegido para dirigir la Expe-misión a Dadoi. No sería extraño que hubiera habido roces y choques entre él y los tres nuyorkos que lo acompañaban, pero inevitablemente acabaría por llevarse bien, ya que uno de los factores principales en las elecciones del Clasificador era la compatibilidad de rasgos personales. En realidad, casi no se vieron durante la mayor parte del viaje. Los numerosos compartimientos del crucero de radial estaban llenos de cientos de máquinas analíticas, calculadores especializados, e Investigadores. Cada uno de los viajeros se entregó por completo al estudio de los datos espaciales que podían aplicarse a su especialización particular.

Aunque la Alianza conocía los viajes espaciales desde hacía varios siglos, hasta entonces estaban restringidos a los planetas de su sistema solar, por las limitaciones de la energía que movía sus naves. Ahora, con el crucero de radial, iban a aventurarse por vastas extensiones inexploradas de la Galaxia.

Para el pueblo de Quint, la comprensión del universo era una obsesión y una pasión. Quint sentía también el místico impulso interior, mientras dirigía el vuelo desde el compartimiento de mando del Rad-I. La Alianza había sido formada por unos pueblos vigorosos, intensamente curiosos y creadores, extrañamente adolescentes en muchos aspectos, uno de ellos la alegría entusiasta que les producían los descubrimientos y exploraciones. Todos ellos conocían las fórmulas generales derivadas de las suposiciones matemáticas de las ciencias exactas. Pero no se interesaban por las filosofías sociológicas, menos precisas. Por lo tanto, aunque los científicos de la Alianza habían des-

cubierto la energía del radial, aprovechando las ondas de la luz, en sus radiaciones a través del espacio, su sociedad seguía aún regida por costumbres tradicionales y Quint no podría casarse con Parla hasta que tuviera un rango igual al suyo. La restricción le dolía, pero nunca dudó de su justicia.

Los billones de seres que habitaban los planetas de la Alianza estaban unidos en su fiebre de exploración. Gradualmente, sus sueños se cristalizaron en sus impulsos fundamentales; antes que nada tenían que encontrar un modo de salir de su sistema solar para examinar el resto del universo, y luego querían entrar en contacto con otros seres racionales, distintos de ellos, y compartir con ellos su interesante acumulación de conocimientos y experiencias.

Mucho antes de que se descubriera la energía del radial, el planeta Dodai había sido descubierto por el Profesor Dodai de la Sociedad Astrográfica de la Alianza, quien lo bautizó con su nombre. Empleando el nuevo Astroteloscopio, declaró que en Dodai existía una forma de vida racional altamente desarrollada. La Sociedad Astrográfica había tratado de comunicarse con el distante mundo, pero, al parecer, ninguno de sus mensajes había podido atravesar el vacío del espacio, porque Dodai no había respondido nunca.

Ahora le habían encomendado a Quint la misión de entrar en contacto físico con Dodai. Sabía que llevaba con él las esperanzas y los sueños de su pueblo. No podría fracasar.

El Rad-I describió una elipse en torno al globo de Dodai, más arriba de la troposfera. Quint reunió a sus compañeros en el compartimiento de mando para planear los detalles de su aterrizaje.

—La atmósfera no es muy distinta de la nuestra —contribuyó el físico—. He hecho dos veces la prueba de Ca-

lex para cerciorarme. Un poco menos de oxígeno del que estamos acostumbrados, pero el suficiente.

El astrógrafo dijo:

—Esta misma mañana observé cierto número de ciudades que indican una civilización madura. Están construídas como las nuestras; dudo de que las gentes sean muy distintas.

—Lo razonable es suponer que han encontrado un medio de comunicación por medio de una o más ondas radiantes —supuso el físico—. Si pudiéramos captar y clasificar los impulsos, podríamos descubrir el patrón de su idioma.

—Deberíamos aterrizar en secreto —dijo Quint—, y todo lo cerca que nos sea posible de una de sus ciudades. Eso nos dará tiempo para estudiar su mundo y acomodarnos a las variaciones de la estructura atmosférica.

**PROTEGIDO** por la oscuridad, Quint bajó con el Rad-I, aproximándose más a la superficie de Dodai. La astropantalla fué revelándoles las imágenes claras de grandes ciudades, brillantes caminos y tierras cultivadas. El crucero de radar pasó sobre una gran masa de agua y se cernió sobre otra masa de tierra. Quint no vió en ella caminos ni ciudades y sí un fenómeno inexplicable: grandes cantidades de masas de energía desorganizada.

Quint detuvo el crucero unos quinientos kilómetros por encima de la confusión, enfocando la astropantalla sobre el continente que tenían debajo y ampliando la imagen hasta el máximo. Los miembros de la Expe-misión se reunieron en torno a la pantalla, estudiando la misteriosa actividad.

Vieron cientos de extrañas máquinas, que parecían todas variantes de un diseño básico: un cilindro en forma de tubo, erigido sobre una fuerte base y apuntado en diversos ángulos hacia el cielo. Periódicamente, de la boca del instrumento, salía un proyectil, entre

una nube de humo y polvo. Cuando el proyectil daba en tierra, la repentina dispersión de energía producía un efecto violento y destructor. Unos seres borrosos e indistintos en la oscuridad, manejaban las máquinas, en grupos desparramados, dirigiendo deliberadamente las explosiones los unos contra los otros.

El representante de la Organización Biológica Unida dijo:

—Creo que son hombres... como nosotros.

—¡Pero están empleando las máquinas para matarse los unos a los otros! —exclamó el físico—. ¡Es incomprendible! Sus ciudades y caminos indican que se trata de seres inteligentes y racionales, muy por encima de ese salvajismo primitivo.

—No tiene lógica... no podemos comprenderlo —convino lentamente Quint, pero hablaba sin convicción. Sensible a los sueños místicos de su pueblo, respondía rápidamente a la fuerte emoción que se desprendía de todo aquello. Sentía un miedo helado, pero no podía definirlo específicamente, ni explicarse su causa.

—Quizá uno de los Investigadores pueda darnos una explicación —sugirió el astrógrafo.

Quint colocó un aparato investigador delante de la astropantalla y puso la imagen directamente dentro del calculador. Durante un momento, los tubos brillaron y los rayos zumbaron suavemente en el tanque líquido de la memoria; y, de pronto, en medio de un fogonazo cegador, la tabla de control del Investigador estalló, los tubos explotaron y la máquina quedó destrizada y silenciosa.

El físico fué el primero en romper el silencio de muerte.

—Se rompió un inhibidor —murmuró.

—Uno, no —dijo mecánicamente Quint—. Creo que el equipo entero —

con la punta del pie comenzó a reunirse en un montón los pedazos del Investigador—. Eso (lo que hay abajo) debe ser la Prohibición. Hasta ahora nunca supe lo que era.

—¿Lo sabe ahora? —le preguntó el físico—. De nuestra memoria se ha arrancado artificialmente una parte de nuestro pasado, con los hipnóticos que nos administran al nacer. Destruimos toda posibilidad de volver a descubrirlo, cuando construimos el equipo de inhibidores en todas nuestras máquinas Investigadoras. ¿Pero cómo puede tener algo que ver la Prohibición con esa locura de Dodai?

—No tenemos derecho a preguntárnoslo —declaró débilmente el biólogo—. Nuestra Prohibición era una cosa mala, una traba en el progreso de la civilización. Nos hemos liberado eliminándola. En ese caso...

—En ese caso —el astrógrafo terminó su pensamiento—, no podemos aterrizar en Dodai. Tenemos que volver y decirle al Consejo que hemos fracasado en nuestra misión.

—¿Cuándo estamos tan cerca? —preguntó el físico, con la voz amarga por la decepción. Comenzó a pasearse por la pieza, aplastando con las pesadas botas los tubos rotos del Investigador—. ¡No! Debemos tratar de llegar a un acuerdo con Dodai, de incluir al nuevo planeta en la Alianza. El que nos asciendan a Delegados significa mucho para todos nosotros —hizo una pausa, apretando los puños—. Mírenlo de este modo: el Investigador es un aparato mecánico; sus equipos son mecánicos. No hay una relación real entre Dodai y la Prohibición, pero sí, posiblemente, algún parecido, el suficiente para que el tanque de la memoria dé una respuesta equivocada.

—Seguramente tiene razón —dijo con vehemencia el biólogo—. Y yo estoy deseoso de catalogar las nuevas formas de vida que hay aquí; quizá...

—se detuvo y miró a Quint—. Pero Quint es el que debe decidirlo; él es el jefe.

Mientras los tres aguardaban, esperanzados, Quint se volvió y miró la astropantalla. De nuevo sintió el mismo terror sin nombre; pero el recuerdo de Parla llenó su memoria, impidiéndole pensar lógicamente. No podía hacer otra cosa; nunca más tendría otra oportunidad de ganar un ascenso por méritos.

Silenciosamente, fué a los mandos y dió la vuelta a los diales; el gigantesco crucero comenzó a vibrar suavemente con el movimiento de sus motores.

—En el otro continente —dijo—, cerca de una de las ciudades costeras, vi una región que me pareció desierta. Creo que podemos aterrizar allí.

Los otros se acercaron a él, estrechándole las manos y dándole palmaditas en la espalda, con franca alegría.

Quint llevó al crucero de radar a un valle desierto, ancho y llano, rodeado por distantes colinas. Estudió cuidadosamente la región y la encontró vacía, aunque a corta distancia de una gran ciudad y su puerto.

**MIENTRAS** la escalerilla de salida bajaba hacia la rocosa Tierra, el aire de Dodai penetró silbando en los compartimientos del crucero. Era frío y pesado, y perceptiblemente acre. Al cabo de muy poco tiempo podrían tolerarlo, pero al principio les quemó los ojos y los pulmones, haciéndoles toser con toses secas y espasmódicas. El físico empleó uno de sus sensibles Expe-registradores para analizar el aire, con curiosos resultados.

—Hay un porcentaje claro de partículas de combustible consumidas en parte —le dijo a Quint—. La impregnación es probablemente mucho mayor en los centros de población más densa.

—Entonces, los dodaianos emplean

carbón y petróleo como nosotros —dijo Quint.

—¡Pero un desperdicio así! No tendrán motivos para necesitar la conservación, o, si no, su atmósfera sería tan pura como la nuestra.

—El combustible natural no es ilimitado; lo más probable es que no han aprendido a fabricar un Conservador. Eso es una de las cosas que podemos enseñarles, después de que hayan ingresado en la Alianza.

Meneando la cabeza, el físico examinó de nuevo la cinta del Expe-registrador.

—Parte de las partículas de la atmósfera son radiantes inestables, creados artificialmente. Eso significa que Dodai conoce y emplea los componentes básicos de la energía de la materia elemental. Pero si su cultura ha avanzado tanto, ¿por qué no han intentado aún los vuelos del espacio?

Quint volvió a sentir miedo al preguntar:

—¿Se imagina que las explosiones que vimos...?

—¡Qué disparate! —lo interrumpió el físico, como si temiera que expresara en voz alta su pensamiento—. ¿Por qué iban a dirigirse los unos a los otros una fuerza tan terrible como la energía radiante? ¿Con qué fin podrían hacerlo?

Antes de que fuera de día descendieron del crucero cierto número de Expe-registradores especializados. Una pequeña parte del valle se convirtió en un manicomio de máquinas que sonaban y giraban, analizando, catalogando y ofreciendo generalizaciones de acuerdo con los datos disponibles. Un instrumento, con sus rayos de luz cautivos, examinó la ciudad cercana. Otro captó el lenguaje de los dodaianos y comenzó una laboriosa selección de los sonidos, disponiéndolos en patrones de probabilidad. Unos análisis más exhaustivos del aire fueron

proporcionándoles los contornos de la mecánica tecnológica del planeta.

Cuando salió el sol, el aire del desierto se calentó rápidamente. Con el calor, Quint pudo trabajar con más facilidad. Lentamente fué acostumbrándose a la diferencia del peso de la gravitación. Conteniendo sus músculos consiguió no saltar ridículamente en el aire cada vez que intentaba dar un paso normal.

Esos ajustes eran algo a lo que estaban acostumbrados. En los viajes interplanetarios ordinarios, entre los planetas de la Alianza, Quint había aprendido a aclimatarse rápidamente a los cambios de ambiente. Como Ick, había nacido en el planeta más grande y frío de su sistema, ayudando a su padre y a sus tíos a trabajar su gran plantación de trigo, que se extendía a la sombra de la enorme cordillera, cubierta siempre de deslumbradora nieve en sus laderas. Después de convertirse en miembro del Cuerpo de Asistencia Interplanetaria, todas sus misiones le habían obligado a acomodar su cuerpo a las distintas condiciones de vida de los demás planetas habitados.

No obstante, en Dodai, a la aclimatación física no siguió la esperada tranquilidad de espíritu. Quint se sentía inquieto y nervioso. No hacía más que pasearse por el rocoso desierto, mirando el cielo... sin saber por qué. Cuando trató de analizar su motivo, la acción le pareció instintiva, una respuesta de miedo que siempre había estado presente en su mente, aunque hasta entonces nunca la había reconocido. Cuando cayó la noche, Quint sintió un intenso alivio; la oscuridad aminoraba su miedo, sin que supiera por qué.

Los miembros de la expedición sacaron las luces del crucero y se sentaron en círculo en torno a una apetitosa comida, comparando amablemente las notas de los datos reunidos durante el

día. Sólo el biólogo parecía inquieto y perplejo. Al explorar un círculo cada vez mayor, cuyo centro era el crucero, había encontrado muchos ejemplares de la flora del desierto, que había conservado cuidadosamente. Pero su mejor hallazgo era un animal pequeño, vivo aún. Como experimento, lo había sometido al Comunicador.

—Permítame que les explique el funcionamiento de la máquina —prosiguió—. Después de sellar los dos receptores contra el lóbulo frontal de nuestro propio cráneo, se ciñe con una banda de transmisión la caja craneana del sujeto, y la comunicación directa de conceptos es teóricamente posible, sin tener que usar los símbolos del lenguaje.

El físico examinó con interés el aparato.

—Nunca vi nada parecido —dijo.

—No me extraña. Me imagino que hace siglos que no se construyen en la Alianza; no los necesitamos. Encontré el diseño en un manuscrito muy antiguo, que pertenecía al prehistórico Otro Tiempo de nuestro pasado. Le pedí al laboratorio que hiciera este modelo, porque pensé que podía ser útil para comunicarme con las gentes de Dodai, si no lográbamos penetrar los símbolos de su lenguaje.

—¿Y lo empleó con un animal dodaiano?

—Por simple curiosidad, pero los resultados..., bueno, decidan ustedes mismos.

El biólogo sacó tiernamente un pequeño animal de su jaula, y le sujetó la banda metálica a la cabeza. Los miembros de la expedición tomaron unos pares de receptores y fijaron los sellos a su frente, mientras el biólogo ajustaba los diales de la máquina de transmisión:

En cuanto los tubos amarillos comenzaron a brillar, Quint sintió una repulsión de terror, tan intensa, que

casi desorganizó por completo su capacidad de concebir pensamientos integrados. Como un relámpago que se repite en una negra tempestad de miedo, sólo sentía un único y constante impulso... el de huir y esconderse de los hombres. Rompió los sellos y se soltó del Comunicador.

—Todos los animales viven en miedo constante —dijo el biólogo, a modo de explicación—, pero no sé por qué razón yo no habría pensado que éste tenía esa particular cualidad. ¿Y no piensan que es extraño que el único objeto de su miedo sea el hombre?

Los diversos y complejos analizados que la expedición había traído a Dodai habían funcionado admirablemente durante todo el día excepto la máquina que había estado registrando el probable patrón del idioma. Había ido tragando carretes enteros de cinta, sin presentar ni una generalización hipotética.

**A**QUELLA noche, en cuanto terminaron de cenar, se reunieron en torno a la máquina, mirándola. El físico dijo que los datos debían ser todavía demasiado incompletos para poder dar lugar a una teoría, pero el astrógrafo estaba convencido de que la cantidad de datos descartaba por completo esa posibilidad. Y propuso que pasaran algunos de los carretes completos por un Investigador, por si acaso las similitudes de sonido con el idioma de Quint podían evocar una generalización clave en el tanque de la memoria.

Pero entonces ocurrió algo extraño. Cuando Quint metió la cinta en el Investigador, los tubos brillaron y se destrizaron de nuevo, en medio de un fuerte fognazo.

A la mañana siguiente, muy temprano, el biólogo tomó su Comunicador y se perdió en la neblina azulada que envolvía el suelo del desierto, buscando nuevos ejemplares de animales.

Cuando se hizo de día, la indefinible tensión de Quint comenzó de nuevo. El pidió al biólogo que no perdiera de vista la nave, pero el biólogo no hizo caso del aviso y Quint no encontró una razón para convertirlo en orden.

Mientras los demás trabajaban con sus máquinas, Quint subió a la parte mal alta del crucero de radial y comenzó a escudriñar otra vez el cielo. Se sentía extrañamente desnudo, como si debería haber llevado con él algo con que protegerse. Aparentemente, aquella idea era absurda. Hasta entonces, Quint no había sentido nunca la necesidad de un instrumento para defenderse. Y con la excepción de las vallas paralizadoras empleadas para dominar a ciertas fieras, esos aparatos no existían en ninguna parte de la Alianza.

De repente, a media mañana, Quint oyó en el cielo el ruido de un motor primitivo. Protegiéndose los ojos, miró hacia arriba y descubrió un aparato con alas, una variante del clásico modelo del planeador. La máquina describió un círculo sobre el Rad-I. Quint comprendió que un nativo de Dodai lo había descubierto por fin, y trató de hacerle señales con los brazos.

La máquina bajó velozmente hacia el crucero dejando caer un proyectil largo y esbelto que dió en la nave y estalló. Pero no hizo más daño que el de la colisión con un meteorito diminuto en el espacio.

Mientras el aparato daba media vuelta y huía, Quint comprendió claramente la reacción del piloto. Asustado al ver la maciza nave, posada sobre la arena del desierto, había tratado de destruirla o ahuyentarla con uno de los instrumentos de protección que poseían los dodaianos. Al ver que no lo conseguía, había vuelto a su base para comunicar su miedo irracional a los demás.

Ningún contacto inicial con Dodai podría haber sido más desgraciado.

Quint no había tenido oportunidad de explicar su misión y se hallaba peligrosamente cerca del fracaso. Para impedir que hubiera más malos entendidos tendría que llevar inmediatamente el crucero a otro lugar, donde la Expe-misión pudiera completar su estudio de los dodaianos, para renovar el contacto con ellos, de modo más propicio.

Quint dió órdenes al astrógrafo y al físico, que comenzaron a subir al crucero sus máquinas analizadoras. Luego, Quint corrió al desierto en busca del biólogo. Más allá de una colina rocosa y baja, calentada por el sol, se encontró frente a una cañada oculta. El biólogo se encontraba en su fondo, en la orilla de un pequeño estanque de agua verdosa y estancada. Unas plantas altas y espinosas cubrían casi el agua, así que Quint no vio la extraña máquina dodaiana hasta el momento que se encontró directamente enfrente de ella.

Era un auto de cuatro ruedas, sin capota, muy antiguo y viejo. Junto a él había una especie de albergue temporal, hecho con una lona sujeta con palos y cuerdas. En torno a una hoguera medio extinguida se veían unos recipientes vacíos que originalmente debían haber contenido comida. Pero Quint lo observó todo de un modo subconsciente, como un fondo desagradablemente vivo de la persona que estaba caída, en una postura grotescamente torcida, sobre una de las riberas del estanque.

No cabía duda de que se trataba de un dodaiano. Y tampoco, de que había muerto.

Cuando el biólogo vio a Quint, se puso en pie de un salto, soltando de un tirón culpable la banda del Comunicador ceñida a la frente del dodaiano.

—¿Qué ocurrió?—le preguntó Quint.  
—¡Nada! —la voz del biólogo era aguda por la emoción.

plandor de intolerable brillo, que surgió del arma. El individuo retiró la mano. Un chorro rugiente de vapor se elevó desde el fondo del pozo y sobrepasó los árboles más altos.

—Ahora —dijo el extranjero—, usted conducirá el coche.

Burt se instaló frente al volante, sintiéndose desfallecer. Norma se sentó a su lado, con la cara más pálida que la muerte. El extranjero subió a la parte posterior.

—Vamos hacia el oeste —ordenó fríamente—. Yo me esconderé aquí atrás. Mi rostro no tiene aún el aspecto apropiado. Ya saben lo que haré si me molestan.

Se agazapó en el piso del auto. Norma lo miró y se quedó horrorizada. Burt también volvió la cabeza. El cuerpo que había parecido tan humano hasta hacía un instante, ya no se asemejaba en nada a un hombre; se había replegado sobre sí mismo; carecía de huesos. La máscara flexible que constituía su rostro se había separado visiblemente de lo que había detrás de ella. Para acomodarse a su gusto, el fugitivo del espacio había dejado de llenar las perneras de los pantalones y las mangas de la camisa. Era simplemente amorfo.

Pero su voz se elevó desde el piso. Siempre la voz de Burt.

—Vaya hacia el oeste. Y no quiero que este auto llame la atención de nadie.

Proveniente de esa masa amorfa y blanda, cubierta por las ropas caídas sobre el piso, la voz de Burt parecía surgir de la pesadilla de un loco.

Burt hizo arrancar el coche, las manos aferradas al volante. Norma, a su lado, apenas si respiraba.

**A**NTES de la puesta del sol, Burt le dijo a Norma en voz baja:

—Pronto necesitaremos combustible. Si yo estuviera solo, dejaría que se acabara. Pero, cuando me detenga en una

estación de servicio, apéate con el pretexto de dar una vuelta o de empolvarte la nariz; cualquier cosa. Procura escapar.

Estaban ya casi a doscientos kilómetros del lago y del sitio donde había aterrizado el extranjero. Parte del camino que habían recorrido serpenteaba entre las montañas, a cuyo pie se encontraban los centros que atraían a los veraneantes. La carretera era amplia y bien pavimentada, bordeada por colonias tras las cuales se ponía el sol.

Norma se humedeció los labios. Llegaba cuatro horas de viaje, sin que aquel quidam que ocupaba la parte posterior dijera una palabra o hiciera el menor movimiento. No había ocurrido nada que pudiera calmar a la muchacha, y ninguna emoción intensa puede sostenerse durante tanto tiempo. El horror histórico que la había acobardado se convirtió en un terror mudo.

En Burt los signos de intranquilidad eran más evidentes. No sólo se sentía responsable por la seguridad de Norma, sino que sabía que gracias a él el extranjero había podido ocultar su identidad y llegaría a completar sus planes, con imprevisibles consecuencias para la humanidad. El individuo podía ser un criminal, y sus enemigos, algo así como policías interestelares. Si era un criminal, y podía refugiarse en la Tierra y, finalmente, burlar a sus perseguidores, la Tierra podía convertirse en un refugio galáctico para toda clase de forajidos, y ser destruida por ellos. También existía la posibilidad de que se llevara a cabo una guerra interestelar y que el extranjero convirtiera la Tierra en el blanco de las poderosas armas de una civilización galáctica o, peor aún, que alguna gran potencia del espacio transformara en una base militar el planeta de los humanos.

Mientras tanto, el auto avanzaba por la carretera. Burt tenía la garganta reseca; se esforzaba en pensar; pero las

ideas no acudían a su cerebro. El extranjero sabía demasiado: sabía todo lo que Burt había visto o hecho. Mientras éste estaba inconsciente, el fugitivo le había extraído del cerebro todos los recuerdos, lo cual era probablemente la causa de la increíble sensación de frío dentro del cráneo que Burt había experimentado al despertar y descubrir que todos sus pensamientos se concentraban en la evocación del pasado. Sin duda fué obra del extranjero, mientras buscaba desesperadamente un sitio donde esconderse, que al fin encontró.

Un letrero de la carretera decía: "Dos kilómetros a la estación de servicio". Eso significaba, además, un restaurant. Quizá Norma lograría introducirse en él. ¡Quizá podría escapar! Pero él, Burt, debía ingeniarse para destruir al fugitivo o, por lo menos, desarmarlo; acabar con el peligro que su mera existencia significaba para la humanidad.

**E**L sol tocaba ya el horizonte. La brisa que entraba por las ventanillas estaba cargada de fragancia de hojas frescas.

Otro letrero decía: "Medio kilómetro a la estación de servicio".

Burt anunció con voz pastosa:

—Necesitamos combustible. Si vamos a ir lejos, será mejor que nos detengamos.

Hubo algunos ruidos en la parte posterior del auto. Burt sabía que el individuo estaba recobrando brazos y piernas y el simulacro de cara que yacía junto a él sobre el piso. Podía imaginarlo demasiado vívido. Estuvo a punto de descomponerse.

Hubo más movimientos. Burt sintió que uno mano se aferraba al respaldo del asiento delantero, junto a su hombro. Norma se estremeció, pero no volvió la cabeza. El extranjero se sentó en el asiento posterior. Para una mirada casual, en el crepúsculo, su aspecto sería convincentemente humano. Para Burt era aún más horrible por esa misma razón.

—He estado examinando los recuerdos que le extraje anoche —dijo el fugitivo tranquilamente—. Necesita dinero para comprar el combustible. ¿Lo tiene?

Burt asintió, luchando contra la angustia que le había producido la vívida imagen de la transformación de su enemigo.

Se detuvieron frente al puesto de nafta. Con voz forzada, Burt ordenó que llenaran el tanque del auto. Norma no se movió. Ocultando una mano a los ojos del extranjero, Burt le hizo un gesto para que se bajara del auto.

Norma permaneció sentada, temblando. Hizo un movimiento como si quisiera levantarse; pero sus piernas

parecían no responder ya más a su voluntad.

El tanque estaba lleno. Burt pagó. El dependiente limpió el parabrisa. Burt puso en marcha el motor y volvió a la carretera.

Mucho tiempo después, cuando ya era de noche, preguntó con desesperación:

—¿Ya decidió a dónde quiere que lo lleve?

Le había resultado imposible interrogar directamente al individuo mientras yacía como una masa amorfa sobre el piso del coche. Cuando adoptaba forma humana, horrible como era, parecía menos absurdo hablar con él.

Su propia voz le respondió:

—Mis planes ya están hechos —de pronto, la voz cesó de ser indiferente—. Sus recuerdos, cuidadosamente analizados, me indican que he cometido algunos errores con su idioma. No sólo existen palabras, sino entonaciones. Desde ahora en adelante, cambiaré el tono de la voz, como usted lo hace. Tendré que practicar. Usted escuchará con atención y me dirá cuándo no hablo como un ser humano.

Burt no pudo responder; tenía la garganta reseca.

—Ahora hablaré agradablemente —prosiguió la voz, y su tono se tornó cordial—. Ahora comprendo por qué Norma se dió cuenta de que no soy un hombre. Mis dientes carecen de brillo. Creo que el interior de la boca tendría que presentar un aspecto distinto. La piel debe poseer otra tonalidad. Sus recuerdos me indican que existen elementos para alterar la apariencia del cutis y que es posible obtenerlos en una farmacia. Quiero que vayamos a una ciudad, y que me compre usted esos elementos que darán a mi cara un aspecto más humano.

El inadecuado tono cordial de la voz daba a aquellas palabras un sentido grotesco.

**S**IGUIERON avanzando. El cielo estaba cada vez más oscuro. Aparecieron las primeras estrellas. Había sombras fantásticas entre los árboles y arbustos que bordeaban el camino. Pronto los bosques se convirtieron en una masa oscura. Burt vió que Norma se movía. La joven emitió una exclamación casi imperceptible.

—¿Qué te pasa? —preguntó Burt.

—¡Puedo... puedo moverme otra vez! —susurró ella—. ¡En la estación de servicio no pude!

La voz dijo cortésmente, desde el asiento posterior:

—Utilicé una descarga muy pequeña, para impedir que bajara del coche. Ahora su efecto ha desaparecido. Yo no quería que usted huyera. Para mí era un inconveniente tener que destruir el restaurant y la estación de servicio. Mis perseguidores se habrían enterado, si es que tienen espías entre ustedes.

Burt manejó incansablemente durante varias horas. Los faros de otros coches, algunos fuertes, otros débiles, iluminaban fugazmente el camino. La mente de Burt había cesado de funcionar en forma racional. Por un momento, pensó violar las leyes de tránsito, para que algún policía los detuviera. Pero el arma del extranjero, a juzgar por la demostración en el pozo de agua, era mortífera. Atraer la atención de un policía habría significado la muerte inútil de un ser humano. También pensó estrellarse contra otro coche o lanzarse hacia el vacío. Estaba dispuesto a morir, pero tenía que salvar a Norma. Su capacidad de pensar estaba agotada. No se le ocurría ninguna otra salida.

Los autos que venían en dirección opuesta, pasaban velozmente a su lado. Las curvas de la carretera eran cada vez más amplias y suaves, a medida que se alejaban de las montañas. Por último, se convirtió en una cinta recta.

### ¡No atacarlos!

**E**N 1952, un comunicado oficial terminaba diciendo: "Los aviones militares han recibido orden de interceptar los presuntos platos voladores". Casi inmediatamente, un alud de cartas y telegramas, se precipitó sobre el Pentágono, clamando por la revocación de la orden. "¡Por el amor del cielo!", decían en una nota los Rocketters (especialistas en cohetes), "no disparen contra los platos voladores."

Verdaderamente, si el armamento de los platos voladores corre paralelo con la maravillosa técnica de sus motores, el mejor de nuestros lanzacohetes será un juguete comparado con las armas que aquéllos han de llevar.

**M**EDIA hora después de abandonar el puesto de nafta, distinguieron, a muchos kilómetros de distancia, el parpadeo de las luces de una ciudad.

—Estamos cerca de una ciudad —dijo Burt con voz cansada. Ya no sentía miedo. La sensación de temor había desaparecido—. ¿Quiere que paremos frente a una droguería?

La voz le contestó cordialmente:

—Sí. Yo me quedaré en el auto, con Norma. Pero antes detenga el coche junto al camino, en algún lugar conveniente.

—¿Qué?...

—Quiero demostrarles algo —dijo el extranjero—, para que entiendan por qué tienen que obedecerme. No los lastimaré.

Burt sintió vergüenza. Era profundamente humillante tener que recibir órdenes de alguien que ni siquiera era humano. No sentía hacia él la clase de odio que surge del temor. No tenía miedo. Sabía que era capaz de cualquier cosa, incluso de provocar su propia muerte, con tal de destruir al fugitivo del espacio. La actitud del extranjero era un insulto al orgullo que sienten los humanos al dar por sentada su superioridad con respecto a todos los demás seres vivientes. Para el extranjero, los humanos no eran más que ratas o gusanos. Y para Burt era más importante justificar su condición humana que conservar su vida.

**C**ONDUJO el coche a un costado del pavimento y apagó el motor. El camino corría por el fondo de una garganta. Llegaban hasta ellos los sonidos de la noche. Las estrellas brillaban sobre sus cabezas. De cuando en cuando oíase el pír de algún pájaro. El aire estaba cargado de vida. La hierba y los árboles, y hasta la piedra lisa de las paredes de la garganta, parecían vivos y familiares. Pero aqué-

dam que ocupaba el asiento posterior era el símbolo de lo desconocido, de lo odiado!

El extraño individuo se incorporó en su asiento. Con increíble habilidad bajó la ventanilla que daba al camino.

—Según recordarán ustedes —dijo cordialmente—, poseo un arma de emergencia. Su raza aún no ha empezado a entender la energía atómica. Y usted, Burt, ha estado buscando alguna manera de destruirme. Pero esta arma, de la que ya les hice una demostración, es capaz de descargar de energía tan pequeñas, que Norma ni siquiera sintió el rayo con que la paralicé. Y también puede descargar en un solo disparo todo el explosivo que contiene y que es mucho más eficaz que el de sus bombas de uranio, amigo Burt.

Burt esperó pacientemente. Sólo sentía cansancio y un odio de tan profundas raíces, que se identificaba con su propio ser. Era el primordial instinto de odiar a todo aquello que se atreviera a colocarse en un plano de igualdad con el hombre. ¡Y este extranjero se situaba aun por encima!

Las luces de los faros se reflejaban en la rocosa pared de la garganta. Vibraban en el aire los mágicos sonidos de la noche. El extranjero dijo plácidamente:

—Mi modo de hablar es ahora más humano, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Burt, con aspreza.

Siguió esperando. Nada ocurrió. Durante un momento no se oyó sino el zumbido de los insectos. Pero pronto comenzó a oírse el motor de un camión, que se aproximaba, subiendo lentamente la curva frente a la cual se había detenido el coche de Burt.

**L**OS faros delanteros del camión aparecieron en la curva. Era un enorme tanque, pintado de aluminio. Sus luces eran de grandes le-

tras rojas, se leía: **GASOLINA**. Cuando salió de la curva, Burt oyó el cambio de marcha y vio que comenzaba a acelerar. Pasó junto a ellos por el otro lado del camino, haciendo trepidar el pavimento bajo su tremendo peso.

El extranjero movió un brazo, cubierto por la manga de la camisa de Burt. Un objeto metálico centelleó en la oscuridad. Hubo un fognazo de luz deslumbrante...

El camión de gasolina se cubrió de llamaradas de un extremo al otro. Estalló el tanque. Un enorme surtidor de fuego saltó hacia arriba, lamiendo las escarpas del desfiladero. Toda la escena se convirtió en un espantoso volcán, que producía una luz más brillante que la del día.

El camión siguió avanzando. La gasolina inflamada, que se había derramado, cubrió la cabina y ardió sobre el pavimento, con llamas que alcanzaban la altura de un hombre. Dos infernales arroyos de fuego corrían a los costados del camión.

Y el camión seguía y seguía, lanzando hacia el cielo llamaradas de diez metros de altura, avanzando en medio de un infierno. La carretera se estrechaba. El camión comenzó a desviarse, salió del pavimento y cayó a una zanja. Allí se detuvo, aún en llamas.

Burt abrió la puerta del auto, dispuesto a correr en auxilio del conductor. Sabía que ya nada podía hacerse, pero su gesto fué automático.

—El conductor está muerto —dijo su propia voz desde el fondo del auto—. La energía que hizo explotar el tanque, lo destruyó a él también. Vuelva al auto.

Burt echó a correr hacia las llamas. La fuerza de todos sus músculos le desapareció como agua en harnero. Se tambaleó y cayó sobre el pavimento. Norma gritó. Burt, tendido sobre el camino, no tenía ninguna sensación

La voz dijo entonces plácidamente: —Vuelva al auto.

La capacidad de movimiento retornó al cuerpo de Burt. Mientras se ponía trabajosamente de pie, contempló al extranjero con los puños apretados. La voz dijo sin ninguna entonación:

—Me será muy molesto si me obliga a arrojarlo a las llamas. Suba al coche.

Norma le rogó que obedeciera. Burt se sobrepuso a un instante de furia tan terrible que nunca se borraría de su memoria. El camión seguía ardiendo; pero de su interior no partió grito alguno. En realidad, en ningún momento se habían oído demandas de auxilio. Si el conductor hubiera estado vivo, tendrían que haberse oído gritos.

Con voz entrecortada, que hacía sus palabras casi ininteligibles, Burt dijo:

—¡Lo mataré por esto! ¡Lo mataré! ¡Lo...!

—¡Sube al auto! —rogó Norma—. ¡Por favor! ¡Hazlo por mí!

La imagen de Norma a solas con el extranjero horrorizó a Burt y bastó para convencerlo. Se tambaleó en dirección al coche. Iba contra toda su voluntad. Prefería que lo mataran. Pero allí estaba Norma; y si lo mataban, nadie más que ella sabría que el fugitivo del espacio existía y que estaba en la Tierra.

Se instaló frente al volante, temblando de odio.

—¡En marcha! —ordenó el individuo.

Burt obedeció; pero las manos le temblaban convulsivamente.

El ocupante del asiento posterior dijo con calma:

—He estudiado sus recuerdos. Creo que piensa desobedecerme. Cada vez que yo crea que usted plenea rebelarse mataré un humano. La responsabilidad será suya. Si me desobedece lo mataré a usted y a todos los que estén cerca.

**B**URT apretaba tanto los dientes que le dolían las mandíbulas. Estaba casi ciego de rabia. Junto a él, Norma temblaba. Viajaron sin descanso. Un coche que venía en dirección opuesta a la que llevaban, se cruzó con ellos. Poco después se encontrarían con el camión en llamas. Un rato después se cruzaron con un ómnibus interurbano. Burt sintió renacer sus esperanzas. Pensó que cuando descubrieran el camión... Pero no quedarían huellas de ningún proyectil. Una descarga de calor, de pura energía, había provocado la explosión. El examen de los restos no daría indicación alguna a hombres que ni siquiera sospechaban que un arma como la del extranjero pudiera existir.

No había ninguna salida.

**V**ARIOS kilómetros después, cuando ya el terreno era casi completamente llano, las luces de la ciudad brillaban a corta distancia. El tránsito se hizo más denso. La carretera estaba llena de autos. A medida que se aproximaban a la ciudad, Burt tuvo que disminuir más y más la velocidad. De pronto, el coche que lo precedía en la carretera frenó bruscamente. Burt lo imitó.

Un ruidoso camión apareció veloz en el camino. Llevaba los faros reglamentarios y además dos potentes luces rojas que se prendían y apagaban junto a los faros delanteros. Todo el tránsito se apartó para dejarle paso. Cruzó a toda velocidad junto al coche de Burt. El ruido del motor se alejó en dirección a la garganta donde había explo-

tado el camión tanque. Lo habían descubierto, aún en llamas, y, por teléfono, habían solicitado ayuda.

El tránsito recobró su velocidad normal.

El extranjero volvió a hablar.

—Sus recuerdos no me permiten identificar ese camión. ¿Por qué le dejaron paso libre?

Burt nunca había visto luces rojas colocadas junto a los faros delanteros, pero conocía su significado.

—Es un camión de auxilio —explicó lleno de odio—. Van a ver si ayudan al pobre diablo que usted mató en la carretera. Llegarán demasiado tarde; pero ellos todavía no lo saben.

Hubo una pausa. El rostro de Burt tenía una expresión salvaje. El extranjero dijo reflexivamente:

—Eso no figura entre sus recuerdos. ¿Cómo lo ha sabido?

—Por las luces que parpadeaban —explicó Burt, con brusquedad—. Eran rojas. No pueden significar otra cosa.

—Rojas —dijo el fugitivo—. Eso es lo que ustedes llaman un color. ¿Los colores son importantes para los humanos?

—Para nosotros los humanos, sí —respondió Burt.

Volvió a reinar el silencio. La ciudad ya estaba muy cerca. Aparecieron casas a ambos lados del camino. El fugitivo se hundió en el rincón más oscuro.

—Aquí comprará usted los colores para mi cara y mis manos —ordenó secamente.

—Lo haré —dijo Burt, con voz que destilaba la quintaesencia del odio pasivo—. No le daré ninguna excusa pa-

ra matar a nadie. Más adelante habrá una droguería. Compraré todo lo necesario. Tengo dinero para pagarlo.

El extranjero dijo:

—Ya lo sé. Sus recuerdos me han hecho ver que necesito dinero ahora que estoy en su mundo. Pero primero tengo que mejorar mi rostro.

**Y**A estaban en pleno centro de la ciudad. Recorrieron una calle bordeada de residencias. Las calles laterales eran anchas, con altos árboles cuyas copas se unían por encima del tránsito. El escape de los vehículos viciaba el aire. Más adelante aparecieron las primeras luces de tránsito, verdes y rojas, entre muchas otras que Burt pensó correspondían a la parte comercial de la ciudad. Allí debía de haber alguna farmacia o droguería.

Después de la primera señal luminosa, la calle se ensanchaba, convirtiéndose en la típica avenida principal de una pequeña ciudad: un cinematógrafo con una marquesina brillantemente iluminada; un hotel con un pomposo letrero; tiendas; una confitería; una panadería. En la esquina había una droguería y farmacia.

Burt dobló hacia la calle lateral y se detuvo a pocos metros de la esquina. Podía ver el interior de la droguería a través del escaparate. Dos niñas tomaban helados. Una señora obesa, sin sombrero, esperaba una receta. Detrás del auto, en la avenida, el tránsito se movía sin cesar.

Burt bajó del coche y entró en la farmacia. La absoluta normalidad de la gente que lo rodeaba lo impresionó. El olor de los helados, de los frascos de perfumes y de antisépticos, el típico olor de los periódicos recién impresos, todo se mezclaba en un olor típico y bien conocido. Toda esa gente pensaba en sus problemas de todos los días (lo que harían al día siguiente, lo que había dicho la vecina...), sin

albergar duda alguna acerca de la permanencia de las cosas conocidas.

Pero afuera, en el auto, se encontraban partían naves espaciales, los seres humanos no eran más que gusanos. Burt tenía una sensación de irrealidad, de pérdida de confianza en la realidad de las cosas. Esta pequeña ciudad era la realidad. Los inmensos vacíos interestelares, los extraños mundos desde donde partían naves espaciales, los seres que carecían de forma propia, ¡todo eso era imposible!

Pero cuando el droguero le preguntó qué deseaba, Burt se oyó a sí mismo pidiendo polvo, un lápiz de labios, rímel, un espejo: todo lo necesario para que una máscara plástica pareciera una cara humana.

El droguero le ofreció un lápiz de labios, en un llamativo estuche de color rojo. Mientras lo miraba, le vino a la imaginación un hecho increíblemente importante, al que no había prestado atención. Era absoluta y positivamente cierto que el extranjero no podría jamás hacerse pasar por un ser humano, sin la ayuda de otro ser humano, en quien no tendría más remedio que confiar! ¡Sus propios prisioneros podían lograr que se traicionara! ¡Cualquier ser humano se daría cuenta inmediata de la posibilidad de desenmascarar al fugitivo del espacio! ¡El extranjero no podía sobrevivir sin amigos humanos! ¡Amigos!...

Porque era incapaz de percibir los colores.

Sabía que los colores existían; había absorbido todos los recuerdos sensoriales de Burt; pero no podía, por sí mismo, diferenciar los colores. No se había dado cuenta de que las luces del camión de rescate eran rojas. Había preguntado si los colores eran importantes.

¡Era imposible que pudiera aprender a usar el maquillaje para que el resultado final engañara a un ojo humano,

### Lo dijo un mariscal...

**“E**sos objetos existen, y ninguna nación del mundo está en condiciones de construirlos. Yo no veo, pues, otra alternativa, que atribuirles orígenes extraterrestres” — LORD DOWDING.

Mariscal de la Armada

pues sus ojos eran diferentes de los humanos! ¡Y lo más probable era que no pudiera ni siquiera captar la importancia de los distintos matices de color, que él no podía percibir!

**BURT** pagó y regresó al auto. Norma sollozaba suavemente. Exhaló un suspiro de alivio al ver a Burt. Cuando éste se instaló frente al volante, se apretó contra él.

—He tenido mucho miedo —murmuró—. ¡Me moriré si me dejas sola con él otra vez!

Burt prendió el motor, y dijo irónicamente, mirando hacia atrás:

—Tengo el maquillaje para su cara y sus manos. ¿Adónde vamos ahora?

La cara de bronce se reflejó en el espejo retrovisor. Los ojos del fugitivo estaban fijos en Burt.

—Lléveme a algún sitio apartado —indicó plácidamente—, donde pueda dedicarme a adquirir un aspecto convincentemente humano. Luego le hablaré de un plan para conseguir el dinero que ustedes usan y que yo necesito. Voy a necesitar mucho.

Burt se alejó de la avenida principal. Nadie hablaba. Sólo se oían los ruidos del tránsito.

Dejaron atrás la última señal luminosa. Ya se podía desarrollar mayor velocidad. Los autos se distanciaban. La carretera corría a través de sembrados y bosques, y algún que otro sitio pantanoso donde las ranas croaban incesantemente bajo las estrellas. Cada tanto atravesaban un camino lateral. La mayoría de ellos conducían a pequeñas granjas; pero, de pronto, Burt frenó bruscamente. Había un angosto camino de tierra, casi sin huellas, que conducía a un bosquecillo de pinos. Burt, con la ayuda de la luz amarillenta de los faros, inspeccionó el lugar.

—Este sitio parece bastante apartado —dijo por fin. Un poco más adelante estaremos ocultos por completo. Podrá

usted usar la luz del techo para maquillarse.

—Muy bien; adelante —dijo la voz.

Burt se internó a muy poca velocidad. El pasto crecía en medio del sendero. Pequeños matorrales se apretaban a los costados. El sendero abandonado daba varias vueltas. Después de recorrer unos doscientos metros, Burt apagó los faros y el motor. Los sonidos campestres de una noche de verano entraron por las abiertas ventanillas. El rugido de los coches que pasaban por la carretera se oía débilmente; pero a través del bosque no penetraba el menor resplandor de los faros.

Burt prendió la luz del techo y entregó sus compras a la figura de bronce que ocupaba el asiento posterior y que se parecía tanto a un ser humano, pero que era espantosa porque la semejanza no era completa.

—Usted sabrá cómo usar esto —dijo Burt—, si sabe todo lo que yo he hecho en mi vida. Estando en la universidad, intervine en representaciones teatrales.

El extranjero asintió plácidamente. Sus flexibles dedos plásticos abrieron con habilidad el paquete que Burt le entregó.

**SUS** recuerdos —dijo la voz— constituyen una excelente preparación para hacerme pasar por humano en este mundo.

Acomodó los distintos elementos sobre el asiento. Instaló el espejito. Comenzó a trabajar con una crema grasosa, desparramándola sobre su piel marrón. Burt, que lo observaba, le dijo en voz muy baja:

—Creo que me corresponde avisarle que usted es incapaz de percibir los colores.

La figura se contempló en el espejo.

—Cuando lo piense —prosiguió Burt—, comprenderá que es muy importante. ¡Usted es ciego a los colores!



No puede hacerse pasar por un ser humano sin la ayuda de seres humanos en quienes usted confíe. ¡Necesita usted confiar! La única manera de vivir a salvo en este mundo es llegar a un acuerdo con nuestro gobierno. Lo esconderán a cambio de informaciones científicas.

El extranjero preguntó con frialdad: —¿Está planeando engañarme?

—No —respondió Burt—. Pretendo tan sólo prevenirlo.

El individuo no le prestó atención. Siguió embadurnándose de crema la cara y el cuello. Se cubrió también las manos y los antebrazos hasta el codo. Parecía capaz de reproducir cada uno de los movimientos que Burt había realizado hacía muchos años, cuando se maquillaba para intervenir en una representación estudiantil.

Era infernalmente inteligente. Poseía una habilidad demoníaca. En pocas horas, desde medianoche hasta que Burt despertó, cerca del mediodía siguiente, había aprendido a hablar inglés basándose en los recuerdos de su cautivo. En el mismo período había fabricado, con el material del paracaídas, un cuerpo humano flexible que era prácticamente perfecto. Estos eran logros estrictamente individuales, que no dependían únicamente de la evolución técnica de su raza, y constituían pruebas de una inteligencia que Burt habría admirado, aun en un extranjero, de no ser por el hecho inexplicable de que el individuo no poseía normalmente formas humanas.

Mientras lo observaba, Burt lo vio hacer movimientos sorprendentemente humanos. Pero de pronto, hubo algo que lo sobresaltó. El fugitivo había utilizado sus formas humanoides con gran habilidad, doblando los brazos nada más que en el hombro, el codo y la muñeca. Pero como no tenía huesos, los pretendidos movimientos de las manos denotaban cierta torpeza. De

pronto, para alcanzar algo, dobló el antebrazo izquierdo exactamente como si poseyera una cuarta articulación o como si el hueso se hubiera quebrado en dos. Burt sintió una repugnancia invencible.

El individuo se contempló en el espejo. Se aplicó el lápiz de labios. Cubrió sus dientes con esmalte blanco, brillante. De vez en cuando observaba la cara de Burt, para que le sirviera de modelo. Burt estaba cada vez más pálido y descompuesto.

La intranquilidad de Norma aumentaba minuto a minuto, mientras el fugitivo se disfrazaba de ser humano de acuerdo con su propia idea de lo que contribuiría con mayor efectividad, a disimular su verdadero aspecto.

—Dentro de un momento —anunció la voz—, me conducirá usted de regreso a la ciudad que dejamos atrás. Sus recuerdos me indican que ustedes son capaces de hacer cualquier cosa por dinero. Con dinero se puede obtener todo. También me indican dónde puedo conseguirlo y qué es la caja fuerte de un banco. Mi arma, por supuesto, facilitará la tarea.

Burt lo miró boquiabierto, incapaz de dar crédito a sus oídos.

—¿Quiere decir —preguntó desconcertado— que usted, con los conocimientos que posee y la civilización que representa, ha venido a la Tierra para asaltar un banco?

El extranjero respondió con indiferencia:

—Por supuesto. Necesito dinero. No hay ningún inconveniente para que me apodere de él. Ustedes son nada más que seres humanos.

**N**O bebido desde la mañana, pero ninguno de los dos pensaba en sus propias necesidades en aquel momento. El fugitivo del espacio parecía satisfecho con su maquillaje.

—Ahora lléveme al banco —indicó.

—No nos conviene ir ahora —señaló Burt con amargura—. No se lo digo pensando en su seguridad. Pero es más fácil que tengamos inconvenientes mientras haya gente en las calles. Si alguien lo sorprende, tendrá usted que matar a cientos de personas para poder escapar...

El individuo habló sin ninguna emoción.

—Usted mataría centenares de ratas.

—El asunto es —insistió Burt— que los asaltantes humanos no pueden matar tanta gente. Si usted lo hace, resultará evidente que no es humano. Los periódicos y las radiodifusoras proclamarán la noticia a los cuatro vientos. Si sus enemigos tienen agentes en la Tierra, se enterarán en seguida.

Desde la máscara cubierta de crema grasosa, los ojos miraban fijamente a Burt. Este sabía que el extranjero analizaba los recuerdos que le había robado, en busca de datos sensoriales que le permitieran confirmar o refutar su reciente afirmación. El fugitivo conocía los sonidos que Burt había oído, pero tenía que averiguar por su cuenta qué querían decir las palabras. Conocía los titulares periodísticos que Burt había leído, pero necesitaba deducir de las palabras el significado. Había

dispuesto tan sólo de veinticuatro horas para adquirir indirectamente un conocimiento del mundo humano. Y, hasta ese momento, lo había hecho mejor que cualquier hombre. Pero su capacidad de comprensión también tenía límites.

Después de un momento, dijo:

—Muy bien. Sus recuerdos confirman lo que acaba de decir. Esperaré hasta que los humanos duerman. Apague las luces —y se quedó sentado, en silencio.

Burt cumplió la orden. Reinó el silencio. El cielo estaba cubierto de estrellas. Se oía el croar de las ranas al costado del camino. Burt sintió un leve movimiento a su lado; extendió un brazo, y la mano de Norma apretó desesperadamente la suya. Pero él no podía proporcionarle mucho consuelo.

—Quiero repetirle —insistió Burt, dirigiéndose al fugitivo— que usted necesita ayuda humana. ¡Usted es ciego a los colores!

—Explíqueme —ordenó la voz.

—Sus ojos no ven como los nuestros. Hay colores. Esta palabra no significa nada para usted. Quizá ustedes vean gracias a rayos infrarrojos; pero no perciben como nosotros. Usted no puede hacer que su rostro parezca humano.

—Mi rostro y mis manos son ahora

### Platos voladores bíblicos

“Y miré, y he aquí un viento tempestuoso venía del aquilón, una gran nube, con un fuego envolvente, y en derredor suyo un resplandor, y en medio del fuego una cosa que parecía como de ámbar... Y en medio de ella, figura de cuatro animales... Había en ellos semejanza de hombre... Y estando yo mirando los animales, he aquí una rueda en la tierra junto a los animales, a sus cuatro caras... Y las cuatro tenían una misma semejanza: su apariencia y su obra como rueda en medio de rueda... Y cuando los animales se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban... Porque el espíritu de los animales estaba en las ruedas...” —EZEQUIEL; c. 1; v. 4, 5, 15, 16, 19 y 20.

“Y díjome: ¿qué ves? Y respondí: veo un rollo que vueta, de veinte codos de largo, y diez de ancho...” —ZACARÍAS; c. 5; v. 2.

como los suyos —dijo el extranjero—. Los comparé. Estoy seguro.

—¡No puede saberlo! —insistió Burt—. Usted no parece humano. ¡Es un zombi! Si se acerca a una mujer, huirá aterrorizada. Si le habla a un hombre, lo asustará. ¡Para nosotros, su aspecto es demotacol!

El individuo ordenó fríamente:

—Encienda la luz.

Burt obedeció. La voz añadió:

—Norma, míreme.

Lentamente, la joven volvió la cabeza y lo miró. El extranjero tendría que haber parecido un hombre; pero se había cubierto la piel con polvo, y su cutis parecía una mortaja. Se había dibujado sombras bajo los ojos, porque Burt tenía profundas ojeras. Pero ese detalle agrandaba desmesuradamente sus ojos inmóviles, cuya mirada seguía siendo espantosamente no humana. La boca era roja, y su forma, grotesca.

Norma emitió un sonido ahogado; estuvo a punto de ponerse a gritar histéricamente.

—Apague la luz —ordenó la voz.

Burt apagó la luz. No sabía si Norma había herido al extranjero en su vanidad. No sabía si el fugitivo era tan inteligente como para reconocer los hechos que su intelecto debía discernir, pero que sus sentidos no podían verificar, o si su orgullo racial era tan fuerte como el ciego orgullo de los hombres y le impedía admitir que debía depender de los humanos.

—Tendré que comprobar esto —dijo el extranjero—. Tengo que ver cómo actúan otros humanos cuando me ven. Si me han mentido, los mataré, puede estar seguro.

Burt se humedeció los labios, y dijo con firmeza:

—No hay nada en el mundo que me importe más que matarlo. Pero no le he mentado. Usted no puede sobrevivir en la Tierra, sin ayuda; no puede

obligar a los hombres a obedecerlo. Yo puedo hacer que mi gobierno se ponga en contacto con usted, para llegar a un acuerdo, para que le perdonen la muerte de ese pobre camionero, porque usted no sabía lo que hacía. Le ofrezco proporcionarle un refugio que lo proteja de sus enemigos, y guardar la discreción necesaria para que no se enteren de su existencia. Pero tendrá usted que darnos la información técnica que ustedes poseen y nosotros no. ¡Si no se pone de acuerdo con nosotros, está perdido! ¡Haga lo que quiera!

Era un ultimátum basado en hechos absolutamente ciertos. Pero un hombre no lo hubiera aceptado de un animal inferior. El extranjero tampoco podía aceptarlo de los hombres.

De pronto, Burt sintió que se le reblanqueaban los músculos. Se hundió en el asiento. Norma, simultáneamente, quedó inmóvil. Los dos quedaron como desplomados. Estaban conscientes, pero no podían moverse. Eran dos montones inertes. No podían realizar el menor gesto. Burt sólo podía odiar con toda la fuerza de su ser.

Nada ocurrió; nada. El extranjero los había reducido a una absoluta inmovilidad. No quería que distrajeran su atención. Los paralizó hasta que volviera a necesitarlos.

**T**RANSCURRIO un largo rato. Los insectos zumbaban alrededor del coche. La brisa susurraba en las ramas de los pinos. El fugitivo del espacio permanecía absolutamente quieto. Esperaba el instante adecuado para regresar a la ciudad. Quizá meditaba acerca de los materiales que necesitaría, las maquinarias que tendría que construir, los elementos que debería duplicar para, finalmente, dar el salto al espacio, alejándose de este mundo. Para esos fines, necesitaría dinero, tenía que sobornar seres humanos, ins-

talar talleres. El extranjero se disponía a obtener dinero, porque lo consideraba el único medio práctico de conseguir algo en la Tierra. De modo que el habitante de las estrellas utilizaría la técnica de una raza que había conquistado el espacio, y los poderes desarrollados en miles y miles de años de progreso, para asaltar un banco en una pequeña ciudad de provincia.

**A** Burt le parecieran siglos, pero, en realidad, no transcurrieron más de dos horas hasta que recobró el control de sus miembros. En esas dos horas, Burt no tuvo más remedio que pensar. Lo hizo con bastante claridad, si bien no arribó a ninguna conclusión demasiado alentadora. Pero, precisamente porque ya no se hacía ilusiones con respecto al individuo que ocupaba el asiento posterior de su coche, ya no volvería a temerle. Hasta sus temores con respecto a Norma adquirieron un nuevo matiz. Ya no odiaba al extranjero. Pero ahora sabía que un abismo lo separaba de ese ser que no necesitaba odiar para matar. El extranjero constituía un enemigo de la humanidad por su misma constitución; porque existía; por ser lo que era. Quizá fuera un criminal entre los de su raza, o, quizá, una especie de caballero medieval. Pero, en la Tierra, era un proscrito y un criminal.

Burt se irguió en su asiento y ayudó a Norma a hacer lo mismo. La voz dijo:

—Volveremos a la ciudad. Voy a asaltar el banco. Así tendré dinero para pagar a los hombres que necesito. Ustedes son menos útiles de lo que yo esperaba.

Burt no estaba seguro, pero le pareció distinguir un matiz de desprecio en la última frase. Respondió con voz tan indiferente como la del extranjero:

—Tendré que volver el coche en dirección contraria.

Hizo arrancar el motor y prendió los faros. Miró a Norma, que temblaba a su lado.

—¿Estás bien, Norma?

La joven se humedeció los labios y asintió, sin decir una palabra.

Burt avanzó hasta llegar a campo abierto, y allí dió la vuelta. Se dirigió hacia la carretera. Casi no pasaban coches a esa hora. Entró en el camino y emprendió el regreso a la ciudad.

Habían pasado casi tres horas desde que se detuvieron frente a la farmacia. Ahora estaba cerrada. En las calles de la zona comercial, no se veía un alma. La marquesina del cinematógrafo estaba apagada. Había un coche estacionado frente a la estación de servicio, llenando el tanque de nafta, antes de que ésta cerrara también. Sólo vieron a un transeúnte, que dobló la esquina y desapareció en el momento en que Burt pasaba la primera señal luminosa. La señal hizo unos ruiditos metálicos al tomarse roja. Después de un prudente intervalo, produjo otros sonidos similares y se volvió verde.

Burt dirigió con calma el coche hasta un sitio frente al blanco. Se arrimó a la acera y frenó.

—Aún pasan algunos autos —dijo con frialdad—, de modo que si trata de entrar por la puerta del frente, alguien lo verá. Será mejor que entre por atrás. Debe de haber una alarma contra ladrones, pero supongo que eso no será problema para usted.

La voz ordenó:

—Ustedes me esperarán aquí.

Abrió la portezuela de atrás y cruzó la calle. Burt dijo con calma:

—No puedo mover las piernas. ¿Y tú, Norma?

—Tampoco —dijo Norma en voz baja—. Tendremos que esperar.

Burt giró la cabeza y observó al extranjero. Si se lo miraba nada más que durante un instante, su aspecto resultaba convincentemente humano; pero,

## ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilízelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. Critique, comente, alabe, sugiera. Si este espacio no le alcanza, agregue una hoja suya. Su carta será contestada y, si expresa puntos de vista originales o temas de interés general, será publicada.

Escriba a

**más allá**

Av. Alem 884 — Buenos Aires

después de unos minutos, ya no resultaba tan convincente. Ningún auto pasó por la avenida en ese momento. Hasta entonces, sólo Burt y Norma habían contemplado el rostro del fugitivo.

**B**URT miraba todo con indiferencia. Había dejado de sentir cualquier otra cosa que no fuera la firme convicción de que, tarde o temprano, el extranjero cometería algún error, y él mismo, o algún otro, lo mataría. Burt no sabía por qué, pero, si hubiera surgido alguna oportunidad de matar al extranjero aun a costa de su propia vida, la habría aprovechado sin dudar un instante. Era evidente que el individuo pensaba acabar con Burt porque no le resultaba un animal doméstico satisfactorio.

El fugitivo del espacio, con las ropas de Burt, se internó en el callejón al costado del banco. Su paso no era exactamente humano; era ondulante. Por fin, desapareció.

—Creo que nos va a matar —dijo Norma, quedamente.

—Creo que ésa es su intención —asintió Burt—. Lo siento, Norma. No puedes caminar, ¿verdad? Yo tampoco.

La joven sacudió la cabeza. Dijo con firmeza:

—Supongo que nuestras vidas no tienen demasiada importancia. Si pudiéramos estrellar el coche, Burt, para estar seguros de destruirlo a él también...

Burt asintió, y dijo con una ternura que resultaba extraña en esas circunstancias:

—Eres una mujer valiente, Norma. Lamento que te hayas visto envuelta en esto; pero eres una buena compañera para todo... , aun para la muerte.

Se oyeron débiles ruidos desde el otro lado de la calle: unos crujidos y luego un golpe seco.

—Está abriéndose paso —dijo Burt—. Eso debe de ser la puerta. Supongo que

desconectó la alarma; pero no oigo nada. Quizá vengan policías. ¡Pobres diablos!

—¿No puedes poner en marcha el coche?

—No, porque no puedo mover los pies. El arranque y el acelerador están en el piso.

Esperaron. Burt ya no buscaba desesperadamente la forma de escapar del individuo que en ese momento estaba en el banco; sólo intentaba, fría y persistentemente, encontrar la manera de impedir que realizara sus planes. El arma de emergencia era la clave de todo. Tenían que librarse de ella. Aun cuando el extranjero y Burt tuvieran que morir, era necesario impedir que alguien encontrara el arma y la hiciera funcionar por accidente o por curiosidad.

—Es extraño —dijo Norma reflexivamente— cómo uno deja de tener miedo. Tú ya no le temes, Burt. Te admiro por eso.

Burt respondió lentamente:

—De haber vivido, creo que nos habríamos casado. Yo también te admiro.

Se miraron. Parecía casi ridículo que emplearan el tiempo en declararse su amor mientras esperaban, frente a un banco que iba a ser asaltado, al individuo que planeaba matarlos. Norma sonrió débilmente.

Un curioso ruido, como un rasguño, llegó desde el banco. El frente del edificio no había cambiado, por supuesto. Pero en los bordes de una ventana apareció un destello azulado. Parpadeaba como chispas eléctricas de un arco voltaico.

—Está quemando la caja fuerte —dijo Burt—. ¡Qué arma múltiple! Provoca parálisis, produce rayos calóricos, luz voltaica y, según él afirma, tiene el efecto de una bomba atómica.

**L**A señal de tránsito más cercana hizo un ruidito metálico y cambió de color. Un convertible rojo pasó velozmente frente al banco y desapareció a lo lejos. La luz que se distinguía a través de una de las ventanas no llamaba la atención. Los ruidos eran muy débiles. Quizá el arco voltaico produjera inconvenientes en los aparatos de radio y de televisión, pero era demasiado tarde.

—Es raro que estemos tan tranquilos —dijo Norma—. No me queda ninguna esperanza, y sin embargo no me siento nerviosa. Estoy segura de que el extranjero morirá tarde o temprano.

—Es una pena que no podamos estudiar sus recuerdos, como él hizo con los míos —dijo Burt, con amargura—. El podría decirnos cómo se construyen naves espaciales y cómo funcionan

### ¿Máquinas teleguiadas?

**Q**UIZÁ, pero no por seres humanos. Tan en pañales está aún la teledirección de aviones o de proyectiles, que, pasando de los 1.000 kilómetros por hora, el comando se hace difícilísimo: la bomba planeadora guiada, desarrollada por los yanquis para ser empleada contra buques de superficie, no puede ser disparada desde una distancia mayor de 50 kilómetros; y para que dé en el blanco, tiene que llevar un dispositivo (radar o televisión) que la guíe en el último tramo. Además, las posibilidades de maniobra son limitadísimas: apenas si se les puede imprimir una trayectoria curva; en ningún caso las complicadas evoluciones (a muchos miles de kilómetros por hora), de los platos voladores.

sus armas. Si nuestros científicos pudieran contar con eso...

Un golpe sordo atravesó la calle. No era bastante fuerte como para llamar la atención. Solamente los dos ocupantes del coche lo oyeron. Estaban completamente indefensos, con la parte inferior del cuerpo paralizada por la descarga de la misteriosa arma. No podían llamar la atención de otros humanos. No había nadie en la calle. Si gritaban, el fugitivo los oiría. Si lograban arrastrarse fuera del auto, para detener a un coche que pasara, el extranjero mataría a otros humanos, en cualquier número que fuera necesario para destruir a Burt y a Norma. No tenía sentido causar la muerte de más gente sin que eso condujera a ningún resultado positivo.

La señal luminosa hizo un ruido metálico y cambió de color. Ningún auto aprovechó la luz verde. Reinaba el silencio. El olor de los árboles llenaba el aire. En una ventana oscura, la luz de un anuncio en forma de anillo se encendía y apagaba alternativamente sin sentido.

El extranjero apareció en la esquina del banco. Llevaba una bolsa. Cruzó la calle en dirección al coche. Visto desde lejos, parecía humano; pero, desde cerca, el maquillaje de su cara era demoníaco... , blanco como vientre de un pescado muerto. Tenía profundas sombras azules bajo los ojos, que parecían los ojos de un loco.

Abrió el baúl del auto y colocó la bolsa en su interior.

—Hay muchas monedas —dijo la voz—. Usted me ayudará a transportar una parte.

Se quedó junto a la portezuela, parcialmente abierta. Su mano plástica desapareció. Burt recobró su fuerza y sensibilidad; podía moverse otra vez.

La señal luminosa hizo un ruido metálico y cambió de color. Por la avenida, detrás de Burt, avanzaba un

coche. El fugitivo del espacio miró hacia atrás.

**BURT** se disponía a abrir la portezuela delantera cuando el coche que corría hacia ellos, en la misma dirección que el de Burt, aceleró bruscamente. Burt estaba ya en el pavimento cuando la bocina del veloz automóvil sonó con fuerza. Su conductor actuaba como lo hace la mayoría. En cuanto cambió la señal luminosa, lanzó su coche a toda velocidad, avanzando por la desierta avenida, a cien kilómetros por hora.

Cuando sonó la bocina, el extranjero se volvió bruscamente. Quizá en cualquier otra circunstancia, el conductor se habría desviado a tiempo. El fugitivo volvió hacia él su rostro cadavérico de zombi, con ojos que parecían mirar desde el fondo del infierno. Un objeto de metal apareció en sus manos.

El coche lo golpeó. Hubo un ruido horripilante. Pero aún más espantosa fue la forma en que el cuerpo del extranjero cedió ante el impacto. No se destrozó, como hubiera ocurrido con un hombre, sino que se flexionó, se plegó, se convirtió en una masa achatada, dentro de sus ropas, que colgaba del paragolpes del auto veloz, hasta que cayó sobre la carretera, unos veinte metros más adelante, como un saco de arena. El coche huyó velozmente.

Burt alcanzó a ver la expresión del conductor durante una fracción de segundo. Era una máscara de horror. El coche se alejó a una velocidad vertiginosa. Su conductor no miró hacia atrás una sola vez.

Entonces Burt se percató de dos cosas simultáneamente: el objeto de metal (el arma del extranjero) ya no estaba en sus manos, sino que yacía sobre el pavimento a unos diez pasos de donde Burt se encontraba: y la masa de ropa que se veía sobre la carretera



# ¿En qué época le gustaría vivir? ¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.

¡Pero usted *puede* vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!

¡Usted *puede* visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!

¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con \$ 6.— usted podrá comprar su *pase mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios*, y con \$ 60.— su *viaje durará un año...*

SUSCRIPCIONES: En la Rep. Argentina: \$ 60 al año.

**Más allá**

AV. ALEM 884  
BUENOS AIRES

Deseo suscribirme por un año a **MÁS ALLÁ**. Adjunto cheque o giro postal por \$ 60.

Nombre .....

Dirección .....

(ESCRIBIR CLARO)

no parecía ni remotamente humana.

Las mangas y los pantalones estaban vacíos; el cráneo, achatado; el rostro formaba un ángulo imposible con el cuello, y el tronco ya no poseía la forma de cilindro aplanado que corresponde al cuerpo humano: estaba hinchado; parecía un globo. Luego cambió y adoptó una forma ovoidal. Latía y se retorció como un monstruoso amiboideo, dentro de sus vestimentas humanas.

En la calle desierta y brillantemente iluminada de una pequeña ciudad, en esa noche de verano, constituía un espectáculo escalofriante. La masa que llenaba las ropas se retorció y extendía pseudópodos dentro de las vestimentas; la cabeza, deforme y aplanada, giraba locamente, y las mangas y perneras, vacías, se estremecían y agitaban sin sentido...

Burt levantó el objeto de metal que el fugitivo había utilizado para todo, desde el asesinato del camionero hasta la destrucción de la caja fuerte de un pequeño banco; y, aunque había pensado que ya no podía experimentar reacciones emocionales violentas, sintió que los movimientos de la masa amorfa que yacía sobre el pavimento le resultaban intolerables.

Guardó el arma en el bolsillo; puso el motor en marcha, y partió a velocidad vertiginosa. Por instinto evitó atropellar la masa que se retorció; no porque le importara matarlo (al quitarle el arma, lo había aniquilado), sino porque sentía una invencible repulsión a rozarlo, ni siquiera con las ruedas del coche.

Al alejarse, Burt no pudo evitar una última mirada por el espejo retrovisor. El fugitivo estaba recuperando su forma humana.

Burt apretó el acelerador. Lo único que le importaba era alejarse de allí. Junto a él, entre el silbido del viento,

oyó el castañeteo de los dientes de Norma.

La ausencia del extranjero les produjo un sentimiento de seguridad que era totalmente falso; pues, aunque constituía un tremendo alivio no estar cerca del monstruo, las piernas de Norma seguían inmóviles. Burt había recuperado el uso de las suyas, para ayudar al extranjero a transportar su botín; pero Norma no podía moverse.

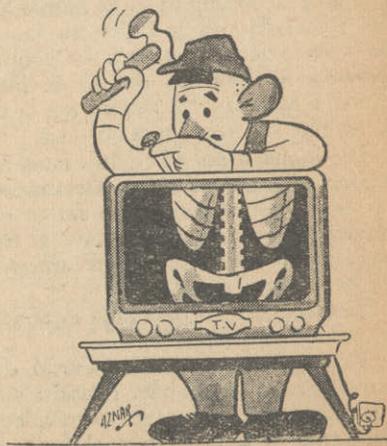
—Lo primero que haremos será llevar a un hospital —dijo Burt—. Ahora tenemos que alejarnos todo lo posible de ese individuo, que carece de su arma y tendrá que esconderse, pero que es infernalmente inteligente, y puede ser mortífero, aun desarmado. ¡Así que debemos alejarnos de él!

Norma se apresuró a decir:

—Creo que no debemos ensayar el arma para liberarme. No sabemos cómo funciona.

Burt asintió. Hacía media hora que huían. El camino era recto, y el tránsito, escaso. Estaban de nuevo entre colinas. Los faros delanteros iluminaban fugazmente los flancos cubiertos de árboles.

Burt examinó el arma a la luz del



tablero de instrumentos. Era totalmente misteriosa. No tenía empuñadura adaptable a una mano humana, aunque el fugitivo había podido utilizar sus manos plásticas para sostenerla y manejarla. Era de forma chata e irregular; a ambos lados tenía varios botones, hundidos con respecto al resto de la superficie del objeto, y era evidente que el instrumento actuaba de distinta manera, respondiendo a la presión ejercida sobre distintas combinaciones de botones; pero resultaba imposible conjeturar qué botones devolverían el movimiento a las piernas de Norma.

Burt la volvió a guardar.

—Cuando tenga un momento, lo pondré en lugar seguro, para que nadie pueda hacerla funcionar por accidente.

Se sentía completamente a salvo, pero había olvidado un detalle. Un criminal humano que hubiera descendido con un paracaídas sobre una tribu de salvajes, dominaría la situación mientras conservara sus armas modernas. Si las perdía, tendría que esconderse. Burt, inevitablemente, consideraba al extranjero como un hombre civilizado entre salvajes. Pero el fugitivo no se sentía como un hombre civilizado frente a un pueblo primitivo. Él mismo había expresado con precisión su punto de vista, cuando comparó su actitud frente a los hombres con la de Burt frente a las ratas. Su actitud era la de el hombre con respecto a las ratas.

Un humano armado, entre ratas inteligentes, estaría a salvo. Desarmado, no estaría tan seguro; pero no se escondería. Trataría instantánea y frenéticamente de recobrar sus armas o de hacer otras nuevas.

El extranjero no intentaría esconderse por estar desarmado.

Pero a Burt no se le ocurrió ese razonamiento tan simple. Pensaba viajar toda la noche y alejarse completamente de la zona en que el fugitivo,

de acuerdo a sus suposiciones, se escondería. Poseía las pruebas necesarias para obtener la cooperación del FBI. Tenía en sus manos el contenido de la caja fuerte de un banco. Cuando se investigara la forma en que fué cometido el robo, nadie dudaría de la veracidad del relato: el extranjero había quemado la puerta del banco y la de la caja fuerte, mientras que un humano habría recurrido a otro sistema más fácil. Existían, además, el camión incendiado y la parálisis de Norma. Y, por encima de todo, analizando con rayos X el arma, se demostraría su origen no humano. Una cacería silenciosa e incansable comenzaría. El fugitivo sería capturado. Entonces, el pacto que Burt le había propuesto sería su única salida. Tendría que proporcionar todos los datos que pudieran resultar útiles a los humanos.

Norma dijo con voz temblorosa:

—¡Me parece que puedo mover las piernas!

Durante los minutos siguientes, Burt se convirtió en un conductor bastante imprudente. Estaba desesperadamente concentrado en los síntomas que indicaban el fin de la parálisis. Ni siquiera se dió cuenta de que el coche atravesaba una profunda garganta, donde el pavimento estaba ablandado por el fuego; las paredes rocosas, ennegrecidas, y la hierba al costado del camino, convertida en cenizas. Pero los restos del camión tanque ya no estaban allí.

**VIAJARON** toda la noche. Poco a poco, Norma recobró el control de sus movimientos y pronto anunció alegremente que podía caminar y que quería hacerlo.

En esas circunstancias, cierta falta de previsión era natural. Se detuvieron frente a la primera estación de servicio que encontraron abierta. Burt hizo que llenaran el tanque. Norma des-

cendió y caminó entusiasmada alrededor del coche.

—¡Es maravilloso! —exclamó deteniéndose junto a la ventanilla de Burt y sonriendo—. Me siento como si hubiera tomado champaña. Y... creo que ahora nos comecemos, Burt, después de todo lo que hemos pasado juntos. Y lo que sé de ti me gusta.

—Será mejor que comamos algo antes de proseguir la marcha —respondió Burt—. De cualquier manera, no podemos hacer nada antes de que salga el sol.

Condujo el coche hasta el restaurante; pero Norma fué a pie, para experimentar el simple placer de sentir que sus piernas obedecían a su voluntad. Sonrientes y felices entraron al restaurante.

Burt nunca olvidaría ese momento. Había un mostrador con taburetes altos. Un individuo robusto leía un periódico. La radio estaba prendida. Mientras Burt y Norma avanzaban hacia el mostrador, el hombre levantó la cabeza y miró fijamente el aparato.

“... aparentemente, un maniático homicida atacó sin motivo al empleado de una estación de servicio. Lo es-

trángulo y luego se aproximó al auto, cuyo conductor lo amenazó con un revólver. El maniático le agarró el brazo y, con fuerza sobrehumana, hizo pasar al conductor a través de la ventanilla. Lo estrelló contra el suelo, matándolo instantáneamente. Luego subió al auto; pero la esposa del conductor, que viajaba atrás, alcanzó a abrir la portezuela y a saltar, profiriendo alaridos de terror. El maniático se dirigió hacia el este, por la carretera principal, conduciendo como un borracho. El único testigo vivo, la mujer cuyo esposo fué asesinado, insiste histéricamente en afirmar que el maniático tiene el rostro de un cadáver y ojos demoníacos. Se presume que ahora está armado...”

Burt tomó a Norma del brazo, y juntos se dirigieron a la salida. Ambos estaban muy pálidos. Burt condujo a la joven hacia el auto. Ya estaban junto al coche cuando otro surgió a toda velocidad desde el oeste, se desvió del camino y frenó bruscamente delante de la estación de servicio. Burt puso una mano sobre el hombro de Norma y la obligó a agacharse.

—¡Detrás del auto! —ordenó—. ¡Está ahí!

### No son nenes

UN cálculo elemental revela que, si los tripulantes de los platos voladores no provienen de un planeta de nuestro sistema solar, deben de tener por lo menos varios miles de años de edad. En efecto, la estrella más próxima a nuestro Sol, que es Próxima Centauri, dista unos 41 billones de kilómetros, o sea, más de cuatro años luz. A 28.000 kilómetros por hora (velocidad máxima hasta ahora registrada de un plato volador), el paseo insumiría unos 150.000 años terrestres. Pero, aun admitiendo que en pleno espacio esta velocidad se duplique o triplique, siempre será necesario para el crucero un tedioso montón de miles de años. Ello explicaría por qué se toman tanto tiempo en desembarcar: son gente reposada, aplomada, poco precipitada, nada dispuesta quizá a decidir toda una invasión en un puñado de insignificantes siglos...; a menos que todavía estén afeitándose toda la barba acumulada en el viaje.

Espió a través de las ventanillas del coche. Una figura descendió del otro auto, se dirigió hacia el restaurante, pasó a veinte pies de Norma y Burt, ocultos tras el coche, y entró en el restaurante.

Era el extranjero.

Burt empujó a Norma dentro del auto y cerró la portezuela con enorme suavidad. Corrió hacia el automóvil del extranjero y se apoderó de las llaves.

Se oían ruidos en el interior del restaurante. El individuo que leía el periódico había palidecido al escuchar el informe transmitido por radio. Ahora, al volver la cabeza, se encontró con alguien que parecía un zombi, de cara palidísima y ojos que parecían los de una aparición del infierno. Aquel espectro le hizo una pregunta con voz de ultratumba. El pobre lector, pese a su corpulencia, tembló y tartamudeó como un niño; hizo absurdos gestos con

las manos, como si quisiera alejar al extranjero empujándolo, y, cuando el desconocido avanzó, el hombre empezó a gritar.

Burt ponía en marcha el motor en el momento en que se oyeron unos disparos. Cuando el extranjero salió del restaurante, el coche donde viajaban los jóvenes entraba en la carretera. El fugitivo había oído el ruido del motor. Comenzó a correr en su persecución; pero, a pesar de su tremenda energía física, le fué imposible alcanzar al coche que huía a toda velocidad.

**R**ECORRIERON muchos kilómetros antes de que Burt pudiera hablar con voz más o menos firme. Por fin, dijo con asco y horror:

—¡Nos estaba... persiguiendo! ¡Quería recuperar su arma! Yo le saqué la llave del auto...

Tomó una curva, construida para una velocidad de sesenta kilómetros, a más de ciento por hora. El resto del camino era completamente recto, y la aguja del velocímetro se movía cada vez más hacia la derecha.

Norma dijo débilmente:

—El empleado de la estación de servicio...

—Me imagino —respondió Burt— que el fugitivo lo matará. Después tendrá que esperar hasta que llegue otro auto, del cual se apoderará para seguirnos. Matará a sus ocupantes... Tiene que alcanzarnos. ¡Sabe que tenemos su arma!

—Pero, ¿cómo... —tartamudeó Norma—, cómo hizo para saber...?

Burt dijo con amargura:

—Conoce todos mis recuerdos. Puede adelantarse a mis pensamientos. Sabe por anticipado qué decisiones tomaré, qué haré..., adónde iré..., si sigo esta ruta o si tomo un camino lateral...

El coche siguió avanzando en medio de la noche. Árboles, colinas, praderas

aparecieron durante un instante y luego quedaron atrás.

Mucho tiempo después, distinguieron las parpadeantes luces de un auto detrás de ellos. No las veían con frecuencia. Aparecían durante unos instantes y luego se desvanecían. A veces permanecían ocultas durante varios minutos.

Pero cada vez que reaparecían, estaban un poco más cerca.

Los jóvenes cambiaron de ruta una y otra vez. Finalmente, Norma comprendió la necesidad de elegir al azar. Decía "a la derecha" o "a la izquierda", cada vez que había que decidir.

Tras muchas vueltas y revueltas, avanzaron junto a un tumultuoso arroyo que descendía de la montaña, entre árboles cuyas copas se unían por encima de la carretera. De trecho en trecho veían los enormes flancos de las montañas, dibujados contra el cielo cubierto de estrellas.

El camino serpenteaba y ascendía sin cesar. Se aproximaban a un pequeño pueblito, a la entrada del cual había una barrera con luces rojas y una media docena de coches detenidos a un costado. Un policía les indicó que se detuvieran. En la mano empuñaba una pistola, mientras escudriñaba el interior del coche y se fijaba en los rostros de Burt y Norma.

—El tránsito está detenido —anunció secamente—. Hay un maniático suelto en la carretera. Es peligroso transitar por los caminos. Aquí estarán bien. No se alejen.

Burt asintió y estacionó su coche entre los otros. Norma susurró:

—¿Te parece que les digamos algo?

—No —respondió Burt—. No nos creerían. En cambio, podrían enterarse de los periódicos. ¡Sospecharían de nosotros, especialmente por el botín que llevamos! Hablaremos con el FBI y con nadie más.

Estudió detenidamente a los ocupan-

tes de los otros automóviles. Había un poco más de una docena, hablando incesantemente en pequeños grupos. A cada momento una voz surgía bruscamente del aparato de onda corta instalado en el coche policial. Provenía del cuartel general de la policía.

Eran las dos y media de la madrugada. Hacía mucho frío. El pueblo era muy pequeño; no había más que veinte o treinta casas y dos tiendas; pero lo cruzaban dos carreteras importantes, y el policía detenía el tránsito en ambas. Burt reflexionó. Se apeó para enterarse de las últimas noticias. Norma fué con él.

Escucharon atentamente. Los otros conductores hablaban en voz baja; se contaban mutuamente, una y otra vez, las trágicas hazañas del asesino. El maniático había iniciado su carrera asesinando al empleado de un surtidor de nafta, en una pequeña ciudad. Alguien se acababa de enterar de que en la misma ciudad, ¡habían asaltado el banco! La esposa del conductor asesinado dijo que el maniático era un individuo pálido como un muerto, con ojos brillantes, y de increíble fuerza. Cincuenta kilómetros hacia el este el maniático se había detenido frente a otra estación de nafta. Allí había asesinado al empleado y al encargado del restaurante, y esperó que llegara otro coche. Llegó uno, con cuatro ocupantes. El maniático mató a dos de ellos, hirió seriamente a otro, y el cuarto logró escapar. El maniático huyó hacia el este. La descripción que de él hicieron los dos sobrevivientes, confirmaba el primer relato. Uno de los sobrevivientes había llamado por teléfono para comunicar lo sucedido a la policía. Cuatro muertos y un herido. Todos los autos policiales del Estado estaban alertas.

Un policía encontró un coche abandonado. Era el que pertenecía a los cuatro individuos, dos de los cuales fueron asesinados. Se le había acabado

## NUMEROS ANTERIORES

de

## más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 6.— por ejemplar. Pueden obtenerse: adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

**EDITORIAL ABRIL S. R. L.**

En breve:

¡Sensacional  
encuentro!

**SUPERMISTERIX...**  
y usted!

# Super MISTERIX

aparece el lunes 9 con su formidable equipo  
de campeones de la aventura  
y de la historieta:



**DRAKE**

el aventurero,  
héroe de la selva  
Birmana



**BULL ROCKET**

en una aventura  
interplanetaria



**SARGENTO KIRK,**

descubriendo  
un crimen



**MISTERIX**

y su doble

CUENTOS POLICIALES - CHISTES  
VARIEDADES



**MARIANO FLORES**

en Fuerte Argentino

132  
PAGINAS

Reserve hoy mismo

SU ejemplar

el combustible. Los cadáveres de un hombre y de una mujer se encontraron en las cercanías. Por lo que parecía, se habían detenido para ofrecer ayuda al loco, y éste los había matado para apoderarse del coche.

CUANDO oyeron mencionar el lugar de la última tragedia, Burt y Norma se aterrizaron. Ellos se habían apartado de la carretera principal. El extranjero los había seguido, indudablemente. Cada vez que Burt había decidido desviarse, el extranjero había hecho lo mismo.

Se había estrellado contra un auto policial que bloqueaba el camino. El policía murió. El loco había conseguido evidentemente otro coche, porque se encontró el cadáver de un hombre en medio de la carretera.

Todo eso ocurrió en la misma ruta que siguieron Burt y Norma. Burt se estremeció al escuchar las noticias. El extranjero había seguido, sin cometer un solo error, cuatro cambios de rutas sucesivos. Analizando sus experiencias pasadas, podía anticipar las decisiones que Burt adoptaría. Pero las últimas decisiones las había tomado Norma; y el extranjero no podía adivinar cuál sería la reacción de la joven: si hacia la derecha o hacia la izquierda; si el camino más largo o el más corto. Esas decisiones no correspondían al esquema mental de Burt. El fugitivo del espacio no podía preverlas.

Ésta era, por supuesto, la razón por la que no los había alcanzado.

El locutor volvió a hablar:

"A todos los coches... a todos los coches... Hace diez minutos, un auto que avanzaba a ciento treinta kilómetros por hora, se estrelló contra una barrera en Coytesville; destrozó la barrera; el conductor perdió el control del volante, y el auto se desvió hacia un galpón y se incendió. Sigue ardiendo en estos momentos. Puede tratarse del

loco. Se seguirán tomando precauciones; pero éste puede ser el hombre que buscamos..."

Esta noticia provocó apasionados comentarios. Todos se inclinaban a pensar que el peligro había pasado. Sólo un loco viajaba a ciento treinta kilómetros por hora, de noche; por eso no pudo detenerse frente a la barrera. Si había muerto en el accidente, lo tenía bien merecido. La gente hablaba ahora en voz alta, mientras Burt y Norma escuchaban. Todos se sentían más tranquilos. ¿Cuántas personas había matado? Dos en la primera estación de servicio, cuatro en la segunda, después un hombre y una mujer, un policía del Estado y otro hombre. Diez personas asesinadas por un loco en un ataque de delirio furioso. Pero el conductor del coche incendiado tenía que ser el loco, porque sólo un demente viajaba a ciento treinta kilómetros por hora y se estrella contra una barrera.

Lo cual era cierto; pero hay locos y locos...

Pasó el tiempo. Siguieron esperando. No se produjeron nuevas atrocidades. Parecía cada vez más probable que el asesino hubiera muerto en el coche que se incendió en un galpón. Algunos conductores comenzaron a impacientarse. Burt, si perder la serenidad, se apartó del grupo de gente que esperaba. Había una cerca de alambre retorcido junto al camino. Uno de los alambres estaba roto. El extremo libre se cimbreaba en el aire. A Burt se le ocurrió una idea.

Retorcó el extremo fijo del alambre, hasta quebrarlo y separarlo de la cerca. Era fuerte y sólido. Regresó al auto, trayendo dos o tres metros de alambre. Sacó un par de tenazas. Cortó un pequeño trozo y con él envolvió el arma del extranjero y retorció los extremos. Repitió la operación varias veces. El extraño objeto de metal quedó encerrado dentro de una espesa red de alam-

bre ajustado y retorcido, que impedía que se ejerciera la menor presión sobre cualquiera de los botones, a menos que cada uno de los trozos de alambre fuera aflojado.

**E**L pueblecito dormía plácidamente. Había siete coches esperando autorización para partir. El último informe policial dió la impresión de que el peligro había pasado. Era muy probable que el loco (el fugitivo del espacio) hubiera muerto en el accidente y su cuerpo ardiera junto con el automóvil.

Pero Burt se sentía sobresaltado. El extranjero había imitado todas sus decisiones. Hasta era posible que hubiese previsto que Burt dejaría que Norma eligiera la ruta a seguir. Si eso era cierto, al descubrir que su conocimiento de la mente de Burt ya no le servía, el extranjero abandonaría la persecución directa; trazaría nuevos planes; pero no renunciaría a recobrar su arma. No podía renunciar.

Además, sabía exactamente cómo reaccionaría Burt.

Pero al menos, pensó éste mientras trabajaba con el arma, el extranjero no podía adivinar esto; no podía prever que Burt encontraría un alambre suelto en una cerca y tendría tiempo para inutilizar el arma durante unos días por lo menos. Pero debía de existir una decisión que el fugitivo pudiera anticipar, pero que no le sirviera para nada conocer por adelantado. El fugitivo sería absolutamente implacable; tenía que recobrar su arma; no podía sobrevivir sin ella. De modo que había que prepararle una trampa y matarlo, de una vez por todas.

Había una decisión que el extranjero podía prever, pero no aprovechar en su beneficio. Burt levantó la cabeza.

—Norma —dijo suavemente—, tienes que trazar un plan; bueno o malo, te

importa; pero tiene que ser tuyo. Escucha...

Y le habló en voz baja. Entretanto volvió a sonar la radio del coche policial, y cuando éste terminó de hablar, hubo gran movimiento. Burt bajó de su coche en el momento en que uno de los autos detenidos emprendía nuevamente la marcha. Los demás se preparaban a hacer lo mismo. Burt averiguó qué pasaba. El fuego se había extinguido, y se había examinado el cadáver del conductor del coche suicida. Era un hombre grande; un metro ochenta y cinco de estatura. Debía de ser un individuo muy fuerte, capaz de cometer todas las atrocidades. Podían partir cuando quisieran.

Burt regresó junto a Norma y se instaló frente al volante.

—No era el extranjero, sino un hombre —anunció—. Nuestro enemigo debe de estar escondido ahora, esperándonos. ¿Dónde?

**C**OMENZÓ a amanecer cuando se encontraban a unos quince o veinte kilómetros de la ciudad donde ambos vivían. Delante de ellos, sobre la angosta carretera, marchaba una larga procesión de viejos y destartalados camiones. Burt se acercó al último de la fila y miró interrogativamente a Norma. La joven hizo un gesto de asentimiento. Burt se colocó en la fila, sin pretender adelantarse. Norma dijo:

—Me siento azorada, diciéndote lo que tienes que hacer.

—El extranjero —contestó prudentemente Burt— puede prever todas mis decisiones, inclusive la de saber que puede tomarlas; pero no conoce tu manera de pensar. De modo que tú piensa lo que hemos de hacer, y decide qué pasos hay que dar para lograrlo. Es la única manera de burlarlo.

Norma protestó:

—Pero nuestras vidas dependen de la

falta de lógica de nuestras decisiones.

Así era. Para tener alguna posibilidad de vivir, Burt y Norma tenían que convencer a alguien (el FBI preferentemente) de la existencia del extranjero y la necesidad de capturarlo. Era evidente que debían lograrlos sin dar a su enemigo la oportunidad de que los matara antes. Puesto que éste conocía los propósitos de Burt y no tenía (por decirlo suavemente) escrúpulos de ninguna especie, salir vivos era bastante improbable. Estaban tan en peligro como el día anterior. El fugitivo era infernalmente inteligente y, en su desesperación, capaz de cualquier cosa. Hasta era posible que se arriesgara a ser capturado para poder recobrar su arma; pues, aunque sus enemigos no se hubieran enterado de su aterrizaje, él no podía sobrevivir desarmado, ya que ¡no era humano!

El coche avanzó lentamente hacia la ciudad. La luz del sol se hizo más fuerte, más deslumbrante. Burt dijo sombríamente:

—Es probable que el extranjero haya cambiado de aspecto. Ya sabe que no puede seguir aterrorizando a cuanta persona se cruce con él.

—¡Pero no percibe los colores! ¿Qué puede hacer?

—Tiene mis recuerdos —respondió Burt con amargura—. Se le ocurrirá usar anteojos oscuros para ocultar los ojos. Y hay por lo menos un par en cada auto. Llevará una barba postiza. Estoy dispuesto a apostar que en alguna parte alguien rompió la vidriera de un salón de belleza y robó una peluca, ara hacerse una barba. ¡Yo una vez usé una, para una representación estudiantil! Puedo imaginarme al tipo, con todo detalle: sombrero blando, calado hasta las orejas, abrigo largo, barba, anteojos oscuros, probablemente bastón o una muleta. Ya habrá aprendido que no puede mezclarse con los humanos sin llamar la atención.

Una nota de los otros comunes en un

individuo ordinario: el color de la piel o cualquier otra cosa. Pero en una figura estafalaria, lo extraño no llama la atención.

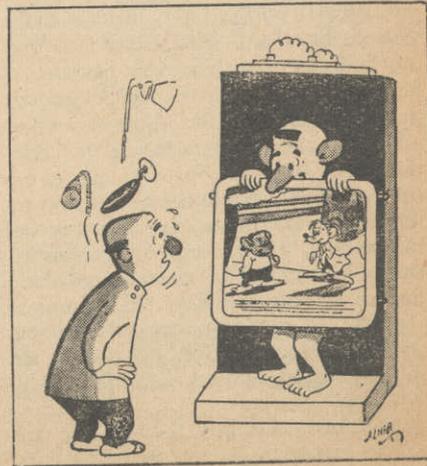
Norma dijo esperanzada:

—¿Te das cuenta de que, aunque sabe todo lo que haces, porque conoce todas tus experiencias, tú también puedes prever lo que él hará, porque sabes exactamente cuál es su conocimiento de la vida en la Tierra?

Burt parpadeó. Reflexionó durante un instante. Luego se le iluminó el rostro.

—¡No se me había ocurrido! ¡pero es cierto, y arroja una nueva luz sobre la situación!

Ya era de día. A lo lejos se distinguían los altos edificios de la ciudad donde ambos vivían, elevándose por encima de la niebla que cubre la mayoría de las ciudades a la madrugada. Un poco más adelante, un camino lateral doblaba hacia la derecha, alejándose de la ruta que el instinto de Burt le aconsejaba seguir y donde el extranjero esperaba encontrarlo. Los camiones siguieron por la carretera principal, más velozmente ahora. Pero, cuando



Burt llegó al cruce, dobló hacia la derecha sin un instante de duda. Viajaron, no hacia la ciudad, sino hacia un pueblo suburbano, que quedaba a unos treinta kilómetros y que Burt eligió porque nunca había estado antes allí y el fugitivo del espacio no podría encontrarlo entre sus recuerdos.

Mientras apretaba alegremente el acelerador, el sol se elevó sobre el horizonte, y el mundo entero y los anchos campos verdes parecieron maravillosamente vivos y resplandecientes.

La conducta de Burt, según explicó él a Norma, era deliberadamente ilógica para que el extranjero nunca imaginara una cosa así. Tomaron el desayuno en una hostería recién abierta. Se demoraron charlando; pero Burt, por simple precaución, se sentó de manera de poder observar la puerta de entrada y las ventanas. Pidió útiles para escribir y redactó una larga nota con palabras cuidadosamente seleccionadas. Cuando abrieron las tiendas, Burt compró una maleta de tamaño mediano, una caja achatada de metal, un surtido de plomadas de pescar y un cuchillo de caza. Luego se dirigió a un garaje, colocó las plomadas en la caja de metal y la hizo soldar para que no se pudiera abrir sin las herramientas adecuadas. Mientras el empleado realizaba la operación, Burt se volvió al auto, abrió la portezuela de atrás, metió en la maleta la bolsa que el extranjero había traído del banco, con todo el dinero, incluyó la carta que había escrito, y luego buscó un mensajero y le entregó la maleta cuidadosamente cerrada con llave. El mensajero partió en un ómnibus interurbano. Norma lo acompañó todo el tiempo, sin interrogarlo sobre sus misteriosas actividades.

—Ahora —dijo Burt después que partió el mensajero —falta una sola cosa

además de las llamadas telefónicas que haré ahora mismo.

—No entiendo absolutamente nada —se quejó Norma—; sé lo que has hecho, pero no por qué.

—Lo natural sería —explicó Burt— que mi conducta fuera lógica, es decir, ir al FBI bien temprano, contarles lo que pasó y mostrarles las pruebas. Yo debería ir directamente a las oficinas centrales, porque no puedo confiar en que crean mi relato escrito y acudan en mi ayuda. El extranjero sabe que soy muy inteligente —sonrió—, de modo que supone que seré sensato. Pero como yo sé lo que él sabe, estoy haciendo tonterías para confundirlo. Sólo me falta un detalle.

Burt le explicó el detalle a Norma. Ella protestó:

—¡Pero es ridículo! ¡Nunca he oído algo semejante!

—Acabas de oírlo —corrigió Burt—. Ven conmigo.

Tuvieron que hacer cola. Norma seguía afirmando que aquello era una tontería; pero ya empezaba a dudar.

LEGARON a casa al atardecer. Burt había sostenido largas conversaciones telefónicas con el FBI. El mensajero había entregado la flamante maleta antes del mediodía. Al abrirla, los agentes del FBI descubrieron que contenía diez y ocho mil dólares, robados de un banco, la noche anterior, a unos trescientos kilómetros de distancia. También encontraron la carta. Cuando Burt telefoneó, el FBI demostró gran curiosidad y una marcada inclinación a creer en su relato, aun cuando éste resultó más extraño de lo que esperaban. Pero coincidía con las actividades de un loco durante la noche anterior, y con los tres informes de la policía local. El escaparate de un salón de belleza había sido destrozado para robar una peluca. En una tienda

Alguien había asaltado una casa de artículos ortopédicos. Pero sólo después de conocer el relato de Burt, fué cuando el dueño de esta última descubrió que le faltaba una muleta y el contenido de la caja registradora.

Cuando un químico elevó su informe, después de analizar un trocito del plástico marrón adjunto a la nota de Burt, el FBI se convenció del todo. Comenzó a buscar a alguien: alguien humano que respondiera a la descripción de Burt. No encontraron a nadie. Comenzaron a dudar. Pero media hora antes del regreso de Burt tuvieron una prueba concluyente. Había un hotel frente al edificio donde se hallaban las oficinas del FBI. En las últimas horas de la tarde, la dueña entró en la habitación de uno de los huéspedes y abrió el ropero. Encontró el cadáver de una de las camareras. Estaba estrangulada. El ocupante de la habitación, alquilada esa misma mañana, era un inválido encorvado y débil.

La camarera debió de notar que su apariencia no era totalmente humana y eso le costó la vida.

Ahora bien, cuando Burt cruzó los límites de la ciudad, un auto avanzó junto al suyo y su conductor le hizo un signo de entendimiento. Burt se sintió un poco mejor, pero no mucho. El extranjero no había sido capturado. Tenían que apresararlo. Parecía que no podrían hacerlo sin intervención de Burt, lo cual no le hacía mucha gracia.

Avanzó en el crepúsculo, hacia la casa de Norma. Al paso del coche, las luces de los faroles parpadeaban entre las sombras. El aire olía a polvo, a asfalto recalentado y a nafta, y oíase el ruido de la gente en movimiento.

La noche caía rápidamente, y ya estaba oscuro cuando Burt paró el auto frente a la casa de Norma. Vió un movimiento en las sombras. Se estremeció. Pero entonces una de las figuras

¿por qué,  
cómo,  
cuándo,  
dónde?

más allá

contesta a

todas las cartas que le escriban sus lectores, los cuales están invitados a formular preguntas sobre temas científicos, que serán contestadas por la Sección Científica. Algunas de las respuestas se publican cada mes en la sección CORRESPONDENCIA, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se nos pida no hacerlo. Las preguntas deben ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una pregunta.



escriba a

más allá

mejor. Por lo menos había un agente del FBI. Esperaba que hubiera más.

Había más. Burt y Norma entraron. La joven estaba pálida. Se sobresaltó un poco cuando vio a un ascensorista desconocido. Pero Burt experimentó una cálida sensación de gratitud. Su instinto lo inducía a llevar primero a Norma a su departamento, antes de ir al suyo propio, antes de acudir al FBI.

**E**N el ascensor, el encargado hizo un gesto de asentimiento cuando Burt lo miró interrogativamente. El ascensor se detuvo en el piso donde vivía Norma. Salieron. Burt la siguió automáticamente por el pasillo; pero de pronto se adelantó, olió el aire y preguntó en voz baja:

—¿Esta es tu puerta?

La joven asintió, completamente pálida. Burt la apartó con un leve empujón, para que lo dejara entrar solo. Norma le dio la llave. Él la colocó en la cerradura y abrió la puerta, cuidando de girar el pestillo para que pudiera abrirse desde afuera, y tanteó la pared hasta que encontró la llave de la luz.

La habitación se iluminó. Estaba vacía. Burt entró. La puerta se cerró con fuerza a su espalda. La había cerrado Norma, que no quiso permanecer afuera y ahora estaba junto a Burt. El débil olor no humano se hizo más intenso.

Como si el ruido de la puerta hubiera sido una señal, el extranjero avanzó desde una habitación interior. Tenía un revólver en la mano; llevaba puestos un blando sombrero negro, casi sin forma, y un largo abrigo; lucía espesa y sedosa barba. Se sacó los anteojos negros, los arrojó a un lado, y dijo sin entonación, con la voz de Burt:

—Déme mi arma.

Burt no tuvo necesidad de aparentar sorpresa; fué suficiente la que experimentó realmente al enfrentar de nuevo al extranjero. Pero, con toda calma, ma-

tió la mano en el bolsillo, sacó la caja de metal soldada y la arrojó sobre una mesa cerca de fugitivo.

—No quise que funcionara por accidente —dijo ásperamente.

El extranjero alzó la caja con sus dedos plásticos e intentó abrirla; pero la caja no cedió. Colocó la caja en un bolsillo y avanzó un paso...

Burt sacó su cuchillo de caza y le hizo frente. En ese momento, se sentía absolutamente salvaje y tan feroz como su enemigo, porque Norma estaba allí. El extranjero se detuvo, y dijo sin ninguna expresión:

—Podría haberlo matado silenciosamente, pero...

Y sacó un revólver. Burt apagó la luz y arrojó a Norma hacia un costado mientras dos disparos resonaron en la oscuridad. Después, el gatillo hizo el ruido característico de un revólver vacío. Entonces se oyó una especie de aullido o zumbido ensordecedor, totalmente distinto de cualquier sonido que pudiera producir una garganta humana... La puerta se abrió de golpe, y los rayos de varias linternas iluminaron la habitación. Burt gritó:

—¡Ahí lo tienen!

El extranjero fijó sus ojos en los hombres del FBI; emitió un aullido espantoso; arrojó hacia ellos la pistola, con fuerza sobrehumana, y saltó por la ventana, con increíble agilidad, corriendo hacia la escalera de incendios. Cuando los hombres del FBI se lanzaron tras de él, ya había desaparecido. Una linterna iluminó la oscuridad. Se oyeron gritos... un tiro... Los tres hombres del FBI saltaron por la ventana. El primero de ellos comenzó a ascender por la escalera. Se oyó otro disparo, y silbidos, y resplandores, y una especie de zumbido agudo que producía el efecto de un alarido de furia, aunque infinitamente más intolerable y espantoso.

El hombre gritó. Tanto Burt se oye

ron nuevos disparos... muchos disparos.

**E**L hombre que regresó al departamento parecía descompuesto. Tenía en las manos la caja de metal. Estaba retorcida y doblada. Se había ejercido una fuerza monstruosa para abrirla, y en algunos puntos había comenzado a ceder.

—Lo hemos cazado en el techo —anunció el agente del FBI, con el tono de un hombre que se refiere a algo que no lo dejara dormir durante mucho tiempo—. Le rompió un brazo a uno de mis agentes, y trataba desesperadamente de abrir esta caja, aun mientras lo llenábamos de balas. Salió de su piel humana, como un capullo de gusano, esforzándose en abrir la caja y emitiendo ese horrible zumbido. ¿Qué clase de monstruo es ése?

Burt estaba muy ocupado con Norma, pero respondió cortésmente:

—No tengo la menor idea de cuál es el nombre que le corresponde.

—Escuche —dijo el agente, sudando—. Al principio no le creímos; pero el dinero que había en la bolsa, y luego el asesinato de la camarera y todo lo demás... Esta es la... bomba, ¿no es así? Casi logra hacerla funcionar.

Burt apartó un brazo de la espalda de Norma, y le entregó al agente el arma del extranjero, totalmente cubierta de alambre retorcido.

—No. El arma es ésta. No quise correr el riesgo de que alguien se pusiera a jugar con ella. Va a ir a Wás-

hington, a la Comisión de Energía Atómica. Hábleles de ese monstruo que está en el techo.

El agente del FBI tomó al arma con manos temblorosas.

—Les hablaré de ello —dijo débilmente—, sea lo que sea. ¡Ya lo creo que les hablaré! ¡Dios mío!, ¿quién ha visto nada parecido?

—Nadie —respondió Burt—; nunca. Y es mejor que sea así. Mire, señor... No sé cómo se llama usted; pero, ¿no podríamos discutir este asunto mañana? Nos acabamos de casar, y mi mujer merece un descanso. ¿Nos disculpa, verdad?

—¡Sí, por supuesto! —dijo el hombre del FBI, dirigiéndose hacia la puerta—. Hasta que recibamos órdenes de Washington, será mejor que no hablen de esto con nadie. ¿Entienden? Ni una palabra a nadie.

—Ni una palabra —prometió Burt—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo el agente.

Salió y cerró la puerta. No podía recordar cuál de los dos objetos que tenía en las manos era el arma peligrosa y, además, no sabía qué efectos producía. Lo único que él sabía era que aquel monstruo que yacía en el techo procuraba desesperadamente, en su agonía, hacerla funcionar. De modo que el hombre del FBI salió cautelosamente por el vestíbulo, llevando ambos objetos con enorme cuidado. Andaba como si llevara en sus manos una bomba atómica de múltiples y misteriosos efectos.

Y así era. ✦

### Resultados de una encuesta

**E**N el país de la encuesta, los platos voladores no podían escapar: también ellos han sido puestos bajo el microscopio de la estadística. Resultado: el 75 % de los norteamericanos creen en la existencia de los platos voladores y en que el Pentágono ya sabe qué son y de dónde vienen.

# sin apelación



## EL JUICIO DE LOS LECTORES

De acuerdo con las cartas recibidas, éste es el orden de preferencia de los cuentos publicados en el número de marzo:

- |                         |                                |
|-------------------------|--------------------------------|
| 1° Un mundo de talentos | 4° Si usted fuera el único     |
| 2° Amnesia de sí mismo  | 5° Las edades glaciales        |
| 3° Asteroide cautivo    | 6° Llegarán las mansas lluvias |

### NUESTRO PRONOSTICO

Para este mes creemos que los títulos que se repartirán los primeros puestos son:

**Fugitivos del espacio**

**Ustedes los poseídos**

Escribanos, indicando su orden de preferencia de los cuentos que aparecen en el presente número. Todos los meses podrá comparar sus gustos con el del promedio de los lectores. Tendremos muy en cuenta su opinión en la selección del material que publicaremos en los próximos números.

Escriba a: **MAS ALLA - Avenida Alem 884 - Buenos Aires.**

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 414.547. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO Central (B)

FRANQUEO A PAGAR  
Cuenta N° 574

INTERES GENERAL  
Concesión N° 4923

Industria Argentina  
Imp. en Abril - Abril 1955

—¿Estaba ya muerto cuando lo encontré?

El biólogo se irguió con una especie de extraña dignidad y le replicó, apretando los dientes:

—¡No tengo que responder a sus preguntas... ni mucho menos!

La respuesta era tan amargamente venenosa, tan ridículamente ilógica, que Quint se quedó mudo. La única explicación que se le ocurrió fue que el biólogo había sufrido una fuerte impresión. Sólo el tiempo y la comprensión podrían devolverle su estabilidad normal.

—Hemos sido avistados por un avión dodaiano —le dijo tranquilamente Quint—. Tenemos que llevar el crucero a otra parte, inmediatamente —comenzó a levantar las cajas de ejemplares del biólogo—. Permítame que lo ayude a llevar sus cosas al aparato.

El biólogo le arrebató las cajas.

—¡No toque mis cosas! —silbó, con repugnancia—. ¡No se acerque a mí!

Encogiéndose de hombros, Quint dio media vuelta y salió de la cañada. El biólogo lo siguió después de haber reunido su equipo, atándose las mochilas a la espalda. Atravesaron el desierto en silencio. Cuando llegaron a la vista del crucero, el biólogo le preguntó, con frialdad:

—Me imagino que pensará dar parte de esto, ¿no?

—Nuestras instrucciones son...

—Oh, sí, siga sus órdenes al pie de la letra..., ése es el método que emplean siempre los suyos para ascender hasta las posiciones más altas. ¡Pero, si quiere dar un informe veraz, no diga que yo lo maté!

Quint se quedó francamente sorprendido.

—¡Sé que no lo hizo; ninguno de nosotros lo haría; no somos así!

**P**OR una razón que no pudo comprender, aquello divirtió enorme-

mente al biólogo. Su breve espasmo de risa fue casi histérico. Luego le dijo:

—Lo encontré haciendo cámping en la cañada. Traté de hablar con él, pero ninguno de los signos regulares resultaba y me pareció que tenía miedo de mí. Entonces se me ocurrió usar el Comunicador. Se lo mostré, pero él trató de huir. Yo no quería perderme esta oportunidad de entrar en contacto con ellos, así que lo agarré y lo retuve el tiempo suficiente para sujetarle la banda a la cabeza.

—¿Tuvo cuidado de hacerlo bien?

—En cuanto lo toqué se desmayó. Lo dejé en tierra y él abrió los ojos. Pensé que el Comunicador calmaría mi miedo y no cabe duda de que así fue. Pero, de repente, comenzó a retorcerse y murió antes de que yo pudiera haber hecho algo por él.

—¿Pudo aprender algunos de los conceptos fundamentales de la sociedad dodaiana? —le preguntó ansiosamente Quint.

El biólogo escupió furiosamente su respuesta.

—¡No! ¡Absolutamente ninguno! —al cabo de una pausa agregó, con un poco más de tranquilidad—. Un poco de su idioma, pero nada más.

—Es una lástima que muriera, pero creo que su muerte nos ayudará. Ha aprendido que los dodaianos son gentes delicadas y sensibles. Tenemos que planear con todo cuidado nuestro modo de acercarnos a ellos, para evitar toda connotación de miedo en el porvenir —impulsivamente, Quint le tendió la mano al biólogo—. No debe culparse a sí mismo —dijo.

El biólogo retrocedió, mostrándole los dientes.

—¡No me toque!

El astrógrafo y el físico habían llevado ya sus aparatos al crucero. Cuando el biólogo y Quint se unieron a ellos, se ofrecieron, como era natural, a ayudar al biólogo a trasladar su equipo.



Pero él los rechazó con el mismo desdén y el mismo asco con que había rechazado a Quint. Y casi inmediatamente comenzó a discutir acaloradamente con el físico, exigiendo de un modo perentorio que le dejaran usar para él solo el compartimiento que hasta entonces habían compartido.

Por la primera vez desde que la Expedición salió de la Alianza, Quint tuvo que hacer uso de su autoridad de jefe de la expedición. Su decisión no fué fácil, porque el biólogo carecía sin duda de razón; pero era igualmente claro que sufría un grave trastorno emocional. Quint le pidió al físico que se fuera, y éste se fué sin protestar.

Pero el biólogo no quedó satisfecho. Pidió que le dejaran emplear unas unidades de energía que necesitaba el astrógrafo. Quint se negó a ello y el biólogo lo miró con altivo desdén.

—Los de su clase siempre se apoyan, ¿eh, Quint?

Por culpa de la discordia, la suave y eficaz cooperación de la expedición había desaparecido. Los cuatro hombres se hallaban aún fuera del crucero, preparándose para partir, cuando llegaron los dodaianos.

La vanguardia estaba compuesta por una columna de vehículos blindados que atravesaban serpeando el desierto, entre nubes de polvo. Detrás de ellos venían unos grandes autos sin capota de los que saltaron grandes cantidades de dodaianos vestidos idénticamente con trajes sencillos y poco atractivos, de color marrón y llevando en la cabeza sombreros semi-esféricos de metal.

Los autos blindados formaron un círculo en torno al crucero y los hombres se agruparon en los lugares libres que quedaban entre ellos. Llevaban, apoyados en el hombro, unos largos tubos metálicos. Quint se imaginó que el tubo era una insignia de su grado, como el restángulo amarillo que él lucía en la manga.

Algunos de los dodaianos se apresuraron a instalar unos extraños cilindros de metal, con tres patas, que apuntaron al Rad-I. De las aberturas que los autos blindados tenían en el techo asomaban unos cilindros parecidos. Cuando el arreglo quedó terminado a completa satisfacción de los dodaianos, se hizo el silencio en el desierto, y las nubes de polvo comenzaron a disiparse.

Quint y el biólogo se hallaban en la rampa de la salida del crucero, y el astrógrafo y el físico en tierra, a cierta distancia de la nave. Quint trató de analizar los fines de los dodaianos que tenía delante. Como bienvenida, aquella recepción le resultaba incomprensible. Un leve miedo se insinuó en su mente, pero estaba demasiado preocupado con el objeto de su misión para hacerle caso.

Una voz áspera y que no significaba nada para él, les gritó algo desde uno de los autos blindados. Quint conocía los gestos apropiados y comenzó a hacerlos, hablando suavemente en su propia lengua. Pero la voz lo interrumpió, aguda e imperiosa.

De repente, el biólogo que se encontraba junto a él dirigió a Quint una mirada de triunfo y habló a los dodaianos en su idioma. Al parecer, había aprendido muchas más cosas del hombre de la cañada de lo que quería reconocer. Quint no comprendía la razón del secreto del biólogo, pero no importaba; el conocimiento de la semántica de los dodaianos era ahora de un valor inestimable.

Pero, conforme el diálogo seguía adelante, el triunfo fué desapareciendo de la cara del biólogo, siendo reemplazado por el miedo. Lanzó una frase breve y cortante a los hombres reunidos abajo y dió media vuelta para refugiarse en el crucero. Al mismo tiempo, una explosión hizo temblar uno de los autos blindados y un proyectil dió en uno de los costados del crucero. Inmediata-

mente, los dodaianos bajaron sus tubos de metal, apuntando a los miembros de la expedición de Quint. Hubo una tempestad de diminutas explosiones y una lluvia de metal se estrelló contra el Rad-I.

En aquella lluvia de fuego, Quint perdió todas sus ideas racionales, excepto una. Se sintió poseído por un inmenso terror, un terror idéntico al que había sentido la noche anterior, cuando le aplicaron el Comunicador al animal que habían capturado en el desierto. Una llama ardiente le atravesó la carne del brazo. Subió corriendo la rampa del crucero; el biólogo iba delante de él, tambaleándose.

Agarrándose el brazo en un vano intento de contener la hemorragia, Quint apretó el cuerpo contra la palanca de control, y la puerta de salida se cerró. Cientos de proyectiles explotaron contra los costados de la nave. Aunque Quint sabía que no podían hacer ningún daño, no pudo sacudir su terror. Era como si el Comunicador le hubiera transmitido intacto, en su mente, el patrón emotivo del animal capturado en el desierto. El estímulo que lo hacía funcionar era el ver los tubos de metal en las manos de los dodaianos.

**E**L biólogo era presa del mismo miedo, pero al parecer lo paralizaba en un llanto histérico. Se había dejado caer en un rincón, junto a la puerta de la entrada, y se esforzaba inútilmente por abrirse paso con las uñas a través de la pared de metal. Quint comprendió que no podría obtener ayuda alguna de él; la degeneración del biólogo era completa.

Lentamente, Quint fué rechazando su terror. Tenía que entrar en el cuarto de mandos y poner en funcionamiento los motores. Sujetándose aún el brazo ensangrentado, subió tambaleándose el corredor arterial y se detuvo

en el blando asiento del piloto. Antes de mover los diales, miró por la pantalla terrestre.

El astrógrafo y el físico estaban rodeados de dodaianos y el astrógrafo parecía mortalmente herido; quizá ya muerto. El físico, que se debatía, estaba rodeado por una red y sus captos tiraban de él, arrastrándolo hacia uno de los autos blindados.

Temblando, Quint dió vuelta a los diales; en medio de su terror no podía pensar más que en huir, y ordenó a las unidades de motivo que funcionarían a toda marcha. La aceleración fué innecesariamente violenta. Por un momento, Quint perdió el conocimiento.

Cuando su mente se aclaró, el miedo había desaparecido. El Rad-I surcaba el espacio, a varias millas de la estratosfera de Dodai. Quint ajustó el crucero a una órbita estable. Se limpió la herida del brazo y la selló con la gelatina plasmática creadora de células.

Vió que el biólogo seguía aún desmayado junto a la puerta de entrada y lo llevó suavemente a su compartimiento, donde le curó las sangrientas laceraciones de ambas piernas. En el músculo, cerca del hueso, se había alojado un trozo de metal, pero cuando Quint trató de quitárselo el biólogo abrió los ojos y se resistió.

—¡Déjeme en paz! —murmuró tensamente—. ¡No me toque!

Triste y silenciosamente, Quint mantuvo sujeto al biólogo contra su almohada, mientras le administraba un hipnótico. En cuanto se hubo dormido, Quint le cortó el feo fragmento y selló sus heridas con la gelatina plasmática.

Quint volvió al compartimiento de control para estudiar la situación. Se sentía avergonzado del miedo y cobardía que había demostrado al huir ante los dodaianos. Nunca hasta entonces había conocido un terror así, pero com-

prendía por qué había ocurrido. El Comunicador transfería los conceptos de mente a mente, sin necesidad de que hubiera entre ellas una manifestación verbal. De ese modo, Quint había comprendido el miedo del animal del desierto de Dodai, desde el punto de vista del animal. El animal reaccionaba instintiva, más que racionalmente, ante la cosa que temía, y Quint había hecho lo mismo al hallarse ante el mismo estímulo.

Llevando la idea más adelante, eso significaba que el biólogo respondía ahora a un punto de vista que había absorbido cuando empleó el Comunicador en un nativo de Dodai. Su aversión presente, su asco y amargura eran básicos en la mentalidad de los dodaianos. Quint supuso vagamente que el estímulo de todo aquello era la secular Prohibición de la Alianza, algo que llevaba demasiado tiempo sepultado en los prehistóricos Otros Tiempos, y había sido borrado artificialmente de la memoria racial por los hipnóticos que se les administraban al nacer. Fuera cual fuere, el estímulo del pueblo de Quint era idéntico al de los dodaianos.

Su última conclusión era ineludible: Quint no se atrevía a llegar a un acuerdo con Dodai. Eso significaría la pérdida de su ascenso y de Parla; pero era un precio que tenía que pagar.

Tenía que rescatar al físico y al astrógrafo y llevarlos a su planeta, para informar al Consejo del fracaso total de su misión. Más aún, el informe tenía que ser definitivamente desanimador, para que nunca más se enviara otra Expe-misión al pueblo de Dodai.

No le costó trabajo localizar al físico. La insignia amarilla que llevaban los miembros de la expedición en sus mangas se activaba con el calor del cuerpo y podía recibir y transmitir los impulsos de investigación emanados del crucero. Era una precaución ordi-

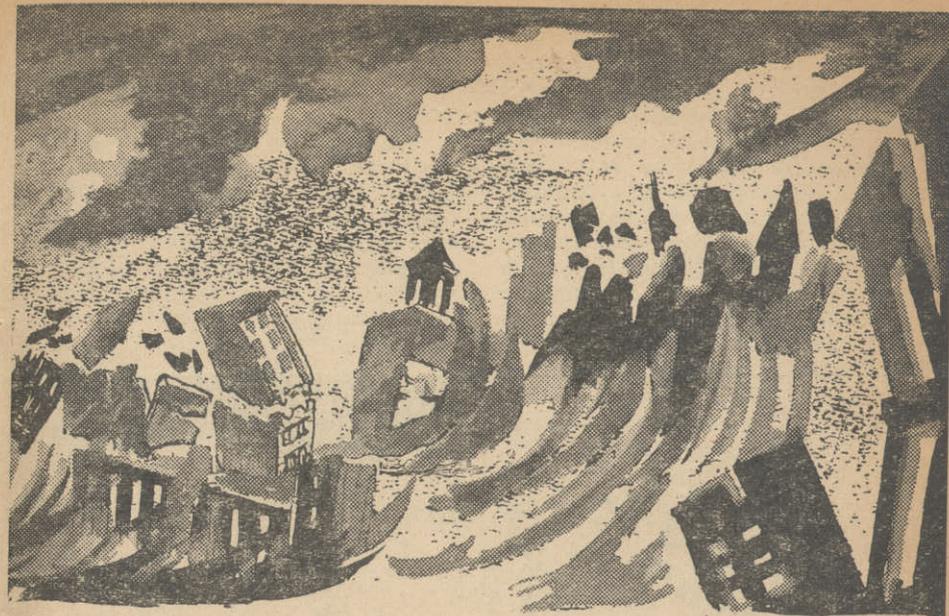
naria que se tomaba en todas las Expe-misiones, ya que los científicos tenían la costumbre de perderse en las inexploradas maravillas de los mundos nuevos.

Pero sólo le respondió la insignia del físico. Como Quint había supuesto, el astrógrafo había muerto cuando lo capturaron. El físico había sido llevado, no a la ciudad del puerto que había junto al desierto, sino a una ciudad más grande que había al otro extremo de la masa de tierra. Cerniéndose todo lo bajo que se atrevió sobre la ciudad, Quint puso la astropantalla a toda su potencia de ampliación. A aquella distancia, la imagen electrónica no podía ser más borrosa e incierta, pero sirvió para indicarle que el físico había sido llevado a un lugar parecido a un parque, y encerrado en una especie de casa con muros de metal.

**Q**UINT comprendió que los dodaianos impedirían que lo rescatara, haciéndole frente con los explosivos ruidosos y mortales que empleaban con tanta facilidad. ¿Cómo podría rescatar entonces al físico, sin que lo mataran? Insertó el problema en un Investigador y la máquina le respondió proponiéndole un plan esquemático e indicándole que debía llevar una red especialmente cargada debajo de su uniforme de plástico. Quint tenía solamente conocimientos generales de las ciencias y no estaba muy seguro de cuál era la función de la red, excepto que lo encerraría en un campo magnético artificial que rechazaría cualquier objeto metálico que se acercara a él.

Quint poseía los conocimientos necesarios para hacerla, y a bordo del Rad-I había materiales de reserva para sus fines. Pero era un trabajo lento. Dodai giró tres veces sobre su eje antes de que hubiera terminado la red y sus unidades de energía.

El biólogo se recuperó rápidamente,



al menos en un sentido físico. Se veía claramente que trataba de vencer la repugnancia que sentía siempre que se hallaba cerca de Quint. Trataba de mostrarse amable, de hablarle de un modo amistoso, pero fracasaba miserablemente en sus esfuerzos. Quint vio que el biólogo llegaba casi a sentir náuseas si comían en la misma mesa y, para aclarar la atmósfera, le llevó sus comidas a su compartimiento para que pudiera comer solo.

Cuando el biólogo vio que pensaba volver a Dodai para rescatar al físico, se sintió lleno de un maligno placer.

—¡Los borraremos del planeta, Quint! —sus ojos centelleaban de alegría.

—¿Borrarlos? Me parece que no comprendo la frase.

—Destruirlos; matarlos a todos; jarras su tierra!

—Pero, ¿por qué? ¿Qué maldad lo llena de tal odio que le hace olvidarse

de la ética de nuestro pueblo? No destruimos; ¡construimos!

—Es la única clase de contacto que los dodaianos entienden y respetan — el biólogo comenzó a pasearse por la habitación, frotándose las manos—. ¡Y podemos hacerlo con tanta facilidad; con tantísima facilidad! Emplee uno de los tubos de radial de reserva; efectúe un pequeño cambio en el convertidor de la luz; y apunte el ventilador de salida a sus ciudades. Los hará desaparecer convertidos en polvo, con el fuego de un nuevo sol.

Respetando la evidente locura del biólogo, Quint le permitió que siguiera hablando a su gusto, sin hacer comentarios. Pero cuando todo estuvo listo para volver a Dodai, tomó la precaución de echar en la comida del biólogo un hipnótico dormitivo.

A cubierto de la oscuridad, Quint bajó hacia el planeta en un cohete de emergencia. Los rayos investigadores

lo guiaron hasta el parque donde tenían prisionero al físico.

Había errado el cálculo al pensar que la noche lo protegería, porque algunos grupos de dodaianos se paseaban por el parque. Al verle, huyeron aterrizados y las luces se apagaron en los altísimos edificios, mientras las sirenas aullaban en las calles.

A Quint le asombró que lo hubieran reconocido tan rápidamente y que sintieran tanto miedo de él. Su traje era distinto al de ellos, sí, pero, aparte de

eso, eran seres racionales como él. ¿Cómo podían estar tan seguros, con sólo una ojeada, de que no era uno de los suyos, vestido simplemente con un traje distinto?

A la pálida luz de la luna comenzó a dirigirse hacia la prisión del físico, guiándose por las pulsaciones de su aparato investigador. Un camión negro pasó velozmente delante de él, y unos segundos más tardes un grupo de blancos reflectores iluminó una gran jaula de barrotes. Quint vio que el físico es-

taba adentro, agarrado a los barrotes. Delante de la prisión se veían grupos de dodaianos, con sus brillantes tubos metálicos; otros, con uniformes similares, convergían hacia el lugar desde direcciones diferentes.

Al ver que Quint se dirigía lentamente hacia ellos, apuntaron sus tubos hacia él. Las terribles explosiones hicieron temblar la quieta atmósfera de la noche. Como Quint seguía indemne, un grito de consternación se escapó de los dodaianos. Uno de ellos, que parecía un jefe, le gritó algo a Quint, y acercándose de un salto a la jaula, apuntó con su tubo al físico.

QUINT comprendió la pantomima. Como no podían detenerlo, lo amenazaban con matar al hombre que había venido a salvar. Quint se detuvo, tratando de hacerles comprender su propósito con sus gestos y la suavidad de su voz.

Cuatro dodaianos se acercaron a él, llevando una gran red de hilos metálicos. Claramente querían hacerle también prisionero. El meneó la cabeza y trató de comunicarse con ellos de nuevo. El jefe de los dodaianos se limitó a gritarle algo y apuntar de nuevo al físico con su tubo de metal.

El físico le gritó unas palabras de aviso a Quint, pero él no pudo comprenderlas en medio del ruido de las voces de los dodaianos. Comenzó a retroceder. Los cuatro hombres que llevaban la red saltaron hacia él. El campo negativo de Quint rechazó la red metálica, lanzándola hacia atrás, derribando a los hombres.

Aquello los aterró. Algunos de los dodaianos uniformados tiraron sus tubos y huyeron. El jefe que se hallaba junto a la caja los exhortó, sin resultado alguno. Cuando vio que Quint se movía hacia él, se volvió desesperado y disparó su tubo varias veces sobre el cuerpo del físico.

Quint lanzó un grito, como si la agonía de la muerte fuera la suya propia.

Una gran llamarada blanca brilló en aquel momento en el cielo. La ciudad tembló, envuelta en llamas destructoras. La tierra temblaba de tal modo que Quint no pudo seguir en pie. Un huracán sopló sobre el parque, arrancando las hojas de los árboles, levantando la grava del camino. Quint se tambaleó como un borracho entre los escombros ardientes, tapándose la cara ensangrentada con las manos, cuya piel se había cubierto de ampollas. En la oscuridad de pesadilla que había más allá del parque, los muros de la orgullosa ciudad se derrumbaban y entre el estruendo de los muros que caían Quint oyó varias veces los gritos de un dodaiano atrapado entre ellos.

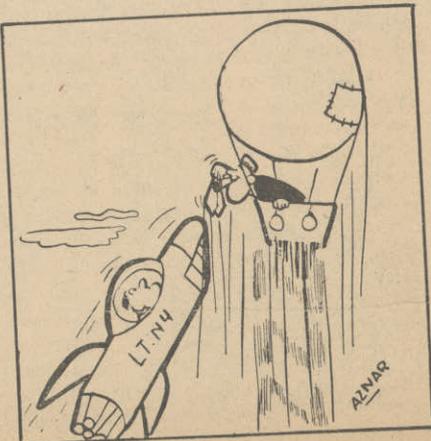
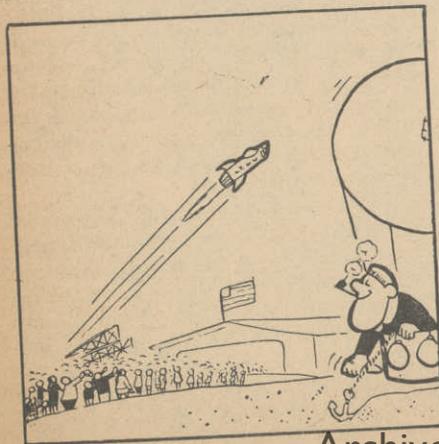
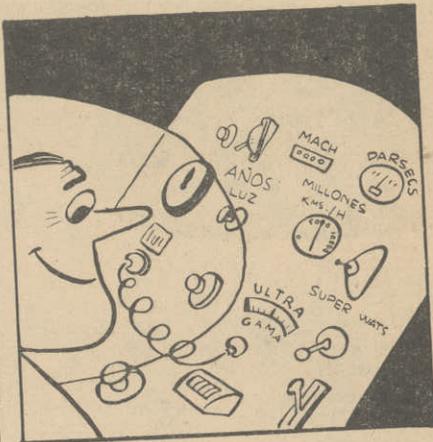
Algo cayó pesadamente a sus pies. Era un pedazo de madera chamuscada, con unas letras familiares impresas en él. Lo tomó y lo tenía aún en la mano cuando el Rad-I se posó torpemente en el parque. Se abrió la puerta y el biólogo salió corriendo para arrastrar a Quint a la nave.

—Lo seguí con la pantalla de tierra —exclamó el biólogo—. Cuando los vi matar al físico tuve que usar el arma de radar. Es el único idioma que entienden estas gentes.

—Pero... yo le di... —Quint casi no podía hablar; al cabo de las cuatro palabras, su voz se ahogó en la garganta.

—¿El hipnótico? Me imaginé que lo haría, así que no probé la comida.

Las piernas de Quint se movieron con torpeza. No podía subir la rampa de la nave. Dominando su asco, el biólogo comenzó a arrastrarlo hacia la puerta. Se hallaban frente a ella cuando les atacaron las aeronaves dodaianas. La red de Quint lo protegía de los proyectiles, pero el biólogo lanzó un grito y se desmayó.



Quint consiguió subir a su compañero a la nave y empujar la palanca que cerraba la salida.

—¡Sáquenlos de la tierra! —gritó el biólogo—. Luego esterilizé (particularmente la piel expuesta a los rayos) y cubra todo su cuerpo con gelatina plasmática. Creo que no estuvo fuera el tiempo suficiente para que el daño fuera fatal.

Luchando contra el ardiente dolor y las nieblas de la inconsciencia, Quint subió lentamente al compartimiento de mandos. Dió vuelta a los diales y el crucero de radar se alzó sobre la ciudad deshecha. Respirando pesadamente, se quitó el destrozado uniforme y se lavó la piel con un líquido esterilizador. Aquello era como una pesadilla. La cabeza le vacilaba, y su cuerpo y sus músculos estaban débiles y doloridos.

Pero cuando se aplicó la gelatina, el dolor se calmó y la cabeza empezó a

aclararse. Comprobó la posición del crucero en la astropantalla y vio que el planeta del Dodai no era más que una pequeña esfera que se iba perdiendo a lo lejos. Puso rumbo a la Alianza y luego fué a ayudar al biólogo.

Este yacía inmóvil en un gran charco de sangre. Debajo de él se veía el abrasado letrero que Quint había traído de Dodai. Quint se dió cuenta de que las heridas del biólogo eran fatales, y sintió un amargo remordimiento por no haber cuidado antes de él, dejando para más tarde sus quemaduras. No obstante, si lo hubiera hecho, no habría tenido las fuerzas suficientes para sacar el Rad-I de Dodai. A pesar de la loca aversión que el biólogo sentía por Quint, había salvado el crucero y los datos de la expedición, con su sacrificio.

Quint llevó al biólogo a su compartimiento y le dió unas drogas para cal-

### Histerismo gallináceoperruno

**P**ARA quienes, con la superioridad de los que no saben nada, sostienen, todavía hoy, que los platos voladores son sólo un triste fenómeno de histérica alucinación, aquí van dos casos muy interesantes.

El 20 de abril de 1952, en Ontario, Canadá, un perro se puso a ladrar furiosamente, llamando por fin la atención de su amo. Este, mirando hacia donde miraba el animal, descubrió que allí, en lo alto, un disco luminoso brillaba al sol.

Por si se piensa que el perro, quizá por su estrecha intimidad con el hombre, ha podido ser víctima de algún desarreglo nervioso, he aquí el segundo caso, más interesante todavía.

El 27 de octubre de 1952, una mujer que vivía junto al camino de Toulouse, fué atraída al gallinero por el desesperado cacareo de los pollos. Levantó la cabeza, pensando que el escándalo se debería a la presencia de alguna ave de presa, pero se encontró con algo muy distinto: ¡una escuadrilla de platos voladores que volaban en parejas!

Si el perro o las gallinas tienen derecho a ver platos voladores, sin que a nadie se le ocurra tacharlos de histéricos, bien podemos hacerlo también nosotros, que al fin de cuentas, todavía somos los amos del planeta.

marle el dolor. Al cabo de un tiempo, el biólogo abrió los ojos; cuando la primera oleada de repugnancia hubo pasado por su cara, intentó sonreír. Luego habló tan bajo que su voz era casi inaudible.

—Tiene que volver y decirselo, Quint; dígales que no envíen ninguna otra expedición a Dodai.

—Ya lo comprendo; la gente que vive allí es demasiado primitiva para ingresar en la Alianza. Dentro de varios siglos...

—¡No, Quint! ¡Es la Prohibición! Nunca podrán... —el biólogo empezó a toser y la sangre asomó entonces a su boca.

Con el gesto indicó el comunicador que había junto a su cama. A Quint le pareció que lo comprendía, aunque el biólogo meneó negativamente la cabeza mientras Quint le ajustaba la banda a la frente.

**Q**UINT se colocó los receptores y dió la corriente. En el instante de la muerte del biólogo, Quint extrajo de su torturado cerebro los conceptos que había tratado de ocultar. Era lo que el biólogo había aprendido del dodaiano.

La primera generalización que Quint pudo reconocer fué una agradable sensación de superioridad de grupo. El era un señor de los hombres y merecía serlo. En aquel momento, Quint se libró de los efectos del hipnótico que le habían administrado al nacer. Era como si se descorriera una cortina y se viera a sí mismo por primera vez: alto, buen mozo, hermosamente proporcionado, alerta, inteligente, capaz de ser grande en todas las cosas. Y vió también a los demás pueblos de Alianza, al monstruo débil y canijo de cabellos blancos que había sido el biólogo; al horro de escamas azules que era el físico; y las cien mil variaciones de pesadilla de todos los planetas de la Alianza.

Esas eran las gentes que siempre había conocido, como siempre las había visto; pero, por primera vez, veía el aspecto físico antes que los rasgos de la personalidad que había aprendido a definir como persona. Erán todos bestias, unas sub-razas extrañas, inhumanas, incapaces. Sólo unos cuantos como él, desherrapados por toda la Alianza, con su estructura física, seguían existiendo como personas. Para Quint, el espíritu interior que mantenía unida a la Alianza se desvaneció, y no vió ya más que el horror del aspecto exterior.

Se arrancó los receptores de la cabeza, pero no pudo arrancarse el conocimiento del alma. Miró el cuerpo ensangrentado del biólogo, y se alegró grandemente de que hubiera muerto dolorosamente y solo.

Por un capricho del azar, Quint se había visto aislado dos veces del pleno impacto de la psicología dodaiana. Primero, porque el conocimiento se había ido filtrando por la mente del biólogo mientras luchaba por vencer su repulsión adquirida; y, segundo, porque el biólogo había luchado por guardarse para sí la verdad antes de morir.

Quint estuvo al borde de la locura, pero la razón que había conocido toda su vida lo contuvo. Lentamente, comenzó a comprender el Otro Tiempo de su pueblo. Na era un período de prehistoria, sino de historia borrada. En aquellas épocas, el pueblo de Quint había sido como los dodaianos, pero los diversos grupos guerreros habían sido unidos artificialmente, borrando sus hereditarios odios de grupo y sus desconfianzas. Los hipnóticos les enseñaban a definir al hombre en términos de personalidad, y no por su aspecto físico. Su premio había sido la unidad interplanetaria, y el pequeño precio pagado, la solidificación permanente de una parte de sus mentalidades individuales en el nivel de la infancia. Porque sólo

los niños eran los que nunca veían significado alguno en las diferencias de aspectos raciales.

El antiguo patrón se había sublimado extraordinariamente, convirtiéndolo en impulso subconsciente de los pueblos de la Alianza, para descubrir una raza racional distinta de ellos mismos.

Lentamente, Quint se recuperó de la locura de Dodai —al menos, todo lo que podía. Comprendió que lo importante era salvar a la Alianza, impidiendo que descubriera alguna vez la verdad. Para ello, la expedición tenía que fracasar por completo; ninguno de sus papeles podía ser examinado.

Quint se acercó con el Rad-I al planeta central de la Alianza y cortó la corriente. Luego subió a un cohete de emergencia y salió al espacio, llevando con él el tubo de radial convertido que el biólogo había empleado para destruir una ciudad dodaiana. A una distancia prudencial lo volvió hacia el crucero y vio cómo éste se deshacía en la nada. Luego desmontó el tubo y abandonó las piezas en el espacio.

El único recuerdo que salvó, como una especie de irónico recuerdo personal que nunca se atrevería a compartir con las demás, era el abrasado letrero que había sacado de la ciudad en llamas.

Aterrizó y presentó su informe al Consejo. Dijo que la expedición había llegado a Dodai y había visto que era un planeta inhabitable; en el viaje de vuelta, el motor de radial había fallado; sólo Quint había escapado de la catástrofe.

**S**ALIO a los jardines para aguar dar la decisión del Consejo. Quint no tenía la menor duda de que lo despojarían de su grado temporal de Delegado, como consecuencia de su fracaso; pero no lo lamentaba. En

podría, presentaría su dimisión en el Cuerpo de Asistencia Interplanetaria y volvería a su planeta natal, para vivir los años que le quedaran de vida en la plantación de su padre. En aquella soledad y desolación no tendría ninguna oportunidad de revelar la verdad, ni aún en sus momentos más desprevenidos.

—¡Quint! ¡Quint, querido! —Parla vino a sentarse a su lado. Trató de besarle, pero él se apartó, con la cara y las manos cubiertas de sudor—. No te desanimes, Quint; creo que te darán el ascenso al mérito por su valor, aunque no volvieras con ningún acuerdo. Mi padre me prometió hablar en favor tuyo.

Su mente clamaba horrorizada, y la voz se le atascó en la garganta; apartó rápidamente la vista de él, para que no pudiera verle la cara.

—¿Cómo era, Quint... , el planeta muerto, Dodai?

Desesperado, sacó de su chaqueta el fragmento de madera que había salvado y se lo mostró; tenía que concentrarse en aquello, en cualquier cosa, en cualquier mentira, con tal de rechazar el mal que iba invadiéndole el alma.

—En una de las ciudades arruinadas, encontré esto —le dijo.

—Sus letras son como las nuestras, y las palabras... , ¿no te parece raro? ¡Si las dices de un modo especial, es lo que nos llaman a nosotros!

En el amplificador se oyó una voz que llamaba a Quint a la cámara del Consejo para la ceremonia formal de la ordenación. Se levantó y Parla lo miró con cara radiante, y los ojos desbordantes de lágrimas de alegría.

—¡Te han votado para el ascenso, Quint! —le echó los brazos al cuello y sus labios, cálidos y húmedos, se unieron a los suyos—. Eres un Delegado, Quint. Eso significa que nosotros... , ¡oh, Quint, nuestros sueños van a realizarse!

Dejó caer el letrero abrasado y mientras se besaban, sus pies descansaron sobre él. Quint luchó contra el horror de su mente, cerrando los ojos.

Porque Parla era un horrible monstruo de escamas purpúreas. Sus brazos, ásperos y retorcidos, brillaban con el nauseabundo líquido que exudaba su raza y se apoyaban como algo repugnante sobre la clara piel tostada de Quint. Había perdido la visión de la persona que amaba, al mirar la concha biológica que la envolvía.

Parla tocó con la punta del pie el trozo de madera quemada y leyó en alta voz las letras.

—NUEVA YORK... Ese debe haber sido el nombre de la ciudad, Quint. Sus letras son exactamente como las

nuestras y si las pronuncias de un modo especial suenan de un modo parecido a nuestra expresión de argot... , ya sabes, lo que llamamos a nuestros sofisticados, el nuyorko. ¿Crees que puede haber alguna relación entre nuestro pueblo y los dodaianos?

“Eso era la solución —pensó desesperado Quint—. Concéntrate en el aspecto exterior y sin sentido del enigma, entierra todos tus pensamientos conscientes en un problema que nunca podrá ser resuelto; con el tiempo, quizá pasará este horror.”

La voz del amplificador lo llamó de nuevo, y se dirigió de mala gana hacia la sala del Consejo, para recibir el mayor de los honores que podía conferirle su pueblo. ✦

### Las cosechas de platos voladores

**D**URANTE los siete años transcurridos desde la primera observación de Arnold, se ha manifestado cierta periodicidad en la frecuencia con que los platos voladores se hacen presentes: hay periodos de abundancia y periodos de escasez, separados, más o menos, por intervalos de uno y medio años, en un ciclo que coincide asombrosamente con... ¡el ciclo de la aproximación de Marte hacia la Tierra! El perigeo de Marte tuvo lugar en 1950 y 1952, años muy favorecidos por los platos voladores. 1951 y 1953 fueron de relativa calma. En 1954 estuvo bien provisto. Se prevé que el presente 1955 será un año poco sensacional. En cambio, de 1956 se esperan grandes acontecimientos. El 10 de setiembre de 1956, Marte, en su perigeo, se acercará a sólo 56 millones de kilómetros de la Tierra (aproximación máxima). Anotemos la fecha: 10 de setiembre de 1956. Y no nos encerremos ese día en ningún cine.

# explicación científica de algunos casos de platos voladores

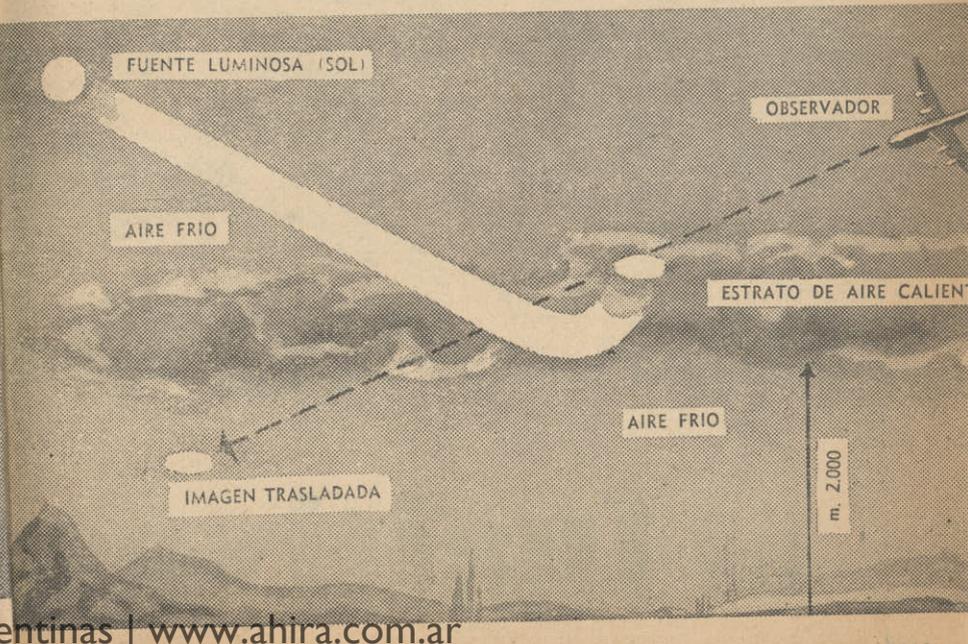
He aquí la explicación científica del fenómeno de los platos voladores, según el astrónomo norteamericano Donald Menzel.

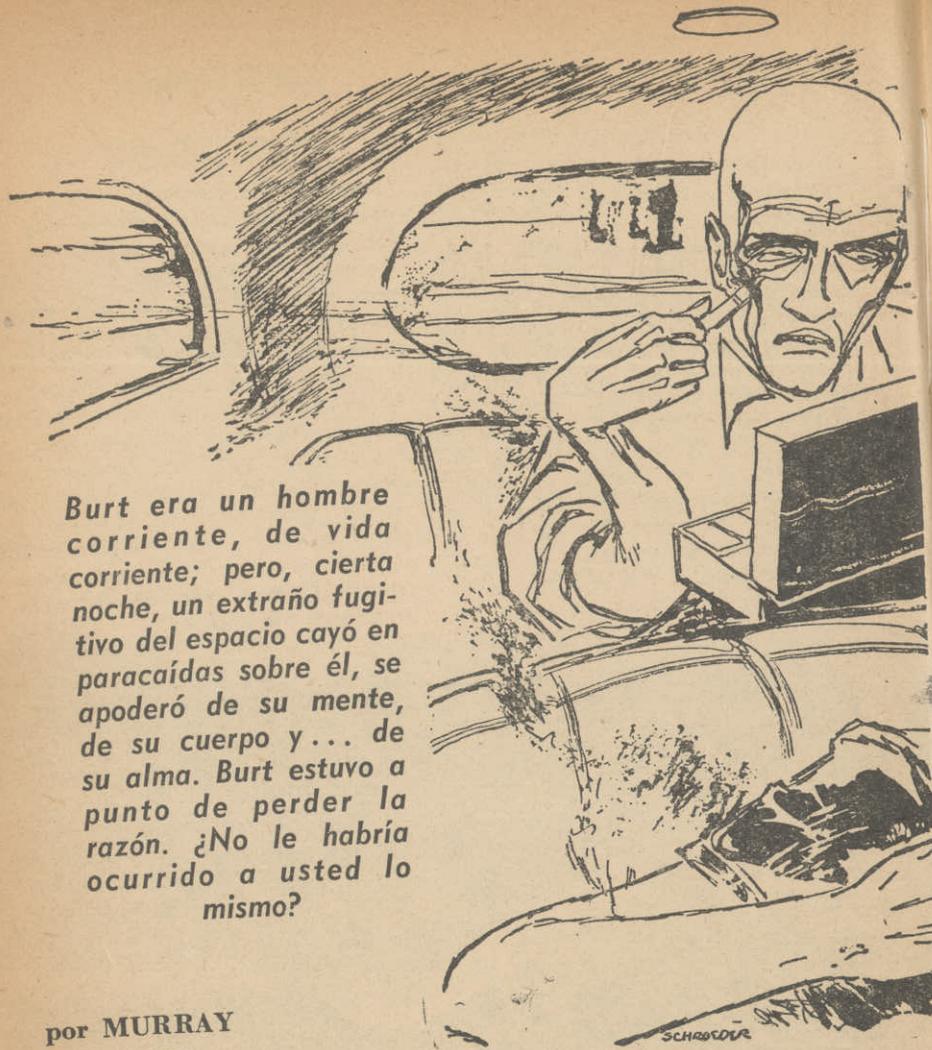
En el grabado de la izquierda puede verse una capa de aire caliente, situada a cinco metros de altura, reflejando hacia abajo la luz emanada de dos fuentes luminosas, en este caso los faros de un automóvil. Recordemos que la luz, al incidir sobre la superficie de separación de dos medios de distinto índice de refracción, como lo son, por ejemplo, el agua o el aire, o dos capas de aire a distintas temperaturas, se refleja a la vez que se refracta. El observador ve las dos luces según la línea del ojo, sobre el fondo oscuro del cielo,

donde parecen desplazarse a velocidad vertiginosa, describiendo toda clase de caprichosos giros.

En el grabado de la derecha, la capa de aire caliente, origen del fenómeno óptico, se encuentra a dos mil metros de altura. El piloto que la sobrevuela puede observar reflejada una fuente luminosa (Sol, Luna o una nube iluminada por el Sol), imagen que él ve transferida a lo largo de la línea del ojo. Si esta capa de aire caliente está en movimiento, la imagen puede descomponerse en varias, y el observador verá una fila de objetos luminosos que se mueven a extraordinaria velocidad... Por más que el piloto intente darles caza, los platos vo-

ladores se les escaparán siempre, por más que pique hacia ellos a toda velocidad de sus motores; alguna vez parecerán a punto de chocar con el evión, pero, en cada ocasión, sin fallar nunca, los platos voladores escapan sin siquiera rozar el aparato... Esta sería la explicación de la curiosa circunstancia de que hasta ahora no se han registrado jamás colisiones entre aeroplanos y platos voladores. Desde luego, esta explicación sirve para muchos casos de pretendidas observaciones de platos voladores, pero no para todos; por ejemplo: la luz observada por el teniente Gorman (ver pág. 16) escapa completamente a ella. ✦





Burt era un hombre corriente, de vida corriente; pero, cierta noche, un extraño fugitivo del espacio cayó en paracaídas sobre él, se apoderó de su mente, de su cuerpo y... de su alma. Burt estuvo a punto de perder la razón. ¿No le habría ocurrido a usted lo mismo?

por MURRAY  
LEINSTER



CUANDO las primeras estrellas comenzaron a aparecer en el firmamento, Burt decidió separarse de Norma. Había dejado en marcha el motor de su auto, como prueba de su intención de partir en seguida; pero no quería irse. Esto ocurría en los alrededores del lago Katona, donde Burt había alquilado una cabaña, cerca de la orilla, para terminar de escribir algunos trabajos. Dió la casualidad de que Norma estaba pasando sus vacaciones en el mismo sitio, en una casa de pensión. Se encontraron, y a ambos les pareció un gran acontecimiento. Descubrieron que durante el año vivían en la misma ciudad, a pocas cuadras uno del otro, aunque nunca se habían visto. Con gran sorpresa, Burt llegó a la conclusión de que conocía de vista la casa de departamentos donde

# fugitivos del espacio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

vivía Norma. Les pareció indudable que el destino había dispuesto que se encontraran junto al hermoso lago.

El cielo parecía de terciopelo. Los insectos nocturnos zumbaban insistentemente. Los perfumes del verano llenaban el aire. No había luna.

—Quizá mañana podamos... —dijo Burt, disponiéndose de mala gana a partir.

En ese momento fué cuando el primer chispazo de luz atravesó el firmamento.

No se trataba de un aerolito, ni siquiera de una centella, sino de un diminuto punto brillante, un destello intensísimo y con movimiento tan veloz que parecía la línea de un rayo.

Se produjo otro destello. Lo vieron con toda claridad. La mancha luminosa que dejó detrás de sí era de bordes bien definidos. Parecía la versión rectilínea de la Vía Láctea.

—No sé qué es —admitió Burt—. Es la primera vez que veo algo así.

Un tercer chispazo cruzó el firmamento hacia el oeste. Luego un cuarto, un quinto... El sexto describió una parábola sobre el cielo. El séptimo...

Por otro lado aparecieron cinco nuevas luces. Surgían arbitrariamente, hacia el norte, el sur y el oeste y cruzaban velozmente el espacio, dejando estelas luminosas a su paso. Se reunieron en el sitio en que se encontraba inmóvil un nuevo punto luminoso. Este estalló violentamente, sin producir el menor ruido. Durante un instante brilló con más intensidad que el sol. Luego fué cambiando de color hasta parecer anaranjado y se convirtió, por fin, en una diminuta manchita rojiza, que desapareció.

Seis luces, que parecían pequeñas estrellas, giraban sin cesar alrededor del sitio donde había estallado el punto luminoso. Sus estelas dibujaban fantásticos arabescos en el cielo. Luego, en rápida sucesión, se fueron apagando.

Abajo, la quietud era total. Reinaba el silencio, sólo interrumpido por el ronquido del motor del auto de Burt, los insectos y el tenue susurro de la brisa en los árboles. Se oyeron algunas voces. A lo lejos alguien gritó, llamando a otra persona. Los destellos luminosos habían sido muy intensos, y la gente que no dormía los había observado. Quizá la luz había despertado a los que dormían. Muchos se asomaron a las ventanas para averiguar de dónde procedía. Escudriñaron el cielo y vieron el jeroglífico sin sentido, trazado por las luces.

Burt y Norma seguían contemplando el firmamento. Norma murmuró:

—¿Crees que... que fué cerca?

Burt se encogió de hombros.

—Sí, creo que fué dentro de nuestra atmósfera. Ese primer rayo se está volviendo borroso. Y me parece que todas las estelas se están moviendo un poco. Mira esa estrella que brilla a través de una de las estelas. Hace un momento estaba a un costado.

Burt estaba en lo cierto. El dibujo del cielo estaba cambiando, aunque muy lentamente. Distintas voces llegaron con toda claridad hasta Burt y Norma. Alguien gritó con voz autoritaria:

—¡Son estelas de vapor, producidas por aviones a chorro! ¡Maniobras nocturnas!

Burt sacudió la cabeza. Norma volvió a preguntar en voz baja:

—¿Es eso, Burt? ¿Aviones a chorro?

—Si así fuera, las estelas no se verían de noche —respondió Burt—, salvo que hubiera luna llena, y esta noche no hay luna. ¡No; esas líneas de luz no fueron hechas por aviones! ¿Y lo que explotó?...

—¿Qué sería? —preguntó Norma.

—No sé. Pero me gustaría averiguarlo.

Burt siguió contemplando el cielo, con el celo habitual.

La gente, medio desnuda, comenzó a salir de las casas, para contemplar el cielo. Ninguno de ellos había visto los destellos. La mayoría salió a averiguar la causa de la refulgente y silenciosa explosión que iluminó el mundo entero durante una fracción de segundo. Habían visto las estelas luminosas, y ahora salían a contemplarlas con la boca abierta.

Pero nada ocurrió. El motor del coche de Burt ronroneaba suavemente en el silencio de la noche. La gente se hablaba de ventana a ventana. Reinaba esa curiosa alegría que se apodera de los seres humanos comunes, cuando ocurre algo que es bastante extraordinario para justificar formas poco convencionales de atuendo o de conducta.

Norma se apartó de Burt.

—Las líneas se están desvaneciendo —dijo Burt—. Será mejor que me vaya. ¿Nos veremos mañana?

Norma asintió. Se dieron la mano. Burt se sentó frente al volante y emprendió la marcha. Todavía había mucha gente afuera, con mantas o chalets sobre su ropa de dormir. Seguían comentando los extraños sucesos. Según parecía, el alboroto fué causado por el resplandor de la explosión. Aparentemente, nadie había visto los puntos luminosos causantes de esas líneas borrosas que ahora cruzaban el firmamento.

Burt llegó al límite de la villa veraniega y siguió a lo largo de la angosta carretera pavimentada que bordeaba el lago y las casitas y quintas situadas sobre la orilla. Las ventanillas del coche estaban abiertas. Toda la fragancia de la noche llegaba hasta Burt. La carretera serpenteaba sin cesar. Había árboles a lo largo del camino. Cada tanto aparecía un buzón de correo. Veíase algunas verjas lujosas. La apariencia de la entrada no estaba siempre de acuerdo con el edificio correspondiente. Había olor a pino. Débiles lucecitas brillaban

a lo lejos, en las casas apartadas del camino.

Hacia adelante, había un claro entre los árboles y un pequeño chalet en construcción. Los faros delanteros iluminaron un cobertizo. Burt sabía que cerca de éste había una pila de materiales de construcción. El coche salió de entre los árboles. Burt se inclinó hacia adelante para mirar el cielo a través del parabrisas.

Las estrellas habían desaparecido. Algo negro y enorme se precipitaba hacia abajo. Estaba cerca...

Se le venía encima.

Un telón marrón, con aspecto de cuero, descendió frente al auto, interrumpiendo los haces luminosos de los faros delanteros. Cayó también por ambos lados. El coche se encontraba como encerrado en una carpa de material flexible. Había muchos tirantes y cuerdas. Un cuerpo voluminoso se retorció y luchaba...

En ese momento las ruedas delanteras del auto alcanzaron el borde de la carpa que lo envolvía. El coche hizo un violento esfuerzo por seguir adelante. El material tendría que haberse desgarrado. Pero no fué así. Hubo un instante caótico y de pesadilla, durante el cual el coche luchó frenéticamente contra el resistente material.

El auto comenzó a inclinarse hacia un costado. Burt luchó desesperadamente tratando de enderezarlo. Tenía la oscura sensación de que algo, que estaba vivo, luchaba con tanta desesperación como él mismo.

El coche volcó. Burt sintió un terrible golpe en la cabeza. Perdió el conocimiento.

Más tarde tuvo un instante de semiinconsciencia durante el cual experimentó rarísimas sensaciones. Tenía el cerebro helado. Lo dominaba una increíble sensación de frío; no en la piel o en la carne, sino dentro. Lo cual, por supuesto, era imposible.

Pensaba con intensidad en su casita junto al lago; una imagen de su vivienda apareció en su mente; recordó todas sus habitaciones vacías, y luego, en detalle, la forma de llegar hasta ella, el sitio del camino donde doblaba para entrar a su propiedad, y cómo había que colocar la llave para abrir la puerta. El mismo estaba sorprendido del curso de su pensamiento, pues lo que quería averiguar era qué había caído sobre su auto; pero su imaginación se negaba a obedecerlo y a funcionar normalmente. Al fin dejó de funcionar por completo. Burt volvió a desmayarse.

**A**L volver en sí, le dolía todo el cuerpo y tenía los ojos cubiertos por una venda. Lo primero que oyó fué el canto de los pájaros: ya era de día. Oyó que alguien se movía en la habitación vecina. Las mantas se ajustaban contra su cuerpo. Inició un desespero. Todos sus miembros respondieron, pero sensaciones dolorosas provenientes de distintas partes le indicaron que se había golpeado bastante. Sus ojos, en cambio...

Un terror pánico lo dominó. Intentó llevar las manos hasta el vendaje que le cubría los ojos.

Algo se rompió junto a la cama. Alguien entró corriendo. Una voz dijo:

—¡Despacio! ¡No se mueva!

Burt sintió que alguien lo obligaba suavemente a acostarse. La voz, que

pertenecía a un hombre, le resultó familiar, pero no pudo reconocerla. Se sintió confuso y desconcertado.

—Despacio —repitió la voz—. Se lastimó bastante anoche. Yo estoy cuidándolo. Pronto estará bien. Pero tiene todavía que guardar cama un rato, sin moverse.

—¡Mis ojos!... —gimió Burt. No le dolían; pero, ¿por qué estaban vendados? Un sudor frío lo bañó al pensar que se había quedado ciego.

—No se preocupe —dijo la voz, sin ninguna emoción—. Quédese quieto otra media hora, y luego podrá levantarse.

Burt se sintió inmovilizado. Con suavidad, pero firmemente. Preguntó con voz temblorosa:

—¿Quién es usted?

—Smith —dijo la voz—. John Smith. Usted no me conoce. Estoy cuidándolo hasta que vuelva el médico y diga que se puede levantar. Lo encontré a usted anoche.

La voz era increíblemente familiar; Burt la había oído muchísimas veces; pero no conocía a nadie llamado John Smith. Sin embargo, no cualquiera podía tener una voz que le resultara tan familiar como la suya propia...

Entonces comprendió a quién pertenecía la voz. Se quedó sin aliento. Sabía que estaba completamente despierto; pero su reciente descubrimiento era tan parecido a una pesadilla, que por

### Una señora destruye un plato volador

**H**AROLDO Dahl, de Tacoma, estado de Washington, comunicó a las autoridades tener en su casa fragmentos de un plato volador que habría explotado cerca de su casa. Se envió un B-25 en busca de los trozos. En el viaje de vuelta, el aparato sufrió un accidente, pereciendo los dos oficiales. Las muestras enviadas por Dahl nunca aparecieron entre los restos del aparato. Se dijo que el B-25 había sido abatido por otro plato volador; pero la señora de Dahl obligó a su marido a confesar la verdad: los pretendidos fragmentos de plato volador no eran otra cosa que trozos de mineral recogidos en el campo... Si se divorciaron.

un instante pensó que soñaba. Osciló entre una reacción violenta histérica y una total parálisis provocada por el horror de su descubrimiento. ¡Debía de estar loco! ¡No podía ser de otra manera!

La voz conocida dijo:

—Mire, Burt; prométame que se quedará quieto hasta que venga el médico, y todo irá bien.

Burt sabía que estaba mortalmente pálido. Lo sentía. Se quedó quieto, mudó de terror. La voz dijo:

—¿De acuerdo? ¿Lo hará?

Burt no se movió ni respondió. No podía. El reconocimiento de la voz lo había paralizado. Tal vez había perdido el conocimiento. Hubo un momento de silencio. Las mantas de la cama volvieron a ajustarse sobre él. Los pasos se alejaron hacia la habitación vecina. Burt sintió que, de haberlos reconocido, habría cometido cualquier locura. Pero no eran pisadas familiares. La puerta quedó abierta. Burt yacía absolutamente inmóvil. Pensaba frenéticamente que todo eso podía ser real; pues si lo era, significaría que él estaba loco. Porque ahora sabía a quién pertenecía la voz. Era lógico que no la hubiese reconocido en un principio. Ahora sabía. ¡Pero imposible!...

La voz que le había hablado era la suya propia.

**S**U propia voz lo había llamado Burt. Su propia voz le había ordenado que se quedara quieto hasta que llegara el médico. Después, Burt, usando su propia voz, había hecho algunas preguntas, y su propia voz, vibrando en otra garganta, le había dado respuestas evasivas.

Oyó ruidos en la habitación vecina. Se movió con infinitas precauciones: con la astucia de la locura, según él pensó desesperado. Una manta le apretaba los hombros. Cuando intentó moverse la primera vez, algo se había es-

trellado contra el piso. Un borde de la manta debía de estar sujeto debajo del colchón. El otro debía de estar sobre una silla, con algo pesado que lo sujetara. Al moverse, ese objeto pesado se había caído.

Con infinito cuidado movió el brazo derecho hacia el costado, sin aflojar la manta. Llevó la mano hasta más arriba del hombro, pegado al colchón, y volvió su rostro hacia ese lado. Logró arrancarse el vendaje. Veía. No había sufrido daño alguno en los ojos. Observó que el otro extremo de la manta descansaba sobre una silla junto a la cama. Todo estaba preparado como Burt había supuesto, de modo que cualquier movimiento que aflojara la manta haría caer el balde que estaba sobre la silla. No podía moverse sin provocar un estrépito.

Pero era fácil evitarlo. Un loco podía hacerlo. Lo único que tenía que hacer Burt consistía en aflojar la manta, por el otro lado de la cama, donde el colchón la sujetaba. Lo hizo. Tenía puesto un pijama. Era evidente que alguien se había tomado el trabajo de cambiarle la ropa mientras él estaba inconsciente.

Se levantó en silencio, apretando los dientes. Se oían ruidos en la habitación que daba sobre el lago. John Smith estaba haciendo algo allí. Burt se apoderó del balde a modo de arma. No sabía muy bien para qué quería un arma; pues afuera brillaba el sol, y los pájaros cantaban alegremente; pero el estado psicológico de Burt era precario. La persona que lo había engañado respecto a sus ojos, había usado la voz de Burt para mentirle. Este pensamiento lo llenó de horror.

Se dirigió lentamente hacia la puerta y espió dentro de la otra habitación.

Una figura ocupaba una silla frente a la mesa de trabajo del propio Burt. La figura llevaba puesta una de sus mismas camisas, uno de sus pantalones y sus zapatos. Estaba inclinada sobre

algo que tenía en las manos. Había metros y metros del material marrón parecido al cuero (no era un tejido), amontonado en un rincón de la habitación. La figura trabajaba con fragmentos que había cortado del material.

Burt sintió que la cólera lo ahogaba. Era necesario que se encolerizara, para no sentir miedo. En ese momento, la figura levantó las manos para examinar algo que tenía en ellas. Burt vio lo que era. Se trataba de una cara, modelada con el material marrón. Pero era flexible; parecía una de esas máscaras de goma elástica que usan los chicos en carnaval, salvo que no tenía nada de grotesco y que era de un color uniformemente bronceado. Pero poseía una flexibilidad extraordinaria.

La figura se colocó la cara sobre la suya propia.

**BURT** emitió un sonido ahogado. La figura se sobresaltó y se volvió para enfrentarlo. Tenía el rostro que Burt le había visto un momento antes en las manos.

Entonces supo la verdad. No había podido expresarla con palabras; pero lo llenó de un horror enfermizo que estaba más allá de todo razonamiento. Sintió mareos. Sintió una furia asesina. Quería matar. En realidad, parte de su horror provenía de la sorpresa de seguir vivo; de vivir para contemplar lo que tenía delante de sus ojos.

Su propia voz habló desde el otro extremo de la habitación.

—Parece que ha comprendido usted.

Burt oyó después las palabras que salían de su propia garganta.

—Fué... esas luces en el cielo —dijo con voz ronca—. ¡Usted!...

La figura pareció reflexionar. Luego asintió.

—Y lo que atropellé con el auto — prosiguió Burt penosamente—, era usted descendiendo en un paracaídas — Burt tenía la garganta tan apretada

su voz era casi irreconocible; y era mejor que así fuera: se parecía menos a la de la figura—. Usted... cayó sobre mi auto.

La figura respondió con indiferencia:

—Sí, estaba aterrizando.

—¡Usted... usted no es un hombre! —exclamó Burt—. ¡No es... humano!

—No.

Hubo una pausa. La figura estaba inmóvil, contemplando a Burt. Éste sintió un dolor agudo en los dedos. Se había aferrado con tanta fuerza al marco de la puerta, que le dolía toda la mano. Aflojó los dedos. Luego dijo con infantil irritación:

—¡Pero esas son mis ropas! ¡Usted habla inglés! —descubrió que a pesar de su horror estaba furioso—, ¡y está usando mi voz! ¿No le parece que ha ido demasiado lejos?

Durante un instante, la figura guardó silencio. Luego dijo sin ninguna entonación:

—Soy un fugitivo. Carecía de ropas como las que usan ustedes. Por eso tomé las suyas. Pensaba esconderme en el bosque, cuando terminara esta cara.

—¡Esa no es su cara! —rugió Burt—. ¡La copió de una fotografía que encontró en esa revista! Pero no está bien coloreada. ¿Cómo hizo para conseguir mi voz? ¿Y qué demonios es lo que pretende?

Burt escuchó sus propias quejas, atónito ante tales incongruencias. Pero uno no reacciona con pensamientos calmos y razonables cuando se enfrenta con lo imposible convertido en realidad. Vió que la figura extendía las manos como si supiera que ése era el gesto que correspondía.

—Soy un fugitivo —repitió la voz, sin inflexiones—. Me perseguían. Llegué a la atmósfera de este planeta. Mis enemigos estaban cerca. Puse los contenedores automáticos en mi nave y salté.

Mis perseguidores capturaron la nave; la destruyeron; buscaron con su... — hizo una pausa—, con sus armas. Pero yo había saltado a tiempo, y no me encontraron. Quizá piensen que la explosión de la nave acabó conmigo. Pero querrán estar seguros. Por eso tengo que esconderme.

**L**A mente de Burt giró vertiginosamente. Una fotografía había servido de modelo para hacer aquella cara. Pero la cuestión de la voz y el dominio del inglés le resultaban incomprensibles. Y la figura había admitido que no era un ser humano; ¡pero era inteligente!; ¡era racional!

Ocurre que la idea de una inteligencia no humana es el más horripilante de los conceptos imaginables. Un ser no humano que piensa y habla es algo así como un demonio, un fantasma, un monstruo, un enviado del infierno. Burt sintió que se le erizaban los cabellos.

Sin embargo, la figura hablaba con indiferencia, sin intentar persuadirlo o asustarlo. Describió la huida, la persecución y el resultado final. Los destellos luminosos en el cielo y la increíble explosión silenciosa que Burt había visto, eran datos que concordaban con el relato; pero confirmaban también el hecho de que Burt se enfrentaba, en su propia casa, con un fugitivo del espacio; un miembro de una raza tan adelantada a los hombres en el aspecto científico o intelectual, que poseían naves con las que recorrían las estrellas, y armas cuyas naturaleza Burt sólo alcanzaba a suponer.

Burt se dejó caer sobre una silla.

—Mire —dijo con voz temblorosa—. Esto es... imposible, por supuesto; pero, de cualquier manera...

La figura esperó. Luego de un instante, dijo con voz monótona:

—No pensé que hablaría con seres

mi disfraz completo y escapar hacia los bosques antes de que usted se despertara. Usted se habría sentido intrigado y, quizá, enojado, pero no me habría visto... Tengo mucho que pensar y que planear...

—Siendo usted un fugitivo —preguntó Burt—, ¿es importante que nadie sepa que está aquí y que vive?

—Si se enteran de que he aterrizado, me destruirán —dijo la figura, sin la mayor emoción—. Mis perseguidores tienen muchos medios para enterarse de mi aterrizaje, si ustedes lo hacen público. Y no bien sepan que estoy vivo, acabarán conmigo, aunque para lograrlo tengan que destruir este mundo.

—Pero, ¿qué piensa hacer usted?

—Pienso esconderme, para que las radioemisoras no hablen de mí, ni sus periódicos se enteren de mi existencia.

—¿Y después?

Hubo una pausa, como si la figura buscara un gesto o una palabra que expresara sus pensamientos. Se encogió de hombros.

—No estoy en este mundo porque lo haya elegido. Quizá nunca pueda partir... Tengo que pensar.

La figura permaneció increíblemente quieta mirando a Burt. Y éste se sentía horrorizado, pero también atormetado por la curiosidad e incapaz de un razonamiento coherente. No sabía muy bien si creía o no en el relato del extranjero. Ningún otro ser humano creería en su existencia. Burt también tenía mucho que pensar.

—A mí también me vendrían bien unos instantes de reflexión —dijo—. Supongo que me ha dicho todo esto porque no quiere que le hable a nadie del asunto hasta que usted haya tomado alguna decisión.

La figura asintió con la cabeza.

—Estoy bastante mareado —prosiguió Burt—, pero me doy cuenta de que si pretendiera convencer a alguien de que

un hombre de Marte, o de cualquier otro mundo por el estilo, me visitó, me encerrarían en un manicomio. ¡No tema usted una indiscreción mía! Pero ahora no tengo la mente clara. Lo mejor será que se esconda usted en el bosque y piense qué va a hacer. Vuelva esta noche. Discutiremos el asunto, y los dos veremos la situación con mayor claridad. ¿De acuerdo?

Burt deseaba desesperadamente que la figura desapareciera de su vista por el momento. Quería estar en un mundo normal, para pensar en lo que había ocurrido. Aún no estaba del todo convencido de que no se trataba de alucinaciones.

LA figura, que era la de un hombre atlético, por lo cual las ropas de Burt le quedaban muy bien, comenzó a hacer un paquete con el material marrón que le había servido para reconstruirse las manos y la cara y, probablemente, otros elementos del cuerpo humano. Se movía con bastante destreza. Hizo un pequeñísimo paquete con su paracaídas; se dirigió hacia la puerta, y allí se detuvo.

—Debo decirle —anunció, sin entonación—, que tengo conmigo las armas de emergencia usuales de mi raza. No permitiré que me capturen. Si es necesario, puedo hacer explotar lo que ustedes llaman una bomba atómica.

Burt se quedó con la boca abierta. La figura movió la cabeza de arriba a abajo, como si supiera que ése era el gesto apropiado. Introdujo la mano

por debajo de la camisa; sacó un pequeño objeto metálico de forma irregular; se lo mostró a Burt, y lo volvió a guardar. Después se alejó. Burt, a través de la ventana, lo vio avanzar hacia el bosque.

Los pájaros cantaban alegres a la luz del sol.

NORMA se hallaba en la playa cuando Burt la encontró. Todos los veraneantes de las pensiones y de las casas que quedaban lejos del lago, se reunían junto a la orilla, para nadar. Había trampolines a distintas alturas, un espacio cercado para los niños, y amplias comodidades para que los amantes del aire libre pudieran untarse con alguna crema protectora, usar anteojos oscuros, hacer amistades nuevas si estaban solos, o no saludar a nadie si tenían ganas de estarlo. El lago constituía un centro de diversiones veraniegas exactamente similar a los demás de su especie.

El cielo estaba maravillosamente azul, salpicado por pequeñas nubes que parecían de algodón. Se oían gritos y risas de los que nadaban en el lago. El murmullo de la conversación llegaba desde las mesas donde los veraneantes más reposados bebían refrescos y se entretenían entre sí o mirando a los demás. Todo era ideal para gente que carecía de preocupaciones presentes.

Norma corrió hacia la orilla cuando vio llegar a Burt.

—¿No vas a nadar? —preguntó, sorprendida.

### ¿Sordos u orgullosos?

UNA estación radiotelefónica de Indianápolis, emitió no hace mucho un llamado especialmente dirigido a los platos voladores. En él les aseguraba nuestros deseos de amistad mutua; les prometía la más completa libertad de acción; les señalaba además un buen lugar de aterrizaje, con el fin de que recibieran una respuesta de los platos voladores.

Burt negó con la cabeza. Norma trepó a la plataforma y se sentó sobre ella. El sol brillaba en su piel húmeda. Miró a Burt inquisidoramente.

—Estuviste un poco raro esta mañana —observó—. No me contestaste más que sí y no. Hasta cuando te dije que vendría aquí.

—¿Estuve raro...? —dijo extrañado—. ¿Tú hablaste conmigo?

—¡Naturalmente! —afirmó Norma—. ¿No te acuerdas? Te llamé por teléfono para decirte que me iba de pícnic con un grupo de amigos y que si querías ir te pasaríamos a buscar. Me contestaste redondamente que no. Entonces te dije que, en realidad, no tenía muchas ganas de ir de pícnic; te pregunté si vendrías por aquí, y tú respondiste que sí.

Burt apretó los puños con fuerza.

—No hablaste conmigo —dijo con voz ahogada.

—¡Te digo que hablé! —contestó Norma con decisión; pero en seguida comenzó a titubear—. Yo... lo último que dijiste anoche fué algo acerca de vernos hoy... Por eso te llamé. Quizá entendí mal...

Se puso de pie, dispuesta a volver a zambullirse. Burt la detuvo.

—¡Quédate! —dijo tragando saliva—. No fui yo quien te contestó. Fué alguien... —se detuvo. La figura que usaba su ropa y su voz no era exactamente alguien, sino algo—. Fué alguien que se hizo pasar por mí. Yo no sabía que me habías llamado. Yo...

Le faltó la voz. En aquel lugar rodeado de las actividades comunes de todos los días, le pareció que lo que le había ocurrido la noche anterior y esa mañana, era absolutamente increíble.

—Mira —dijo con inseguridad—. Hasta hace un momento estaba seguro de no estar loco; ¡pero ahora ya no me siento seguro de nada! ¿Quieres venir un momento conmigo?

La condujo hasta el coche. Norma lo siguió, cuidando de no lastimarse los pies descalzos. Burt le señaló los guardabarros del auto. Estaban torcidos; pero no se veía ninguna rozadura.

—Anoche —dijo Burt—, cuando me iba a casa después de dejarte, atropellé algo. El auto volcó. Mira las abolladuras.

Norma examinó los guardabarros y se volvió hacia Burt, preocupada.

—¿Te hiciste daño?

Burt estudiaba las abolladuras. No había un solo arañazo en la pintura. El material parecido al cuero no había impedido las abolladuras, pero había protegido la pintura.

—¿Alguna vez viste abolladuras como éstas? —inquirió Burt—. Parece como si una tela hubiera protegido la pintura cuando fueron hechas. ¿No es así?

—Cierto —reconoció Norma—. ¿Qué ocurrió?

BURT le habló de aquel aparato negro y enorme que desde el cielo se había precipitado velozmente sobre su auto. Un sudor frío le cubría la cara y las manos. Estaban rodeados de gente. A pocos pasos de ellos, los clientes habituales entraban y salían de la media docena de tiendas que constituían el comercio de la villa. El sol brillaba como todos los días. Los árboles tenían el hermoso aspecto de siempre. La gente comía emparedados de salchicha; los chicos devoraban helados, y en la orilla del agua, dos jovencitos gritaban y reían tratando de arrojar al agua mutuamente, hasta que por fin cayeron juntos. Todo era natural y común. El relato de Burt parecía inverosímil en semejante escenario. Lo interrumpió cuando describió el instante en que había perdido el conocimiento.

Norma estaba pálida. Pequeñas gotitas de agua brillaban aún sobre su piel tostada. Era el único ser humano

a quien Burt se atrevía a relatarle lo ocurrido, a pesar de que hacía sólo una semana que la conocía. Pero Norma también había visto las luces en el cielo la noche anterior, y además era fácil conpenetrarse en pocos días con una muchacha como Norma.

—¿Crees que estoy loco? —inquirió Burt cuando concluyó su relato.

Norma sacudió negativamente la cabeza.

—¿Viste el periódico esta mañana? —preguntó—. Dice que hay rumores sobre luces que aparecieron anoche en el cielo; agrega que fenómenos como las luces nórdicas son muy raros en esta región, pero no desconocidos. Yo pensé que, a lo mejor, las luces que vimos tenían algo que ver con auroras boreales. Pero por lo que tú dices...

—¡No era eso! —dijo Burt.

—Entonces, lo que cayó sobre tu auto...

—Si te vistes —sugirió Burt—, te llevaré al sitio donde ocurrió todo. Cayó desde una nave espacial, que quizá estaba a más de cien kilómetros de altura, casi en el límite de la atmósfera... Pero era una nave... Voy a hablar por teléfono —añadió abruptamente—. Quizá pueda averiguar algo útil. Espérame aquí.

Norma le sonrió y lo vio alejarse. Así como un hombre se decide a confiar a una joven sus más íntimos pensamientos después de conocerla durante una semana, una mujer puede decidir confiar ciegamente, dentro de ciertos límites, en un hombre a quien ha tratado durante el mismo lapso.

Burt habló por teléfono. Ya estaba frente al volante de su auto cuando Norma regresó, bonita como nunca con su vestido claro. Burt abrió en silencio la portezuela, puso el motor en marcha, y partieron.

—Acabo de hablar a larga distancia, con el FBI —dijo Burt—. Les he dicho que soy un escritor de cuentos

científicos y que necesitaba cierta información.

—¿Por qué les has dicho eso?

—Porque cuando dices que eres escritor —respondió Burt—, suponen que la información que les pides no es demasiado importante, y te prestan toda la ayuda que necesites. Les he dicho que estaba escribiendo un cuento y que uno de mis personajes necesitaba convencer al FBI de que *había encontrado un individuo procedente del espacio*. Les he preguntado qué pruebas serían necesarias para que la policía creyera el relato de mi personaje. El empleado del FBI me ha dado un par de buenos consejos y me ha pedido que le avise cuando el cuento se publique.

Norma frunció el ceño.

—“Había encontrado un individuo...”

—Sí —dijo Burt, con voz opaca—. Voy a ocuparme en conseguir las pruebas necesarias para convencer al FBI de que encontré un individuo que venía de otro mundo y que se lanzó a la Tierra desde una nave espacial. Porque eso es lo que me pasó. Lo que cayó anoche sobre mi auto era un paracaídas, y en él había un individuo de otro mundo.

**M**IENTRAS se alejaban del pueblo, Burt le contó a Norma el resto de la aventura: desde el momento en que se despertó en su propio dormitorio, con los ojos vendados, hasta que la figura que hablaba con su propia voz se alejó hacia el bosque, para esconderse allí hasta la caída del sol.

—Le dije que no temiera una indiscreción mía —añadió Burt fríamente—, porque nadie me creería. Creo que ni yo mismo estoy convencido del todo. ¿Cómo puede ser que un individuo que se precipita de pronto desde el cielo hable correctamente inglés?

—Pero también es cierto que ningún



ser humano podría doblar mi voz tan convincentemente! El hecho ha ocurrido, y la única explicación posible parece cosa de locos. De modo que tengo que conseguir pruebas para el FBI, cuyo trabajo consistirá en proporcionarme toda posible información sobre viajes interplanetarios; y luego dejaré que ellos resuelvan el problema. ¡Yo no quiero tener nada que ver con esto!

Norma se estremeció, pero su voz se mantuvo firme.

—Si tú estuvieras... trastornado, Burt, no admitirías ninguna duda; te indignaría que no te creyeran. Por el contrario, actúas exactamente como alguien que de pronto se enfrenta con lo que creyó imposible.

—Gracias —dijo Burt.

El coche seguía el mismo camino que la noche anterior. La carretera serpenteaba sin cesar, bordeando el lago. Los árboles se espesaban hasta convertirse en bosque. Se sucedían los paseos laterales y los buzones en las esquinas. Llenaban el aire el aroma de los pinos y el zumbido de los insectos, y se oía el dulce piar de algunos pájaros.

Burt desvió el coche a un costado del camino y apagó el motor. Ambos descendieron. Burt dijo ásperamente:

—Estas marcas corresponden al lugar donde el coche se salió del camino. Las ruedas no dejaron huellas, porque se deslizaron sobre ese material marrón de que te hablé: el paracaídas. Y aquí es donde el coche volcó —añadió, señalando el sitio.

En la tierra blanda, la presión ejercida por el techo del auto era evidente. Había hojas aplastadas, y el tronco de un arbusto estaba partido. Aquello era lo que había causado las peores abolladuras.

—¿Ves?, aquí es donde volcó el auto —insistió Burt—. Ahora bien, ¿quién volvió a colocarlo sobre las ruedas?

**B**URT examinó el lugar. Después de un momento señaló algo, sin decir una palabra. Había dos profundas huellas al costado del camino. Si un hombre fuera suficientemente fuerte para levantar un auto volcado y enderezarlo, el lugar donde hubiese apoyado los pies estaría hundido profundamente. Pero ningún ser humano era capaz de levantar semejante peso.

Además, las huellas no eran humanas.

Norma comenzó a temblar.

—Desgraciadamente —dijo Burt con frialdad—, no se ven muchos detalles. Quizá el individuo tenía algo equivalente a nuestros zapatos... Norma, yo no creo estar loco; principalmente porque tú tampoco lo crees; pero necesito algo más que esto para convencer al FBI. Si las cosas van bien, te necesitaré para que respaldes mi descripción de las luces que vimos anoche; pero, si van mal, quiero que no estés aquí, ¡que te vayas bien lejos! Esto es muy importante.

Norma preguntó nerviosamente:

—¿Estás pensando en lo que aquel individuo te dijo acerca de una bomba atómica?

—Sí, Norma.

—Pero, Burt —dijo ella aún más preocupada—, ¡tampoco tú tienes por qué meterte en esto! No es asunto tuyo. ¿Por qué no decides terminar tus vacaciones en otro lugar y te olvidas de todo lo ocurrido?

—Imposible —dijo Burt, secamente—. Existe también una cuestión de orden patriótico. El individuo llegó aquí en una nave espacial. Sus enemigos lo perseguían en otras naves. Tienen armas que aparentemente convierten el aire en energía atómica, y cuando atacaron la nave enemiga la desintegraron. Nosotros, los humanos, no sabemos construir naves espaciales o armas de ese tipo. Pero este individuo sí sabe.

¿Cómo puede ser posible que nuestro gobierno

podiera extraerle informaciones al respecto.

Norma escuchaba en silencio, lamentando que él tuviera razón.

—Hay otro punto de vista —insistió Burt—. El individuo es un fugitivo. Según afirma, está en peligro. También los humanos pueden convertirse en sus enemigos. ¿Qué crees que ocurriría si seres humanos descubrieran inopinadamente que algo no humano vive entre nosotros? En el mejor de los casos, se asustarían. Pero lo más probable es que intentaran matarlo. El individuo se defendería. Posee lo que él llama armas de emergencia. Habló de una bomba atómica, lo cual puede ser cierto o no. Tengo que impedir que todo eso ocurra.

Norma preguntó de mala gana:

—¿Y qué piensas hacer?

—Llévate a un lugar seguro, escribir todo lo que sé y entregártelo. Entonces regresaré y procuraré hallar pruebas para que el FBI decida ponerse en contacto con el individuo y llegar a un acuerdo con él. Si se produce una explosión o algo por el estilo, entrega mi relato al FBI. ¿De acuerdo?

Norma no parecía muy satisfecha con el plan.

—Perderás mucho tiempo... —dijo nerviosamente—. El y tú quedasteis en encontraros en tu chalet cuando estuviera oscuro. Ahora él está escondido en el bosque. Si esperas encontrar alguna prueba en tu chalet, ¿por qué no vas ahora, mientras él no está? Si encuentras algo, cuando caiga la noche ya habrás convencido a alguien para que acuda contigo a la cita.

### Lo dijo un mago de Peenemünd...

**"L**os platos voladores existen. Ninguno de los ocho planetas del sistema solar ha podido producir una civilización bastante avanzada para fabricarlos. En consecuencia, ellos provienen de otro sistema solar". — OBERTH, uno de los creadores de la V-2.

sola —dijo disculpándose—. Prefiero entrar contigo.

Burt abrió la puerta. Durante un segundo le pareció sentir un olor poco familiar y tan débil que era casi imperceptible, y pronto desapareció. El joven recorrió rápidamente todas las habitaciones. Estaban vacías. Abrió los cajones y los roperos. Luego regresó junto a Norma.

—Aún está en el bosque —dijo—. No me dejó nada guardado aquí. Pero estuvo trabajando un tiempo en esta habitación.

Se dirigió hacia su mesa de trabajo. Encontró media docena de diminutos trozos del material marrón. Era tan grueso como papel de embalar, pero flexible como un tejido. Cuando intentó rasgarlo, descubrió que era imposible. Entonces comprendió por qué su coche había volcado. Semejante fuerza y flexibilidad eran desconocidas para la técnica humana.

—Creo que con esto bastará —dijo, satisfecho—. En la Tierra no conocemos nada como esto.

—Vayámonos, entonces —tartamudeó Norma—. Tengo miedo, Burt.

Avanzaron hacia la puerta. Una sombra se movió afuera. Su voz, idéntica a la de Burt, dijo fríamente:

—No se muevan.

La figura apareció en la puerta. Era el extranjero. Así, visto a contraluz, su aspecto era notablemente humano. Poseía fuertes facciones varoniles. Tenía puestas las ropas de Burt.

Pero de pronto pareció espantoso y aterrador. Cuando abrió la boca, se vieron sus dientes marrones. Los labios y la frente eran del mismo color. Tenía el aspecto de una estatua de bronce, inexplicablemente viva y en movimiento.

Habló sin entonación, con la voz de Burt:

—Esta es Norma. Tendrán que decirme qué han planeado.

**N**ORMA, incapaz de hablar, se fugió en los brazos de Burt. El rostro, los labios y los dientes del mismo color, convertían a lo que se hacía llamar John Smith en una posible realidad, en una monstruosidad no humana.

Avanzó hacia ellos. Había algo pavoroso en aquellos ojos que jamás parpadeaban. Su mirada, fija y continua, era enloquecedora.

Burt se colocó delante de Norma y enfrentó al individuo con una especie de furia.

—¡Maldito sea! —gritó—. ¡No la asuste!

La figura respondió con indiferencia:

—Ella no tendría miedo si usted no le hubiera dicho quién soy. Hágala sentar.

Siguió avanzando. Burt se sobresaltó al ver que el extranjero le indicaba que se ladease para dejarlo pasar, de la misma manera que un hombre ahuyenta a un perro para que se aparte del camino. Norma se estremecía convulsivamente cada vez que el extranjero hacía un movimiento. Podía ponerse a gritar si el individuo se acercaba demasiado. Burt la obligó a sentarse en uno de los sillones de la habitación. Se quedó de pie delante de ella, protegiéndola.

—¿Qué pretende usted? —preguntó—. ¿Qué pasa? ¿Por qué regresó antes de la noche?

La figura habló, sin ninguna inflexión en la voz. Sus labios y dientes marrones, su lengua, del mismo color, lo hacían parecer un demonio: una estatua poseída por algún espíritu demoníaco que habitara en su cuerpo.

—He estado analizando los recuerdos que extraje de su mente cuando su auto volcó —dijo—. No puedo enterarme de lo que usted ha pensado, pero conozco todo lo que ha visto, oído y hecho hasta el momento en que me

datos, he aprendido a hablar su idioma y a conocer esta civilización. He deducido que usted volvería en busca de pruebas de mi existencia y que querría entregar esas pruebas a su gobierno.

Burt apretó los dientes. El individuo había captado y estudiado sus recuerdos. ¿Cómo? Comenzó a sentirse espantosamente indefenso. Al principio no pudo distinguir la diferencia entre conocer sus recuerdos y conocer sus pensamientos. Lo que el extranjero afirmaba era que había logrado extraer de las células cerebrales de Burt los datos sensoriales con los que trabajaba su mente, pero no el resultado de ese trabajo, basado en los datos de los sentidos. El individuo no estaba en posesión de todos los conocimientos con que contaba Burt. Aún tenía que aprender, como un bebé, comparando las percepciones sensoriales entre sí y extrayendo conclusiones. Pero ya contaba con los datos sensoriales archivados en la memoria de Burt. Así era como había logrado reproducir su voz, con la que hablaba en ese momento:

—Según parece, usted actuó de acuerdo a mis cálculos. Pero no puedo permitir que obtenga usted pruebas de mi existencia. Estoy en peligro, y usted lo aumenta.

—¡Pues estará mucho peor —gritó Burt—, si intenta hacerse pasar por un hombre!

—Por ahora, sí —asintió el individuo—. Lo sé. Pero aún no he estudiado todos sus recuerdos.

Burt no respondió. Estaba desconcertado, pero siguió contemplando con furia al extranjero. Norma apretaba las manos de Burt, respirando agitadamente.

—Y ustedes, los humanos —agregó el individuo del espacio, sin expresión alguna—, son extraños. He pensado que puede haber humanos en comunicación con mis enemigos (sin que los demás humanos lo sepan), para bene-

## Los **8** juegos que más gustan a los chicos!



*¡Recuerde! Cada mes su canillita vende un nuevo Juego de Bolsillitos... Y su librero vende todos los juegos ya publicados*

### Juegos de Bolsillitos

- No. 1 - EL DOMINO DE DONALD
- No. 2 - EL LUDO DE GATITO
- No. 3 - LA GRANJA DE LOS NEGRITOS
- No. 4 - LA LOTERIA DE PEPE BOLSILLITOS
- No. 5 - LA OCA DE DONALD
- No. 6 - LOS ROMPECABEZAS DE BERILIN
- No. 7 - LOS CAMINOS DE CAPERUCITA
- No. 8 - LOS MOSAICOS DE PEPE BOLSILLITOS

sólo cuestan \$ 250

ficiarse cuando llegue el momento. Si mis enemigos tienen espías entre ustedes, ellos procurarán encontrarme... aquí. De modo que debo huir.

Burt comenzó a tener esperanzas. Norma estaba allí. El estaba dispuesto a correr cualquier riesgo. Pero ninguna obligación era más importante que la de alejar del peligro a Norma.

—Muy bien —interrumpió Burt—. ¡Váyase! ¡Nadie nos creería si contáramos lo que pasó!

Pero Burt ya pensaba en lo que podría informar al FBI. Aunque los trozos del material marrón no bastaran para convencer a nadie, quedaban su relato, confirmado por Norma, y los errores que el individuo cometería sin duda alguna...

—Usted vendrá conmigo —anunció el extranjero, sin énfasis—. Me será útil durante algún tiempo.

**BURT** se quedó helado; pero pensó en Norma y apretó los puños. Aquel extraño individuo afirmaba poseer una bomba atómica. Si era un fugitivo del espacio, si las luces en el cielo representaban efectivamente su lucha contra los enemigos, Burt no podía arriesgar la vida de Norma en la duda de si el extranjero mentía o no cuando hablaba de sus armas. Los seres humanos también llevarían consigo sus armas de emergencia, si se vieran obligados a aterrizar en un mundo salvaje y hostil.

—Yo tengo otro planes —dijo Burt—.

¿Qué gana ayudándolo a usted?

Si el individuo lo necesitaba, tendría que pagar caro por la ayuda; tendría que llegar a un acuerdo: informaciones científicas a cambio de protección.

Pero el extranjero no respondió. Estudiaba cuidadosamente el lugar donde Burt había encontrado los trocitos de material marrón. Encontró unos cuantos que Burt no había visto. Hizo un movimiento para ponerlos en un sitio

que no correspondía a los bolsillos de la camisa de Burt. Corrigió su error. Parecía no haber oído la pregunta del terrestre. Burt la repitió.

—¿Qué gana si lo ayudo?

El extranjero clavó en él su mirada inhumana y sin parpadeo.

—Usted no me entiende —dijo con voz chata—. Los seres humanos matan ratas y ratones porque significan una molestia; tienen perros porque les son útiles. Usted es inteligente; puede elegir entre ser molesto o útil. Ahora está usted a tiempo.

Sin la menor emoción, metió la mano debajo de la camisa y extrajo el objeto de metal de forma exótica que, según él, era un arma.

—Partimos de inmediato —anunció con absoluta indiferencia.

Burt se sintió espantosamente humillado al comprender que su muerte no produciría en el individuo arrepentimiento ni alegría. Sin moverse, dijo:

—Quédate aquí, Norma, y no le hables a nadie de lo que has visto. Nadie te creería de ningún modo.

La figura dijo con su frialdad habitual:

—Ella también puede serme útil. Vendrá con nosotros.

—¡No! —gritó Burt—. ¡No! ¡No puede!...

—Puedo matarla —dijo el extranjero sin inmutarse—. No tiene importancia.

**NORMA** se puso de pie, emitió un breve sollozo, avanzó con movimientos rígidos y se acogió al brazo de Burt. Salieron de la casa. El individuo los siguió; se dirigió hacia el pozo de agua, que contenía la provisión para la casa; levantó la tapa, con una facilidad que evidenciaba su tremenda fuerza física.

Para conocimiento de ustedes —dijo—, quiero que observen.

Apuntó el objeto de metal hacia el fondo del pozo. Hubo un súbito res-

**ayer, hiroshima...**  
**mañana ... ¿dónde?**

**HIROSHIMA ARRÁSADA  
POR LA PRIMERA BOMBA  
ATOMICA**

en el próximo número:  
**planos en colores de:**

**LA LOCOMOTORA ATOMICA**

• CUENTOS • NOVELAS • VARIEDADES CIENTIFICAS **56.-**